This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SANTIAGO

9AL 5326.4.2

HARVARD COLLEGE LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND [redacted], '08
IN REMEMBRANC[redacted]NTIFIC CONGRESS
SANTIA[redacted]CCCVIII

MISCELANEA

LITERARIA, POLITICA I RELIJIOSA

POR

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

PARTE LITERARIA.

TOMO I.

SANTIAGO,
IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE,»
calle de la Compañía núm. 102.

1873.

SAL 3 26.4.2

Harvard College Library
Gift of
Archibald Cary Coolidge
and
Clarence Leonard Hay
April 7, 1909.
(2 vols)

AL

SEÑOR DON MANUEL JOSE IRARRAZAVAL,

EN TESTIMONIO

DE AMISTAD I DE GRATITUD.

Zorobabel Rodriguez.

Santiago, setiembre 5 de 1873.

DOS PALABRAS.

Mucho daba que reir al buen Cervantes la costumbre que tenian los autores de su tiempo de colocar en la portada de sus obras sonetos i décimas escritos por amigos en los cuales se hacian exajeradas laudatorias del escritor i del libro.

Verdad que esos panejíricos obligados se prestaban a donosas i regocijadas burlas; pero no es ménos cierto que Cervantes no logró en este punto su objeto, como logró echar por tierra los libros de *caballerías.*

Los *sonetos* i *décimas* de ese siglo se sustituyen hoi por *prólogos*, mas o ménos encomiásticos, i casi no hai en el dia libro español i aun frances que no los tenga.

Ni criticamos ni aprobamos la costumbre, sentamos simplemente el hecho; i no para justificarnos de

haber escrito estas líneas, que ciertamente no nos ha pedido el autor de la *Miscelánea*.

Hemos visto el libro de un amigo, de un compañero de tareas, con quien hemos luchado en la prensa, i no queremos prescindir de rendirle en esta ocasion el doble homenaje de la amistad i de la justicia.

No esperamos con nuestras frases dar aliento al escritor: él no lo necesita, él, que lucha casi solo contra el indiferentismo literario, que hace años se ocupa de las letras en un pais donde no dan gloria ni provecho: él no necesita aliento porque al escribir obedece a una necesidad imprescindible de su alma; i, aunque desengañado, trabaja sin desmayar, esforzándose por propagar entre nosotros las máximas del buen gusto, por desgracia algo olvidadas por muchos escritores de Sud-América.

Zorobabel Rodriguez es de aquellos que dedican los trabajos de su intelijencia a un fin determinado: con la aspiracion de hacer el bien i guiado por la rectitud de su espíritu severo, se ha forjado un ideal digno del literato i del hombre.

Su ideal puede definirse en pocas palabras. No va en pos de la forma de esa belleza plástica que creó el paganismo, i que los vicios i el desórden moral del siglo XVIII resucitaron tristemente para degradar el espíritu humano. Su ideal tiene un nombre, i es el ideal cristiano, romántico i espiritual que ha producido en todas las esferas del arte las obras mas maravillosas.

El autor de la *Miscelánea* ha comprendido que la humanidad sufre i necesita consuelos; que la debilidad de los caractéres lleva a muchos a su ruina,

i que el mal triunfa las mas veces por falta de denuedo en los que lo combaten. Por eso en sus escritos se vé una tendencia determinada que no es otra que la de ofrecer a sus hermanos un bálsamo que, a la par que cure las heridas del alma, les infunda el vigor que necesitan en la lucha diaria que tiene el hombre que sostener.

I ¿dónde buscar ese vigor i esos consuelos?

Hombre de creencias, el autor de este libro alza los ojos hácia arriba i, fijándolos en un punto de donde no se desvia, busca sus inspiraciones en la fé.

La fé cristiana es su ideal i su norte; i su apostolado consiste en llamar a congregarse bajo esta gloriosa bandera a las intelijencias jóvenes que dan sus primeros pasos en la carrera del arte.

¡Noble tarea por cierto la del escritor que ha hecho de ella la suprema aspiracion de su vida!

Bastará abrir este libro para convencerse de que su autor no desperdicia una sola ocasion de combatir el doloroso escepticismo que va minando a la jeneracion presente.

Todos los males que aflijen a la sociedad actual provienen, a juicio de nuestro amigo, de su falta de fé. El hombre que no mira hácia arriba tiene necesariamente que arrastrarse en el fango de un realismo grosero.

La fé se ausenta de las cátedras donde la juventud se ilustra en las ciencias, i ocupa su lugar el utilitarismo, doctrina elástica en que todo cabe i que para todo halla una salida por donde escapar, pero que los filósofos cristianos han desenmascarado, presentándola en su verdadera faz, esto es, como una

resurreccion del sistema de Epicuro, tan majistralmente refutado por Ciceron.

La juventud que escucha estas lecciones bebe el veneno sin saberlo i se guarda para mas tarde un jérmen pernicioso, que en algunos produce un desden impío hácia cuanto no alcanzan a esplicarse con su limitada razon; en otros esa sed exajerada de goces que nada puede saciar i en otros, por fin, la falta de fuerzas para hacer frente al dolor i a las pruebas de la vida.

Tal es la situacion de este siglo arrullado en su nacimiento por las satánicas armonías de lord Byron que han sumerjido a tantas almas en el abismo sin fondo de la desesperacion i de la duda.

El dolor soportado con paciencia por los que esperan un mas allá consolador, es el crisol de la humanidad, donde se depuran las almas i se hacen grandes hasta el sacrificio: pero, para los que no créen, es una cadena cuyos pesados eslabones en vano se esfuerzan en romper los que la llevan consigo. A los primeros los engrandece, a los segundos o los hace soberbios, o los sumerje en un desolante abatimiento.

En ninguna esfera del arte se manifiesta tanto esta verdad como en la poesía actual.

A los poetas del siglo los lleva el abatimiento o un espíritu de orgullosa rebelion a hacer de sus cantos el himno melancólico del dolor sin esperanza, o a lanzar roncos gritos de una desesperacion blasfema.

¡Ah! todas estas almas necesitan para curar sus males la fé i el amor: la fé que eleva i fortifica; el

amor que lleva hasta el martirio i embriaga los corazones de una fruicion sin nombre que desconocen los que no lo sienten en su acepcion mas sublime, los que no arden en el fuego de la caridad.

A este respecto, oigamos cómo el autor de la *Miscelánea* se propone curar lo que con justicia puede llamarse el mal del siglo:—«Dejando aparte, dice, las causas jenerales que en ciertas épocas de la vida, en circunstancias dadas, en situaciones especialísimas, pueden ser motivo de pasajeras tristezas i de hondos pesares; no tomando en cuenta las influencias esternas, ni las influencias de los dolores i padecimientos físicos, nos atrevemos a afirmar que la causa de ese terrible acibaramiento que corroe tantos jenerosos corazones, que esteriliza intelijencias tan claras i postra caractéres tan robustos, no es otra que la falta de fé, sin la cual ni la esperanza ni la caridad son posibles.

«Esta es una verdad que la razon demuestra i que la esperiencia confirma. La razon demuestra que sin esperanza es el mundo un infierno, que sin amor la vida es amargura. La esperiencia atestigua que millones de seres desolados han encontrado en la fé, en la esperanza i en la caridad, la paz i el contentamiento del espíritu.

«¡Fé, esperanza i caridad!—hé ahí, poetas del llanto, el bálsamo de vuestras heridas, el antídoto del veneno que corroe vuestro corazon, la infalible receta que os devolverá la salud del alma, que habeis perdido al contacto de la pestilente atmósfera de la duda, del egoismo i del desaliento. Creed, amad, esperad, i vereis como vuestras almas, que

hoi se doblan marchitas bajo el peso del tedio, se abrirán lozanas i dichosas a la luz, a las brisas, i al rocío del cielo, i, como las flores i las aves, devolvereis a Dios sus ricos dones en suaves perfumes i en melodiosos cantos.»

Mil pasajes podríamos citar impregnados del mismo espíritu, pero carecemos de espacio para ello. Baste decir que en Rodriguez no se separan un solo momento el literato i el cristiano, no perdiendo jamas uno i otro la ocasion de ejercer un saludable apostolado.

Otro de los méritos que reconocemos en el autor de este libro, es el incansable teson con que se ha dedicado a la crítica de la mayor parte de las obras nacionales que han aparecido en los últimos años.

Esta noble tarea ha sido apénas ejercida entre nosotros, siendo la mas notable que a este respecto se haya publicado la apreciable memoria de los señores Amunátegui sobre los poetas hispano-americanos.

Rodriguez, sinembargo, se dedica a la crítica hace tiempo, i la *Miscelánea* es un testimonio de que la ha desempeñado con acierto poco comun.

La obra de los señores Amunátegui, que acabamos de citar, es un trabajo de raro mérito; pero adolece de cierto espíritu de escuela que la hace mas de una vez descender a triviales nimiedades orijinadas del culto exajerado que rinden a la forma tan estimables literatos.

Zorobabel Rodriguez examina i critica los trabajos del injenio desde un punto de vista mas elevado. Prescinde de la forma para penetrar en el fondo, por eso su crítica sube a mayor altura asemejándo-

se a la que han cultivado en este siglo los ilustres filósofos de la Alemania literaria.

Pedidle una crítica a lo Hermosilla, i su espíritu, aunque naturalmente cáustico, os daria mui poca cosa; pero decidle que entre como Schelegel a desentrañaros el pensamiento de una obra de arte, i su pluma correrá fácil i obediente al pensamiento que la guia.

Notables trabajos de este jénero ofrece la *Miscelánea;* entre los que no dejaremos sin citar los estudios sobre *Los Precursores de ta Independencia* del señor Amunátegui i sobre el *Francisco Moyen* del fecundo historiador Vicuña Mackenna.

Otros artículos hallará el lector cuyo asunto es el exámen de obras poéticas, tales como las de Pardo, Althaus i otros bardos del continente; artículos en que abundan la elevacion, la doctrina i un espíritu libre de todo provincialismo literario.

Pero, si con acierto se ha desempeñado en estos trabajos, conquistándose el aprecio de los intelijentes, no se ha hecho ménos acreedor a él por su espíritu de investigacion que lo ha llevado a estudiar en cuanto le ha sido posible la primitiva poesía de los indios americanos, i la de los modernos bardos alemanes.

Aunque no tan orijinal en estos últimos estudios, Rodriguez, brilla en ellos por la crítica juiciosa i el amor a lo bello que lo lleva a buscarlo aun en las tuentes mas lejanas.

Entre los selectos artículos que llenan las pájinas de este libro, sería una injusticia dejar aquí en olvido el excelente trabajo sobre la novela i la manera como se cultiva en Sud-América este bello ramo

de la literatura. En él combate el falso americanismo que ha perdido a tantos injénios dedicados a cultivar la *novela indiana* sin el estudio i preparacion que este dificilísimo jénero requiere. Sus ideas a este respecto son dignas de tenerse presentes, no solo para la novela, sino en la composicion de muchas otras obras poéticas que desmerecen, porque sus autores, llevados de un falso espíritu patriótico, se estravian hasta poner en olvido las mas sencillas nociones del buen gusto.

De algun tiempo a esta parte se ha querido *americanizar* las letras entre nosotros, i, como semejante tarea no es para una ni dos jeneraciones, ha resultado una literatura bastarda tan repugnante como un cuadro en que un pintor colocara sus figuras ataviadas en confusa mescolanza vestidas con la levita del europeo i las plumas que adornaban la cabeza de los antiguos aztecas.

Contra este mal gusto reacciona acertadamente Rodriguez, cuyo buen juicio no se deja sorprender por los impulsos de un patriotismo mal entendido. La literatura verdaderamente americana vendrá a su tiempo, pero no de repente como algunos lo pretenden.

Sería estraño que un americano dedicado al cultivo de las letras no hubiese hecho sus escursiones por el campo de la poesía, i el autor de este libro no ha escapado a esta tendencia de nuestra raza.

En la *Miscelánea* hallará el lector algunas composiciones en verso, i, siendo nuestro propósito dar en estas líneas un análisis de todo el libro, nos permitiremos algunas observaciones sobre ellas.

Ante todo, diremos que Rodriguez no descuella en este jénero i que él jamas ha abrigado pretensiones sobre sus obras en verso. Ha escrito simplemente cediendo a una necesidad del alma, fiando al ritmo la espresion de íntimos sentimientos, sin cuidarse mayormente de la belleza de la forma.

Así es que en sus versos se encuentran unidos el desaliño por una parte i por la otra la novedad de las ideas, i aun a veces la delicadeza del sentimiento. Estravagante en la construccion de sus períodos, cualquiera diria que a veces olvida que la poesía es la música del cielo destinada igualmente a regalar el alma i el oido.

Esto no es decir que en los versos de Rodriguez no se encuentre alguna pieza de mérito, aun considerada bajo el aspecto de la buena forma: injusto sería asegurase esto quien, como nosotros, haya leido su bellísima i esmerada traduccion de *El ciprés* de Luis Veuillot, elejía modelo entre las mejores de la literatura contemporánea. La traduccion de Rodriguez corresponde al estraordinario mérito del orijinal.

Notables son tambien las composiciones orijinales *Ultimas huellas* i *A la memoria de mi madre.* En ellas hai esa melancolía de los santos recuerdos del hogar, esos ayes que el alma lanza en su soledad, cuando, agobiada por los desengaños i los sufrimientos, vuelve la vista atras a contemplar lo que pasó. Las miradas del poeta se fijan en su cuna i de su lira se desprenden tristes notas con que llora a la madre perdida.

Al santo amor de la madre, que la tumba convier-

te en un culto, consagra nuestro amigo su lira humedecida por las lágrimas, i pasando una revista fúnebre a los sueños desvanecidos de su primera juventud, los compara con el presente enlutado por la eterna ausencia del sér mas querido:

«Hollando, indiferente, los cardos i las flores,
Ni siento las espinas ni los placeres tiéntanme;
Ni temo ser vencido ni aspiro a triunfador.
¿De qué la gloria sirve, las palmas, los honores
Si no arrojarlos puedo, como homenajes débiles,
Ante tus piés ¡oh madre! con rica profusion?

Como al soplar del viento las hojas van dejando,
En las tardes de otoño, las ramas de los árboles,
Cuando la nieve empieza del cielo a descender,
Amores, amistades han ídose alejando,
Algunos entre risas... ¡ai! otros entre lágrimas
Hácia la triste sombra del fúnebre ciprés!

De una tristeza mas dulce está impregnada la composicion *Ultimas huellas* que el poeta dedica tambien a su madre; por no ser prolijos en citas, no copiamos algunas de sus estrofas, contentándonos con recomendarlas al lector.

Vamos a concluir estas líneas destinadas a preceder a los tomos de la *Miscelánea*, destinados a recopilar las obras literarias de nuestro amigo; mucho mas podríamos añadir si la tarea que la amistad i la hon-

rosa eleccion del Editor nos ha marcado no nos impidiera entrar en el exámen de los escritos políticos de Zorobabel Rodriguez, que son muchos i de un mérito relevante.

El autor de la *Miscelánea* ha sido un escritor laborioso i, aunque agobiado por las enfermedades i la lucha diaria del periodismo, ha sabido darse tiempo para el cultivo de las buenas letras. El pertenece a esos hombres para quienes el descanso es la batalla misma; sus ocios están en este libro, i en su vida laboriosa no ha conocido otro placer que el dedicar su pluma a cuestiones ménos áridas que las políticas.

Consagrado al periodismo en el sentido católico, solo rendirá las armas con la muerte; consecuente en sus principios, de todo hace una cátedra para difundirlos, i este libro lo prueba.

Lea la juventud la *Miscelánea*; para ella especialmente ha sido escrita i para ella la publica su entusiasta Editor, con un celo digno de todo elojio.

ENRIQUE DEL SOLAR.

NUESTRO IDEAL LITERARIO.

(*La Estrella de Chile*—Número del 15 de octubre de 1871.)

I.

Aun cuando *La Estrella de Chile* no es un periódico ni esclusiva ni principalmente relijioso, se ha hecho un honor desde su primer número i cada vez que la ocasion se ha presentado, de levantar bien alto la bandera católica, buscando a su sombra los verdaderos rumbos de la intelijencia i de la fantasía, i no perdiéndola de vista ni en las horas consagradas al trabajo, ni en las horas consagradas a los nobles i puros goces de la imajinacion. Por desgracia, esa bandera tan gloriosa i llena de encantos para los que se consagran desinteresadamente a su servicio, re-

fleja siempre sobre los que la siguen, de cerca o de léjos, en los senderos de la política o en los senderos de la literatura, el odio implacable que sus enemigos le profesan i que es la prueba mas espléndida de su oríjen divino.

La Estrella de Chile ha seguido, pues, la suerte comun que corren los hombres, las instituciones i las obras que de cualquier manera se relacionan con la Iglesia Católica. Cuando las criadas del Pretorio le han preguntado por el Maestro no ha contestado, como Pedro en un momento de flaqueza: *¡No conozco a ese hombre!* ha contestado resueltamente: ¡Ese hombre es mi maestro, su doctrina es mi doctrina, su moral es mi moral, su corazon es el sagrado foco donde se halla el oríjen de toda verdad, de toda belleza, de toda poesía, de toda inspiracion!

Las consecuencias no se hicieron esperar. *La Estrella de Chile* fué puesta inmediatamente fuera de la lei. Para ella no hubo ya ni cortesía, ni lealdad, ni justicia. No se omitió medio para hacer el vacío en torno suyo. Miéntras el silencio fué posible, se trató de envolverla en el silencio como en una mortaja; cuando, no siendo ya posible el silencio, fué necesario hablar, se habló de ella para desnaturalizarla i calumniarla.

La Estrella de Chile, que ha declarado de la manera mas esplícita su propósito de abstenerse de tomar parte en la política, ha sido presentada por la prensa diaria ante los ojos de los que no la conocen como una Revista política. Pase esta deslealtad a que tan acostumbrados estamos los que vivimos consagrados a las diarias luchas del periodismo. No es fácil para

ciertas cabezas separar la literatura del interes, ni para ciertos corazones el odio a las personas del odio a todas aquellas empresas en que esas personas toman parte. Pero lo que no se esplica i apénas se concibe es que la preocupacion haya invadido el ánimo de personas que, colocándose para juzgar a *La Estrella de Chile* en un punto de vista literario, contraian por ese mismo hecho el deber de juzgarla con equidad e intelijencia. I sinembargo, aún estas personas han pretendido señalar en la colaboracion de *La Estrella de Chile*, *una nueva escuela literaria*, i se ha calificado su literatura de *literatura ultramontana*, como buscando un pretesto para justificar una guerra que es de todo punto injustificable.

Si hiciéramos la guerra, ni reclamaríamos la benevolencia ni estrañaríamos las hostilidades de nadie. Si creyéramos posible i conveniente llevar a la literatura las denominaciones de la política, con el obligado acompañamiento de sus pasiones e injusticias, nada tendríamos que decir. Por fortuna, no conocemos ni literatura ultramontana, ni literatura galicana, ni literatura conservadora, ni literatura liberal; sino una literatura buena i una literatura mala, segun se aproxime o aparte del ideal de belleza que todos llevamos en el fondo del alma.

Mostrar cómo concebimos ese ideal i cómo *La Estrella de Chile*, proclamándose católica, no ha hecho otra cosa que ajustarse a él, no será talvez tarea ociosa ahora cuando esta Revista entra en el quinto año de su existencia.

II.

Escusado parece decir que los que fundaron esta Revista no la fundaron sin darse ántes una cuenta cabal del objeto que se proponian i de los medios que juzgaban oportunos para conseguir ese objeto. Ellos lo declararon terminantemente en el primer número i han venido repitiéndolo cada vez que la ocasion se ha presentado: querian proporcionar a las familias un honesto i agradable pasatiempo, i a los jóvenes que comienzan a ejecitarse en la carrera de las letras un campo de trabajo en que pudiesen dar los primeros pasos, que son los mas difíciles, guiados por la razon i el buen gusto. Tal fué el doble objeto que se propusieron alcanzar los fundadores de *La Estrella de Chile*, i el que, estimulados por el fruto de sus tareas i el apoyo del público, se proponen continuar persiguiendo en adelante.

Seguros de que el pasado responderá del porvenir, no necesitamos, ni mostrar cómo hemos cumplido con ese programa ni cómo hemos de cumplirlo en lo sucesivo. Pero, si no necesitamos revelar nuestros propósitos ni justificar nuestra conducta despues de cuatro años de publicidad, acaso convenga esplicar a los que no se hubiesen fijado en ello suficientemente, cómo, aun hecha abstraccion de nuestras creencias relijiosas i sin tomar otra cosa en cuenta que nuestros gustos i nuestros deberes literarios, no podíamos adoptar otra senda que aquella en que nos hemos comprometido.

Si a los que han calificado la literatura de *La Es-*

trella de Chile de *literatura ultramontana*, si a los que nos han denunciado como discípulos de *una falsa escuela literaria* les pidiésemos las pruebas de sus asertos, ¿qué pruebas podrian presentarnos? ¿Cómo podrian demostrarnos que por nuestro sendero no se va al ideal de lo bello sino al ideal de lo deforme? ¿Se han dado siquiera, los que esas acusaciones nos dirijen, el trabajo de meditar alguna vez sobre las condiciones necesarias a la produccion de la belleza literaria, i estarian en situacion de demostrarnos que esa produccion no es posible a la sombra de nuestra bandera relijiosa? Si esa demostracion es posible deberia de habérsenos dado, i si no es posible ¿cómo nuestra literatura seria *una literatura ultramontana*, i por qué seria *una falsa escuela* nuestra escuela?

Pero los falsos juicios de que recíprocamente somos víctimas los que no nos conocemos, ni acaso podremos conocernos jamas, de otra suerte que al traves del humo de la batalla eterna del periodismo, son una moneda tan abundante en el mercado, que en verdad no valia la pena de escribir un artículo ni para señalarlos ni siquiera para refutarlos. Mas que refutar el error, lo que importa es proclamar la verdad, i mas oportuno i provechoso nos parece manifestar que sabemos perfectamente lo que hacemos, que esforzarnos en manifestar que hai quienes nos desconozcan o calumnien.

III.

Hemos dicho que, como hombres de letras, vamos en pos del ideal de lo bello i hemos insinuado que no

es posible alcanzar ese ideal, ni siquiera aproximarse a él, por otro camino que por el que hemos adoptado.

I, en efecto, los que hemos tenido siempre por absurda i estéril la teoría del arte por el arte, los que creemos que ni el poeta debe cantar por el solo placer de cantar, ni el novelista urdir sus interesantes ficciones para lucrar algunos escudos, esplotando la curiosidad de un público ocioso i novelero, necesitamos para no desmayar en el trabajo, obedecer a algun mas noble estímulo que al interes i perseguir algun fin mas alto que la satisfaccion de la vanidad propia i de la curiosidad ajena.

No quiere esto decir que se desmoralice el arte i se mutile lo bello para convertirlos en vulgares instrumentos de propaganda. Tales profanadores—que por desgracia abundan—nunca han obtenido un puesto honroso en la república de las letras, ni una abundante cosecha de neófitos. I ello se esplica fácilmente. Sacrificando la belleza, que es, si no el fin último, el objeto directo e inmediato i la condicion necesaria del arte, se despoja a éste de todos aquellos májicos encantos con que sabe insinuarse en los corazones i realizar sus maravillosas conquistas.

Sea cual fuere la creencia, la condicion i el objeto del artista, para merecer este nombre, debe ántes que nada hacer una verdadera obra de arte, es decir crear la belleza, o en otros términos, mostrarnos bajo alguna figura humana, bajo una forma creada un destello de la belleza ideal.

Establecido este principio como punto de partida, se presenta naturalmente la cuestion de saber si el influjo del cristianismo hace difícil o imposible la

creacion de la belleza, o si, al reves, léjos de ese influjo el cultivo del arte se hace mas penoso, como el de una planta trasplantada léjos de su nativo suelo. Casi es escusado digamos en qué sentido ha sido resuelta esa cuestion por los colaboradores de *La Estrella de Chile.* Nosotros creemos que con toda verdad podrian aplicarse al arte aquellas palabras que Tertuliano aplicaba al hombre, diciendo que el arte es *naturalmente cristiano.*

Las pruebas del anterior aserto exijirian un libro; pero en la imposibilidad de escribir el libro i en la necesidad de dar el fundamento de nuestra opinion, indiquemos siquiera algunos de los misteriosos caminos pordonde la Eterna Verdad, que es al mismo tiempo la Suprema Belleza, hace llegar sus celestes rayos hasta el cielo del arte.

IV.

I desde luego la nocion misma que hemos dado del arte ¿no nos está indicando uno de esos misteriosos caminos? ¿Qué es en efecto la belleza, abstraida de la mente que la concibe, de los ojos que la observan del alma toda que la contempla i se la apropia? ¿Quién, en presencia de alguno de esos májicos paisajes que la naturaleza nos ofrece, extasiado delante de un cuadro o de una estátua, arrullado por las armonías de una orquesta, o completamente dominado por la lectura de algun libro interesante, no ha alcanzado a comprender que en tales momentos dejaba de ser un simple testigo, para transformarse en cómplice i en actor, disimulando i

cubriendo los defectos de la realidad con el espléndido ropaje de un ideal eterno, divino i absoluto, infinitamente superior a las mas hermosas realidades de la naturaleza?

Si ese algo, que tantos han pretendido definir en vano, que se llama lo bello, estuviese solo en los objetos del mundo esterior i material, si fuese puramente objetivo ¿no es claro que para descubrirlo solo bastaria tener ojos? ¿No es claro que dondequiera que ese algo indefinible se manifestase i a quienquiera que se manifestase, despertaria el mismo entusiasmo, la misma admiracion, el mismo arrobamiento del alma?

Ahora bien, si eso no sucede, si lo bello no se revela a todos, ni de la misma manera, ni con la misma intensidad, es porque lo bello, no solo está fuera de nosotros, sino tambien dentro de nosotros; es porque si lo bello existe en la naturaleza, tiene mas arriba su asiento i su foco.

Una rosa es bella, sin duda; pero ¿qué es lo que constituye su belleza? Todo i nada al mismo tiempo: algo que se manifiesta en esa flor, algo de que esa flor es símbolo. Rioja vió ese algo al traves de ese símbolo i consagró a la rosa aquella inspirada silva que comienza:

Pura, encendida rosa,
Emula de la llama,
Que sale con el dia
¿Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te da el cielo
Es apénas un breve i veloz vuelo?

¿I quién se atreveria a decir que vé las rosas de la misma manera que Rioja el vulgo de los hombres?

Hai, pues, un ideal de belleza, un prototipo de hermosura que, aunque inperfectamente, se manifiesta en todas partes a sus sacerdotes. Apénas podria citarse algun artista que en las grandes horas de su inspiracion no se haya sentido bajo el influjo de ese ideal, i que bajo su influjo no haya sentido, a la vez que la impotencia del arte mismo para darle una forma humana, la necesidad de acercarse a él cuanto es dable a nuestra limitada intelijencia, i de traducirlo i materializarlo en cuanto es dado a los imperfectos medios de que disponemos.

A ese ideal, siempre presente i siempre esquivo, se referia Miguel Anjel, ese inmortal jénio de la pintura, de la escultura i de la arquitectura en estos versos que tienen la austera sublimidad del Dante como álguien lo ha observado: «Desplegando sus alas para remontarse al cielo dedonde ha descendido, el alma no se detiene en la belleza que seduce los ojos i que es tan engañosa como frájil; sino que trata, en su vuelo sublime, *de alcanzar el principio de lo bello universal.*»

I a esa impotencia del arte para dar una forma sensible al ideal que la mente concibe se referia Lamartine escribiendo: «Lo que hai de mas bello i de mas divino en el corazon del hombre no sale de él jamas; entre lo que se siente i lo que se espresa, hai la misma diferencia que entre el alma humana i las veinticuatro letras del alfabeto.»

Así es como la nocion misma de lo bello nos aleja de la escuela realista, escuela grosera i material, que

corta al jénio sus alas encerrando la imajinacion en una camisa de fuerza; así es todavía como las obras maestras del arte, con que la humanidad se muestra orgullosa a justo título, nos obligan a referir a un eterno e inagotable foco de belleza todas las bellezas naturales o artísticas, como referimos al grande astro del dia todos los rayos luminosos que nos alumbran i calientan.

De ese ideal, de ese prototipo eterno de belleza, podemos decir con relacion a las creaciones artísticas lo que San Juan decia del Verbo, refiriéndose a la creacion divina: *Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil quod factum est.*

I, remontándonos a mayores alturas, ¿quién podria negar la identidad de aquel Verbo divino por quien todas las cosas han sido hechas, principio de la vida i foco de la luz que brilla en medio de las tinieblas, iluminando a todo hombre que viene a este mundo, con ese esquivo ideal que el artista divisa i persigue sin alcanzar jamas, i que es, a la vez que motivo de sus amarguras, condicion necesaria de sus mas gloriosos triunfos?

V.

Pero hai una escuela literaria que rechaza como falso i como peligroso el ideal que acabamos de diseñar i que, siguiendo otros rumbos, nos acusa de sacrificar el arte i lo bello en aras de un misticismo estrecho o a lo ménos en aras de un exajerado espiritualismo. Esa escuela es la escuela realista: es

la escuela que, despues de proclamar *el arte por el arte*, proclama la fotografía por procedimiento i la perfeccion de la forma por ideal.

Esa escuela es una escuela de aberracion i de decadencia: de aberracion, porque la mente apénas concibe formas que no correspondan a una sustancia, i símbolos que no revelen alguna idea; i de decadencia, porque la condicion que constituye las obras maestras del arte i de la literatura, de todos los tiempos i de todos los jéneros, es la irradiacion de la idea al traves de las formas, es la encarnacion de esa idea en un trozo de música, en un cuadro, en un poema, en una oda; es la trasparencia del pensamiento revestido por el jénio de una forma propia para mostrarnos sus íntimos encantos al traves del mármol, de los colores o de los sonidos.

«La idea mas justa i luminosa que sea dado formarse del arte es considerarlo como una palabra, dice un gran pensador contemporáneo. En aquél como en ésta, hai un alma que se muestra, una vision que se refleja, una forma que espresa, un fenómeno interno que se hace sensible hácia fuera. La analojía es perfecta. En un sentido trascendental la palabra i el arte son idénticos; la una i el otro dependen de la misma lei i crean la misma estética. Las mismas causas que corrompen la palabra corrompen el arte, i lo que eleva i purifica a la una jamas puede ser causa de abatimiento i decadencia para el otro. Ahora bien, permitid que os lo recuerde, lo que constituye la esencia, la dignidad i la gloria de la palabra, es ser, ántes que todo, una espresion del pensamiento, es ser siempre i por doquiera la forma trasparente de

la idea. El signo, sin duda, que, en el arte como en la palabra, no puede ser ni suprimido ni desdeñado. Tiene un valor que es siempre relativo a la idea que debe espresar; pero no tiene derecho a constituir el arte, él mismo i para sí mismo, i fuerza es que conserve ante la real majestad del arte su papel de instrumento, de medio, de súbdito. Si el signo en la palabra o en el arte pretende brillar por sí mismo i encerrarse en sí mismo, falta a su objeto i traiciona su destino. Así es que en la palabra i en el arte el peor de todos los abusos es la preocupacion i el rebuscamiento de la forma por la forma sola, como fin, como ideal, como objeto. En ninguna esfera del arte la forma es para sí propia, i cualquiera que por el loco capricho de hacer admirar una forma artística, detiene i fija en ella la mirada del observador, sin dejarle divisar ni adivinar nada mas allá, destruye la primera condicion del arte que es la espresion de la idea. La mayor desgracia que puede acontecer a un orador, como orador, es producir efecto e impresionar al auditorio independientemente de las ideas que espresa, i lo que es cierto de la oratoria no lo es ménos, hablando en jeneral, del arte: todo efecto producido por el único prestijio de la forma es anti-artístico; es el arte *al reves;* es la corrupcion misma del arte.»

Nos parece que seria imposible esplicar con mas verdad i precision el papel que en las producciones artísticas i literarias corresponde desempeñar respectivamente a la idea i a la forma, al espíritu i a la materia. El feliz consorcio de una i otra es el sello de las obras maestras que han atravesado los siglos

excitando la admiracion de las jeneraciones; al paso que el descuido de la forma o la carencia de toda idea en las composiciones de la literatura o del arte, son los dos caminos pordonde se llega a la nebulosa rejion del iluminismo o a las abyecciones del realismo.

Es preciso, pues, huir de esos dos escollos i hacer esfuerzos por dar a las producciones artísticas un alma espiritual vestida con todos los esplendores de la naturaleza; un alma espiritual que le impida caer en el charco del sensualismo, i un cuerpo que le impida evaporarse entre las nubes.

VI.

Penetremos ahora mas al fondo de nuestro asunto, i tratemos de manifestar cómo el cristianismo verdadero, completo i fecundo, es decir el catolicismo, influye directamente sobre la literatura, vivificándola por todos sus poros, elevándola, depurándola, casi divinizándola.

I desde luego ¿cómo olvidar que todo católico es un hombre de fé i que sin fé no hai arte posible? Recórrase con la imajinacion la gloriosa série de las obras maestras del injenio humano, i dígasenos cuál es aquella que no sea la espresion entusiasta, inteligente i acabada de la fé de su autor? La arquitectura debe a la fé i ha consagrado a la fé sus mas grandiosos monumentos; la pintura ha encontrado en la fé sus inmortales tipos de belleza; la música sus mas arrebatadoras armonías; la poesía casi la totalidad

de sus mas inspirados poemas, i hasta las ciencias naturales i exactas sus mas útiles i asombrosos descubrimientos. Solo la fé robusta de Miguel Anjel, este rei de los arquitectos, pudo inspirarle la sublime osadía de levantar a Dios un templo digno de su magnificencia i grandeza, i la fé solo supo sostener su espíritu e iluminar su intelijencia para salir airoso en empresa tan colosal; solo la fé en la Encarnacion del Hijo de Dios en el seno inmaculado de una Vírjen pudo inspirar a Rafael su *Transfiguracion* i a Murillo su *Purísima*. I si Homero no hubiera creido en los dioses, ni Virjilio en los grandes destinos de su nacion i de su raza ¿habria tenido el mundo la *Iliada* i la *Eneida?* ¿I Dante nos habria mostrado el Infierno con sus horrores i el Paraiso con sus delicias, i el Purgatorio con sus tormentos endulzados por la esperanza, si la fé no hubiera depositado ántes en su cerebro i en su corazon esas imájenes grandiosas, terribles o consoladoras de otro mundo al cual solo es posible entrar por la portada de la relijion? I el ilustre marino que al traves de mares ignorados i superando las tormentas del Océano i las tormentas de una tripulacion medrosa i desconfiada, buscaba un nuevo mundo para hallarlo al fin tan rico, tan espléndido i gracioso como en sus ensueños lo divisara, ¿no era guiado por la fé i aguijoneado por el deseo de conquistar almas para su imperio i sostenido por ella en medio de los contrastes, de las decepciones amargas i de las cadenas que manos infames echaron a sus piés?

Sabemos que hai escepciones; pero esas escepciones, escasas por su número i de segundo órden por

su importancia, léjos de destruir la regla jeneral, son mas bien propias para confirmarla. Es verdad que Lucrecio escribió su poema: *De natura rerum;* pero ¿qué es Lucrecio comparado con Virjilio? Es cierto que la Alemania ha tenido en Gœthe un cantor del escepticismo; pero, aparte de que el éxito de los que oponen el escepticismo a la fé se esplica hasta cierto punto por el interes supremo que ésta sabe despertar siempre, ¿seria una temeridad afirmar que bien vale la *Mesiada* un *Fausto?* I en cuanto a Inglaterra, reconociendo i confesando que Byron, por las dotes del corazon i la fantasía, fué un gran poeta ¿quién se atreveria a anteponerlo a *Milton*, al sublime cantor de Satanas, al gracioso cantor del Paraiso?

Sin quitar por lo tanto a nadie la gloria que le pertenezca, reconociendo el talento bajo cualquiera forma que se manifieste, confesando, si es preciso, que hai algo que impone i que seduce en el espectáculo del jenio que trata de buscar un ideal léjos del ideal divino, o que en términos mas exactos, erije su propio yo en ideal, hai que rendirse a la evidencia: la fé es la luz mas segura que guia al artista i al hombre de letras que busca el tipo de lo bello, la mano mas vigorosa que puede sostenerlo en la difícil, larga, i a veces amarga tarea, de fijar ese tipo i de hacerlo sensible por medio de los colores en un cuadro, de los acordes en una pieza de música, o de las palabras en una poesía.

VII.

Pero ni el cristiano es solamente un hombre de fé, ni el cristianismo lleva por este solo cauce al mundo de las letras su savia bienhechora. Si la fé es una direccion segura, una base firme i una regla infalible para el arte, la esperanza cristiana es un aliento, una luz, un iman, que impulsándola hácia arriba, le comunica sus celestes aspiraciones.

La influencia saludable ejercida por la esperanza cristiana sobre el arte es mas fácil de sentirse que de esplicarse.

¿Cómo esplicar ese algo que los artistas cristianos saben poner en torno de la cabeza augusta del Hijo de Dios, ya sea, adolescente apénas, disputando en el templo con los doctores de la lei, ya sea agonizante en la cruz, ya transfigurado en el Tabor, para indicarnos, no solo que dentro de ese cuerpo hai una alma espiritual, sino tambien para irradiar al traves de ese cuerpo los resplandores de la divinidad?

¿De dónde viene, si no viene de la esperanza cristiana, ese sello de inmortalidad que saben grabar los grandes escultores sobre la frente de las estátuas consagradas a perpetuar la memoria de los santos en nuestras iglesias i de los muertos queridos en nuestros cementerios? ¿No es cierto que hai ojos, que, apesar de cerrados, parecen contemplar una vision celeste? ¿No es verdad que hai frentes que parecen iluminadas por una luz divina? ¿Que hai melodias que parecen robadas de los conciertos de los serafines? ¿Que hai arcos, i bóvedas, i ojivas que pa-

recen impacientes por desprenderse de la tierra i subir al cielo, siguiendo el pensamiento del arquitecto que trazó sus líneas i concibió su plan? ¿Que hai himnos que arrebatan a otro mundo por la elevacion del pensamiento, por la sencillez de la forma, por la vehemencia de los afectos i la sublimidad de las aspiraciones?

Sí, es la esperanza cristiana la única esplicacion de estos prodijios. Antes que ella hubiese caido sobre el mundo de los sagrados labios del Mártir del Calvario, ántes que en el mundo hubiese artistas que repitiesen con fé inquebrantable el *credo in vitam œternam* de nuestro símbolo, pudo tallarse en mármol, pintarse en el lienzo, espresarse en versos armoniosos, el tipo perfecto de la belleza humana; pero, si se esceptúa una que otra obra en que es posible percibir los estériles esfuerzos del jénio por encontrar un mas allá, instintivamente adivinado, ese rayo celeste que deja ver la trasparencia del alma i que revela la nobleza de su oríjen i la grandeza de su destino, falta completamente.

VIII.

A las saludables influencias de la fé, a las elevadas aspiraciones de la esperanza, hai que agregar el ardor jeneroso i la fecundidad inagotable que comunican a la literatura i al arte el amor a Jesucristo i el amor a nuestros semejantes, es decir, la caridad cristiana.

Todo cristiano reposa sobre el corazon de Jesu-

cristo. El anhelo de beber a raudales las delicias del amor divino en ese corazon divino, es el secreto del heroismo de los mártires, del celo de los misioneros i de los asombrosos triunfos que los santos obtienen sobre las pasiones mas dominadoras, venciendo todas las flaquezas i contrariando las mas irresistibles pendientes de la naturaleza humana.

Ahora bien, un amor tal no se concibe siquiera, sino como inspirado por un objeto infinitamente amable i, por lo tanto, infinitamente hermoso; porque no se ama con todas las potencias del alma sino aquello que la mente concibe i que la imajinacion contempla como compendio májico de todo lo amable, como tipo acabado de todo lo bello.

¿Quién ignora que si el amor sensual es egoista i desconfiado, el amor puro es jeneroso i espansivo? ¿Quién no sabe cuánto cuesta al que ama con este casto amor guardarlo en el fondo de su corazon sin contar sus inefables dulzuras, sin hacer llegar a los demas hombres, por medio de la palabra, de los colores, de las líneas, de los armoniosos sonidos, sus rayos luminosos i vivificantes? ¡Ah! i cuánto pesa el secreto del amor en el corazon del que sabe amar de esa manera! ¡I cómo va repitiendo por todas partes el nombre del objeto amado! ¡I qué solícito se muestra para publicar los encantos de su belleza por todos los medios posibles!

Supóngase al jenio impulsado irresistiblemente a revelar a los hombres las maravillas de ese ideal, a comunicarle los sentimientos que le enciende i las ideas que le inspira, i se tendrá el oríjen i la esplicacion de muchas obras maestras que, de otra suerte,

serian absolutamente inesplicables. Así se esplica ese algo de sobrehumano i luminoso que los primeros cristianos, apesar de la rudeza de un arte todavía naciente, encontraban el medio de reflejar sobre la frente de sus mártires i al rededor de las cabezas de sus Cristos. Ese es el secreto de los majestuosos monumentos arquitectónicos de la Edad Media, que en la edad moderna no han podido ser ni superados, ni siquiera imitados. ¿Qué cuadros podria pintar hoi, si volviese a la vida, aquel frai Anjélico de Fiésoli que no podia pintar un Cristo crucificado sin que las lágrimas anublasen sus ojos? ¿Qué poemas, a haber cultivado la poesía, nos habrian dejado aquel Francisco de Asis cuyo amor al Padre Celestial lo hacia fraternizar en un mismo himno de alabanzas con la naturaleza toda; aquel otro Francisco que escribia: *¡O amar o morir!* o (para no abandonar este nombre que es como la síntesis de toda caridad) aquel otro Francisco, conquistador de cruz i de breviario, que moria en remotas playas, abrasado por la sed de nuevas conversiones i por el anhelo de descubrir nuevas comarcas i nuevos pueblos que someter a la lei de Jesus esclamando: *¡Amplius! amplius!*

I ese grito, por mas que estrañe la transicion, ¿no es el mismo *¡excelcior! ¡excelcior!* de Longfellow, el poeta contemporáneo del trabajo, de la democracia i de la libertad?

Pero no hai, si se reflexiona, por qué estrañar estas coincidencias: sin caridad, es decir, sin amor a Dios i sin amor al prójimo, toda obra poética considerable es imposible.

Es necesario, de toda necesidad, que el hombre,

para levantarse a sí mismo i para levantar a sus hermanos, se purifique, fortalezca e inspire en el corazon de Jesucristo: es necesario que ántes haya encontrado en ese divino tabernáculo la luz de lo verdadero, el ideal de lo bello i el ardiente foco de la caridad.

I si hubiese quien, haciendo un desdeñoso jesto, nos interrumpiese aquí esclamando: ¡Misticismo! ¡acetismo!; i murmurase a nuestro oido algunos nombres que traen a la memoria, al mismo tiempo que la santidad mas perfecta, la mas completa ausencia de todo sentimiento estético, nuestra contestacion no se haria esperar. «Eso prueba, le diríamos, que, como ya lo hemos observado, hai un abismo entre la concepcion i la espresion; abismo que solo es dado atravesar a las alas del jenio i a cuya orilla nos quedamos, tristes o desesperados, cuantos no hemos recibido de Dios ese magnífico presente.»

Nó: la caridad es la condicion necesaria de todas las grandes obras de la literatura i del arte, pero no es ni la literatura ni el arte; como el fuego que calienta el caldero, oríjen de la fuerza, no es la máquina que se mueve ni suple al maquinista que la dirije.

IX.

Puesto que es preciso concluir, concluyamos justificando, desde el punto de vista literario, el carácter rigorosamente moral, puro i honesto que *La Estrella de Chile* exije en todos los trabajos que publica.

¿No seria esta exijencia un capricho? ¿No habria en ella un anzuelo tirado a los cándidos? ¿Seria temeridad considerarla como un espediente útil para abrir al periódico mas fácilmente las puertas de los hogares? O acaso ¿no estará la causa de esa condicion inadecuada, en el empeño propio de fanáticos i de sectarios, de verlo todo de un mismo color, al traves de un mismo prisma, refiriéndolo a una sola causa i enderezándolo a un idéntico fin?

Pero, si en aquella exijencia no hubiera mas que un capricho, una especulacion o una monomanía de sectario, ella no seria racional i literariamente justificable. Ahora bien, lo contrario es lo que sucede, pues nada es mas fácil que señalar las benéficas influencias de la virtud sobre la literatura i el arte, es decir, sobre la creacion de la belleza.

I desde luego, si en toda obra de injenio, pone el autor una parte de su alma, si ella, mas o ménos directamente, es el necesario reflejo de su espíritu ¿no es claro como la luz que cuanto mas pura, hermosa i elevada sea la mente que imajina, el corazon que siente i la mano que ejecuta, tanto mas natural i fácilmente la obra podrá reunir aquellas preciosas cualidades?

¿Dónde encontrará el menguado acentos dignos de los héroes? ¿Dónde el egoista la dulce voz de la fraternidad humana? ¿Cómo el libertino, de cuerpo i de espíritu gastado, podrá pintarnos en una novela o en una poesía los misterios del amor virjinal, sin profanarlos?—Tanto valdria esperar de un ciego la descripcion de un paisaje o imajinarse que un cerdo pudiese besar una azucena sin mancharla.

Hé ahí, pues, como toda obra de literatura (que es siempre, quiérase o nó, una obra de sinceridad) para ser bella, amable i elevada, tiene forzosamente que ser el reflejo de una alma tambien bella, amable i elevada; i hénos, por consiguiente, justificados cuando, como hombres de letras i nada mas que como hombres de letras, exijimos la moralidad como una condicion i nos la proponemos como un fin de nuestros trabajos literarios.

Por otra parte, toda nobleza obliga i no hai gran poder que no implique una gran responsabilidad. ¿I qué nobleza mas ilustre que las de las letras? ¿I qué poder mas grande, en el espacio i en el tiempo, que el que puede ejercer el talento por medio de la literatura i del arte?

Ahora bien ¿es racional, es concebible siquiera, que Dios haya prodigado a algunos hombres sus mas ricos dones sin imponerles en cambio nobles deberes i sin investirlos por ese mismo hecho de alguna mision de progreso?—Tal hipótesis seria absurda.

Hai por lo tanto que convenir en que la literatura, para corresponder a su fin, i el hombre de letras, para desempeñar su elevada mision, tienen que ser eminentemente civilizadores o, lo que es lo mismo, eminentemente moralizadores. El sol de lo bello en el mundo moral debe desempeñar el papel que Dios le señaló en el mecanismo de las intelijencias, como el grande astro luminoso que sirve de centro al mundo planetario desempeña su papel sobre los séres de la creacion material; haciéndolos, no solo jerminar, florecer i fructificar, sino tambien crecer i levantarse. La belleza literaria debe ser así: solaz del espíritu,

recreo de la intelijencia, alegría del corazon; pero debe ser todavía algo mas: debe ser, para el espíritu, luz al mismo tiempo que solaz; para la intelijencia, verdad al mismo tiempo que recreo; i para el corazon, pureza, virtud i preservativo al mismo tiempo que alegría.

¡Bendito el arte i bendita la literatura que, ajustándose en sus producciones al ideal que acabamos de diseñar, sepan mostrarse dignos de su oríjen casi divino i a la altura de su mision civilizadora! ¡Benditos los hombres de arte i los hombres de letras que, favorecidos por Dios de la facultad de describir al traves de todas las bellezas visibles, imperfectas i creadas, la belleza invisible, absoluta i eterna, sepan corresponder a un don tan alto, mostrando a la humanidad ese ideal en obras propias para hacer a los hombres mas ilustrados, mas virtuosos i mas felices, es decir, mas semejantes al Creador!

GUILLERMO TELL,

ESCRITO EN ALEMAN POR FEDERICO SCHILLER, TRADUCIDO AL CASTELLANO POR M. A. MATTA.

(*El Independiente*—15 de marzo de 1865.)

Aun cuando ha llegado a hacerse ya proverbial en Chile la fria indiferencia con que el público acoje los libros que da a luz la prensa nacional, máxime cuando el autor no es estranjero, no por eso nuestros hombres estudiosos desmayan, que ántes por el contrario parece que cada vez cobran nuevos brios para proseguir en el noble empeño de estimular a los lectores, ya que éstos, en vez de estimular al escritor necesitan ser por él estimulados.

Los dos meses que van corridos del presente año han visto aparecer algunos notables trabajos, todos los cuales, o han sido ya apreciados en las columnas de *El Independiente*, o lo serán en lo sucesivo.

Entre esos trabajos, el que da materia a este artículo ocupa un lugar distinguido.

Antes de emitir sobre él nuestro humilde juicio, séanos lícito hacer una advertencia, que creemos indispensable para ponernos a salvo del cargo de osados que con justicia podria hacernos álguien.

No es nuestro ánimo escribir un juicio crítico del grandioso drama que la laboriosidad del señor Matta ha puesto a nuestro alcance. I la causa es bien sencilla: el nombre de Schiller nos intimida.

Para atreverse a un jigante es necesario tener como David la conciencia de sus fuerzas, o como Zoilo la ceguedad de su presuncion, i ámbas cosas nos faltan. A otros cumple examinar la lejitimidad de los títulos que llevaron al gran poeta wurtembergués al pedestal en que lo han colocado sus compatriotas; nosotros nos contentaremos con admirarlo desde una distancia respetuosa.

Ni aun sobre la version que ha hecho de la obra el señor Matta queremos hacer una verdadera crítica. Nuestro propósito se reduce únicamente a trasmitir al lector la impresion que nos ha causado su lectura: a darle cuenta del nuevo libro que acaba de salir a luz.

Nada hai, por lo demas, tan agradable como esta tarea en la ocasion presente. Para Chile, pueblo varonil i jóven, llamado ayer no mas por la Providencia a ocupar un asiento modesto, pero honroso, en el banquete de las naciones, los cuadros que *Guillermo Tell* presenta en cada una de sus pájinas no pueden ménos de ofrecer un interes vivísimo.

Hai, en efecto, en las montañas nevadas de la libre

Helvecia, en los personajes que aparecen en la escena, en sus sencillas costumbres, en su indomable enerjía por sostener la causa de la independencia, en sus palabras, en sus actos, en sus propósitos, algo como un eco, como una sombra, casi diríamos como un retrato de nuestra misma patria.

Si no nos engañamos, esta semejanza, vaga a veces, i a veces tambien notabilísima, es uno de los mayores atractivos que tiene el *Guillermo Tell* para el lector chileno i la causa del secreto placer con que se recorren sus pájinas, en ocasiones con entusiasmo, pero siempre con agradable interes.

El amor a la independencia es todo en el drama de Schiller. Ante la grandiosa empresa de sacudir el yugo estranjero, hasta los personajes mas elevados desaparecen. El mismo Guillermo, el héroe del poema, tan valiente, noble i jeneroso, apénas si logra fijar nuestra atencion como el primero de aquel pueblo que ha jurado morir ántes que continuar bajo la odiosa tiranía de los procónsules austriacos.

De aquí proviene que todo en el drama respire la grandeza austera de un poema épico.

Casi todas las escenas tienen lugar al aire libre, en medio de la espléndida naturaleza de la Suiza, a orilla de sus lagos, al pié de sus montañas, sobre las peñas de sus ventisqueros, al borde de sus espumosos torrentes. Las costumbres son patriarcales, el lenguaje grave o sencillo segun los casos, pero siempre propio i natural. I sinembargo ¡cuánto patriotismo en medio de esa sencillez i rudeza! cuánto valor en el combate! cuánta jenerosidad despues de la victoria! cuánto que admirar i que imitar no halla el

lector amante de su pais i de su libertad en la obra del gran poeta aleman!

Estas pocas palabras manifestarán el servicio que puede prestar al pais la traduccion del señor Matta. Difícilmente habria podido elejirse de entre las innumerables joyas en que abunda la literatura europea, una mas adecuada i digna del pueblo chileno.

Guillermo Tell, su empresa, sus amigos, sus ideas, pueden ser amados, admirados e imitados por nosotros sin temor alguno. I ¡cuán pocas son desgraciadamente las piezas dramáticas que reunen tales condiciones! ¡Cuán pocas aquéllas en que no vemos levantado hasta las nubes el poder absoluto de los reyes, puesta su persona mas alto que la lei i que el honor de sus súbditos, condenado i escarnecido lo que mas amamos—la democracia; i ensalzado i casi adorado aquello de que estamos mas léjos—la monarquía!

En este sentido, el señor Matta ha dado un ejemplo digno de ser imitado por nuestra juventud estudiosa. Si no nos es dable tener una literatura propia, que, a lo ménos, tratemos de apropiarnos aquellas obras que estén mas en armonía con nuestras instituciones políticas i sociales: que en los libros i en el teatro hallen las virtudes cívicas un estímulo, nuestras creencias un apoyo, i la libertad su corona. Así todo coadyuvará al mismo fin, i el escritor, no solo servirá a las letras i a su gloria, sino tambien a su patria i a las ideas que forman su credo político.

El acierto, pues, en la eleccion es a nuestro juicio talvez el principal mérito del trabajo de que nos ocupamos; i decimos *talvez*, porque consideramos

grande tambien el de la paciencia que habrá necesitado el señor Matta para traducir una obra de tan largo aliento.

Los que alguna vez hayan intentado traducir a verso castellano alguna composicion, por pequeña que sea, de los poetas alemanes, solo podrán darse cuenta del árduo i enfadoso trabajo, de las dificultades de todo jénero, de los impulsos que a cada momento vienen de dejar la tarea en mitad del camino, en fin, de los escollos a veces insuperables que se ofrecen, cuando se quiere interpretar fielmente el pensamiento del autor i sujetarse en la traduccion a las reglas de la métrica i a las exijencias del buen gusto.

Quien tenga una idea de esas dificultades admirará, estamos ciertos, la perseverancia del señor Matta, i se sentirá dispuesto a tributarle mas de un elojio por la manera como ha dado cima a su trabajo.

Efectivamente, aun cuando en jeneral los versos carecen de armonía, i el lenguaje de aquel no sé qué que distingue el verso de la prosa, faltas inevitables en quien, como creemos lo habrá hecho el señor Matta, cuando es preciso optar entre la armonía de la estrofa i la fidelidad de la traduccion, no vacila en sacrificar aquella a ésta; sin embargo, hai mas de un pasaje que pudiera citarse en prueba de que a veces en *Guillermo Tell* se ven reunidas la fidelidad de la version con la armonía i poético jiro del buen verso castellano.

Como, en asuntos que se juzgan mas bien por sensacion que por raciocinio, los pareceres suelen andar mui divididos, vamos a citar aquí, para someter a la

aprobacion del lector ilustrado, algunos ejemplos que a nuestro entender servirán para apoyar el juicio que acabamos de emitir.

Hé aquí algunos versos que nos parecen dignos de citarse, como prueba de que no siempre la armonía i la espresion poética se muestran esquivas al traductor de Schiller. En la escena cuarta del acto primero, al saber Melchthal que han barrenado los ojos a su padre, esclama:

Ved, tengo mis dos ojos, i ¡ai! ninguno
Al padre puedo dar, ni una centella
Del mar de luz que espléndido se agolpa
A mi vista.....

I despues el mismo personaje i en la misma escena:

¿Ya qué sufrir nos queda
Si no están en sus órbitas los ojos
Seguros? ¿Para qué de hacha i ballesta
El manejo, cobardes, aprendimos?
¿Los únicos seremos que no tengan
Con qué, desesperados, defenderse?
Cansado, el ciervo, se detiene i muestra
Sus formidables astas a la jauria:
Astuto el gamo, a precipicio lleva
Al cazador; i el buei, el buei sumiso,
Compañero del hombre, que su enhiesta
Cerviz encorba el fatigoso yugo,
Si lo irritan, sus cuernos hinca en tierra,
Escarba, brama, salta i a las nubes
Arroja a su enemigo.

Hé aquí todavía otra esclamacion del mismo personaje con que termina el acto primero:

.....¡Pobre padre ciego!
De libertad el dia, cuando venga
No lo verás, mas llegará a tu oido!
Cuando de monte en monte resplandezcan
Las señales de fuego i hechas trizas
Caigan de los tiranos las almenas
Respetoso irá el suizo a tu cabaña
Para llevarte la gozosa nueva....!

Véase ahora una muestra de cómo maneja la silva el señor Matta:

.....

Nó, con nuestros esfuerzos afanosos,
Este suelo creamos
I el viejo bosque, madriguera de osos,
En viviendas de hombres trasformamos;
Del dragon la ralea venenosa
Que del cieno salia
Nosotros destruimos,
I la niebla perenne i tenebrosa
Que los campos cubria;
Los peñascos abrimos
Dando, sobre el abismo, al peregrino
Un cómodo camino:
Mil años de trabajo al sol i al hielo
Nuestro hacen este suelo.
¿I forjaria el vil esclavo estraño
Oprobiosas cadenas
En nuestra propia tierra i nuestro daño?
¿Remedio no hai para tamañas penas?

Vamos ahora a hacer algunas citas que mostrarán que, en ocasiones, el traductor ha tenido que sacrificar la armonía i hasta la naturaleza misma del metro a la fidelidad de la version.

Esto acontece con frecuencia al señor Matta en los diálogos en que un mismo verso se halla dividido entre dos o mas interlocutores.

Vea el lector si nos engañamos por las siguientes muestras:

Melch. Yo me voi i haya lo que hubiere!
Furts. *Aguarde*
Solo hasta que nos lleguen otras nuevas.

Difícil es, uniendo *aguarde* con la línea anterior, reconocer la cadencia del verso endecasílabo.

Stauff. .....La destreza.
De su yerno salvólo i escondido
Le tengo en Stein; i cosas mas horrendas
Aun me dijo de Sarnen, etc.

Talvez dependa de que no sabemos pronunciar como en aleman la palabra *Stein*; pero es lo cierto que el segundo de los versos citados se leeria por la jeneralidad de los que hablan castellano como si tuviese trece sílabas i no once como lo pedia el metro.

Furts. ¿Diga qué hai?
Stauff. *En Melchthal vive un buen hombre*
A quien en el lugar todos respetan,
Enrique de Halden.
Furts. *Sí: bien ¿qué es lo que hubo?*

No creemos que las dos líneas que hemos subrayado puedan formar verso, unidas a las anteriores.

Los versos prosáicos no son raros tampoco en la traduccion de *Guillermo Tell.* A continuacion copiamos algunos que creemos adolecen de este defecto:

Engríase el que no tenga para nadie
Obligaciones que le liguen; pero
La honradez se produce en toda clase.

Oidme compatriotas,
Si Dios mi corazon no inspira en valde!
La representacion del pais todo
Somos aquí i a un pueblo entero iguales.

Por eso los terrenos que ganaban
A los desiertos, nuestros padres daban
Al emperador, cuya
Autoridad, abarca soberana, etc.

Ud., por sus deberes i por su nacimiento,
Su firme i fiel apoyo, retírase traidor;
I a remacharle ayuda cadenas i tormentos;
¡Oh! mas que el enemigo, me ofende Ud., señor!

Talvez en el último i primero de estos cuatro versos sea el uso del *Ud.* lo que nos los hace considerar como defectuosos. Nunca hemos podido mirar con buenos ojos, en composicion poética de ningun jénero, a este escabroso pronombre. Al señor Matta parece que no le acontece así i lo emplea siempre que las circunstancias lo piden.

Bien podríamos multiplicar estas citas; pero no lo

haremos, como no lo hicimos con las primeras, porque las copiadas bastarán, lo esperamos, para dar una idea de la manera como ha desempeñado su árdua tarea el señor don Manuel A. Matta.

Dos palabras mas i concluimos.

Si el trabajo de que nos ocupamos no está destinado a halagar el oido de los aficionados, con versos armoniosos, fáciles i sonoros, él puede ser un estímulo para que nuestros jóvenes vates salgan alguna vez del vicioso círculo en que van a buscar temas para sus poesías, i emprendan obras en que haya algo mas que agradables sonidos.

Un pueblo serio i de robusta vida, como el chileno, puede dispensar la falta de armonía; pero nunca la falta de ideas elevadas, útiles i patrióticas.

Tal es la razon porque, apesar de los defectos que dejamos apuntados, nos atreveríamos a augurar, sin miedo de que el tiempo venga a desmentirnos, mas larga vida a la traduccion del señor Matta, que a muchas de las composiciones que ven diariamente la luz de la publicidad, melodiosas como el canto de las aves, pero tambien, como el canto de las aves, insustanciales i fugaces.

Polonio pregunta al príncipe Hamlet en la famosa trajedia de Shakspeare que lleva ese nombre: «¿Qué estás leyendo?» Hamlet contesta: «Palabras! palabras!! i nada mas que palabras!!!»

El señor Matta debe estar satisfecho de haber vertido al castellano una obra a la cual no podria aplicarse con justicia esa contestacion, que tan amenudo, en la época presente, se viene a los labios del lector al doblar la última hoja de muchos libros.

APUNTES

SOBRE LA POESIA INDIJENA DE AMERICA.

(*La Estrella de Chile*—16 de febrero de 1868.)

I.

Escusado parece que comencemos este artículo declarando que solo nos proponemos hacer en él algunos lijeros apuntes sobre un asunto, que para ser tratado medianamente siquiera, exijiria largos i prolijos estudios sobre la historia de los primitivos pobladores del continente americano. Para determinar con alguna exactitud el grado de cultura i de perfeccion que alcanzaban los aboríjenes del Nuevo Mundo cuando los súbditos de Isabel llegaron a sus playas, seria preciso examinar una a una las pocas

pero preciosas pájinas de los antiguos anales americanos, que escaparon por fortuna del espíritu destructor de los primitivos conquistadores; seria preciso recorrer una a una las melancólicas ruinas de una infelicísima raza, para ir cojiendo de entre ellas las florecillas que salvaron como por milagro, bajo la planta de los soldados en los campos en que corrió la sangre indíjena mezclada con la sangre española.

¡Desventurados pueblos, dueños de la mas bella, de la mas rica, de la mas grandiosa parte de la tierra, i condenados a perecer en los albores de su vida, al filo de la espada o al rigor de penosísimos trabajos! El esterminio fué tan desapiadado como irreparable. ¡Las mismas manos que habian ultimado a vuestros príncipes i guerreros, que habian puesto a un emperador de Méjico en la parrilla, a una Anacoana en la horca, a un Inca bajo el garrote de bárbaros sayones, i aun Caupolican sobre la punta de una lanza, fueron las mismas que, destruyendo a fuego i hierro todos los monumentos de la ciencia i del arte, os privaron para siempre de la gloria póstuma que la historia os habria discernido para castigo de vuestros verdugos!

Parece en verdad que los feroces corazones de los conquistadores castellanos hubiesen sentido bajo sus armaduras de hierro i en medio del éxito asombroso de sus aventuradas empresas, algo como un vago instinto de la iniquidad de su conducta, i que, al destruir todos los monumentos de la primitiva civilizacion americana, comprendian mui bien que destruian la única escala por donde la posteridad hubie-

ra podido subir hasta ellos para juzgarlos en presencia de sus víctimas.

¡Cuán cuesta arriba no se hace de otra parte el estudio de las historias que nos refieren el sangriento i casi súbito esterminio de tantos pueblos jóvenes, sencillos i robustos! ¿Cómo tener la paciencia i la calma necesarias para deslizarse hasta el último eslabon por aquella cadena de iniquidades, de fraudes, de traiciones, de asesinatos i de martirios, viendo siempre el triunfo de la perfidia i de la fuerza, i cubiertos con el sagrado manto de la relijion, i coronados por la auréola de la gloria, i decorados con el título de héroes i de apóstoles, a grandes criminales acreedores cien veces al último suplicio?

Por nuestra parte confesamos injénuamente que jamas hemos podido seguir hasta el fin ninguna de las historias que nos refieren la conquista de Méjico, del Perú o de Chile. Esa lectura, que seria de suyo penosa por el hecho de mostrar siempre la injusticia triunfante, llega a hacerse insoportable desde que en ella no se encuentra siquiera el consuelo de la justicia de la historia; desde que los escritores, haciéndose cortesanos póstumos de la fortuna, continúan presentando a los ojos del público i especialmente de la juventud, como grandes tipos de heroismo, de abnegacion i de virtud, a insignes malvados.

Supongamos si no que algunos de los mas famosos salteadores que han infestado los caminos se hubiesen encontrado en las circunstancias de Cortés o de Pizarro i veamos si en vez de creerlos dignos de la horca, no los veriamos hoi incensados sobre el pedestal de la gloria.

Si no fuera por miedo de alejarnos del punto que tenemos en mira, procuraríamos desenvolver este juicio que nos han merecido siempre los conquistadores españoles i demostrar cuán peligroso es violentar los jenerosos i nobles sentimientos de los niños, haciéndolos llamar grandes hombres i héroes insignes a personajes manchados por los crímenes mas atroces. Así se preparan para la vida pública esas jeneraciones que mas tarde no tendrán vergüenza de aplaudir los felices atentados de los poderosos i el éxito del maquiavelismo. Así, mui pronto, como lo hemos leido en alguna parte, será preciso agregar un nuevo personaje a la fábula del Lobo i de la Oveja—un Mono presenciando la escena i aplaudiendo.

Por ahora, bástenos establecer que en nada disminuye la fealdad de la fisonomía moral de los conquistadores españoles el hecho de haber traido a América la relijion católica i el de haber procurado propagarla por todos los medios posibles. ¿Qué otra relijion en efecto habian de traer sino la que profesaban? ¿I qué mérito suyo era consagrar al culto una parte de los despojos arrebatados a los indios, cuando es seguro que en las prisiones de España no se habria encontrado en aquella fecha un solo criminal que no hubiera hecho otro tanto con el dinero ajeno? Los conquistadores españoles, dedicando templos a Jesucristo i a María ¿obedecian por ventura a un móvil distinto del que impulsaba al mas humilde ratero, a la mas despreciable mujerzuela de la época, a prender una vela todas las noches ante un Crucifijo o una estampa de San Antonio?

Sabemos mui bien que no se puede medir a los hombres del siglo XVI, con el criterio del siglo XIX; pero siempre i en todas partes han imperado las leyes naturales, condensadas en los preceptos del Decálogo: siempre la crueldad ha sido una mengua en los valientes; la perfidia i el fraude despreciables, i el robo un acto indigno.

Dejemos, sinembargo, este asunto, al cual nos ha traido la necesidad de señalar la causa del escaso material con que contará siempre el que desee escribir sobre la primitiva civilizacion de la América, en cualquiera de sus faces, especialmente quien, como nosotros, fije su vista en los dominios de la poesía indíjena del continente.

¡Cuántos abundantes manantiales de sentimientos elevados i puros no correrian hasta hoi para nuestro deleite, impregnados del suave aroma de una civilizacion naciente, si los conquistadores no los hubieran cegado para siempre! La tierra americana, que hasta hoi conserva toda la espléndida magnificencia con que salió de las manos de Dios, es un templo grandioso del cual solo el gran sacerdote ha desaparecido, llevándose consigo el libro de sus cantos sagrados.

La poesía, esta flor que brota siempre en el corazon de los pueblos jóvenes, que crece al calor de las rosadas ilusiones de la adolescencia, que toma los colores de la naturaleza en que nace, sus acentos de los ruidos que forman las aves, las cascadas i los bosques movidos por el viento; ¡cuán bella i majestuosa no se ostentaria entre los primitivos pobladores de América, de este gran mundo que conservaba aun intacto el sello de la mano de Dios!

Nosotros, hombres nacidos en medio de una civilizacion que se empeña en reformar la naturaleza, en contrariarla i en vencerla, apénas si podemos imajinar siquiera las impresiones que esperimentaria el alma vírjen i robusta de los aboríjenes a la vista de cataratas como la del Niágara o del Tequendama, de volcanes como el Popocatepetl o el Masaya, de lagos como el Titicaca o el Ontario, de montes como el Chimborazo o el Tupungato, de selvas como las que cubrian casi todos los paises americanos.

Suponer que hombres colocados en teatros tan espléndidamente decorados hubieran vivido mudos i frios, ajenos a ese entusiasmo del alma i a esa plenitud del corazon, que son dondequiera que existan seres racionales, la inagotable fuente de la mas encantadora poesía, es un absurdo igual a suponer, que el sol de los trópicos no produzca vejetacion exuberante i frutas esquisitas, que los mares, los lagos i los rios de América no hubieran contenido variedad infinita de peces, i las inmensas selvas no hubieran servido de morada a multitud de aves de hermosos plumajes i cantos suavísimos.

La poesía es tan natural al hombre como el nadar a los peces i el volar a las aves. Dondequiera que descubre en torno suyo algo que amar o que admirar, la poesía nace fatalmente del fondo del alma, formándose en cantos mas o ménos simétricos i delicados, pero siempre hermosos i robustos.

Desde el groelandés que canta las delicias de su hogar de nieve i sus luchas con los osos blancos en las latitudes polares, hasta el árabe que refiere en los

oásis de sus desiertos abrasados, los estragos de su espada, las glorias de su tribu, la rabia de sus celos o las delicias de su amor; desde las montañas cubiertas de bruma en que resuenan las melodías del ciego de Morven, hasta los paises donde florece el loto, en todas partes la poesía aparece, como el sol, dando calor i vida, o, como la luna, sirviendo de confidente suave i melancólica a los sentimientos del alma.

Siendo esto así, si es cierto que la poesía en los pueblos nacientes es como la sonrisa en los niños, la primera manifestacion del alma humana ¿cómo poner en duda que sociedades tan adelantadas i cultas como las que formaban los imperios de Motezuma i Atahualpa, donde las artes útiles para la vida, donde las ciencias mismas i la organizacion política i civil habian alcanzado un notable desarrollo, cómo dudar, repetimos, que en tales sociedades no existiese la poesía, esta compañera inseparable aun de las tribus mas bárbaras e incultas?

Si la magnificencia de las cortes de Méjico i del Cuzco, si las conquistas dilatadísimas de los ejércitos peruanos i aztecas, si la fé viva i la relijiosidad de aquellos pueblos, debieron servir de tema a las composiciones de los poetas indíjenas i ofrecer un vasto material a su jenio, no debieron ser ménos favorecidos por la perfeccion i adelanto del idioma en que componian. Sabido es el grado de armonía i riqueza a que habia llegado la lengua de los antiguos mejicanos, i hoi mismo puede el viajero admirar la suave cadencia de la lengua quichua en las sierras del Perú i del Ecuador.

Nada tiene, pues, de estraño que los historiadores españoles den testimonio de la existencia de poetas i de poemas en casi todas las comarcas que descubrieron i conquistaron. Lo que sí sorprende es su incomparable desidia para consignar esas poesías; lo que admira i contrista es contemplar los escasísimos fragmentos que de ellas han llegado hasta nosotros.

Los historiadores que hablan de los *avaricos* o poetas peruanos, no nos han trasmitido ni una pequeña muestra de sus inspiraciones, i el Inca Garcilaso, bastante digno de fé en lo que atañe a las costumbres de los indios, asegura que en la corte del Cuzco la representacion de las farsas dramáticas era una de las principales diversiones de la mas alta sociedad.

En cuanto a Méjico, las odas, atribuidas a Nezahualcoyotl, que se han salvado de la universal ruina, demuestran evidentemente que aquella poesía, no solo habia alcanzado un alto grado de perfeccion, sino que talvez no seria difícil descubrir en ella algunos síntomas de decadencia.

Fuera de Méjico i del Perú, no podrian citarse de otros paises americanos mas que algunas imperfectas i brevísimas muestras, solo dignas de atencion en cuanto ellas revelan, por una parte, cuán abundante seria la poesía indíjena, cuando encontramos muestras de ella hasta entre los feroces pehuenches; i, por otra, atestiguan indirectamente el inmenso valor de lo que se perdió para siempre con la ruina de los imperios de Méjico i del Perú.

Antes de poner término a estas observaciones jenerales sobre la poesía indíjena de América, con-

vendria talvez averiguar el valor que tiene la esperanza que muchos abrigan de ver reemplazada aquella perdida literatura por otra no ménos orijinal i propia del continente americano.

¿Es probable que esa consoladora esperanza se realice? ¿Podrá este continente, descubierto, conquistado i poblado por europeos, constituido política, civil i relijiosamente segun las ideas de los conquistadores; que habla su idioma, que conserva sus costumbres i leyes; que es europeo hasta en sus modas, sus preocupaciones i sus vicios, podrá, repetimos, bajo tales condiciones formarse una literatura orijinal i propia?—Nos parece imposible.

Lo probable, lo seguro es que, perdido el gusto por la orijinalidad con la contínua imitacion, seguiremos a remolque de la Europa, cifrando nuestro empeño, no en ser orijinales, sino en ser hábiles i perfectos imitadores.

A nuestro juicio es tan difícil que alguna vez logremos ser orijinales, i dar un color propio a la literatura de América, como es difícil que vuelvan algun dia los pobladores de Méjico o de Lima a vestirse con plumas, a la usanza de los primitivos habitantes.

Muchos hai que erradamente están creyendo que llegará alguna vez a suceder lo que conceptuamos imposible, porque se imajinan que para tener una poesía orijinal bastaria que el poeta americano observase la naturaleza en que vive i la cantara. ¡Como si la orijinalidad de la poesía no estuviera mas que en el objeto de los cantos, en el alma misma del poeta! ¿Qué importa que un escritor formado en la escuela de la imitacion europea ponga a los héroes de

sus poemas nombres americanos i describa con mas o ménos veracidad la naturaleza de América, si las maneras i el estilo son esclusivamente europeos?

¿Quién no ha tomado en sus manos algunas de las muchas novelas en que G. Aimard pinta las costumbres americanas? I ¿quién puede creer que tales novelas no sean pura i simplemente novelas europeas i de la peor especie?

Verdad que un escritor chileno no habria hecho jamas saludarse a dos personajes de Santiago con la frase: *¡Dios proteja a Chile!* que si mal no recordamos, hemos leido en una de las novelas de Aimard, titulada *Le grand Chef des Aucaes.* Verdad que ningun escritor que respetase un poco a sus lectores se atreveria, como el mismo novelista en los *Cazadores de abejas*, a poner en boca de los indios del norte de Méjico una estrofa que cita don Luis de la Cruz en su descripcion del territorio de los pehuenches; pero aun en el caso de que puedan evitarse errores tan groseros, jamas podrá el escritor emanciparse completamente del estilo, de las ideas i del gusto literario formados en la contínua lectura de los autores europeos.

II.

ANTIGUA POESÍA QUICHUA.

Si tuviéramos los conocimientos necesarios, comenzaríamos dando una idea de lo que fué en un tiempo i de lo que es hoi la lengua quichua: i segui-

ríamos las vicisitudes por que ha ido pasando, a la par de los que lo hablaban, ese interesante idioma, uno de los mas ricos i melodiosos de la tierra.

De todas maneras puede darse por punto averiguado que la lengua que hablaban los incas llegaba al apojeo de su perfeccion cuando el imperio fué destruido por los conquistadores españoles, i que desde entónces acá se ha ido corrompiendo mas i mas, miéntras mas estrecho ha sido el contacto de la raza indíjena con la española, i miéntras mayor ha ido siendo la miseria i envilecimiento de aquélla. Así es digno de notarse que los indios peruanos que viven en relaciones frecuentes con los que hablan el español, no comprenden ya el idioma de los que, viviendo en comarcas mas apartadas, han conservado bastante bien la lengua primitiva.

De la confusa mezcla que se ha hecho de los jiros i palabras del español i del quichua, no ménos que de la aficion que desde mucho tiempo atras han tenido los criollos del Perú a este idioma, versificando e introduciendo en él la rima consonante i aun la asonante, completamente desconocida ántes de la conquista, procede la dificultad de determinar entre la multitud de composiciones quichuas, cuáles sean las realmente antiguas e indíjenas.

Aunque es mui comun la opinion que asigna como un carácter distintivo a la poesía quichua un sentimentalismo constante i exajerado, no es difícil descubrir que tal juicio toma erradamente por base la literatura del Perú indíjena tal como ella se ha manifestado despues de la conquista, i nó tal cual debió ser bajo el cetro feliz i glorioso de los antiguos in-

cas. No hai, a lo ménos, razon de algun valor para suponer que los poetas peruanos de aquella época solo se ejercitasen en la poesía erótica, que es la única cultivada al presente. Por el contrario, tenemos para creer lo contrario el testimonio ya citado del historiador Garcilaso, i la única muestra de poesía lírica que se ha conservado de una época indisputablemente anterior a la conquista, no pertenece al jénero de los *tristes o yaravíes* modernos.

Lo natural, pues, es suponer que la antigua poesía quichua abundaba en composiciones de los jéneros mas variados, i que, si el amor tuvo, como en todos tiempos i paises, inspirados cantores bajo el reinado de los hijos de Manco, no faltaron tampoco himnos sagrados que ensalzasen la grandeza del Padre Sol, ni cantos bélicos para empujar a los soldados hácia el enemigo o encomiar sus heróicos hechos cuando volvian desde Quito o desde Chile cubiertos de gloria i de despojos.

Empero, cuando hubo sonado la última hora de vida para aquel poderoso imperio; cuando los descendientes de los godos destruyeron en pocos años aquella civilizacion orijinal i adelantada; cuando, junto con su poder, perdieron los peruanos su independencia, su relijion i hasta su dignidad de hombres hechos a la imájen de Dios, toda la actividad que aun yacia en el fondo de aquella raza infortunada se concentró en el corazon para llorar, a toda hora i desde la cuna hasta el sepulcro, las pasadas glorias comparadas con las presentes i futuras miserias.

Despues de la conquista, ni era fácil que los indios tuviesen inspiraciones que no fuesen inspiraciones de

dolor, ni los españoles habrian tolerado jamas la osadía del que hubiese intentado cantar las hazañas, las glorias, las grandezas, algo, en fin, que no fuese el abatimiento i la ruina de los enemigos de Cristo, de los idólatras adoradores del Sol. Testigo de ello Jacinto Collahuazo, ilustre indio, hijo de Imbabura, en el Ecuador, que, por haber escrito una interesante historia, fué maltratado i reducido a prision despues de haber visto quemar su libro en la plaza pública para escarmiento de sus hermanos i como justo castigo «*por haberse metido en cosas que no convenian a un indio.*»

Así se esplica, no solo la muerte de la poesía quichua, sino tambien la pérdida de las antiguas composiciones. Es probable que los que castigaban tan severamente a los autores no se mostrasen mas induljentes con los recitadores; i que así, aun los cantos mas populares, fueran poco a poco cayendo en el olvido.

Acaso esta pérdida es irreparable. ¿Por qué no hemos de decirlo con franqueza? ella lo será por completo si los hombres civilizados que hoi habitan el privilejiado suelo del Perú, entre los cuales hai tan escojidos injenios i tan recomendables poetas, continúan como hasta aquí, presenciando la ruina i esterminio de los antiguos señores del territorio sin apresurarse a recojer las últimas chispas que aun se conservan esparcidas por las sierras i los valles del interior, i que talvez unidas podrian servir para dar una idea del fanal que en un tiempo brillaba sin rival en el nuevo mundo del Sur.

Entre tanto i miéntras no se recojan esos mate-

riales, ya próximos a perderse para siempre, hemos de contentarnos con inducciones mas o ménos fundadas i que, si como creemos, bastan para llevar a la mente el convencimiento de que la literatura quichua poseyó en un tiempo joyas de gran valor, no pueden bastar para volver a la vida aquellos monumentos del jenio americano, ni para dar una idea de sus mérito i carácter.

La composicion conservada por el inca Garcilaso es, en efecto, tan breve i tan sencilla, que apénas tiene mas mérito que el de su antigüedad indisputable. Ella no es del jénero amatorio, como hemos tenido ya ocasion de notarlo. Se reduce a una deprecacion al númen de las lluvias, precedida de una alusion a la mitolojía peruana. Vamos a copiarla en seguida poniendo el texto *quichua* al lado de la traduccion española.

Cumac Ñusta	Tu cantarillo
Torallaym	Tu hermano quiebra;
Puñuy quita	Por eso el cielo
Paquir cayan	¡Oh! Vírjen bella!
Hina mántara	Rayos despide,
Cunuñunum	Relampaguea,
Illapantac	I el aire umbrío
Camri Ñusta	Tremendo truena.
Unuy quita	Tú, puras aguas
Para munqui	En lluvias bellas
Mai ñumpire	Nos da i granizo,
Chichi munqui,	Tú, real doncella;
Riti munqui;	Que el Dios del cielo,
Pacharúrac,	Que hizo la tierra,

Pachacámac,	I ese que vida
Viracocha	Dióles eterna,
Cai hinápac	I Viracocha
Churasunqui	De alta grandeza,
Camarsunqui.	Para este oficio
	Alma te dieron.

El autor de una historia sobre la poesía ecuatoriana, cuya introduccion hemos leido en *Los Andes*, periódico de Guayaquil, se fija en los dos últimos versos de la anterior composicion para hacer resaltar las variaciones que ha esperimentado el *quichua* desde la conquista hasta la fecha. Segun este escritor, las palabras *Churasunqui*, *Camarsunqui*, se pronuncian hoi, *Churarcani*, *Carmarcani*, aun por los indios mas bien hablados. El mismo autor hace resaltar la riqueza del *quichua* llamando la atencion sobre la palabra *Pachacamac*, que no tiene traduccion propia en castellano, ni en ningun otro idioma moderno, espresando a un tiempo la idea de Dios con varios de sus atributos, especialmente el de creador, conservador i lejislador del universo.

En la historia de que vamos hablando encontramos tambien una estrofa bastante antigua, aunque no tanto como la especie de anacreóntica arriba copiada, que espresa con gracia una sentencia amorosa.

Hé aquí su traduccion castellana:

Mui resbalosa es la vida
Del amor: ¡anda pasito,
Pues nunca podrás alzarte,
En ella una vez caido!

III.

MODERNA POESÍA QUICHUA.

Quien no conozca mas representantes de la raza americana que los que moran entre los bosques de la Araucanía, mui difícilmente se formará una idea de lo que son hoi i de la vida que llevan los indíjenas del Perú.

Miéntras que el indio araucano lleva en su fisonomía, en sus actitudes, en sus inclinaciones i en sus hábitos, como grabado, el sello de esa tradicional altivez, de ese valor heróico, de esa fiereza indomable, que han dado pábulo al jenio poético de Ercilla, de Oña i tantos otros vates; el indio peruano es la imájen viva de un pueblo que fué grande, libre i feliz i que, comparando el esplendor perdido con las desventuras presentes, se resigna a su suerte i busca un alivio a sus pesares en el llanto i las quejas estériles.

Así, miéntras el indío araucano ama los briosos corceles, la jigantesca lanza i los instrumentos de guerra, el indio peruano recorre a pié centenares de leguas, acompañado de su mujer i aun de sus tiernos hijos, arreando, no los ganados arrebatados a los cristianos, sino manadas de inofensivas llamas, i arrrancando a la *quena* (1) sonidos tan tristes como los pensamientos de su alma.

(1) «La *quena* es una especie de flauta de una caña particular que solo hai en las montañas o bosques del sur del Perú. Su largo es por lo comun de media vara i su diámetro de dos tercios de pulgada. Ninguna de sus

El indio araucano es agricultor; el peruano es pastor o viajero.

El uno desprecia la poesía, hace poco caso del amor, de las artes i de la música; el otro es sentimental, enamorado, artista i sobre todo, músico.

El araucano, que jamas ha sufrido el yugo estranjero, aborrece todo lo que, siendo estranjero, le recuerda ese yugo i defiende sus creencias, sus hábitos i sus supersticiones con la misma decision con que defiende la independencia de sus tierras; miéntras que el indio peruano, habituado al yugo, resignado con él, cambió fácilmente de relijion i hoi es tan estremado creyente católico como lo fué ántes en la relijion de los incas. Así miéntras el araucano viaja en ferro-carril, o en los grandes vapores con glacial indiferencia, miéntras recorre las calles de nuestras grandes ciudades e inspecciona sus monumentos con soberbio desden, el peruano se arrodilla en presencia del cura para besarle la mano, o paga veinte i cinco pesos por gozar del privilejio de llevar el guion en las fiestas de Iglesia.

bocas está tapada i la embocadura es un resorte en forma de retángulo, pero cuyo lado superior está eliminado i el opuesto a éste cortado en chaflan hacia el interior como en los clarinetes. Solo tiene cinco agujeros en la direccion de la embocadura i uno al costado. Así es que solo da semitonos mui melancólicos. Casi siempre se toca a duo, resultando el mas tierno concierto.

«Suelen a veces los que le tocan horadar un cántaro de barro por los costados para introducir las manos por los agujeros i hacer resonar sus quejidos dentro del cántaro, es entónces el eco de la *quena* la verdadera espresion de los sepulcros. Los sones que parten de esta selvática zampoña rompen en mil pedazos el corazon i parece que la muerte se valiera de ellos para anunciar su funesta mision.»

Paz Soldan, *Jeografía del Perú.*

La esplotacion del indíjena por el criollo, que se verifica mas o ménos dondequiera que estén en contacto, no se hace en ningun punto en tan vasta escala como en el Perú. Allí los indios reemplazan a las bestias de carga. Es corriente encomendar a esos infelices la conduccion de cartas entre puntos tan distantes como Puno i Arequipa, i exijir el regreso en tan escaso tiempo que bastaria apénas para los caballos o mulas de mas fuerza. I en Tunga-Succa, donde todos los años acuden los comerciantes a realizar sus mercaderías o a cambiarlas por las de los indios no es raro ver a éstos con la *montura* o el aparejo sobre los lomos para poner de manifiesto las buenas cualidades de lo que ofrecen en venta.

Los que así hoi se arrastran, degradados, por el polvo, son talvez descendientes de héroes, i los mismos sitios que presencian tan repugnantes escenas, son los que sustentan aun las ruinas de la morada donde Tupac-Amaru, el último inca, combinó sus vastos planes de insurreccion i de venganza.

He nombrado a Tupac-Amaru. Permítanme los lectores de *La Estrella de Chile* rendir a este insigne guerrero americano el homenaje de un recuerdo. Ya es tiempo de hacer justicia a los ajusticiados del despotismo colonial.

En Tunga-Succa, como hoi se pronuncia, o Yunga-Ruca, como quiere el Dean Funes, aquel ilustre indíjena encabezó en 1780, una gran sublevacion, con el propósito de conquistar la libertad para sus compatriotas. Levantó poderosos ejércitos, que, aunque desarmados, pusieron en situacion crítica a las mas importantes ciudades i, despues de haber hecho

sonar el grito de guerra en una estension inmensa, hasta en las floridas campiñas del Tucuman, i despues de tres años de combates sangrientos, fué hecho prisionero i condenado al último suplicio. ¡I a qué suplicio, santo Dios! «*El se reducia a que, arrastrado Tupac-Amaru hasta el lugar del suplicio, presenciase la muerte de su mujer i de sus hijos, perdiese luego la lengua por manos del verdugo, i fuese luego descuartizado vivo al violento impulso de cuatro caballos que, asidos a sus brazos i piernas, lo arrastrasen en direcciones contrarias hasta dividirlo en cuatro partes.*» (1)

Tal fué, en pocas palabras, la vida, tal la muerte de ese héroe cuya mansion, ya arruinada i desierta, no llama siquiera la atencion de los indios que acuden anualmente a Tunga-Succa en busca de algunas monedas o de algunos instrumentos de labranza. ¡Qué opresion tan cruel es preciso que haya soportado esa raza para haber hecho en ménos de un siglo tan largo camino hácia la esclavitud i la ignominia!

Esos parias conservan sinembargo una pasion: la pasion de la música. Sienten una necesidad suprema: la de llorar sus desventuras. I ¡cosa rara! en esos cantos i lamentos, no suenan para nada los nombres de los antiguos héroes, de los antiguos soberanos, como en la poesía popular de las razas oprimidas que tienen anales heróicos i que se acuerdan de ellos.

Este olvido es tanto mas incomprensible cuanto mas abundantes i grandiosos son los restos del pasado imperio que por doquiera cubren el suelo del Perú. Las ciudades conservan aun en pié los palacios

(1) Funes, *Bosquejo histórico.*

de los antiguos señores; los caminos que cruzan el interior han sido delineados i abiertos por los primitivos dueños del territorio; las aguas corren todavía por los cauces que ellos les designaron, i en muchos parajes las colinas i los cerros forman inmensas escaleras a las cuales cubria de vejetacion la industria de los adoradores del Sol i que hoi se ven estériles a pesar de los recursos de las Chinchas.

Pues bien, si os fuera dado interpretar los tristes sonidos que el indio peruano arranca a su querida *quena* al pié de las colosales murallas, ántes cubiertas de oro, que aun se alzan en el Cuzco; si, al caer el sol i a la media luz de esa hora «del silencio i del pensar profundo», siguiéseis de cerca las huellas de sus toscas sandalias a lo largo de esos caminos abiertos en la roca por sus antepasados; si, entrada ya la noche, os acercáseis hasta el solitario sitio en que el infeliz viajero, rodeado de sus llamas, distrae la fatiga mascando su coca, i los pesares tocando su instrumento favorito, podríais sorprender ayes dolorosos salidos del fondo del alma, lánguidos suspiros de amor, tiernas quejas i orientales manifestaciones de una alma enamorada. Pero en medio de esas quejas contra el rigor de la mujer querida, ni una sola contra el rigor de los dominadores; en medio de esas endechas fúnebres, ni un solo canto varonil i enérjico en honor de la grandeza pasada, ni en prueba de que tienen conciencia de la abyeccion presente.

Aquello es un pueblo huérfano, que ha perdido hasta el recuerdo de sus glorias.

Una raza sin porvenir, porque ha perdido hasta la esperanza, hasta los deseos de la libertad.

La llama que hace marchas inmensas, sin comer ni beber, suele en ocasiones sublevarse contra su fatal sino i echarse al suelo, decidida a morir en el sitio ántes que dar un solo paso mas. El indio peruano, perdida la esperanza o la paciencia, ha tomado una resolucion idéntica. Se ha dicho como el sectario de Mahoma: ¡Mas vale estar tendido que de pié, i muerto que vivo! Ha llamado en su socorro al jénio del suicidio i el infeliz no puede morir, i lleva ya tres siglos de agonía.

Cuando el viajero árabe nota que llega la última hora para el camello en que cruza el desierto, echa pié a tierra, i sacando del cinto el enorme puñal, se lo clava en el corazon, en premio de sus leales i preciosos servicios. En el Perú hai otra costumbre. Cuando un caballo fatigado no puede dar un paso mas por las pampas de arena de la costa, se le deja atras abandonado en medio de la horrible soledad, para que muera de hambre i de sed viendo a los buitres revolotear sobre su cabeza.

Con la raza indíjena se ha hecho una cosa parecida. No se la ha muerto dándole una puñalada en el corazon; se la ha abandonado para que perezca de hambre i sed, para que los buitres la devoren.

Tal es la condicion lamentable a que está reducida la raza indíjena en el Perú. Nos ha parecido conveniente dedicarle las anteriores líneas ántes de trascribir algunas de sus composiciones, porque así será mas fácil juzgarlas, i formarse una idea, aunque aproximada, de lo que es hoi la poesía quichua, objeto principal de estos apuntes.

Aun cuando no faltarian materiales para mul-

tiplicar las citas, la reducida estension de las columnas de *La Estrella de Chile*, nos aconseja la parcimonia. Para no desviarnos de ella, nos limitaremos a copiar en seguida tres poesías, diversas en su antigüedad i hasta cierto punto en su jénero.

La primera, que lleva por título *El Proscrito*, ha sido puesta en verso castellano por el señor don Adolfo Valdes Figueroa i publicada el año pasado en *El Nacional* de Lima, de donde nosotros la tomamos.

Las otras dos pertenecen al jénero de los *yaravíes* i han sido compuestas orijinalmente en castellano. Ambas corren impresas en la estimable *Jeografía del Perú* por Paz Soldan. «El metro empleado en la letra de los *yaravíes*, dice este autor, es por lo comun de seis i de ocho sílabas, ya en cuartetos, ya en quintillas, ya en octavas i décimas con glosa. Es mui comun, cuando se usa el octosílabo, poner despues de cada dos versos, uno de cinco sílabas llamado *pié quebrado*, el que hace un importantísimo papel, pues al entonarlo, se hacen trinos i apoyaturas de inesplicable dulzura.»

Hé aquí ahora las tres composiciones en el órden arriba indicado:

EL PROSCRITO.

I.

Mi pecho está dilatado,
Pues el corazon que oculta
Lo han henchido los pesares,
I va a reventar sin duda.

¡Oh! no hai dolor en el mundo
Ni existe igual desventura,
Que estar léjos de los campos
Do se meció nuestra cuna;
No tener a nuestro lado
Quien nos brinde su ternura,
Quien nos atienda i consuele
Cuando el dolor nos abruma;
Quien rice nuestros cabellos,
Quien estreche entre las suyas
Nuestras manos ardorosas,
I con sus miradas puras
Nos ofrezca un paraiso
De esperanza i de dulzura.

Yo por eso vivo triste,
I ninguno habrá que sufra
Las que padece mi alma
Desgarradoras angustias;
I mi dolor crece i crece,
I me maltrata i me punza:
Que con adverso destino
Estoi en constante lucha.

II.

Mi padre, el Sol, aparece,
I váse i vuelve la luna,
I váse otra vez el dia,
I torna la noche oscura;
I los mares se desbordan,
I los montes se derrumban,

I los cerros escarpados
Se convierten en llanuras;
I las nubes se evaporan,
I las estrellas se ocultan,
I siempre, siempre me hallan
Llorando mi desventura.
Mi corazon solo vive
Con los pesares en lucha.....
En vano, en vano se afana,
Porque inútilmente busca
La dulce calma perdida
I que no ha de encontrar nunca.

III.

Los árboles ¡ai! me niegan
Sus sombras i su frescura;
La senda que yo recorro
No guarda huella ninguna;
Nadie mi dolor comprende,
I si mi labio articula
Un jemido, que de mi alma
Dice la pena profunda,
Mudos están los collados,
Las colinas quedan mudas,
I ni mi presencia notan,
I ni un acento modulan,
I ni los ecos responden
Al grito de mi amargura.

IV.

Las lágrimas de mis ojos
Se desprenden como lluvia,
I al fuego de mis pesares
Se evaporan una a una.
Como las nubes errantes
Mis pensamientos se encumbran,
Vagan, mueren i renacen,
I se pierden en la altura.

V.

Antes que lleguen los vientos,
El corazon me lo anuncia,
I creo que los conozco
I que mi pena murmuran.
A las tristes avecillas
Que jimen en la espesura,
Las llamo, porque mi alma
Las supone hermanas suyas.
En mis delirios destrozo
El corazon que me abruma,
I eternamente renuevo
De sus heridas profundas
El cáncer que las carcome
I la hiel en que se inundan:
Porque eternamente crecen
De mi pecho las angustias,
I ahondan mas sus dolores
Las espinas que le punzan.

El que sigue es un yaraví antiguo de autor desconocido:

I.

Cuando a su consorte pierde
Triste tortolilla amante,
En sus ánsias tropezando
Corre, vuela, torna i parte.

II.

Sin sosiego discursiva
Examina todo el parque
No reservando a su vista
Tronco, planta, rama o sauce.

III.

Perdida ya la esperanza
I el corazon palpitante
Llora sin intermision
Fuentes, rios, golfos, mares.

IV.

Así vivo yo ¡ai de mí!
Desde aquel funesto instante
Que te perdí por desgracia
Dulce hechizo, encanto amable.

V.

Lloro, pero sin consuelo
Porque es mi pena tan grande
Que solo respiro triste
Penas, sustos, ansias i ayes.

VI.

La memoria me maltrata
Cuando a tu adorada imájen
Siempre me la representa
Muerta flor, helado jaspe.

VII.

Si salgo a llorar al campo
Se aumentan mas mis pesares
Porque me acuerdo de tí
Bosques, montes, prados, valles.

VIII.

Si acaso me veo sola
Te miro en mis soledades
Procurándome consuelo
Grato, dulce, tierno, afable.

IX.

Entre sueños mi reposo
Me perturbas i combates,
Pues que, creyéndote vivo,
Siento celos, furias, males.

X.

Si, acordándome de tí,
Mi espíritu se complace,
No importa que el corazon
Sienta, sufra, llore i calle.

XI.

A lástima muevo al mundo
Siendo la mas fina amante,
Porque lloren en mi pena
Hombres, brutos, peces i aves.

XII.

Miéntras me dure la vida,
Seguiré tu sombra errante,
Aunque a mi amor se opongan
Agua, fuego, tierra i aire.

Véase ahora un yaraví moderno con *pié quebrado*, compuesto por el señor don Mariano Melgar:

¿Con que al fin, tirano dueño,
Tanto amor, clamores tantos,
Tantas fatigas,
No han conseguido en tu pecho
Mas premio que un duro golpe
De tiranía?

Tú me intimas que no te ame
Diciendo que no me quieres
¡Ai! vida mia!
I que una lei tan tirana
Tenga de observar perdiendo
Mi triste vida!

Yo procuraré olvidarte
I morir bajo del yugo
De mi desdicha;
Pero no pienses que el cielo
Deje de hacerte sentir
Sus justas iras.

Muerto yo, tú llorarás
El error de haber perdido
Una alma fina,
I aun muerto sabrá vengarse
Este mísero viviente
Que hoi tiranizas.

A todas horas mi sombra
Llenará de mil horrores
Tu fantasía,
I acabará con tus gustos
El melancólico aspecto
De mis cenizas.

Aunque la forma de la anterior composicion es castellana, ella pertenece al quichua por su alma i servirá como una muestra de ese jénero misto que tan comun es en aquellos parajes donde los indios viven en contacto inmediato con los que hablan nuestro propio idioma.

No es fácil en muchas ocasiones, al oir un *yaraví*, asignar ya sea en la música, en los sentimientos, en el estilo i a veces en el baile mismo, la parte que corresponde a España i la que es orijinaria del Perú.

Lo cierto es que el quichua ha inoculado en la literatura popular de aquel pais, su exajerado sentimentalismo i las lúgubres armonías de su música desgarradora. Lo cierto es que sería difícil encontrar aun en las obras de los mas famosos maestros de Italia o Alemania, sonidos que vayan mas derechamente a tocar las delicadas fibras del corazon, que los que forman la música de los *yaravíes* i de esos sencillos i tiernos cantares en que andan juntos i mezclados los jemidos del morador de las sierras peruanas i los apasionados arrebatos de los hijos de Andalucía.

IV.

POESÍA AZTECA.

Aun cuando las muestras de poesía antigua mejicana, que mas adelante citaremos, pertenecen a Tezcuco, esta «Atenas del Nuevo Mundo» como la llama el historiador Prescott, hemos preferido bautizar es-

te párrafo con el nombre de *poesía azteca*, por designarse jeneralmente con ese calificativo la famosa raza que a la llegada de los españoles dominaba la llanura donde al presente se alza la capital de la república mejicana.

Al tocar este asunto, sentimos mas que nunca la necesidad de ser breves. ¿Qué podemos decir nosotros sobre un tema que ha servido al insigne escritor arriba citado para llenar algunas pájinas de su preciosa «*Historia de la conquista de Méjico*» obra que por fortuna se ve en Chile en las manos de todos?

Dejando, pues, aparte las consideraciones que podríamos hacer sobre el oríjen, vicisitudes i adelanto de la civilizacion azteca, nos limitaremos a trascribir tres hermosas odas del famoso rei de Tezcuco, Nezahualcoyotl, haciendo acerca de ellas aquellas observaciones que juzguemos puedan ser leidas con provecho por los que no se ocupan de literatura. ¡Ojalá lo sean con benevolencia por los eruditos!

Ante todo, séanos lícito presentar al poeta tezcucano a nuestros lectores. Talvez mas de uno ha perdido ya el recuerdo de su fisonomía.

¿Quién no ha oido hablar de la antigua Méjico, de la ciudad de Motezuma, de la poderosa metrópoli azteca, de la mas insigne, espléndida i afamada ciudad del Nuevo Mundo? ¿Para quién pueden ser una novedad sus monumentos jigantescos, sus calzadas, su lago, sus gloriosos anales i su desastroso remate?

Pues bien, en el recinto de ese mismo pintoresco valle, de ese singular óvalo cerrado en todos sentidos por rocas de pórfido, sobre las orillas del mismo lago que sustentaba a la ciudad de Motezuma, como desa-

fiando su poder, se alzaba Tezcuco, la real morada de Nezahualcoyotl, el varon mas preclaro de la América indíjena cuyo nombre haya salvado del tiempo i del olvido.

Niño casi aun, este príncipe presenció la conquista del reino de su padre por los tapanecas, i el asesinato de éste, escondido a poca distancia entre las ramas de un árbol. Entónces comenzó para él una serie de estrañas i novelescas aventuras, referidas minuciosamente por Ixtlilxochitl, su digno nieto, en la *Historia chichimeca* i varias de sus otras interesantes relaciones sobre la primitiva historia de Anahuac.

Perseguido por los conquistadores, vióse alternativamente reducido a prision, oculto en los palacios mismos de sus antepasados, o errante por los bosques, en donde los que ansiaban ganar el premio que se habia ofrecido por su cabeza, no le dejaban gozar de un solo momento de reposo.

En medio de estas amargas pruebas, el amor i fidelidad de los vasallos de su padre no se desmintió nunca. Por doquiera el jóven príncipe encontraba hospitalarios albergues i corazones leales que desdeñaban las prometidas recompensas.

«¿Entregaríais al príncipe?»—preguntó un dia a un labrador que no lo conocia; i como éste contestase que nó, replicóle el perseguido jóven:—«¿Ni aun por la mano de una hermosa doncella acompañada de un valioso dote?» (1) El labriego inclinando alternativamente hácia uno i otro lado la cabeza en señal de negacion, se sonrió, indicando el poco caso que hacia de tales halagos.

(1) Tal era la recompensa prometida al que denunciase al príncipe.

En otra ocasion aquel proscrito, a quien le estaba reservada fortuna tan brillante, fué salvado por una mujer, como el Rei Profeta, cuando fujitivo se vió libre del hambre i de los deseos de venganza, a la vista de los presentes que puso a sus piés Abigail, entre las rosas del Carmelo.

Al encimar una colina, vió que sus enemigos trepaban por el lado opuesto. En su inquietud tendió la vista por el collado i sus ojos descubrieron una hermosa jóven que silenciosa estaba segando tallos de *chiam* (1) i amontonándolos en gavilla. Nezahualcoyotl se acercó a la doncella, que allí se le presentaba como su ánjel salvador i le rogó se sirviera cubrirlo con las plantas que habia segado. Esta, accediendo a su demanda, cubrió al príncipe i continuó sin inmutarse su trabajo. Cuando llegaron los perseguidores contestó a las preguntas de éstos señalando con la mano el sendero por donde se habia aproximado. Engañados así los sabuesos del monarca tapaneca, se alejaron siguiendo la direccion que la jóven acababa de señalarles.

Mas tarde Nezahualcoyotl reconquistó el cetro de sus antepasados con el ausilio de sus compatriotas, i su reinado fué para Tezcuco la época de su mayor poder e ilustracion. Fomentó las ciencias i las artes, i su capital llegó a ser el foco a donde iban los jóvenes a ejercitarse en la elocuencia, la música i la poesía; a enriquecer su espíritu con los mas elevados conocimientos que en filosofía, astronomía i mitolojía era dado entónces adquirir en el Nuevo Mundo.

Compuso un código de leyes penales mui severas

(1) Planta con que los mejicanos hacian su bebida favorita.

como puede presumirse; pero para cuyo elojio nos bastará citar una de sus disposiciones, por la que castigaba con pena de muerte al historiador que voluntariamente hubiera faltado a la verdad.

Con todo, ni su desvelo de poderoso rei, ni su trabajo para construir espléndidas moradas, ni sus muchas guerras i reformas políticas, fueron un obstáculo para que se dedicase a la poesía, presentándose juntamente con sus vasallos a disputar el triunfo en los certámenes o justas poéticas que habia establecido.

Antes, sinembargo, de poner a la vista de nuestros lectores las producciones que felizmente quedan de este real vate, cuyas inspiraciones nos traen alternativamente a la memoria al epícureo lírico latino i al sublime autor de los salmos, hagamos notar una aventura singularmente idéntica en la vida de estos dos grandes proscritos, que fueron mas tarde grandes reyes e inimitables poetas.

«En uno de sus viajes (Nezahualcoyotl) fué acojido i festejado hospitalariamente por un magnate vasallo suyo, el anciano señor de Tepechpan, quien para hacer mas honor al soberano, dispuso que una noble doncella prometida suya le sirviese en el banquete, la que segun los usos del pais habia sido educada bajo su mismo techo. Era de la sangre real de Méjico i tenia inmediato parentesco con el monarca de Tezcuco. Dotado éste del temperamento ardiente del sud, prendóse de la gracia i hermosura de la jóven Hebé, concibiendo por ella una violenta pasion de la que a nadie hizo sabedor; pero, al volver a su capital resolvió satisfacerla aun a espensas de su mismo ho-

nor, removiendo el único obstáculo que pudiera oponerse a su plan.»

«Envió, en consecuencia, una órden al cacique de Tepechpan, para que tomase el mando de una espedicion preparada contra los Tlascaltecas. Al mismo tiempo dió sus instrucciones a dos jefes tezcucanos, para que, sin perder de vista la persona del anciano, le metiesen en lo mas recio de la pelea, a fin de que perdiera en ella la vida. Aseguróles que habia cometido un gran crímen; pero que en atencion a los pasados servicios de su vasallo queria cubrir su afrenta con una muerte honrosa.»

«El veterano que desde mucho tiempo atras vivia retirado en sus haciendas, sorprendióse grandemente de verse tan de súbito i sin necesidad señalado para este mando, habiendo tantos jóvenes mas propios para el caso. Sospechó el motivo i en un convite de despida que dió a sus amigos, anunció el presentimiento de su futuro destino. Pronto se realizaron sus vaticinios i a las pocas semanas su vírjen prometida era dueña de disponer de su mano.»

«Pronto..... celebróse el casamiento con gran pompa en presencia de su corte i de sus cofrades, los reyes de Méjico i de Tlacopan.» (1)

Es imposible leer este triste episodio de la vida del gran monarca tezcucano sin que venga a la imajinacion la historia de Urías i la gran caida del Salmista. Solo sí que, miéntras éste no tardó en hacer salir del fondo de su alma aquel *peccavi* de que la mayor parte de sus inmortales salmos no son mas que la tierna o sublime paráfrasis; el poeta america-

(1) Prescott, *Historia de la conquista de Méjico.*

no trató de ahogar sus remordimientos en los placeres, el lujo i los estudios agradables. I si bien es cierto que en sus magníficas odas hai gritos que suben mas allá de los límites de lo perecedero i corruptible; si cautiva nuestra admiracion por la fuerza de espíritu con que repudió el culto sangriento de su pueblo, levantando un jigantesco monumento *al Dios desconocido;* no es ménos cierto que de ordinario sus cantos no son otra cosa que los jemidos de un alma enamorada de la naturaleza, que se estremece al considerar cuán breves son las horas que el hombre puede gozar de sus encantos.

Así, miéntras el poeta de Sion mira al mundo i al universo todo como un vasto incensario al cual convida a cantar las alabanzas de su Dios, miéntras le grita con todo el poder de su fé i el entusiasmo de su amor:

«Alabad al Señor todas las jentes.

«Alabad al Señor los que sois de los cielos, alabadle Sol i Luna, alabadlo en las alturas.

«Alabad al Señor los que sois de la tierra, los montes i las bestias, los reyes i los pueblos!»

El poeta de Tezcotzinco, despues de abarcar la tierra esclama con dolor:

«¡La redondez del mundo es un sepulcro!»

Pero si prescindimos de esa fé viva, diremos mas bien, de esa vision de la Divinidad, que da a los cantos de David su elevacion, su fuerza i su grandeza incomparables, tendremos que convenir en que estos dos personajes, tan semejantes en sus trabajos, en su prosperidad i en sus faltas, se tocaron mas de una vez tambien en sus inspiraciones poéticas.

¿Quién no quedará sorprendido agradablemente, por ejemplo, al leer esta amonestacion que, al final de una de sus odas, dirije Nezahualcoyotl a su corte?

«Amigos fieles, bravos capitanes,
Príncipes invictísimos, deseemos
El cielo, lo inmortal, lo incorruptible
Do vida interminable viviremos.»

¡Con cuánta variedad de imájenes, con qué abundancia de afectos i figuras no nos pintan ámbos poetas coronados, la brevedad de esta vida terrena, lo fujitivo de sus placeres, i de la mentida felicidad que nos promete!

«Son de este mundo las caducas pompas
Como los sauces que sustenta el prado»

dice Nezahualcoyotl. I en otra parte:

«¡Todo es como ramilletes que pasan de mano en mano que al fin se marchitan i acaban en la presente vida!»

¿Cuántas veces, desde que el Salmista comparaba la vida del hombre con la del heno de los campos, o con la de la tela que fabrica la araña en medio del sendero, i la duracion de la terrena dicha con la sombra, con el humo, o con la nave, no ha salido ese grito doloroso desde lo íntimo de la conciencia humana, atestiguando, para consuelo del hombre, su oríjen celeste i sus inmortales destinos?

Así es como instintivamente casi, nos elevamos a lo eterno i a lo incorruptible, partiendo de lo efímero i deleznable. ¡Felices los que, a la luz de la revelacion,

podemos contemplar en toda su espléndida hermosura ese mas allá oculto, aun para los mas encumbrados jenios del paganismo! ¡Felices los que, despues de preguntarnos como David:

«¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él? O el hijo del hombre para que te dignes visitarlo,» contestemos por su misma boca:

«Poco menor le hiciste que los ánjeles: de gloria i honor le coronaste.

«I lo constituiste sobre las obras de tus manos.

«¡Todas las cosas sujetaste debajo de sus piés!...» (1)

Pero seria injusticia exijir del poeta que *adoraba al Dios desconocido* respuestas tan categóricas como las que encontramos sobre el problema del destino humano en los adoradores del Dios Vivo. El hombre, por sus propias fuerzas, solo alcanza a proponerse el enigma, viéndose despues devorado por la implacable Esfinje de la duda.

«¿Qué será de nuestros augustos antepasados, hoi convertidos en polvo?» se pregunta el soberano de Tezcuco, i contesta desalentado: «*¡Indipohdi! indipohdi!* ¡No lo sé! no lo sé!»

Mucho, muchísimo ántes que el suntuoso monarca de Anahuac, el eterno modelo de la paciencia, se hacia idéntica pregunta en los confines de la Idumea i de la Arabia.

«Mas, el hombre, preguntaba Job, despues que haya muerto, i despojado que sea i consumido ¿dime dónde está?»

I daba una contestacion que con justicia hacia votos por que con cincel se grabase en el pedernal.

(1) Salmo VIII.

«Yo sé que mi Redentor vive i que en el último dia he de resucitar de la tierra.

«I de nuevo he de ser rodeado de piel i en mi carne veré a mi Dios.

«A quien he de ver yo mismo, i mis ojos lo han de mirar, i no otro: esta mi esperanza está depositada en mi pecho.» (1)

Ya es tiempo, sinembargo, de que pongamos término a estas consideraciones i de que trascribamos íntegramente los cantos a que se refieren. En vista de ellos nuestros lectores podrán formarse un juicio cabal de las dotes poéticas de Nezahualcoyotl, ese admirable lírico americano, del cual solo hemos visto tres odas, bastantes para su gloria, aunque no para consolar a los amantes de las letras de la pérdida de las que no han llegado hasta nosotros. Una sola de ellas viene íntegra en la citada obra de Prescott. Nosotros la hemos tomado de la inapreciable coleccion de documentos sobre América de Mr. de Ternaux-Compans.

La composicion que va señalada con el número I fué puesta hace ya algunos años en verso castellano por el que escribe estas líneas, i, si está convencido de que la traduccion deja mucho que desear en cuanto a su belleza i elegancia, se lisonjea de no haber alterado en lo mas mínimo el sentido del orijinal.

La oda que copiaremos bajo el número II fué puesta en verso castellano por el señor don Fernando de Alba Ixtlilxochitl, de la raza de los antiguos príncipes tezcucanos. Tendremos oportunidad de hacer sobre ella algunas observaciones.

(1) Job, capítulo XIX.

La última, finalmente, no ha sido, que sepamos, puesta hasta ahora en verso castellano.

I.

Son de este mundo las caducas pompas
Como los sauces que sustenta el prado:
Vivir anhelan perdurable vida
I abrásalos un fuego inopinado;
Hacha cortante los destroza i mata;
Cierzo enemigo los arroja al suelo;
I la edad con sus años oprimiéndolos,
Los seca i cubre de tristeza i duelo.

Han de las rosas la color i suerte
Las púrpuras que ostentan los señores:
Todo lo bello en este mundo sigue
La propiedad i estado de las flores,
La hermosura de aquestas, solamente
Brilla miéntras sus púdicos botones
Las puras gotas aguardan dilijentes
Que en perlas cuaja la risueña aurora
I que a la par que va el calor cundiendo
Va el aliento vital de la mañana
En líquidos rocíos deshaciendo.
Mas, pronto el Sol, de los mortales padre,
Sus inflamados rayos les envia
Quitándoles la vida i los alegres
Colores con que ufanas se vestian.

Períodos breves sean los que cuenten
De las lozanas flores los reinados:

La que soberbia, en vanidad engreida,
Canta al alba los triunfos alcanzados,
Llora del sol al postrimero rayo.
Las fatigas sintiendo que la impelen
A muerte cruel tras lánguido desmayo.

Todo en la tierra un término conoce,
I en medio del correr, quien mas se goza
Su brio pierde i despeñado cae
A jamas levantarse en la honda fosa.

La redondez del mundo es un sepulcro:
No hai cosa que en sus ámbitos se encierre
Que ella piadosa en su amoroso seno
No esconda al fin i para siempre entierre.

Corren, corren los rios, los arroyos,
Las cristalinas linfas, los torrentes,
Corren sin huelgo, mas ninguno torna
A do nació sus líquidas corrientes:
A los vastos dominios del Tluloca (1)
Van presurosos, míseros a echarse,
Que es cual si fueran, urnas meloncólicas
Labrando, para en ellas sepultarse.

Lo que fué ayer no es hoi; i lo que hoi vive
Nadie de cierto asegurar podria
Que mañana será. Llenas las tumbas
Están de polvo que fué carne un dia.
I que, huesos i cuerpos con espíritu,
Los tronos i doseles ocupaban,

(1) Dios de las aguas.

Asambleas de nobles presidian
I ejércitos potentes gobernaban.
Conquistaron provincias i tesoros,
I alhajas i doncellas poseyeron;
Engreidos con el fausto i los honores,
En la lisonja i majestad vivieron.

Pasaron esas glorias como pasa
El humo polvoroso i encendido
Que el infernal Popocate'c vomita,
Sin dejar otra huella de que han sido
Que los humildes signos que conservan
En toscas pieles el recuerdo vago
De sus tesoros, i su pompa i fausto,
I de su ruina i ejemplar estrago.

¡Ai! ai! si de la mano i en silencio
A los oscuros senos os llevara
Del lúgubre Panteon i por los huesos
De Achalchiuht Anextzin os preguntara!
De Achalchiuht Anextzin el poderoso,
Señor de los Tultecas el primero;
O por Necaxecmitl a quien los dioses
Dieron piedad i corazon sincero!
Si os preguntara yo dónde se oculta
La escojida, la espléndida hermosura
De la gloriosa emperatriz Xiuhtzal
Sabia, esforzada i adorable i pura!
O ya por Tolpintzin, postrer monarca
De la Tulteca desgraciada jente.
De nuestro primer padre, las cenizas
De aquel Xolotl ¿dó se hallan al presente?

¿Las de Nopal, munificiente i rico,
Las de Tlotzin, en dones jeneroso,
Las de Rixtlilxochil, desventurado
Padre mìo infeliz, mas hoi glorioso?.....

Si así en seguida interrogando os fuera
Por nuestros mui augustos ascendientes
¿Qué, vuestro labio responder podria,
Hombres que sabios sois entre las jentes?
¡Indipohdi! indipohdi! solamente:
¡No lo sé! no lo sé! pues los primeros
Mezclados en el cieno i confundidos
Están hoi i han de estar con los postreros!

La suerte que corrieron nuestros padres
Hoi nosotros tambien corriendo vamos;
Nuestros hijos vendrán i por la senda
Han de viajar, porque viajando estamos.

Amigos fieles, bravos capitanes,
Príncipes invictísimos, deseemos
El cielo, lo inmortal, lo incorruptible,
Do vida interminable viviremos.

Es para el Sol cuál lisonjera cuna
El callado sepulcro i sus horrores,
I las funestas sombras de la muerte
Luces para los astros brilladores.
No hai poder suficiente aquí en la tierra
Para imitar esas celestes láminas,
Pues sirviendo de cerca i de contínuo
Al Sér que en sí toda grandeza encierra,

Dan luz para que veamos lo que vieron
Nuestros mas apartados jenitores:
Lo que han de ver hasta los tiempos últimos
Nuestros mas retirados sucesores.

Hemos visto dos copias de la oda de Nezahualcoyotl, que tradujo su pariente el señor don Fernando de Alba Yxtlilxochitl: una en la coleccion de escritos sobre América de Mr. de Ternaux-Compans, la otra en la *Historia de la conquista de Méjico* por Prescott. A nuestro humilde juicio, ámbas versiones son inexactas: ámbas acusan el descuido o impericia de los que la sacaron o imprimieron. Nuestras sospechas se fundan en la dificultad de atribuir a una persona tan competente i ejercitada en la versificacion como Yxtlilxochilt, las graves faltas, no solo contra la métrica, sino contra lo que llamamos *el oido*, de que están plagadas las ediciones de Prescott i de Ternaux-Compans. Contribuye a robustecer nuestro juicio la circunstancia de encontrarse variantes en ámbos textos; lo que prueba, o que los citados autores no tuvieron a la vista el orijinal, o que, teniéndolo, se cuidaron poco de copiarlo i hacerlo imprimir con exactitud. Para que nuestros lectores puedan formarse por sí mismos una idea de esas diversas versiones, copiaremos en seguida la oda tal cual es de presumir haya sido orijinariamente escrita, señalando al pié por medio de notas los puntos en que nos desviamos de la copia de Prescott, de Ternaux-Compans o de ámbos a la vez.

Se comprenderá cuan fácil es que nos equivoquemos procediendo solo por induccion, pues carecemos

de todo otro medio de correjir los defectos sobre cuya existencia, sinembargo, no puede caber la menor duda.

II.

Un rato cantar quiero
Pues la ocasion i el tiempo se me ofrece:
Ser admitido espero;
Mi (1) intento lo merece,
I comienzo mi canto
Aunque fuera mejor llamarle (2) llanto.

I tú, querido amigo,
Goza la amenidad de aquestas flores,
Alégrate conmigo,
Desechemos de pena los temores,
Que el gusto trae medida,
Por ser al fin con fin la mala vida.

Yo tocaré cantando
El músico instrumento sonoroso,
Tú, de flores gozando,
Danza, i festeja a Dios, que es poderoso;
Gocemos (3) de esta gloria,
Porque la humana vida es transitoria.

De Ocblehacan pusiste
En esta noble corte, i siendo tuyo,
Tus sillas, i quisiste

(1) *Si intento*, dice Prescott.
(2) *Llamarlo*, leemos en Ternaux-Compans.
(3) *¡Oh! gocemos de esta gloria!* dice en el compilador frances, rompiendo así la medida del verso.

Vestirlas, donde arguyo (1)
Que con grandeza tanta
El imperio se aumenta i se levanta.

Oyoyotzin prudente,
Famoso rei i singular monarca,
Goza del bien presente,
Que lo presente lo florido abarca:
Porque vendrá algun dia
Que busques este gusto i alegría.

Entónces tu fortuna
Te ha de quitar el cetro de la mano,
Ha de menguar tu luna,
No te verás tan fuerte i tan ufano;
Entónces tus criados
De todo bien serán desamparados.

I en tan triste suceso
Los nobles descendientes de tu nido (2)
De príncipes el peso,
Los que de nobles padres han nacido
Faltando tu cabeza
Gustarán (3) la amargura de pobreza.

Traerán (4) a la memoria
Que fuiste (5) ántes de todos envidiado
Tus triunfos i victoria:

(1) *Orgullo*, se lee en Ternaux i Prescott.
(2) *Tus nobles descendientes*, hai en id.
(3) *Quitarán la amargura, etc.*, dice Prescott.
(4) *I traerán*, hai en ámbos autores.
(5) *Quien fuiste en pompa a todas envidiada*, dice Prescott.

I con la gloria i majestad pasada
Cotejando pesares (1)
De lágrimas harán crecidas mares.

I estos tus descendientes
Que te sirven de pluma i de corona,
De tí, viéndose ausentes
De Culhuacan estrañarán la cuna (2)
I tenidos por tales (3)
Con sus desdichas crecerán sus males.

De esta grandeza rara
Digna de mil coronas i blasones,
Será la fama avara:
Solo se acordarán en las naciones
Lo bien que gobernaron
Las tres cabezas que el imperio honraron.

En Méjico famosa,
Motezuma, valor de pecho indiano,
A Culhuacan dichosa (4)
De Nezahualcoyotl rijió la mano (5)
Acatlapan la fuerte
Totoquihuastli le salió por suerte. (6)

(1) *Contegando pesares*, hai en Ternaux-Compans.

(2) *Irán desterrados a Culhuacan*, dice al márjen de este verso, Ternaux, esplicándolo.

(3) *I tenidos por tales, con sus desdichas,*
Crecerán sus males, leemos en Ternaux-Compans, siendo esta una prueba evidente de la incompetencia del que dirijió la edicion.

(4) *A Aculhuacan*, dice Ternaux-Compans.

(5) *Rijió tu mano*, leemos en id.

(6) *Tutoquil Huaxbli*, leemos en id.

Ningun olvido temo
De lo bien que tu reino dispusiste
Estando en el supremo
Lugar que de la mano recibiste (1)
De aquel Señor del mundo
Factor de aquestas cosas sin segundo.

Goza, pues, mui gustoso (2)
¡Oh! Nezahualcoyotl lo que ahora tienes;
Con flores de este hermoso
Jardin corona tus ilustres sienes,
Oye mi canto i lira
Que a darte gustos i placeres tira.

Los gustos de esa vida (3)
Sus riquezas i mandos son prestados
Son sustancia finjida
Con apariencias solo matizados
I es tan gran (4) verdad esta
Que a una pregunta me has de dar respuesta.

I que es de Cihuapan
I Cuantzinte Comtzin, el valiente,
I Conahuatzin;
¿Qué es de toda esa jente?
¿Sus voces? ahora (5) acaso
Ya están en la otra vida: este es el caso.

(1) *Lugar de la mano recibiste*, hai en Prescott.
(2) Hai una *I* demas al principio de estos dos versos en ámbos autores.
(3) *I los gustos*, hai en ámbos autores.
(4) Prescott dice: *I es tan grave verdad ésta.*
(5) *¡Sus voces, agora acaso!* leemos en el mismo.

¡Ojalá los que ahora
Juntos los tiene del amor el hilo
Que amistad atesora
Viéramos de la muerte el duro filo!
Porque no hai bien seguro:
Que siempre trae mudanza lo futuro.

III.

«Oid con atencion las lamentaciones que yo, el rei Nezahualcoyotl, hago sobre el imperio, hablando conmigo mismo i presentándolo a otros por ejemplo.

«¡Oh, rei bullicioso i poco estable! cuando llegue tu muerte serán destruidos i deshechos tus vasallos, veránse en oscura confusion, i entónces ya no estará en tu mano el gobierno de tu reino sino en la del Dios criador i todopoderoso.

«Quien vió la casa i corte del viejo rei Tetzozomoc i lo florido i poderoso que estaba su tiránico imperio i ahora lo ve tan marchito i seco, sin duda creyera que siempre se habia de mantener en su ser, siendo burla i engaño lo que el mundo ofrece, pues todo se ha de consumir i acabar.

«Lastimoso es considerar la prosperidad que hubo durante el gobierno de aquel viejo i caduco monarca, que semejante al sauce animado de codicia i ambicion se levantó i enseñoreó sobre los débiles i humildes. Prados i flores le ofreció en los campos la primavera, por mucho tiempo que gozó de ellos; mas, al fin, carcomido i seco, vino el huracan de la muerte i, arrancándolo de raiz, lo rindió i, hecho pedazos, cayó en el suelo. Ni fué ménos lo que sucedió a aquel

antiguo rei Cotzastli, pues ni quedó memoria de su casa i linaje.

«Con estas reflecciones i triste canto que traigo a la memoria, doi vivo ejemplo de lo que en la florida primavera pasa i el fin que tuvo Tetzozomoc por mucho tiempo que gozó de ella. ¿Quién, pues, habrá que, notando esto, por duro que sea, no se derrita en lágrimas, supuesto que la abundancia de las ricas i variadas recreaciones son como ramilletes de flores que pasan de mano en mano i al fin todas se deshojan i marchitan en la presente vida?

«¡Hijos de los reyes i grandes señores, advertid i considerad lo que en mi triste i lamentoso canto os manifiesto, cuando refiero lo que pasa en la florida primavera i en el fin i término del poderoso rei Tetzozomoc! ¿Quién, vuelvo a decir, viendo esto será tan duro que no se derrita en lágrimas, pues la abundancia de diversas flores i bellas recreaciones son ramilletes que se marchitan i acaban en la presente vida?

«Gocen por ahora de la abundancia i belleza del florido verano con la melodía de las parleras aves i liben las mariposas el néctar dulce de las fragantes flores. ¡Todo es como ramilletes que pasan de mano en mano que al fin se marchitan i acaban en la presente vida!»

Tales son las tres composiciones que han escapado del naufrajio en que zozobró el tesoro de la antigua poesía azteca. Ellas revelan la existencia de una literatura rica, orijinal i adelantada. ¿Cómo suponer,

en efecto, que Nezahualcoyotl fuese el único poeta mejicano i las tres odas arriba trascritas las únicas que compusiera este personaje? Por el contrario, hai entre las tres tal igualdad de entonacion, tal armonía de formas i de pensamientos, que es mui natural suponer no fuesen mas que distintas partes de un gran todo; tres capítulos, digámoslo así, de un mismo poema, cuyo asunto sería al parecer, la instabilidad de la vida i lo despreciable de todo lo material i transitorio.

Por fortuna, los eruditos creen tener motivos para halagarse con la esperanza de descubrir algunas otras muestras de antigua poesía mejicana. En la actualidad misma es probable sea ya mayor el número de composiciones descubiertas. Apesar de esto, las citadas son las únicas que han llegado a nuestra noticia.

V.

Bien poco camino nos queda ya que recorrer para dar fin a estos apuntes. Dejando aparte a Méjico i al Perú, el resto de América estaba, a la llegada de los españoles, poblado por tribus mas bien que por naciones; i, si es verdad que en ninguna parte faltaban los cantos relijiosos o guerreros, no lo es ménos que ellos han desaparecido con el tiempo sin dejar rastros, siquiera fuesen ellos tan deficientes e incompletos como los que quedan de los aboríjenes del Perú i Méjico.

Algunos pueblos indíjenas han desaparecido com-

pletamente, como los que habitaban la parte del centro i norte de Chile: otros, a influjo del contínuo contacto con los europeos i criollos, han perdido sus tradiciones i hasta su idioma, como sucede en muchos puntos de Méjico i Centro América; otros, finalmente, viven en completa barbarie e independencia, como los del Noroeste de los Estados Unidos i del centro de Sud-América. Por otra parte, los viajeros e historiadores que se ocupan de ellos se han contentado con afirmar el hecho de la casi universal existencia de los cantos populares, sin haber tenido la curiosidad de trascribirlos.

¡Cuánta importancia no tienen, sinembargo, para la historia de la humanidad los cantos, por toscos que sean, de los pueblos que encomiendan a la tradicion sus hechos, su relijion, sus leyes i costumbres! ¡Con cuánta avidez no se desentierran en Europa los restos de los pasados siglos, i qué cuidado tan prolijo no se pone para no perder ni aun los datos al parecer mas insignificantes! ¡Cuántas veces no se ha visto tambien que ellos, en manos hábiles i esperimentadas, se han cambiado en una llave de oro para abrir las puertas de la antigüedad!

Hacemos votos por que llegue pronto la época en que veamos cundir en el suelo americano esa raza de entusiastas adoradores de lo pasado. Entre tanto, fuerza será que nos contentemos con las pequeñas muestras que existen de la poesía de los pueblos mas atrasados de la América indíjena. A una de ellas hicimos referencia en el primer párrafo de estos apuntes, aludiendo a Mr. Aimard.

En la novela de este escritor, titulada *Los caza-*

dores de abejas, publicada en los folletines del *El Independiente* el año de 1866, se leen estas líneas:

«Despues se levantó (un adivino indio) salió del callí, se sentó algunos pasos afuera, cruzó los brazos sobre el pecho i cantó en voz baja i en ritmo triste i monótono *la cancion apacha que comienza por estos versos, que reproducimos como espécimen de la lengua de estos pueblos bárbaros.*

El mebin ni tlacaelantey
Tuzapan Pilco payentzin
Anca magnida coalzin
Ai guinchey ni pello menchey!

«He perdido mi tlacaelantey en el pais del Pilco. ¡Oh! Collados homicidas que lo han transformado en sombras e insectos!»

¡Lástima grande es que Mr. Aimard haya sido tan parco en su cita, limitándola a la primera estrofa de esa cancion apacha, cuando la habríamos leido íntegra con tanto placer! Lástima tanto mayor cuanto que una cita mas larga nos habria librado de la tentacion de creer que el tal espécimen de la cancion apacha solo es un espécimen del jénio poético i lingüístico del escritor frances.

Nuestros lectores dirán si somos temerarios despues de leer la siguiente estrofa que hemos copiado del viaje de don Luis de la Cruz al territorio de los pehuenches, i que él oyó cantar a estos indios por sus propios oidos.

Dice don Luis de la Cruz:

«No deja de haber entre ellos algunos poetas, que

los distinguen con el nombre de *entugli*. Sus obras se reducen a hacer narracion de las hazañas de sus antepasados, de sus trabajos i muertes, de sus pasiones, amores, etc.

«Ello es cierto que en sus juntas, con sus espresiones vivas, de tal modo conmueven el corazon de sus compatriotas, que los hacen llorar, cuando tratan de cosas lúgubres, o saltar de contento, cuando de cosas alegres; i esta es prueba de la fuerte activídad i arte en su modo de producirse. En poesía tengo presente un verso que referiré:

El mebin ni Niculantey
Tilquí mapa meun
Anca mahuida meun
Ai quichey ni pello menchey!

«Fuí a buscar mi Neculante a las tierras de Tilquí. ¡Oh! homicidas faldas de cerro que en sombras o moscas lo convertísteis!»

Concebiríamos que el señor Aimard, conociendo algunas palabras de la lengua apacha, hubiera tenido el capricho de componer en ella versos para presentarlos a sus lectores franceses como una curiosidad americana; lo que sí sería inconcebible en otro que en Mr. Aimard, es la peregrina idea de hacer una mezcla estrambótica de voces mejicanas i pehuenches, para calcar el sentido de una estrofa tan insulsa como la referida por don Luis de la Cruz.

Queremos terminar por la trascripcion de unos versos araucanos que se hallan en la páj. 300 de la copia del *Cautiverio feliz*, que existe en la biblioteca

nacional. Ellos fueron compuestos a la despedida de *piche Alvaro*, por la hija del cacique Quilalebo, que estaba enamorada de aquél.

Juzgándolos por la traduccion castellana, tendríamos que convenir en que no serian malos para una poetisa araucana. Por desgracia, todo hace pensar que ellos se compusieron bajo la inmediata direccion del feliz cautivo.

Abcuduam in ema
Amotualu gatu Pichí Alvaro emi
Chalitu a emi à
Gui maya guan maita pegue no elmi.

Dividido en sílabas es como sigue:

Ab, cu, du, am, in, e, ma
A, mo, tua, lu, ga, tu, Pi, chial, va, roe, mi.
Cha, li, tu, a, ei, mi, à.
Gui, ma, ya, guan, mui, ta, pe, gue, no, el, mi.

Traducidos por Bascuñan, dicen:

Mui lastimado tengo
I triste el corazon, porque nos dejas;
A despedirme vengo,
Alvaro, de tu vista, pues te alejas
I a decirte cantando
Que he de estar, en no viéndote, llorando.

UNA SOCIEDAD LITERARIA EN 1825.

(*La Estrella de Chile*—24 de noviembre de 1867.)

I.

Corria el año de 1825..... i a la par del año corrian tambien tras la prosperidad i el progreso, muchos ilusos, que, a fuerza de oir pregonar la ruina del despotismo i el renacimiento de la libertad, habian concluido por creer en aquella ruina i este renacimiento. I, como el pueblo es esencialmente práctico, apenas se le dijo que habia llegado el tiempo de hacer lo que fuese mas de su agrado, comenzó a practicar la libertad a su manera.

Las provincias usaron de su libertad para romper la unidad nacional, i desde aquella fecha fueron in-

innumerables los pueblos, cabildos, rejimientos i batallones, que segun la frase de la época, *asumieron su soberanía.*

Roto el *pacto social*, como efectivamente lo habria estado, si alguna vez hubiera existido, hasta que triunfó la gran revolucion conservadora, cuyo fruto fué la Carta de 33 i la salvacion de la república, cada cual se abandonó a sus tendencias.

Los exaltados se dedicaron a hacer revoluciones.

Los mas desocupados a escribir leyes, tomando por modelo a los lejisladores griegos, romanos o judíos.

Los salteadores a acechar al caminante en las faldas de Pan de Azúcar o en las cuestas de Chacabuco o la Dormida.

Los que habian leido a Voltaire, a Rousseau, D'Alembert, i demas de la escuela, a escribir en los periódicos artículos contra el fanatismo, las clases nobiliarias i los serviles, miéntras juraban por el pacto social i por la república de Platon.

Es cierto que los que en aquella época habian leido a Voltaire no eran muchos: talvez no existirian ciento en toda la república. Pero por lo mismo que los que conocian a Voltaire eran contados, el volterianismo se hizo de moda, i hoi apenas se concibe cómo al dia siguiente de la independencia i cuando los sacerdotes eran casi los únicos dispensadores de la instruccion, estuvieron tan en boga las doctrinas de la Enciclopedia. Hai mil hechos que podrian citarse en apoyo de este aserto, que ninguno que haya ojeado los periódicos de aquel tiempo puede poner en duda.

Mui léjos estamos de proponernos en este artículo, reducido por las pequeñas dimensiones del periódico en que se publica, a límites estrechos, dar las pruebas de la tésis que acabamos de sentar. Nuestro único objeto es referir a los pesimistas, que tanto se alarman i desalientan por los progresos de la incredulidad en nuestros dias, un incidente histórico que puede servir de consuelo a los que hoi desearan para la libertad i la relijion la época en que no existian ni la Carta de 33, ni Mr. Trumbull, ni los rojos.

«Los males, dice lord Macauley, son casi todos mui antiguos: lo que es nuevo es la intelijencia que los discierne i la humanidad que procura ponerles remedio.»

II.

A fines de noviembre del citado año de 1825, se reunian en casa de uno de los principales vecinos de Quillota, don Enrique Fulner, algunos hombres pertenecientes al partido *pipiolo*, para acordar las bases de una sociedad nunca vista en Chile. Es inútil hablar del entusiasmo de aquellos ciudadanos i de las ilusiones que a su calor nacian. Baste decir que uno de los mas intelijentes de los allí reunidos, esperaba hacer de Quillota en mui poco tiempo la Aténas de América. Los socios, despues de largas discusiones, en las que todo se tuvo presente ménos la modestia, bautizaron a la institucion que proyectaban con el nombre de «SOCIEDAD DE AMIGOS DEL JÉNERO HUMANO.»

Despues de haber ocupado el tiempo de este modo, para elejir un nombre, notaron que faltaba el suficiente para discutir i acordar las bases de la sociedad; i, en consecuencia, juzgaron prudente comisionar a dos de los mas entendidos, para que cuanto ántes redactasen las que creyesen mas propias para realizar el fin apetecido.

Los comisionados no tardaron en cumplir con su encargo, i a los pocos dias presentaron a la aprobacion de los socios las siguientes bases, con el título de *Prospecto*:

«Art. 1.° Todo hombre que quiera adquirir o comunicar las luces *a sus demas ciudadanos*, será admitido a esta sociedad, *sin examinar el partido ni la profesion de principios politicos a que pueda corresponder.*

«2.° La sola calidad que se exije de los asociados, que quieran pertenecer al número de los fundadores de esta asociacion *filantrópica, será la del juramento de sostener el éxito de las miras liberales que la presente administracion ha difundido en el Estado Chileno; oponiendo sus fuerzas morales, sus trabajos literarios i sus luces al fanatismo con que los aristócratas propietarios i nobiliarios quieran sorprender la ignorancia o la intelijencia de los demas ciudadanos.*

«3.° Una comision especial nombrada de su seno será encargada de presentar un proyecto dirijido a plantear el órden interior *para que los asociados puedan espresar sus ideas sin ser interrumpidos.*

«4.° Todo hombre de cualquier clase o condicion podrá asistir a oir los discursos de la sociedad.

«5.° Los que por defecto de espresion u otro accidente no fueren capaces de esprimir sus conceptos

de viva voz, lo harán por escrito, leyéndolo, él mismo u otro cualquiera.

«6.° Por ahora i miéntras tanto los encargados del proyecto del réjimen interior lo presentaren se procederá a nombrar uno de los asociados para que, en clase de presidente, *dé principios a los objetos de ella*, llevando un apunte o nota de algunos discursos que sean dignos de darse al conocimiento público por la prensa; a cuyo efecto se nombrará igualmente otro asociado que haga las veces de secretario.

«7.° Luego que la sociedad haya logrado tener un número considerable de asociados, será su primer deber el formar un fondo para subvenir a los gastos de una suscricion en todos los periódicos de América i proceder a dotar una o dos escuelas públicas en este vecindario.

«8.° Los sujetos que no quieran ser puros *espectadores* de los discursos públicos, sino que quieran ser parte de los asociados, serán inscriptos i *recibirán un sello con los jeroglíficos que espriman la beneficencia i sanos objetos de esta filantrópica asociacion, luego que ella merezca la aprobacion del Supremo Gobierno.* —Quillota, noviembre 28, 1825.—José J. Orrego.—Pedro Mena.—José Lorenzo Urrutia.—Juan Muñoz.—José Félix Callejas.—José Vicente Orrego. Mariano Piñeiro.—Manuel Magallanes.—Tadeo Urrutia.»

III.

La simple lectura del Prospecto anterior basta para dar una idea de las ideas, instruccion, aspiracio-

nes i sentimientos de los que lo firman. I, cuenta, que al espresarnos de este modo no es nuestro ánimo seguir la huella de aquellos que sin tomar en cuenta la diferencia de los tiempos acostumbran reirse de nuestros antepasados, porque no se vistieron de conformidad con nuestras modas, ni pensaron, hablaron i escribieron como nosotros pensamos, hablamos i escribimos.

La *Sociedad de amigos del jénero humano* establecida en Quillota, así como las ruidosas incidencias a que dió lugar, están revelando que en esa ciudad habia entónces un círculo de hombres que en instruccion, importancia i osadía nada tenian que envidiar a los mas afamados de Santiago. La prueba está en que el Ministro de Guerra i Marina, don José María Novoa, se creyó honrado con el título de presidente de la *Sociedad de amigos del jénero humano:* i en los conflictos que ocasionó al gobierno, i en el periódico que fundó con el esclusivo objeto de obtener la aprobacion oficial, que solicitó en vano. (1) Finalmente la misma tenaz resistencia que el gobierno *pipiolo* le opuso, a pesar de los elojios que los nuevos socios le prodigaban, son el mejor testimonio de la alta importancia que se dió a la sociedad de que nos ocupamos i a los hombres que la componian. Quede, pues, a Quillota el honor de la iniciativa, i sea en abono de los fundadores de la sociedad, el hecho de que hasta el presente los innumerables ensayos que se han intentado para llevar a cabo la obra que emprendieron el año de 1825, no han tenido, ni probable mente merecido, éxito mas feliz.

(1) *El Volcan Chileno.* Se halla en el tomo 12 de los Impresos Chilenos en folio.

IV.

Es curioso comparar el primero con el segundo artículo de los estatutos. En aquél se declara que pueden pertenecer a la sociedad los hombres de todas las creencias i partidos; al paso que en el segundo se dispone que los neófitos deberán prestar juramento de sostener al gobierno i de combatir a los aristócratas propietarios i nobiliarios. Este artículo es la llave para penetrar en el espíritu de la sociedad.

Los socios eran casi todos insignes *pipiolos*, i esta circunstancia fué la causa i es ahora la esplicacion, de ese juramento de obediencia i fidelidad a los que gobernaban. Tambien esa circunstancia esplica la guerra que se intentaba declarar al fanatismo, a los nobiliarios, aristócratas i sobre todo, *a los propietarios.*

Aquella guerra se nos imajina que mas bien se declaraba a los aristócratas i a los propietarios, que a la propiedad i a la aristocracia. En efecto, todos los firmantes blasonaban de sangre azul i poseian propiedades, que si no les daban mucho dinero, les daban en cambio tiempo para ocuparse de política, dormir la siesta, rezar el rosario i tertuliar un par de horas en la botica del pueblo. La tradicion refiere que mas de uno de aquellos enemigos de la aristocracia, en las disputas sobre los méritos comparados de Santo Domingo i San Francisco, se inclinaban del lado de aquél, alegando como razon suprema que Santo Domingo habia sido *caballero.*

Por lo demas, era la misma lójica, la misma since-

ridad, las mismas contradicciones i hasta el mismo lenguaje de los hombres que todos conocemos, por que si los hombres varian, en el fondo las cosas no han cambiado. Los pregoneros de la libertad ilimitada han sido siempre los que mas fácilmente han aceptado el yugo; i los que comienzan por declararse independientes de Jesucristo i de la Iglesia concluyen siempre por someterse a un jefe de lójia o a un ministro.

V.

El incienso estaba ya en el incensario: lo único que faltaba era hacerlo llegar hasta las narices del gobierno. De esto se encargaron los señores Urrutia i Magallanes. Véase la solicitud que presentaron al presidente de la junta gubernativa:

«Excmo. Señor:

«Los ciudadanos Tadeo Urrutia i Manuel Magallanes, a nombre de los individuos reunidos en Quillota con el interesante objeto de establecer una sociedad filantrópica de amigos del jénero humano, en virtud de la carta-poder que con la solemnidad debida presentamos, a V. E. respetuosamente decimos: que, íntimamente convencidos de la decidida proteccion que el actual Supremo Gobierno ha prodigado en favor de las luces i de todo establecimiento benéfico, se han propuesto, a imitacion de la sociedad de alumnos instituidos para metodizar simplificando los

medios de adquirir el progreso en las ciencias, establecer la suya, para que aquella porcion de habitantes chilenos logrando de las ventajas de un contacto social, adelanten sus conocimientos: adquieran un espíritu público: se desnuden de las envejecidas preocupaciones i marchen a su engrandecimiento haciéndose cada dia mas útiles a sus conciudadanos.

«No hai duda que los jenios mezquinos i acostumbrados a no salir del círculo pequeño a que les ha ceñido una educacion miserable, resistirán a tan loables miras; pero nó V. E. en quien prácticamente conocemos una predisposicion siempre inclinada a todo lo importante i benéfico. ¡Qué gloria será para Chile el dia en que vea aquel número precioso de sus hijos trabajando por adquirir i propagar las luces i sosteniendo a sus espensas en aquel pais escuelas públicas i demas establecimientos literarios! ¡Qué espectáculo tan agradable presentará al jénio observador el ver ocupada la prensa en estampar algunos de sus discursos que merezcan la aprobacion pública! ¡¡¡I cuál será la de V. E. al reflexionar que en los dias de su sábia administracion fueron aprobados tan saludables pensamientos!!! Para su consecucion nos presentamos, acompañando con la sumision necesaria, las bases sobre que acordó esta asociacion instituirse, lisonjeados de que merecerá su suprema aprobacion que imploramos. A este intento, a V. E. suplicamos se digne acceder a nuestra solicitud: que es gracia, etc.

Excmo. Señor.

TADEO URRUTIA.—MANUEL MAGALLANES.»

Nos ha sido imposible señalar en la anterior solitud los pasajes curiosos: toda ella lo es en grado eminente. Es preciso, sinembargo, guardar una buena reserva de admiracion para la providencia que obtuvo i en la cual los liberalísimos que entónces gobernaban la república se escedieron a sí mismos.

Hé aquí testualmente el decreto:

«*Santiago, marzo* 3 *de* 1826.

«Debiendo reunirse mui pronto la representacion nacional, i considerándose que es mas propio de sus atribuciones deliberar sobre el plan que se propone para el establecimiento de una sociedad filantrópica en la ciudad de Quillota, resérvese para darle cuenta i hágase saber a los individuos que representan. —Hai una rúbrica de S. E. el presidente del Consejo Directorial.

ASTORGA.»

VI.

Hai rayos que bastan para alumbrar un abismo. La luz que se desprende del anterior decreto bastaria para alumbrar el cáos que precedió a la Constitucion de 33. Ese solo decreto basta para infundir sospechas de una cosa de que estamos íntimamente convencidos, esto es, de que ántes de Portales, no solo no habia en Chile una organizacion política cualquiera, pero que ni aun se tenia idea de lo que podria ser un buen gobierno.

Hacer cargos a los fundadores de nuestra organizacion política porque no sujetaron sus actos a las leyes escritas que nadie observaba ni conocia es un contra-sentido. Equivaldria a reprochar a los fundadores de la independencia el no haber observado las leyes que nos sujetaban a España.

¿Qué gobierno, en efecto, era aquél que, consultado para que permitiese el establecimiento de una sociedad literaria i filantrópica, tenia la ignorancia o la necedad de declararse incompetente i reservar al Congreso la resolucion de un asunto que, bajo el imperio de la Carta *retrógada* de 33, no necesita ni el beneplácito de un inspector de distrito?

I no se diga que aquella increible providencia fué solo un efujio para impedir la realizacion de la sociedad, puesto que de todas maneras, el recurrir a él estaria probando que en aquel entónces era cuestionable si el permiso para asociarse debia darlo el Ejecutivo o el Congreso.

Hace tres años, un amigo que llegaba de Mendoza nos referia un hecho parecido. Habiéndose sucitado en aquella ciudad sérias dudas sobre la manera de otorgar una sustitucion de poder judicial, el escribano consultó al juez, quien se vió tan embarazado, que tuvo por conveniente recurrir al gobernador de la provincia. Este convocó a la lejislatura, la que vino por fin a resolver la cuestion. El relato nos pareció inverosímil, i, sinembargo, hace 40 años solamente pasaban en Chile i en Santiago sucesos parecidos.

El decreto citado, ademas de dar un claro indicio del desbarajuste en que andaba la administracion

bajo el gobierno de los *pipiolos*, demuestra tambien la hipocresía con que se invocaban por los hombres del poder las teorías liberales. La junta gubernativa trató primero de eludir la resolucion de la solicitud: i no vino a decidirse sino despues de mucho tiempo, prohibiendo se estableciera aquella sociedad, ideada para servir al gobierno i presidida por un ministro de Estado.

VII.

Los comisionados para recabar el permiso supremo no se desalentaron apesar de un rechazo que jamas habian de haberse imajinado. Pusieron en juego influencias personales, echaron empeños, protestaron una i cien veces de la rectitud de sus intenciones, de su obediencia al gobierno i odio a los nobilarios, teniendo por fin el placer de que se diese una resolucion favorable. Se dió ésta solo con tres dias de posterioridad, revocando la anterior, en los siguientes términos:

«Entretanto que la próxima lejislatura delibera acerca de las bases propuestas por algunos vecinos de Quillota para el establecimiento de una sociedad filantrópica en aquella ciudad, no hai embarazo para que los ciudadanos asociados se reunan con el único i loable objeto de comunicarse recíprocamente sus luces i propagarlas en aquel territorio.

INFANTE.—ASTORGA.»

El placer que esta providencia causó a los interesados fué indecible, pero, por desgracia, bien efímero. ¿Ni cómo habria podido suceder de otra manera cuando en realidad el gobierno miraba con recelo la asociacion i, sobre todo, cuando el señor don Joaquin Huerta, delegado de Quillota, hombre enemigo de *bochinches*, como se decia en ese entónces, estaba resuelto a impedir que el proyecto se pusiese por obra? Así fué que, haciendo uso del derecho que todos tenian para desobedecer al gobierno, suspendió los efectos de la providencia suprema i prohibió la reunion bajo la pena de fuertes multas, miéntras, decia él, no tuviese del gobierno la contestacion de la consulta que le habia elevado.

Véase el decreto:

« *Quillota, abril* 3 *de* 1826.

«Siendo uno de los principales deberes de mi cargo el mantener este pueblo en la quietud i tranquilidad que tanto me recomienda el Supremo Gobierno, i no pudiendo desentenderme de los clamores de la mayor parte de los vecinos de representacion, a causa de la apertura de la sociedad *para el que han obtenido permiso supremo algunas personas*, el fiel de fechos don Juan Agustin Prado pasará a casa de don Pedro Mena (1) i le ordenará que por ningun motivo ni pretesto se abra la sociedad hasta tanto que el Supremo Gobierno determine si convendrá o nó abrirse, a cuyo fin se ha consultado por este go-

(1) Téngase presente que no se trata en este caso del señor don Pedro N. Mena que dejó de vivir hace pocos años siendo presidente del Senado.

bierno, haciéndole saber igualmente a don Enrique Fulner que por ningun evento facilite su casa para ninguna reunion que se dirija al mismo fin, con apercibimiento de que será uno i otro responsable a las resultas, sentando las notificaciones que lo acrediten en virtud de este decreto.

HUERTA.»

«Por mandado del señor delegado,—JUAN AGUSTIN PRADO, fiel de fechos.»

La Municipalidad de Quillota, con un candor admirable, se imajinó que aquel mandatario, enemigo de las luces i de las miras liberales de la administracion, sería reprendido i castigado, para cuyo efecto firmaron todos sus miembros una representacion que decia:

«*Quillota, abril* 3 *de* 1826.

«La Municipalidad de Quillota mira con el mayor sentimiento el oprobio hecho, por el delegado don Joaquin Huerta, a una porcion de ciudadanos comprometidos en propender al adelantamiento de las luces i progresos del pais, impidiendo la apertura de la sociedad que han entablado con solo este objeto en virtud del supremo decreto fecha seis de marzo próximo pasado.

«Nada mas admira que el silencio en que maliciosamente ha permanecido el delegado hasta el momento mismo de verificarla para notificarle su suspen-

sion, precisando con ella a estos buenos vecinos a engañar a todo un pueblo que a este intento se hallaba reunido i a emprender sin fruto injentes gastos que les consta a los que suscriben.

«Penetrada vivamente esta Municipalidad de que el indicado establecimiento va a reportar al pueblo de Quillota las mayores ventajas, cree igualmente que el Gobierno Supremo nivelará con los que suscriben sus sentimientos en la solicitada apertura de dicha sociedad.

«Con esta ocasion reitera a V. S. sus ofrecimientos.—Siguen cinco firmas.

«Señor Ministro del Interior don Buenaventura Blanco.»

Pero estaba escrito que a cada nuevo acto de fé de los *pipiolos* quillotanos habia de seguirse un nuevo desengaño. El Supremo Gobierno contestó:

«He instruido al Supremo Director de la comunicacion de VV. SS. fecha 3 del corriente relativa a la sociedad que con el título de filantrópica se preparaba a verificar su instalacion i cuya apertura fué impedida por el delegado. S. E. ha reflexionado detenidamente sobre este acontecimiento, i hecho cargo de los inconvenientes que en la época actual presentaria un establecimiento de esta naturaleza (aunque excelente en sus principios) por razones que no es del caso esponer, me ordena prevenir a VV. SS. en contestacion que, sin embargo de serle mui grato el laudable celo que VV. SS. manifiestan por la propagacion de las luces, no le permite su deber público asentir por ahora al establecimiento de dicha sociedad, viéndose a su pesar obligado a ordenar que

quede suspensa la apertura hasta tanto la considere oportuna i de una conocida utilidad práctica. Dios, etc.

«Santiago, abril 11 de 1826.

BUENAVENTURA BLANCO.»

VIII.

Como se vé, la píldora no se administraba sino envuelta en una gruesa capa de azúcar; pero su amargo era tal que los filántropos se convencieron al fin de que en lo que ménos pensaban los *pipiolos* del gobierno era en difundir las luces. Aquellos apóstoles de la libertad i del derecho no llevaban su celo hasta el punto de malquistarse con el gobierno. Besaron, pues, la mano que los heria i se consolaron saboreando una nota que les envió el Intendente de la provincia de Aconcagua, don Francisco Calderon, mariscal de campo de los ejércitos de la patria, etc. Esa contestacion merece tambien citarse, pues ella arroja una viva luz sobre los sentimientos e ideas de aquel prócer de nuestra independencia. Decia así, contestando a un reclamo que habia interpuesto la Municipalidad de Quillota, pidiendo castigo para el delegado don Joaquin Huerta:

«INTENDENCIA DE ACONCAGUA.

San Felipe, abril 9 de 1826.

«Habiendo tomado en consideracion el contenido de la respetable nota del 5 del actual, en que me hace presente esa Ilustre Municipalidad el escandalo-

so procedimiento del señor gobernador, en la tarde del 3, i hecho cargo al mismo tiempo del objeto tan digno de que se ocupa ese virtuoso vecindario, haciendo participar a sus conciudadanos del imponderable bien de la ilustracion, no puede ménos que disgustarme altamente, haciéndome sentir la conducta de aquel gobernador ratos nada agradables; pero debe penetrarse la Ilustre Municipalidad que tan dignamente representa al benémerito pueblo de Quillota, que el que suscribe coadyuvará con el mayor placer al fin que se ha propuesto la sociedad, en la apertura de un establecimiento que, a mi ver, va a hacer la felicidad de ese pueblo.

«Al tomar posesion del mando de la provincia, en el último tercio de mi vida, no ha sido otro mi objeto que arrancar de raiz la envejecida educacion colonial i abrir la puerta a las luces del siglo, haciendo ver a mis conciudadanos que para alcanzarlo, necesito solo que se presten gustosos a todas las providencias que se dicten al efecto. La Ilustre Municipalidad de Quillota que le ha cabido la vanguardia en la lid contra el monstruo de la supersticion i barbárie del acabado sistema español, debe llevar al cabo sus miras, lisonjeándose con que el Supremo Gobierno, al verse instruido por mi conducto de las filantrópicas i proficuas ideas con que está investida, pondrá freno a los que, obstinados, quieran sofocarlas, haciendo que renazcan en Quillota los tiempos de la ilustrada Aténas.

«Aprovecho esta ocasion, etc.

FRANCISCO CALDERON.»

La *Sociedad de amigos del jénero humano* habia muerto, pues, ántes de nacer, merced a la mala voluntad de un gobierno cuyas miras liberales se proponia defender. Las protestas de la Municipalidad i hasta las fulminantes notas del mariscal Calderon fueron impotentes para volverla a la vida. A pesar de aquellas protestas i estas notas, el delegado don Joaquin Huerta, acompañado de su fiel de fechos, continuaron en su propósito de impedir que Quillota se convirtiese en la Aténas de la América.

Lo único que restaba que hacer era los funerales. Algunos de los cuasi-socios se encargaron de hacerlos, fundando en Santiago una publicacion con el objeto de llorar la prematura muerte de la sociedad i de echar en cara a los hombres del gobierno sus crueles procedimientos.

El Volcan Chileno cumplió mui bien con la primera parte de su programa; pero se anduvo con mas cuidado en cuanto a la segunda. Vertió muchas lágrimas, pero pocos reproches contra el gobierno.

Despues de publicar las piezas que hemos trascrito i algunas otras relativas al mismo asunto, procedió a insertar la «*oracion inaugural que iba a ser pronunciada el dia 3 de abril por el secretario don Manuel Magallanes.*» Es demasiado larga para ser copiada aquí: bástenos decir que la tésis que en ella se trataba de demostrar era de «*como el pacto social es la garantía comun de la libertad natural i el contacto inmediato de las luces es el de la libertad civil.*»

Copiaremos, sinembargo, para muestra, una especie de introduccion, *que debió tener* aquel discurso, *que iba a ser pronunciado* i que encontramos en el segundo

número de *El Volcan*, con el título de «*Arenga prévia.*» Ella es característica de los tiempos i de los hombres. Dice así:

«Ciudadanos de Quillota: delicada porcion de los hijos del nuevo mundo. ¡Qué espectáculo tan asombroso i tan interesante se presenta *de un repente* a mi vista, al contemplar *esa unidad sociable* que bajo los mas sagrados votos habeis protestado sostener en obsequio de la pública felicidad! *Como parto* de este principio, mi imajinacion se embriaga *con una infinidad de futuros felices*, i olvido la espresion sin hallar frases con que poder manifestar al vivo *la emocion de placer interior* que me sobrecoje. Tan pronto me arrebata la época en que veo subir del seno de esta asociacion miles de ciudadanos honrados, virtuosos i adornados de un eminente espíritu público a defender la amada patria i sostener con su sangre la dulce libertad, como la perspectiva halagüeña que me representa la encantadora adquisicion de principios políticos, que indudablemente va a resultar *de este bello contacto.*

«Me parece *que un fenómeno admirable de luz* se presenta sobre nuestro horizonte i que a su vista *el mas imbécil* queda penetrado de todos los imprescriptibles derechos de que le quiso despojar una ciega ambicion o un fiero despotismo; i midiendo los resultados de esta laudable institucion en proporcion de los altos fines que ella se ha propuesto *creo que este dia llegará a ser no ménos recomendable a la posteridad que los memorables del* 18 *de setiembre de* 809 (?) *i* 12 *de febrero de* 817.

«Ciudadanos: consumad el último sacrificio en

favor de estos justos deseos: que la patria halle en vosotros en el momento que lo necesite ese entusiasmo, esa grandeza a que no pueden elevarse las almas comunes: que *toda nuestra especie* halle en cada uno de nosotros la beneficencia, prudencia, justicia, urbanidad, dulzura en carácter i demas dotes agradables en la vida social: que la filosofía i los grandes jenios del siglo *hallen tambien en nosotros toda la predisposicion consiguiente a merecer su influencia;* i que solo los tiranos tiemblen al ver llegado el dia en que por consecuencia del grado de civilizacion a que se acerca Chile, se dispensa por nuestro actual gobierno la reunion de estos individuos interesados en hacer conocer al hombre sus derechos.»

IX.

Esta *arenga prévia* que iba a ser pronunciada se exhibió entónces con el mismo fin con que los amigos de César mostraron al pueblo su ensangrentada túnica,—para cubrir de oprobio a los asesinos. Al trascribirla ahora despues de 40 años, nos proponemos un fin diametralmente opuesto, el de disculpar a los que no permitieron se desarrollase un árbol que tales frutos prometia.

Queremos terminar estos apuntes resumiendo las conclusiones que de ellos podrian deducirse.

Hace 40 años, en Chile los que hacian voto de estirpar el fanatismo, eran tan numerosos o mas numerosos que ahora.

Lo mismo que en 1867, en 1826, los que se reve-

laban contra la Iglesia en nombre de la libertad, hacian acto de sumision a los poderosos; i los que se decian propagadores de las luces i enemigos del oscurantismo, daban en sus escritos las pruebas de la mas vergonzosa ignorancia.

Bajo un gobierno liberalísimo fué imposible obtener permiso para abrir una sociedad literaria; i cuando se prohibió ésta, se hizo con las muestras de la mas indigna hipocresía.

En 1826, bajo el *ilustrado* gobierno *pipiolo*, no se sabia si tocaba al Presidente de la República o al Congreso Nacional conceder permiso para la instalacion de una sociedad literaria.

¡Cuánto tenemos que agradecer a los ilustres patriotas que pusieron fin para siempre a aquella farsa ridícula i colocaron a la República sobre los rieles del progreso! Por ellos marcha todavía i esperamos continúe marchando, a pesar de aquellos, que como los israelistas en el desierto, echan ménos las cebollas de Ejipto.

¡Cuánto no tendríamos que agradecer tambien a los hombres que, tomando sobre sí la tarea dura, pero honrosa, de escribir una verdadera historia de Chile, desmintieran, en lo tocante a nuestro pais, aquellas palabras de De-Maistre: «La historia que se escribe es una conspiracion permanente contra la verdad!»

LA INQUISICION,

RAPIDA OJEADA SOBRE AQUELLA ANTIGUA INSTITUCION

POR EL PREBENDADO DON JOSÉ RAMON SAAVEDRA. (1)

(*La Estrella de Chile*—22 de marzo de 1868.)

Si nos fuera dado interpelar a todos los que honren estas líneas pasando por ellas la vista, para pedirles datos sobre el Areópago, el Consejo de los Diez o el de Castilla; para que nos dieran su opinion sobre la justicia o injusticia con que de ordinario procedian, imponiéndonos de sus fórmulas i procedimientos, es seguro que no obtendríanos mas respuesta que una franca e injénua declaracion de incompentencia. Raro seria aquél tan privilejiado de memoria, que pudiese satisfacer nuestros deseos, sin

(1) Un folleto de 128 pájinas en cuarto, imprenta del *Correo*, diciembre de 1867.

haberse ántes dado un pequeño espacio de tiempo para refrescar sus recuerdos históricos.

Preguntad, sinembargo, a cualquier individuo, que sepa leer i firmarse, por el tribunal de la Inquisicion i preparaos para oir los mas curiosos pormenores; las descripciones mas completas de los jueces, las leyes, los procedimientos, las torturas, i hasta los aparatos i fórmulas de aquel antiguo Tribunal.

¿Quién no ha oido mas de una vez las fatídicas narraciones de esquisitas torturas i de espectáculos horrendos, en que las víctimas, adornadas con las flores de la inocencia i con la aureola del saber, eran arrojadas a millares a la hoguera por fanáticos frailes, excitando los aplausos de una multitud sanguinaria i feroz? ¿Quién no ha visto en los libros escritos para enseñar o divertir, láminas representando al vivo, ya uno de esos espectáculos sangrientos, ya la adusta figura de Felipe II, que a la débil luz de una linterna contempla el cadáver de su hijo don Cárlos entre los familiares del Santo Oficio? ¿Quién, por último, es aquel que a la vista de tales cuadros o a la postre de tales relatos haya dejado de oir o de lanzar un anatema contra los desalmados perpetradores i consentidores de tamañas iniquidades?

I, sinembargo, apesar de la angustia con que algunos católicos candorosos escuchan esos anatemas contra la Iglesia, es raro verlos tomar otro partido que el de la fuga i el silencio. Las almas mas honradas i piadosas, como sobrecojidas de terror, no se atreven a aventurar la mas mínima duda, i calificarian de temerario al que osase abordar resueltamen-

te la cuestion histórica i filosófica en que los adversarios de la Iglesia vienen campeando con insolente audacia.

Pues bien, un escritor católico, de los mas distinguidos por lo vasto de su erudicion i la solidez de su talento, e igual a los mejores por la correccion i gallardía de su estilo, se ha presentado valerosamente en la arena i, poniéndose entre los católicos candorosos i los impíos arrogantes, ha dicho a los primeros:

Basta ya de temblar como azogados ante los ridículos fantasmas del odio i la ignorancia. Abrid la historia, compulsad sus testimonios, i os avergonzareis de haber sido por tanto tiempo víctimas de las patrañas urdidas por los enemigos de vuestra fé.

Ha dicho a los segundos:

En vez de maldecir a la Inquisicion i a la Iglesia de Cristo por su causa, discutamos un poco. Mostrad, si podeis, los fundamentos de vuestras opiniones i permitid en seguida que con datos irrecusables i documentos incontrovertibles, os pruebe que esos fundamentos son ménos sólidos que la arena que arrastra el mas lijero vientecillo.

¿No es cierto que merece ser leido el escritor que toma la pluma con tan noble designio?

¿Puede hacerse a los amigos de la Iglesia mas señalado servicio, que desvanecer errores i combatir preocupaciones que la desacreditan i maltratan?

¿Pueden, por el contrario, los denigradores de la Iglesia guardar silencio cuando se trata nada ménos que de reducir a polvo su arma mas terrible i favorita?

I, apesar de todo, los escritores incrédulos o racionalistas han urdido contra el folleto del señor Saavedra la conspiracion del silencio. ¡Ya lo creemos! es mucho mas fácil declamar sobre los horrores de la Inquisicion que discutirlos, i cuesta harto ménos callarse que refutar argumentos i aserciones fundados en la historia.

El honor, sinembargo, tiene sus exijencias inflexibles, lo mismo para los soldados de la pluma que para los soldados de la espada. Al adversario que nos provoca en buena lid es preciso vencerlo o cederle el campo: nada se gana con volverle la espalda finjiendo ridículo desden.

Por fortuna hai bastante buen sentido en el público para comprender que no echan mano de tal recurso sino los que se sienten vencidos; i esta circunstancia, a la vez que un consuelo para el autor del folleto, debe ser para los buenos católicos su mejor recomendacion.

Los argumentos del señor Saavedra en contra de los denigrantes de la Inquisicion, deben ser conocidos por todos los católicos, puesto que todos, mas o ménos, nos veremos en el caso de usarlos. La Inquisicion es en verdad un tema que se discute en todas partes i por toda clase de personas; i ya que nadie vacila en declararse competente para fallar el asunto, nada es mas justo i útil que dedicar a su estúdio algunas horas para fallar con pleno conocimiento de causa.

¿Qué podria retraernos de cumplir con tan justa exijencia? Hemos leido el opúsculo del señor Saavedra i debemos declarar que su lectura, mas bien que

una tarea, ha sido para nosotros una agradable sorpresa.

Sino ¿para quién puede ser una tarea deslizar la vista sobre poco mas de cien pájinas de una impresion limpia i esmerada? ¿Qué oidos son aquellos que pueden fatigarse de la cadencia de una prosa castiza i esmerada, en estos tiempos en que todos, por aficion o circunstancias, nos vemos obligados a escribir desfigurando i crucificando nuestro idioma?

Desde la primera pájina ¡con cuánta complacencia no alentamos con nuestros votos al escritor valiente i abnegado, que, impelido por el mas santo de los amores, por el amor a la verdad, se aventura en la defensa de una institucion sobre la cual pesan todas las calumnias i mentiras que el odio mas ciego ha podido urdir en medio siglo!

El autor se avanza resueltamente hácia el espectro de la Inquisicion, con las armas que ha podido procurarse en el inagotable arsenal de la historia, i escudado por una lójica severa i hasta cruel, lo despoja de sus pavorosas vestiduras; separa de aquella entidad monstruosa, formada por la ignorancia i la mala fé, lo que pertenece a la Iglesia de lo que toca al Estado, i presentándola tal cual fué a los ojos de los lectores imparciales, llega a las mas sorprendentes conclusiones.

La Inquisicion eclesiástica, no solo es digna de defensa, merece tambien los elojios de todo hombre sensato.

La misma Inquisicion española ¡cuánto ménos negra i terrible aparece de lo que el vulgo de las jentes se imajina!

Aquel tribunal de sangre fué en su época el mas clemente de Europa.

Aquellos retrógrados echaron los primeros cimientos del sistema penitenciario, en el cual cifran hoi su orgullo las naciones mas adelantadas.

Si usaron de la tortura, que era un procedimiento reputado justo i provechoso por do quiera, fué tomando infinidad de precauciones ántes de emplearla, i, usándola con ménos rigor i por ménos tiempo que en todos los otros tribunales de la época.

Si abundaron *los autos de fé*, *los autos de fuego*, fueron raros, sin que en ellos interviniera la autoridad eclesiástica para otra cosa que para impetrar misericordia; ni se quemase a los reos, sino despues de haberlos previamente ejecutado.

¿Qué mas? Aquellos feroces inquisidores trataban mejor a sus detenidos que los mas filantrópicos gobiernos de nuestros dias, i en algunas cosas llevaban su complacencia hasta un punto que se reputaria increible si los mismos adversarios de la Inquisicion no lo atestiguasen.

¿Cuántas son las cárceles que en este siglo alojan a sus presos en piezas altas, secas, espaciosas, bien ventiladas i alumbradas? ¿En qué parte se permite que los presos tengan uno o mas criados a su servicio? ¿Qué jueces han llevado su humanidad hasta el punto de prohibir que se sujete i mortifique a los detenidos con grillos i cadenas? Pues, eso i mucho mas que eso hacia la Inquisicion española con los suyos, en tiempos de atraso i de revueltas i con hombres que, puestos en la calle, habrian sido infaliblemente despedazados por la multitud.

¿No es cierto que cuando tales hechos se asientan vale bien la pena de verificarlos i discutirlos? ¿No es verdad que un folleto en que tales tésis se defienden i prueban, merece ser leido atentamente por todos los hombres que no acostumbran pensar por apoderado?

Hemos dicho que el señor Saavedra prueba las tésis que defiende. Pongamos por via de ejemplo i tomándola al acaso, una muestra de su manera de discurrir.

«Mas, es necesario, dice en la pájina 105, guardarse mucho de las exajeraciones i falsedades relativamente a brujos quemados por las tribunales españoles durante el tiempo de la Inquisicion. En este punto, don Benjamin Vicuña Mackenna nos sumitra un ejemplo notable. Dice así en su discurso de incorporacion, ántes citado: «Hemos leido, no recordamos dónde, que fué quemada viva en la plaza de Acho de Lima una mujer bruja llamada la *Pulga chilena*, i que se tostaron tambien los huesos i aventaron las cenizas de un bachiller llamado Ovando, natural de Chile.»

«No dudo que el señor Vicuña haya leido lo que narra; pero, me parece incontestable que son falsos los dos hechos referidos. Don Pedro José Bermudez, doctor decano en ámbos derechos en la Universidad de San Marcos de Lima, testigo presencial e historiador del auto de fé de 22 de diciembre de 1736, se espresa así en sus *Triunfos del Santo Oficio Peruano.*

«María Hernandez, alias la Pulga, natural de la ciudad de Penco, en el reino de Chile, hechicera..... fué condenada a que al dia siguiente al auto se le

diesen doscientos azotes....., i que saliese desterrada por cinco años al pueblo de Lambayeque del obispado de Trujillo.»

«José Solis i Ovando, natural i vecino de la ciudad de Santiago, del reino de Chile, de ejercicio *minero* salió al auto en estátua por haber fallecido despues de haberse fenecido su causa.... Fué admitido a reconciliacion en forma, i absuelto de la escomunion mayor..... i se mandó que *sus huesos se sepultasen en lugar sagrado.*»

«He leido los autos de fé referidos por Córdova Urrutia, i otras relaciones que hai en nuestra Biblioteca Nacional, i no he hallado otra *Pulga chilena* ni otro Solis i Ovando, chileno i bachiller. Sospecho, pues, que el señor Vicuña se refiere a los mismos individuos de que nos habla Bermudez. Pero, ¿cómo creer que el señor Vicuña en una corta cláusula, haya incurrido en las cuatro grandes equivocaciones, de que la *Pulga chilena* fuese *quemada viva*, cuando fué desterrada; de que Ovando fuese *bachiller*, habiendo sido *minero*, i que fuesen tostados sus huesos, i *aventadas* sus cenizas, siendo así que, al contrario, se mandaron sepultar en lugar sagrado; prescindiendo de la otra mayor equivocacion de suponer que la Inquisicion hubiese pronunciado la sentencia de fuego?»

Discurriendo siempre sobre bases tan sólidas, marchando con rápido, aunque seguro paso, por el inconmovible terreno de la lójica i de los documentos históricos, llega el autor al término de su trabajo i a formular las siguientes conclusiones, que resumen el libro.

«Los pueblos cristianos, impulsados por su fé i su amor a Cristo, colocan en sus códigos a la herejía por uno de los mayores crímenes que pueden cometerse en la sociedad. En consecuencia, penan con la muerte a los herejes i tratan de inquirirlos, como ahora se inquiere a los salteadores i a los conspiradores.

«Los pueblos cristianos, conociendo que el cistianismo era el vínculo social i necesario en aquella época, quieren conservarlo i defenderlo contra los ataques de la herejía. Castigan con la muerte al que desorganiza la sociedad, como hoi se hace con los sediciosos i revolucionarios.

«La Iglesia, temerosa de que los errores relijiosos sean aceptados por el pueblo cristiano como verdades reveladas, i con su enseñanza se pervierta el criterio de los dogmas i de la moral, inquiere a los novadores, i una vez declaradas sus doctrinas en oposicion con la enseñanza de Cristo, exije que el dogmatizante las abjure. Si se niega, lo arroja de la sociedad cristiana, para impedir el trastorno de esa misma sociedad.

«La Iglesia, para evitar que los sectarios sean presa de los furores populares o de los rigores del poder civil, establece un tribunal en el cual se ventilen las nuevas doctrinas i se estimnle al heterodojo a que ceje en su parecer. Si persiste en defender su doctrina, lo entrega, no a la turbulenta multitud, sino al poder público en el órden civil. Así garantió el acierto en el juicio acerca de la doctrina, i defendió la persona del sectario contra las estorsiones i violencias de la multitud.

«Sinembargo, en vez de ser elojiada por la planteacion de ese tribunal, ha sido, al contrario, escarnecida i anatematizada.

«Se ha reprobado su establecimiento en una época en que la sociedad odiaba al hereje, i en la cual las leyes i el poder civil se afanaban por castigarlo; miéntras que ahora, en esta época de supremo languidecimiento i agonía de la fé cristiana, se establecen *tribunales especiales* para el hereje, i tribunales que le ofrecen ménos garantías.

«Algo mas, se la ha calumniado con sistemática persistencia. Se ha supuesto que atormentó, i aun que mató a Galileo, siendo así que por todos los documentos históricos, hasta por las palabras mismas de Galileo, consta que solo estuvo detenido quince dias en la Inquisicion, sin aplicársele ninguna otra pena.

«Mas tarde, la patria del gran Pelayo es aquejada por un terrible malestar social. El órden civil i el relijioso se turban. España, la bizarra i jentil heroína ante quien van huyendo las falanjes agarenas, palidece, i se ajita convulsa i desgreñada. La corona i la tiara se dan la mano para establecer allí una Inquisicion político-relijiosa, que afiance el órden social. Mediante sus esfuerzos, la península ibérica se libra de ser fraccionada en diversos reinos moriscos, o dilacerada por contínuas revoluciones.

«Pero, el filosofismo del pasado siglo la calumnia de un modo atroz.

«Se ha supuesto que aprisionaba arbitrariamente, siendo así que en ningun tribunal civil de aquel tiempo, ni del presente, se han dictado tantas i tan sabias

providencias para espedir un mandamiento de prision.

«Se ha dicho que los procesos eran inícuos, i en ningun tribunal civil se han tomado tantas precauciones para asegurar el acierto en la sustanciacion de las causas.

«Se la acusa de haber tratado cruelmente a los presos, i por confesion de los mismos adversarios, les conducia a piezas altas, espaciosas, secas i ventiladas; no les aplicaba grillos, esposas, cadenas, cepos, ni ninguna otra clase de mortificacion; eran visitados cada quince dias por los inquisidores, i se cuidaba de que estuviesen bien atendidos. Aun para aplicar la tortura, de que se hacia uso desde muchos siglos en los tribunales civiles de Europa, tomó multitud de medidas caritativas que no se tomaban en esos tribunales, i con las dificultades que puso para su aplicion, i con su desuso, preparó su abolicion.

«Se ha dicho que los monarcas españoles la establecieron para enriquecerse con los despojos provenientes de las confiscaciones, i sus mismos enemigos confiesan que la confiscacion de los bienes del hereje estaba mandada por las leyes anteriores al nacimiento de la Inquisicion, que los reyes e inquisidores restrinjieron muchísimo su aplicacion, i que los monarcas agraciaban muchas veces a la viuda, hijos i parientes del reo con los bienes confiscados.

«Se la ha inculpado de que penó a los judíos por que no querian bautizarse; pero, es una calumnia gratuita.

«Se cree que los inquisidores condenaban a muerte, i consta por todos los decumentos históricos mas irrefragables que nunca lo hicieron.

«Llorente calculó en treinta i un mil novecientas doce personas las que recibieron la muerte a consecuencia de la Inquisicion, durante los trescientos veintinueve años que existió, i aunque es notoria la falsedad de ese cálculo, i mui probable que aquel número fuese inferior al que hoi tiene lugar en muchos paises civilizados, los ilusos le imputan un grandísimo número de víctimas.

«Se la acusa de haber abatido el espíritu nacional i retrasado las ciencias, i la historia acredita de falsas ámbas imputaciones.

«En fin, se ha pretendido ver cierta connivencia entre los procedimientos de los Inquisidores i los Papas, i hacer a éstos solidarios de la severidad de aquéllos, i está evidenciado, por confesion de los adversarios de la Inquisicion i de los Pontífices, que éstos trabajaron con empeño infatigable por dulcificar el rigor de los procedimientos inquisitoriales.

«Esto es lo que arrojan los hechos, esto lo que dice la historia, esto lo que confiesan sus mas encarnizados enemigos.»

Tal es la tarea acometida por el señor Saavedra i llevada a término feliz en el espacio de 127 pájinas.

¿Cómo estrañar que, despues de tan ruda campaña i de victoria tan honrosa, el autor se entregue en las últimas pájinas, con demasiada confianza talvez, a los halagos de su poderosa fantasía?

Antes de abandonar la arena arrojó el arco para tomar la lira; pero la flecha ya estaba clavada en el el corazon i el enemigo media el suelo con su cuerpo.

FRANCISCO MOYEN

O LO QUE FUÉ LA INQUISICION EN AMÉRICA,

POR BENJAMIN VICUÑA MACKENNA. (1)

(*La Estrella de Chile*—28 de junio de 1868.)

Cuando en el número 25 de *La Estrella de Chile* dábamos cuenta del folleto publicado dos meses ántes por el señor prebendado don José Ramon Saavedra, bajo el título de *La Inquisicion*, lo hicimos proponiéndonos dos principales fines: dar una idea de un escrito por muchos conceptos notable i provocar ademas un estudio sério i una discusion provechosa sobre un punto histórico de notoria importancia. Haciamos notar la conveniencia indisputable de servir a este banquete de la polémica inquisitorial, siempre

(1) Un folleto publicado en *El Mercurio* de Valparaiso.

abierto para toda clase de personas, algo de mas nutritivo i sustancioso que las hojarascas de la declamacion i de la charla. Picábamos el amor propio de aquellos que tienen siempre en sus labios los horrores del Santo Oficio, para que bajasen a la noble i honrosa lid de la polémica, en la cual acababa de presentarse, armado de buenas armas, un combatiente a quien no era posible volver la espalda finjiendo ridículo desden.

Hoi tomamos la pluma para poner en conocimiento de nuestros lectores los frutos de aquel pequeño trabajo, frutos mui superiores sin duda a nuestras esperanzas. Tuvimos primero la satisfaccion de oir de boca del mismo librero encargado de vender el folleto del señor Saavedra, que nuestro artículo habia movido a algunos, i lo que es mas, a algunos conocidos inquisiciófobos, a procurárselo. Poco despues llegaba a nuestros oidos la grata nueva de que álguien, cuyo nombre aun no conociamos, preparaba un trabajo destinado a refutar al señor Saavedra. Habíamos triunfado, porque nuestro anhelo, que no era otro que el esclarecimiento de la verdad, iba pronto a verse satisfecho. Desde lo íntimo de nuestra conciencia no pudimos ménos de felicitarnos ante la perspectiva de un próximo torneo literario, en el cual no debian quedar en el campo mas que los errores, las preocupaciones i las calumnias.

Poco duraron, sinembargo, nuestras rosadas ilusiones. Quien habia recojido el guante era el señor Vicuña Mackenna; i una hermosa mañana de mayo vimos aparecer en las columnas de *El Mercurio* al romancero de O'Higgins, de Carrera i de Portales, ar-

mado el brazo de una nueva novela histórica i resuelto a trabar el combate. Desde aquella mañana lo hemos seguido atentamente i vístole jirar en torno del folleto del señor Saavedra, haciendo ruido, increible ruido, con la esperanza de producir sobre la *Rápida ojeada* el mismo efecto que las trompetas de los israelitas sobre los muros de Jericó. El ruido de las trompetas no ha cesado aun en el momento en que tomamos la pluma, i, con todo, nada aventuramos al pronosticar que las murallas no caerán.

¿Se quiere saber qué motivos han inducido al señor Vicuña a dar vueltas en torno del punto en debate, en vez de atacarlo de frente, como teniamos derecho de esperarlo? Son muchos; entre los cuales figuran los ardores de la canícula i el poco ardor que ordinariamente ponen para la lectura nuestros sensatos ciudadanos. Pero el principal de todos, es el temor de no ser leido. ¡Oh! el miedo al bostezo de los lectores! lo comprendemos perfectamente, lo hemos sentido mas de una vez en nuestra vida de diaristas, le rendimos sumisos todo el acatamiento que merece, i confesamos injénuamente que en este siglo XIX, de libertad i tolerancia, el bostezo de los lectores es el único resto de la abolida Inquisicion, el único tribunal que no admite declinatorias.

El bostezo para los que escriben, es lo que el silbo para los oradores, lo que el fusil Chassepot para los diplomáticos, lo que la calma chicha para los que navegan, lo que un voto de censura para el gabinete: lo mas terrible, lo mas duro, lo mas perentorio.

Pero, si el bostezo es terrible, no es inevitable: si nos hiere de muerte, casi nunca nos hiere injusta-

mente. Para evitarlo, la esperiencia nos ha enseñado algunas reglas infalibles: escribir corto i despues no escribir con la pretension de provocar en cada línea una carcajada del lector. No hai medio tan seguro de hacer bostezar al lector como afanarnos por hacerle reir. Sobre todo, no conviene dar al ilustrado i respetable público un sainete cuando se le ha convidado para una trajedia, i vice-versa. Hé ahí porque creemos que el señor Vicuña ha incurrido en un grave error literario escribiendo un romance para refutar un folleto de polémica filosófica e histórica. *Francisco Moyen* no es suficientemente novelesco para cautivar la imajinacion, ni suficientemente sólido para producir el convencimiento. El peor jénero de novela ha sido siempre para nosotros aquel en que las flores de la fantasía no bastan a ocultar la tosca trama del doctrinario o del fanático.

Pero no solo se estravió el señor Vicuña como hombre de gusto literario, tomando el rumbo que sabemos para refutar el folleto del señor Saavedra; se estravió, lo que es mas lamentable aun, como hombre de lójica i de buen sentido.

Antes de esponer, sin embargo, el método i el valor real del escrito del señor Vicuña, conviene deslindemos con toda claridad nuestro papel en esta polémica. El no será distinto del que asumimos al dar cuenta del escrito que la ha provocado. No somos eruditos; somos precisamente todo lo contrario, diaristas; que es como si dijiéramos corsarios en ese mar inmenso de los libros, de los manuscritos i de los documentos históricos. Obligados a permanecer siempre con la escopeta lista para tirar al

vuelo a todas las aves que crucen el espacio, carecemos del tiempo, de la paciencia i hasta de la vocacion para compulsar fechas, documentos i pergaminos. Por lo tanto, no pretendemos terciar en la contienda histórica suscitada por el señor Saavedra, ni examinar uno a uno los argumentos aducidos por una i otra parte. Lo único que podemos i pretendemos es dar una idea suscinta del método adoptado por el señor Vicuña i del valor que tiene su trabajo ante el jurado del buen sentido. Tal es la tarea que vamos a emprender, resueltos a desempeñarla con sincera franqueza, con absoluta imparcialidad i, escusado es decirlo, con la respetuosa deferencia que nos merecen los obreros del pensamiento, sobre todo cuando ellos son tan laboriosos i entusiastas como el autor de *Francisco Moyen.*

Comencemos; pero ¿por dónde? Por el principio, si os place, oimos ya a los lectores. Hé ahí precisamente lo difícil en un escrito del señor Vicuña. Pero el principio está en todas partes i no está en ninguna. Abre la marcha una introduccion i siguen en pos los trabajos i aventuras del héroe, basados en una multitud de citas rebeldes a toda clasificacion, i comprobados por una série de documentos justificativos. No será culpa nuestra por lo tanto si, obligados a seguir marcha tan irregular i caprichosa, no logramos conformarnos con aquel método que es tan favorable para el que escribe como provechoso para el que lee.

Francisco Moyen está dedicado a la memoria del Iltmo. Sr. don Manuel Vicuña, primer Arzobispo de Santiago; dedicatoria que es seguro no aceptaria este

Prelado si le fuera dado alzarse de su tumba, i que nosotros citamos porque nos dará márjen para decir algunas palabras sobre el estilo del folleto. Hé aquí esa dedicatoria:

«A su virtud inmaculada, (la del Iltmo. Sr. Vicuña) a su humildad sublime, a su caridad infinita, a su santa enseñanza que nos guió desde la cuna en la senda del amor i de la tolerancia, bases eternas de la verdadera relijion, consagra estas pájinas *que secundan* por un triste contraste de las edades, las execrables abominaciones del odio o de lo absurdo, con profunda i sincera veneracion.»

La simple lectura de esta dedicatoria, verdaderamente enigmática, es la mejor confirmacion de que no hace acto de falsa, sino de verdadera humildad el señor Vicuña Mackenna, cuando asegura no haber leido jamas la gramática de Bello. En efecto, decir que las pájinas de *Francisco Moyen secundan* las excecrables abominaciones del odio, es decir una cosa ininteljible, o precisamente lo contrario de lo que se quiere decir. ¿Cómo, suponer, en verdad, que lo que se propone el señor Vicuña es *ayudar, servir o favorecer* las execrables abominaciones del odio, segun el recto i verdadero significado del verbo *secundar?*

I ya que de gramática hablamos i de lo poco que de ella se cuida el autor de *Francisco Moyen*, séanos permitido defender a esta víctima de la Inquisicion, de un inmerecido cargo que le hace su propio panejerista. Dice el acusado en una de sus declaraciones «que la Vírjen habia dado el rosario *de sus* manos a Santo Domingo.» El señor Vicuña señala el galicismo cometido al usar la proposicion *de* en vez de la que

exije el verbo *dar*. A nuestro juicio, Francisco Moyen está inocente de la herejía literaria que se le imputa i, bien pudo emplear la dicha preposicion sin esponerse a caer en manos de Baralt, ni de Garcés, quien en su libro titulado «*Fundamento del vigor i elegancia de la lengua castellana*,» dice a este propósito: «Tambien nos muestra (la preposicion *de*) el ablativo de instrumento, v. gr., «Procuraban alegrarle (a don Quijote enfermo) diciendo el bachiller que se animase i levantase para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenia ya compuesta una égloga, que mal año para cuantas Sanázaro habia compuesto i que ya tenia comprados *de su* propio dinero dos famosos perros.» *(Cerv.)* «Hizo *de ojo i dió del pié a las olas.*» *(Id.)*

Ya es tiempo, con todo, de salir de estas nimiedades, en las cuales nos hemos permitido detener un momento la pluma solo en atencion al propósito que abrigamos de no buscar querella al señor Vicuña por cosas de gramática, ni siquiera de gusto literario. La tarea por otra parte sería estéril, como quiera que el estilo del autor de *Frncisco Moyen* es característico i harto conocido del público.

Entrando ahora al fondo mismo del folleto del señor Vicuña Mackenna, nos limitaremos a llamar la atencion del público sobre ciertos puntos culminantes o caractéres jenerales del trabajo. ¿No es mui digno de notarse, por ejemplo, ese asombro que parece esperimentar el autor ante el espectáculo de un hombre de estudio que da a la estampa el fruto de sus investigaciones i la espresion de lo que reputa la verdad histórica? Este asombro es significa-

tivo i harto estraño, íbamos a decir bochornoso, en un hombre de mundo i de libertad, en un escritor formado en los rebuscos históricos, la mejor escuela para aprender este axioma que «por un triste, aunque natural, contraste» nos toca defender contra el señor Vicuña:—En las cuestiones históricas no hai escepcion de cosa juzgada.

¡Qué! ¿Pretende el autor de *Francisco Moyen* que sea un delito remontar la corriente de las preocupaciones, de los juicios injustos, que vienen perpetuándose de jeneracion en jeneracion? ¡Qué! ¿Seria posible que los mismos que tanto maldicen a la Inquisicion en nombre de la libertad del pensamiento humano, en nombre de la iniciativa individual, en nombre del progreso de la ciencia i de los fueros de la libertad, seria posible, repetimos, que guardaran el sambenito i la mordaza para aquellos que no saben, contra su conciencia, inclinar la frente ante las opiniones de la multitud? ¿No se podrá pensar, en este siglo de luces i de investigaciones, sino como piensan los que se han arrogado la direccion despótica de la conciencia pública? ¿No tolerarán, los que han tomado a su cargo la prédica de la tolerancia, sino que se les adule, que se les corteje i aplauda? ¿Será preciso ver las cosas al traves del mismo prisma que tiene el señor Vicuña para apreciar los sucesos históricos, so pena de ser un ignorante i un caníbal?

Tanto o mas que el autor de *Francisco Moyen* detestamos todas las tiranías, combatimos contra toda suerte de despotismos; pero debemos declarar que no hai ningun déspota, ni ningun tirano a quien

profesemos una aversion mas instintiva e implacable, que a ese fantasma de la opinion pública al cual las turbas ignorantes o los escritores que están a su servicio, acuden siempre que quieren llevar el miedo al corazon de los cobardes. Contra esa tiranía de los mas, que no oprime sino aplastando con su mole, pelearemos una eterna batalla, i muchas ocasiones hemos pensado que si hubiéramos de caer alguna vez en la flaqueza criminal de doblar nuestra rodilla ante el error, ello no sería sino cuando lo viésemos en las catacumbas.

Nó, ni ahora ni nunca será motivo de asombro un libro en que un hombre diga a sus hermanos: He buscado la verdad: os presento lo que he encontrado ¡ved si es ella!

Pero el asombro del señor Vicuña ante el folleto del señor Saavedra no solo acusa intolerancia; revela un desconocimiento completo del movimiento científico contemporáneo. Solo los rezagados del progreso pueden ignorar los trabajos monumentales que se han llevado a cabo para rehabilitar ciertas figuras históricas, que desde siglos a esta parte han estado gozando del privilejio de pagar enormes tributos a charlatanes i escritores de pacotilla. ¿No conoce el señor Vicuña los eruditos trabajos que se han hecho en esa misma Flandes, teatro de las hazañas del duque de Alba i de los ejércitos de Felipe II, desmintiendo las seculares calumnias que, como lodo vil, encarnizados enemigos habian arrojado sobre la fisonomía de aquel insigne capitan i de este singular monarca? Si alguno viniese a decir al señor Vicuña Mackenna que toda la tétrica historia que

hemos oido desde la cuna, sobre las relaciones de Felipe II i de su hijo don Cárlos; que la muerte de éste en los calabozos de la Inquisicion, no son mas dignas de crédito que las consejas de Barba-Azul o de los Siete Durmientes ¿no provocaria su asombro? I, sinembargo, despues de la obra publicada por Mr. Gachard, ningun hombre de buen sentido puede ponerlo en duda. ¡Cuántos otros motivos de asombro podríamos suministrar todavía al señor Vicuña, señalándole escritos en que se demuestra nada ménos que la posibilidad de someterse a la *prueba del fuego* sin sufrir daño alguno, o la de meter la mano en un baño de cobre derretido sin esperimentar mas sensacion desagradable que cuando se introduce en una bolsa llena de cóndores? (1) ¿Si le mostrásemos el folletin de uno de los diarios franceses recibidos por el último vapor en que un sabio llamado Mr. Onfroy de Thoron pretende, íbamos a decir prueba, que América era tan conocida de las flotas de Salomon i Hiram, como es, para la que el señor Vicuña nos proporcionó, la bahía de Valparaiso? (2)

No es empero el intento del señor Saavedra el

(1) Si el señor Vicuña lo duda puede saber la verdad sobre el particular consultando los siguientes escritos: 1.° Delaroche, *Experiences sur les effets qu'une forte chaleur produit dans l'economie animale*, Thèse de Paris, 1806, páj. 19—29; 2.° Ch. Blagden, *Experiments and observations in heated room*, páj. iii; 3.° Tillet, *Mémoires sur les dégrés extraordinaires de chaleur auxquels les hommes et les animaux sont capables de résist'r.* (Mémoires de l'Academie Royale des Sciences de Paris 1764 páj. 186.)

(2) *Voyages des flottes de Sa'omon et d'Hiram en Amérique, Position géografique de Parvaim, Ophir et Tarschisch, par Mr. le Vicomte de Thoron. L'Univers*, número del 22 de abril i siguientes.

único motivo de asombro para el autor de *Francisco Moyen*. Hé aquí otro: «Cierto era sinembargo que para abrigar este último i avanzado juicio (el de que pudiesen en el siglo XIX engrillar a los sayones del Santo Oficio) habíamos echado en olvido que nuestro alto clero acababa de celebrar el *centenario* de la espulsion de los jesuitas, i que al orador laico a quien cupo la fortuna de pronunciar en esa ocasion el elojio de éstos, lo hicieron a los dos meses, por mayoría de votos, miembro activo de la misma Universidad, a la que yo habia entrado años atras sin mas título que un humilde decreto del gobierno.....»

Nos parece que el mas lamentable olvido que revela este párrafo es el de la máxima tan graciosamente espresada por estas palabras de Tocqueville: «Hai algo de mas modesto que hablar de sí mismo modestamente, i es no hablar nada». El señor Vicuña no se limitó empero a notificarnos su título universitario, fué modestamente un poco mas adelante, i procedió a formar un pequeño parangon entre él, nombrado humildemente por un humilde decreto, miembro universitario, i cierto orador laico elejido por mayoría de votos cuando sus labios murmuraban aun la protesta valiente del hombre honrado i libre de preocupaciones, el público i enérjico anatema, contra la mas brutal e inícua sentencia que un tirano haya pronunciado jamas. ¡Qué bella oportunidad se nos ofreceria para esplotar ese parangon si las personalidades tuviesen para nosotros algun atractivo!

Dejemos empero a las personas, para fijarnos en la tendencia verdaderamente inquisitorial que el señor

Vicuña revela en esas líneas i mas o ménos en toda la estension de su folleto.

Uno de los mas frecuentes estravíos en que a menudo incurren los hombres que pertenecen a la escuela política llamada liberal, es hacer del liberalismo una verdadera piedra de toque para juzgar de los hechos i de los individuos. El liberalismo de estos sectarios es algo como la cimitarra de Mahoma, dispuesta a caer sobre la cabeza de los incrédulos. ¡Cree o te mato!—era la divisa del falso profeta de la Meca. ¡Sé liberal o muere civilmente!—es la divisa de los falsos profetas del liberalismo. Si no llegan hasta declarar que todo hombre que no inclina el cuello para recibir sobre su cabeza el agua salvadora del liberalismo, es solo digno de andar en cuatro piés, es porque no llegamos todavía a las mas elevadas mesetas, a las mas altas cimas del progreso. Ese dia vendrá; entre tanto lo que se dice es que todos esos incrédulos del nuevo evanjelio deben desterrarse de los puestos públicos, de las majistraturas, de las corporaciones literarias i científicas, de todas aquellas distinciones i dignidades, en una palabra que se deben a la virtud o a la ciencia.

Conocemos jurisconsultos que no encuentran mas leyes buenas que las leyes liberales; historiadores para quienes todo personaje enemigo del liberalismo es un pigmeo; eclesiásticos i abates para quienes es un verdadero delito nombrar de obispo a un sacerdote cuando ese sacerdote no blasona de liberal; hombres de letras, en fin, que se escandalizan de que se dé un asiento en la Universidad de Chile a un abogado distinguido, porque se ha atrevido a po-

ner en duda la justicia de la sentencia en que un déspota condenó sin oir a miles de personas, confiscando sus bienes i prohibiendo que se dijese una sola palabra sobre el fallo.

Pero verdaderamente ¿en dónde estamos? Acaso es un cruel sarcasmo o una oprobiosa superchería ese interminable ¡hosana! al siglo de las luces, de la tolerancia, de la justicia, de la verdad, con que continuamente se nos aturde? ¡El siglo de las luces! I los que se han arrogado el derecho de iluminar a la humanidad en su camino, van siempre dispuestos a cerrar el paso al adversario, a negarle el agua i el fuego, a proscribirlo de la vida política i de la vida literaria, a declararlo pária e ilota, si no se prosterna, si no se muestra dispuesto a quemar contra su conciencia, el incienso de la bajeza ante el ídolo del liberalismo!

¡El siglo de la tolerancia! I los que se declaran sus apóstoles, mas intolerantes i sobre todo ménos lójicos i disculpables que los inquisidores de quienes reniegan i a quienes imitan, declaran en alta voz que no ha de ser ilustrado, ni sabio, ni virtuoso sino el que compra estos méritos con la misma moneda que ellos acuñan!

¡El siglo de la justicia! I haciendo una virtud de una opinion, confundiendo el modo de usar de la intelijencia con la intelijencia misma, profanando la verdad, poniéndola al servicio de los propios sentimientos i afectos, se llega hasta condenar a los que encuentran en la rectitud de su conciencia fuerzas para usar de esa libertad que se invoca, pero que en realidad no se practica!

¿I qué, se nos dirá acaso, no amais la libertad, que

así renegais de los que se cubren con su bandera? ¡La libertad! ella nos parece tan hermosa i deseable como la manzana de la Mitolojía que suscitó la discordia en el banquete de las diosas. Pero ha rodado tanto por el lodo, la han manoseado seres tan miserables, la han llevado a su boca hombres tan viles, animales tan inmundos, que en vano procurarian reconocerla ya las moradoras del Olimpo.

Consolémonos al ménos reflexionando que, por fortuna para la libertad, si el liberalismo aflije a las naciones como el cólera, como el cólera tambien no alcanza mas que a diezmarlas pasajeramente. Baltazar tenia un horno ardiente donde hacia arrojar a los que se negaban a adorarlo. El liberalismo del señor Vicuña, que tanto se espanta de las apagadas hogueras de la Inquisicion, tiene siempre prendido ese horno para arrojar en él a los que se niegan a tributarle culto.

Consolémonos todavía señalando algunas hermosas escepciones. No todos los sectarios del liberalismo piensan como el señor Vicuña, que la Universidad se hizo solo para los liberales. La Academia francesa, que es sin duda algo mas que la Universidad de Chile, no ha cerrado sus puertas a ninguna opinion, ni a ningun traje. En ella se ha dado un asiento al fraile Lacordaire, al obispo Dupanloup: en ella acaban de incorporarse, el abate Gratry i Julio Favre..... Verdad es que, aun en Francia, Montalembert, el primero de sus oradores, se ha quedado a la puerta del parlamento, i Veuillot, el primero de sus diaristas, se ha quedado a la puerta de la Academia, por no llevar en sus espaldas la marca de fue-

go de los esclavos del liberalismo; pero verdad es tambien que hai muchas voces que se han levantado pidiendo justicia para el mérito, premio para el talento. A este propósito no olvidaremos jamas una gloriosa pájina de Sainte-Beuve, el libre pensador, lamentando que la Academia no hubiese tenido el valor suficiente para dar un asiento en su claustro a Luis Veuillot, el católico i el ultramontano.

Recordemos, empero, que no tenemos la pluma en la mano para escribir un folleto, sino un artículo para *La Estrella de Chile*. «Perdonad, amiga mia, (decia, no sabemos bien si madama de Sevigné o madama de Genlis, en una de sus cartas) no he tenido tiempo para escribiros mas corto». Tal es nuestra situacion; pero prosigamos.

Otro de los caractéres dominantes que hemos observado en *Francisco Moyen* es la deslealtad.

Sabemos que el señor Vicuña se precia de leal polemista; sabemos mas todavía, que hace esfuerzos por serlo; pero el hombre se ajita i Dios lo conduce. El señor Vicuña mueve su pluma sin poder quitar a sus hábitos, a su jenio, a su carácter, a su estilo, a su deseo de obtener una ruidosa victoria, sobre todo, el privilejio de dirijirla. «Vencer o morir» dice nuestro himno nacional. El himno guerrero del señor Vicuña solo dice «Vencer». Para ello todos los medios, todas las armas, todos los ardides son lícitos.

El autor de *Francisco Moyen*, que se declara humilde, pero leal soldado del ejército de los que batallan con la pluma, nos permitirá probarle con entera franqueza, cómo es que sus obras no corresponden a sus caballerosas intenciones.

Hace algun tiempo leíamos, admirando el jenio con que el escritor desempeñaba su aventurada empresa, un artículo en que lord Macauley trata de apreciar la justicia i solidez de la opinion que ha hecho de Maquiavelo el demonio de la política. Dominados por los encantos del estilo del insigne historiador inglés, llegamos a la última pájina de su artículo sin que se nos pasase por la imajinacion, debemos confesarlo injenuamente, que lord Macauley fuese capaz de admirar, de querer para su pais, i mucho ménos de practicar, las doctrinas i principios del autor de *El Príncipe.*

Pues bien, el señor Vicuña, que, en cuanto a tolerancia i a liberalismo, no nos creerá dignos sin duda de desatar las correas de sus zapatos, lo primero que ha creido, que ha pensado, que ha escrito, al leer el folleto del señor Saavedra es que él i sus secuaces pretenden nada ménos que resucitar la Inquisicion. I desde ese instante, convirtiendo una cuestion de verdad en una cuestion de nervios, un debate histórico en una polémica social, se lanza sobre un adversario a quien supone admirador de la hoguera, panejirista de la pira, cargado de los instrumentos de tortura del Santo Oficio, con un ardor tal, con tal saña, haciendo tan estrañas contorsiones i tan espantables visajes, que al fin la *Sociedad republicano-democrática* de Valparaiso, creyéndolo una víctima escapada de las mazmorras de la Inquisicion, se dignó enviarle una epístola encomiástica i aprobatoria. Si así no hubiera sido, si el señor Vicuña no hubiera hecho de una cuestion de ciencia una cuestion de nervios ¿cómo esplicarnos que un club

político se entrometa a decidir entre dos escritores que dilucidan una cuestion histórica?

Sea como fuere, si puede tolerarse que a un club político, como la dicha sociedad de Valparaiso, no se le alcance la diferencia que hai entre un hombre que procura saber a punto fijo la realidad sobre la Inquisicion, i un hombre deseoso de hacerse inquisidor ¿cómo comprender siquiera que un escritor como el señor Vicuña, no sea capaz de tan sencilla distincion? ¿Cómo llevaríamos el candor hasta atribuir al autor de *Francisco Moyen* el necesario para creerlo espantado por la idea de la próxima celebracion de un *centenario* espiatorio de la muerte del Santo Oficio?

La Inquisicion española ha muerto, i hoi por hoi no vemos quienes pretendan evocarla de su sepulcro; como no vemos tampoco, ni hoi ni en lo porvenir, déspotas capaces de realizar actos tan execrables como la espulsion de los jesuitas; ni liberales tan indignos de ese nombre que se atrevan a reprobar manifestaciones tan lejítimas, tan libres i justificadas, como la conmemoracion espiatoria de un atentado tan inícuo. La Compañía de Jesus vive hoi en Chile, no al amparo de la buena o mala voluntad de nadie, sino al amparo de la Carta fundamental, i a Dios gracias, de un siglo a esta parte hemos progresado lo suficiente para que nadie, so pretesto de dictadura, ni so pretesto de liberalismo, sea bastante osado para atropellar la Constitucion.

Por lo demas, i mirando los temores que asaltan al señor Vicuña desde otro punto de vista mas práctico i casero, preguntaríamos a este escritor, si real-

mente cree que restablecida la Inquisicion en Chile, las víctimas serian numerosas. Siempre hemos pensado que, en esta imposible hipótesis, la sangre no habia de correr hasta el rio. Fundamos esta creencia en el hecho de que la Inquisicion solo relajaba a los herejes contumaces, a los hombres de arraigadas creencias. ¿Se imajina el señor Vicuña que entre los fieros sicambros del liberalismo incrédulo habria muchos confesores? Jotabeche, que lo sabia bien, no solo creia a esa clase de liberalismo incapaz del martirio, Jotabeche decia, que lo mata tan fácilmente un empleillo cualquiera *como la uña a la pulga.*

Pero lo hemos dicho ya, la Inquisicion española ha muerto, i hoi solo pueden evocarla de la tumba aquellos polemistas bastante pobres de jenio a quienes no se ocurra otro medio de recojer algunos aplausos..... aunque sea de un *Club republicano-democrático i de socorros mútuos.* I despues que se hayan recojido i agradecido esos aplausos ¿qué resta que decir a los estudiosos i eruditos? ¿qué pueden hacer? Nada mas que aceptar *in verbo magistri*, todas las relaciones, todas las consejas, todas las citas, todas las apreciaciones i hasta todas la majaderías de los que se han arrogado el privilejio de presentar a nuestra vista las instituciones i los personajes de los siglos pasados.

La palabra majadería parecerá dura talvez al señor Vicuña. Sinembargo, él la ha juzgado mui moderada, para aplicarla al intento del señor Saavedra. «*En Europa*, dice el autor de *Francisco Moyen, un libro sobre la Inquisicion sería simplemente una majadería*, etc.» El señor Vicuña se equivoca: el resta-

blecimiento de la verdad no será nunca ni en ninguna parte una majadería, ni aun en lo tocante a la Inquisicion, sobre todo si esa empresa se acomete con desinteres, sin el pueril propósito de buscar una despreciable populachería, con talento, con estilo, con buena fé. Mui al contrario, siempre i en todas partes será un espectáculo digno de verse el de la nave que pone su proa contra el viento de las opiniones lijeramente recibidas, contra la corriente de las preocupaciones esplotadas por los incansables cateadores de popularidad. Creyó un antiguo que no habia en la naturaleza mas grandioso espectáculo que el que presenta un hombre de bien luchando contra el infortunio. Pero, por hermoso que sea ese espectáculo, hai otro mas interesante todavía, el de un hombre que piensa batallando con muchos hombres que hablan.

Tan léjos de considerarse como majadería las investigaciones sobre la Inquisicion en el círculo de los hombres instruidos de Europa, puede decirse que ellas están de moda. Cansados estamos de leer en las revistas literarias i científicas, que ojeamos a la llegada de todos los vapores, artículos bibliográficos i noticias sobre publicaciones hechas en Francia, Alemania, Béljica i Roma, acerca del tema que tan majadero parece al autor de *Francisco Moyen.* ¿Se quiere una prueba? Tomamos los periódicos llegados por el último vapor (22 de junio) i encontramos un largo artículo en que se habla sobre la supuesta majadería de la Inquisicion española, en *Le Correspondant*, que como se sabe es dirijido por católicos, que no blasonan de ultramontanos. Analizando Mr. Aude-

ley un libro escrito en aleman por Mr. Vikens, pastor de una comunion luterana de Viena, sobre frai Luis de Leon i la Inquisicion española (1) dice entre otras cosas lo que a continuacion traducimos:

«....Este llamamiento hecho a la compasion de los inquisidores, es mui capaz de causarnos asombro i sinembargo cuando se han recorrido, como yo, todas las actas i piezas de este largo i triste proceso, él se se esplica. Por ejemplo, entre las numerosas protestas de Luis de Leon, *no encuentro una sola que se refiera a la crueldad o a la iniquidad de sus jueces.* La forma secreta de los procedimientos, la manera de hacer los interrogatorios, de tomar declaracion a los testigos, el mismo encausamiento por causa de herejía, nada lo sorprende, nada provoca su indignacion. ¿De qué se queja, pues? De ser la víctima de odios privados, de acusaciones calumniosas, de tropiezos calculados e inícuos que sucitan sin cesar sus adversarios.»

Si el señor Vicuña hubiera pertenecido a la Universidad de Salamanca en vez de pertenecer a la de Chile, si hubiera vivido por los años de 1550 en vez de vivir por los años de 1868 ¿se habria adelantado a su siglo i, sobrepujando en jenio al ilustre fraile agustino, habria visto una iniquidad en lo que éste no vió mas que una cosa natural i lójica? Séanos permitido dudarlo. Séanos permitido algo mas todavía: el señor Vicuña habria sido un terrible inquisidor, en el siglo XVI i en Salamanca: en Lima i en el siglo XVIII habria condenado irremisiblemente a Francisco Moyen. ¿Por qué? se nos dirá. Por la sen-

(1) *Le Correspondant*, entrega del 25 de abril, páj. 309 i siguientes.

cilla razon de que en aquellas épocas estaban tan en voga los inquisidores, como anda ahora el maldecirlos. Siempre la multitud irreflexiva i preocupada, mirando hácia el pasado i viéndose a mayor altura, ha solido gritar con candoroso orgullo: ¡Valemos mas que los que nos precedieron en la vida!—a la manera, dice lord Macauley, que el niño a quien su padre monta sobre sus propios hombros, suele esclamar ufano: «¡Yo soi mas grande que papá!»

Pero la distincion de las épocas es una cosa que el señor Vicuña, autor de muchas historias, no ha podido comprender jamas. Para él todos los siglos son idénticos, i no sería estraño que para un próximo folleto, tronara contra Alejandro por no haber usado en Arbella contra el rei de Persia algunos cañones de la fundicion de Mr. Armstrong.

Volvamos sinembargo a *Le Correspondant* i al proceso de frai Luis de Leon.

«Uno no puede ménos de quedar confundido, dice Mr. Audley, *en presencia de las minuciosas garantías de que el terrible tribunal rodea al acusado.* Es este mismo quien determina sus reuniones, con solo pedirlo, i Luis de Leon usó ampliamente de ese derecho; él, quien recusa los testigos si puede alegar contra ellos algun motivo sério; él, en fin, quien dirije en realidad los debates, si es capaz de ello, i en este sentido el fraile agustino se mostró un maestro consumado. Sé mui bien que este cuadro tiene su reverso; *pero él no es por eso ménos exacto i debemos saludar la verdad donde quiera que la divisemos.*»

Traduzcamos todavía algunas palabras bien significativas que encontramos en la páj. 340.

«Conviene, dice el escritor de *Le Correspondant*, conocer estas particularidades que presentan una singular mezcla *de equidad* i de disposiciones propias para chocar con nuestras ideas modernas. Me apresuro a agregar *que si comparamos los procedimientos de la Inquisicion española con los de los tribunales seglares en Europa, llegamos a esta curiosa pero inevitable conclusion, a saber:* QUE EN NINGUNA OTRA PARTE SE DABA ENTÓNCES TANTAS GARANTÍAS AL ACUSADO. En cuanto a la tortura, su aplicacion era jeneral, i en cuanto a los abogados del reo, *en vano buscaríamos traza en los numerosos procesos relijiosos o políticos que sucitó en Inglaterra el sombrío gobierno de Isabel Tudor.* Por cierto que esta reina valia bien un Felipe II. Esto no significa sin duda que yo apruebe, ni la Inquisicion, ni la política del hijo de Cárlos V.»

Tales son algunas de las confesiones que la verdad arranca al redactor de *Le Correspondant*, partiendo, no lo olviden nuestros lectores, de los datos i documentos acumulados por un pastor luterano.

¿Qué va a decir el señor Vicuña de esas majaderías? Por fortuna no hemos empleado mucho trabajo para encontrarlas. Las hemos trascrito simplemente del último número de una de las revistas mas acreditadas de Francia; de una revista que es redactada por católicos liberales; cuyas pájinas honran plumas tan gloriosas como las de Montalembert, Dupanloup, Cochin, Broglie, el P. Gratry, etc. La verdad es que ni para los católicos liberales, ni para los católicos ultramontanos, ni para los protestantes, ni para los incrédulos, es una majadería en este siglo un li-

bro destinado a rendir a la verdad los homenajes que se le deben. Ha pasado el tiempo de los ogros i hoi dia no hai ningun personaje, ni ninguna institucion de la historia que no tenga derecho a ser oido ante el tribunal de una opinion justiciera e ilustrada. Lo que va siendo una majadería insoportable, lo que desafia la paciencia de los mas pacientes lectores, son los libros, los folletos i los artículos condimentados con ese vinagre de las declamaciones interminables, de la fraseolojía insulsa i vana, i de las jesticulaciones i aparatos escénicos, buenos a lo sumo para impresionar por un momento a un público de cazuela; pero no adecuados para hacer llegar un sentimiento al corazon ni una idea a la cabeza de los hombres que piensan.

Pero si ha pasado el tiempo de los ogros, de los centauros i sirenas, ¿habrá pasado tambien el tiempo de los brujos?—Ardua cuestion, que de buena gana pasaríamos por alto, no tanto por las dificultades que en sí entraña, cuanto porque ella proporciona al autor de *Francisco Moyen* un hermoso campo en que sembrar sus delicados chistes. Otro lado desfavorable del asunto es su carácter personal, porque si hemos de revelar lo mas íntimo de nuestro pensamiento, no creemos que en los diez i nueve siglos que van corridos desde Jesucristo acá haya habido ninguno en que los brujos i las brujerías hayan estado tan en voga cómo en el presente; ni creemos tampoco que haya habido nunca ningun libre pensador mas inclinado a las hechicerías que el señor Vicuña Mackenna.

José Selgas i Carrasco ha dedicado una de sus

preciosas *Hojas sueltas* a probar lo que siempre nos ha parecido una vulgaridad, a saber: que este siglo XIX, de incredulidad, de ciencia, de positivismo, etc., es el mas crédulo de todos los siglos. Sentimos no tener a la mano a José Selgas para que nos ayudase en este trance; pero la verdad de su tésis es tan palmaria, que talvez no necesitemos de su ausilio.

Decidle a alguno que habeis visto una tarde de otoño volar entre lás hojas amarillas que el viento desprende de los árboles, a una vieja harpía, cabalgando a horcajadas sobre un palo de escoba i medio envuelto el apergaminado cuerpo en las sucias i canosas guedejas de su asquerosa cabellera; i os mandará a la casa de orates. Pero rectificad vuestro relato en esta forma: Julia, Delia o Zelmira (un lindo nombre en suma) tiene 17 primaveras, cada una de las cuales ha dejado una rosa en sus mejillas, un clavel en sus lábios, una azucena en su frente, una lluvia de jazmines en su cuello. En fin ¿para qué proseguir? El señor Vicuña tiene una poderosa imajinacion i ya se habrá figurado el retrato de Julia, de Delia o de Zelmira. Pues bien, la niña está enamorada, perdidamente enamorada; pero una horrible tia, que no vuela sobre palos de escoba, ni siquiera sobre sus propios piés, se obstina en poner su fatal *veto* al deseado himeneo. Dada esta situacion, hé aquí lo que sucede. Julia ruega, suplica, acaricia, engaña a la tia; talvez la llama preciosa i encantadora, talvez le promete leerle una semana el *Año Cristiano*; talvez en fin ofrece hacerle un vestido o un molde de dulce de camote: el hecho es que la tia sacude el concho

del baul i lleva al baile a la sobrina. En el baile estaba El. La sobrina baila, se rie, se divierte: la tia da cabezadas, bosteza, se aburre. Las horas pasan rápidas para aquella, perezosas para ésta; pero pasan i al fin asoma el alba. Hé ahí pues una mujer que ha hecho algo mas que volar sobre un palo de escoba: ha trasnochado, por primera vez en su vida, despues de haberse acostado durante sesenta años a las nueve de la noche en punto.

El siglo XIX no se asusta de tales brujerías.

Vamos a otra hipótesis. Es siempre la misma sobrina con la misma tia; pero una horrorosa jaqueca obliga a ésta a cambiar el sofá del salon de la filarmónica por su lecho. Cansada de rogar, de acariciar i de prometer, Julia se ha echado sobre una poltrona, la mano en la mejilla, los ojos fijos en la luna i las nubes que se divisan por la ventana de la alcoba, i el corazon puesto en el baile, donde ha ido El, donde ella no se encuentra. La niña comienza a fijar sus miradas en la luna: al principio no descubre en la reina de la noche mas que lo que todos sabemos:—la borriquita tirada por San José i sobre la cual cabalgan la Vírjen i el Niño. Pero poco a poco las figuras se van transformando. Julia se restrega los ojos: le ha parecido ver en la luna como muchas parejas que danzan. ¿Es una mazurka o un valse?—Imposible distinguir; pero indudablemente es un baile. Poco a a poco las figuras van aclarándose: a Julia le parece descubrir las facciones de algunas amigas, percibir el sonido de su voz. «¡Qué elegante está Amelia! esclama en el fondo de su corazon. ¡Qué compañero tan simpático, tan obsequioso la conduce! ¡Dios mio!

¿Será él? Pérfido! ¡Cómo se inclina hasta su oido para hablarle en secreto.....!»

Julia se desmayó. ¿Lo duda el señor Vicuña?—Pues sepa que ella misma es quien lo asegura i que ademas de ser Julia como la dejamos pintada, es una niña mui nerviosa, i toda duda razonable ha desaparecido. Afirmamos, pues, que aun cuando en el siglo XIX hubieran desaparecido las *viejas brujas*, no han desaparecido *las brujas*.

¿I los brujos?—Dejemos los paises donde la Inquisicion española ha dominado; vamos a Inglaterra, donde floreció Isabel *la doncella*, i a Estados Unidos, donde florecen la caza a los indios i los *harems* de los mormones. ¿Qué pasa en estos paises, atalayas de la libertad, del positivimo i del progreso? —Lo que pasa es que los brujos florecen como en sus mejores tiempos, i que el vulgo i el no vulgo cree en ellos, como cree un católico en sus dogmas de fé.

Estados Unidos es el pais del espiritismo, i los libros que se han escrito sobre la materia son tan numerosos como las sociedades de espiritistas que funcionan con regularidad todas las semanas. El espiritismo es una especie de hechicería que cuenta miles de hechiceros i millones de crédulos adeptos. En varias ciudades de Norte América ir a una funcion de espiritistas es cosa tan corriente como ir en Santiago a una funcion de teatro o a una sesion de la Cámara de diputados: evocar el alma de un muerto, cosa tan llana como es para cada hijo de un vecino evocar el recuerdo de una hora de felicidad. El señor Vicuña, que no ha mucho visitó los Estados

Unidos, sabe mejor que nosotros la exactitud de nuestros asertos.

Apresurémonos a declarar, sinembargo, en honor del pueblo yankee, que él no es el único que paga a los brujos su tributo. Al fin i al cabo si los yankees creen en los espiritistas, en las mesas parlantes, en la aparicion de un Mesias femenino, o en la mision divina de cualquier perillan, (1) talvez los ciega su natural orgullo de inventores de esas estravagancias. Los que no tienen disculpa son los incrédulos parisienses, que no ha mucho tiempo se agolpaban a las Tullerias a dar fé de las evocaciones de Mr. Hume, i sobre todo, los ingleses i las inglesas, una de las cuales, segun lo anuncia *The Times*, se habia presentado últimamente demandando al espiritista ante los tribunales. ¿Por qué, se imajinan nuestros lectores?—Porque Mr. Hume, a peticion de la citada señora, viuda, rica i fiel a su difunto marido, habia evocado el alma de éste, quien hizo saber a su antigua compañera que Hume era su hijo i que lo instituyese universal heredero. Eso sucedia este mismo año de 1868, en Lóndres, entre un espiritista de oficio i una dama de mundo i de fortuna ¡i habrá álguien todavía que se atreva a asegurar que los brujos se han ido!

Nó, ni los brujos ni las brujerías se han ido: lo que sucede es que la credulidad ha trasmigrado de los creyentes a los incrédulos. No se cree en lo que la relijion nos manda creer con buenas razones, i no se tiene a mengua el creer a los charlatanes i visiona-

(1) Véase el último número de la *Revue de Deux Mondes*, donde vienen curiosísimos datos sobre la sociedad yankee.

rios. Un ejemplo acabará de poner en claro nuestro pensamiento.

Cierto dia un amigo nuestro en el seno de la confianza decia a los circunstantes: «Acabo de leer una obra mui curiosa, titulada *Los Espíritus*, escrita en Paris por el conde de Mirville. En uno de sus capítulos refiere que, contra la costumbre, una noche la sociedad de espiritistas que daba sus funciones en Paris, se vió en la imposibilidad de hacer que una mesa situada en el centro del salon, subiese hasta el cielo de la pieza. Averiguada la causa del obstáculo resultó no ser otra que *la poca fé* de algunos de los espectadores. Efectivamente, luego que se hubo retirado un caballero cuya piadosa compañera trataba de sacarlo de aquel sitio, la mesa comenzó a elevarse.»

Los semblantes de los que escuchaban revelaban sorpresa; pero no incredulidad.

«Tan pronto, prosiguió nuestro amigo, como la cristiana pareja entró a su alcoba, una de las sillas comenzó a danzar a su alrededor; viendo lo cual la buena señora, tomó agua bendita de la cabecera de su lecho i la echó a la silla; mas al hacerlo oyó un grito estraño i sintió su mano mordida como por un perro rabioso.»

Una homérica carcajada acojió estas últimas palabras. Así los que habian creido mui posible que un espiritista yankee hiciera elevarse una mesa por su propia virtud, los que talvez aceptaban en sus adentros que una silla pudiese tambien por su propia virtud, bailar una polka, se reian a mandíbulas batientes del diablo i del agua bendita.

Hé aquí lo que piensa el siglo XIX acerca de lo sobrenatural. En cuanto a lo que piensa el autor de *Francisco Moyen*, bien lo revela el miedo que muestra a la Inquisicion, i sobre todo a los *centenarios*, dos brujos en que cree a pié juntillas. Hubo un tiempo en que se creyó que debajo de la iglesia de la Compañía habia un vasto i lóbrego subterráneo. Almas asustadizas aseguraban que los cantorberianos celebraban allí sesiones nocturnas, para conspirar contra la bolsa de los ciudadanos i el poder de los mandatarios. ¡Si pudiéramos, sin que se nos tachase de inquisidores, hacer sobre este particular una pregunta al señor Vicuña.....! Pero sobra de brujos, i a otra cosa.

Por mucha que sea la sorpresa que manifiesta el autor de *Francisco Moyen* ante las doctrinas *demonolójicas* del señor Saavedra, ella sube sinembargo de punto en presencia de estas palabras de la *Rápida ojeada:* «Se ha dicho que la Inquisicion española sirvió de rémora a las ciencias. Pero la historia dice todo lo contrario.»

El señor Vicuña no se vé de ninguna manera embarazado ante este aserto de la historia, i cree desbaratarlo con cuatro *¡cómo!* repetidos, que le sirven para espresar su creciente asombro. Sinembargo, ¿qué prueba mas palmaria puede darse para confundir a los que niegan una cosa que presentársela a su vista? ¿Cómo probar de una manera mas contundente la posibilidad del moviento que moviéndose? ¿Decís que la Inquisicion vedaba las esploraciones científicas?—Pues ahí están Melchor Cano, Arias Montano i sobre todo Luis Vives, uno de los mas atrevidos pensadores de su siglo, que prueban lo contrario.

¿Asegurais que fomentaba el egoismo i apagaba en los corazones el anhelo de servir a la causa de la civilizacion?—Pero ahí están San Francisco Javier i Bartolomé de las Casas, que hasta hoi dia no han sido aventajados. I la poesía ¿cuándo ha tenido en España representantes mas ilustres, que Luis de Leon, Rioja, Herrera, Garcilaso, en la lírica; que Lope i Calderon en el drama; que Alonso de Ercilla en el jénero épico? Presentad, si podeis, en las armas, capitanes que aventajen a Fernando de Córdova, a Antonio de Leiva, al duque de Alba, a don Juan de Austria: seres que hayan subido a mayor altura en los místicos arrobos del amor divino, que Santa Teresa de Jesus, San Juan de la Cruz, el maestro Avila i Luis de Granada: reveladnos un nombre mas glorioso que el de Cervántes, un satírico como Quevedo, navegantes como Colon i Magallanes, un aventurero como Hernan Cortés! ¡Ah! puede ser que la Inquisicion, como quiere el señor Vicuña, se estableciese ex-profeso para impedir el progreso de la humanidad; pero el hecho es que no pudo conseguir su objeto; el hecho es que hoi, despues de pasada una centuria desde la muerte del Santo Oficio, el viajero que contempla sobrecojido de asombro el palacio del Escorial, o presa el alma de dulces trasportes, los cuadros de Murillo i de Velazquez, se pregunta con estrañeza si sería posible que hoi, en el siglo de la libertad del pensamiento, hubiese arquitectos o pintores capaces de realizar tales prodijios!

Contra estos hechos alega el autor de *Francisco Moyen* la imposibilidad de que se realizasen, desde

que la Inquisicion fué establecida para conservar la pureza de la fé católica, i por lo mismo para impedir *toda reforma*, especialmente *la de Lutero;* desde que los doctores de Salamanca se opusieron al viaje de Colon; desde que un consejo de sabios condenó por heréticas las eternas verdades de Galileo.

Pero de que la Inquisicion se fundase para oponerse a toda reforma relijiosa i en particular a la de Lutero ¿puede deducirse en buena lójica que sirviese de rémora a la ciencia? ¿Acaso toda reforma es un progreso? ¿No es por el contrario de primera evidencia que quien dice reforma dice cambio, dice movimiento, i que no todo el que cambia mejora, como no avanza todo el que se mueve? Por otra parte, si fijamos especialmente nuestra atencion en la reforma de Lutero, no podremos ménos de notar que ella, léjos de significar un progreso, significó un verdadero retroceso en el movimiento científico i político de la humanidad. En cuanto a la Inquisicion, es sabido que los protestantes la establecieron con ménos lójica, aunque con mas rigor que los católicos. Calvino la estableció en Jinebra. En Jinebra tambien *se quemó vivo* (no despues de muerto como en España) al predicante Nicolas Antonio, acusado de judaismo: se ejecutó al osiandrista Funk (1601). Se decapitó en Dresde al canciller Kreld, convencido de seudo-calvinismo (1632). Estas ejecuciones fueron justificadas filosófica i teolójicamente por Beza i por el mismo Melanchthon, (1) el mas dulce de los reformistas, el mismo que, inclinado a orillas del Elba, esclamaba: «¡No bastan todas tus aguas para llorar tan inmènsa

(1) Walch. *Obras de Lutero*, tomo XXII, páj. 2151 i siguientes.

desgracia!» (la reforma). Si, pues, los reformados profesaron por su parte la doctrina de que era lícito quemar a los que no pensasen como ellos, si efectivamente los *quemaron vivos* ¿cómo puede sostenerse que la reforma de Lutero significaba la libertad del pensamiento i que oponerse a ella era oponerse al progreso de la ciencia?

Se cita a Galileo; pero es cosa averiguada que si las doctrinas de este sabio fueron condenadas, lo fueron, no por el Papa ex-cathedra, sino por una junta de teólogos, i principalmente porque pretendia darles un carácter teolójico i fundarlas en la Escritura. I en cuanto a los supuestos suplicios de que se le hace víctima, está probado por las cartas de Guiciardini i Nicolini que todo no pasa de ser una grosera superchería. Lo que no es una superchería i que sinembargo parece ignorar, puesto que no menciona el señor Vicuña, es que los teólogos luteranos persiguieron a un sábio no ménos grande que Galileo, precisamente tambien porque se supuso que sus descubrimientos astronómicos contradecian la cosmogonía bíblica: este sabio fué Kepplero. «Este hombre admirable, dice Wolfgang Menzel, (1) que descubrió las leyes del mundo planetario, nació en Veil, ciudad de la Suabia. Los teólogos de Tubinga (protestantes) condenaron su descubrimiento, porque la Biblia enseña, decian ellos, que el sol jira al rededor de la tierra. Iba ya Kepplero a destruir su obra, cuando se le ofreció un asilo en Gratz desde donde fué luego llamado a la

(1) Wolfgang Menzel. *Historia de los alemanes, cap.* 430, *cit. por Alzog.*

Corte de Rodolfo. *Los jesuitas*, que sabian apreciar mejor su mérito, lo toleraron siempre, aun cuando él no trató nunca de ocultar su luteranismo. Solo se le persiguió en secreto, i su madre, que fué acusada de sortilejios, pudo a duras penas escapar de la hoguera (protestante).»

¡Pueda este hecho reconciliar al señor Vicuña con la Compañía de Jesus, a la cual parece profesar un rencor tan inesplicable! ¡Pueda sobre todo hacerle comprender, que la libertad del pensamiento, tal como ahora se proclama, no es hija de ninguna herejía, porque toda herejía supone fé, sino de la incredulidad i del indiferentismo! ¡Pueda todavía la real condenacion de los teólogos protestantes de Tubinga ser anatematizada por el señor Vicuña, con la misma indignacion al ménos que la mucho mas lójica ya que no mas justificada que la de los teólogos católicos de Roma i de Pisa!

No hai mas fundamento para suponer que la Inquisicion, oponiéndose a la reforma de Lutero, se opuso al progreso político, es decir, a la libertad de los pueblos, pues desde Federico el Grande que decia: «Lutero i Calvino no eran mui grandes cabezas, pero consiguieron propagar rápidamente sus doctrinas, de la manera que se ve salir bien en una mision diplomática a embajadores de mediano talento, que tienen que proponer condiciones ventajosas» hasta Jurieu, que confiesa francamente que la Reforma se hizo por el poder de los príncipes i para servirlos, todos los escritores católicos i protestantes nos presentan a la Reforma como un movimiento que, miéntras apartaba de Roma a las almas, las

echaba a los piés de príncipes tan corrompidos, de tiranos tan cínicos, como Enrique VIII, Felipe de Hesse, Alberto de Prusia, Cristian II i Gustavo Wasa. Esta materia exijiria un libro, i a fé que ella ha inspirado uno de los mas monumentales del siglo XIX: *El protestantismo comparado con el catolicismo, en sus relaciones con la civilizacion europea*, de don Jaime Bálmes. Desde el dia en que se publicó, la cuestion que en él se dilucida parece ya una cuestion ociosa. Contentémonos, pues, con recordar, a propósito de la influencia de la Reforma sobre el progreso de la libertad política, un contraste no ménos curioso que el que apuntamos entre los teólogos protestantes de Tubinga i los inquisidores de Roma, apropósito del progreso científico.

Sabido es que la Inquisicion española reconvino a un fraile que se habia atrevido a predicar en presencia de Felipe II, el derecho absoluto de los monarcas sobre sus súbditos. Entre tanto un concilio de teólogos protestantes, reunido en Naumburgo en 1554, presidido por Melanchthon, pretendió demostrar la necesidad de que la Iglesia esté sometida a los príncipes temporales, apoyándose en estos dos pasajes de la Biblia: *Attollite portas principes vestras* (Psalm. XXIII, 7) *Et erunt reges nutritii tui*, (Isaias XXIX, 23). De manera, pues, que, aun en la hipótesis de que la Inquisicion hubiese servido de obstáculo al progreso, hizo un bien relativo, oponiéndose a la Reforma de Lutero, que, dejando aparte su significado relijioso, importaba un verdadero retroceso en mas de un sentido, sobre todo en el sentido de la libertad política. I nos se nos citen las libertades in-

glesas, ni el despotismo español, porque obispos, i obispos católicos fueron los que dictaron i presentaron a Juan sin Tierra, *ad honorem Dei et exaltationem Sanctæ Ecclesiæ*, la Magna Carta, que subsiste hasta hoi dia como el fundamento de las libertades británicas, i porque nunca la Inglaterra ha jemido bajo un despotismo mas cruel, que durante los reinados de Enrique VIII i de Isabel Tudor, los fundadores del protestantismo inglés. I en cuanto a la España, pocos hombres han gozado de tantas libertades, ni han tenido tanta virtud para usar de ellas, como los representantes de los pueblos setentrionales de la península, aun en la época en que desplegaba mayor vigor la Inquisicion de los sucesores de don Fernando el Católico.

No son mas sólidos los argumentos con que el señor Vicuña impugna las teorías del señor prebendado Saavedra sobre la pena de muerte. Cuando se trata de discutir esta materia i los jurisconsultos de la escuela abolicionista han citado enfáticamente el quinto precepto del Decálogo, les parece que nada resta que hacer ni que decir. Es este un argumento que ningun hombre ilustrado se dará el trabajo de impugnar, i que por otra parte no tienen ningun derecho de hacer los que rechazan la autoridad de la Escritura, cuando les viene a cuento.

Pero dejemos este asunto, que solo mui remotamente se relaciona con la polémica de que venimos ocupándonos, i lleguemos ya al fin del principio, es decir, al fin de la introduccion del folleto. El señor Vicuña termina esta parte de su trabajo enumerando ordenadamente los principales puntos controver-

tidos por su adversario i declarando que los va a contestar por la boca de una de las víctimas del Santo Oficio, a la cual cede gustoso su puesto de polemista. Esa víctima es Francisco Moyen, cuyo proceso cuenta largamente el señor Vicuña, segun datos cuyo oríjen él mismo nos esplica de la siguiente manera:

«Existe en la biblioteca de Lima, fundada por San Martin como la nuestra, un inmenso cuerpo de autos, que, puestos sus cuadernos los unos encima de los otros, mide una media vara de espesor, i cuyo abultado mamotreto tiene el título siguiente en su carátula: *Penitenciado. Cuaderno* 78.—*Don Francisco Moyen, de nacion francesa, por proposiciones;* i así como está fué comprado en media onza de oro por el digno bibliotecario, presbítero don Francisco de Paula Vijil, *a una pobre mujer que de álguien lo heredó*, despues del famoso saqueo del archivo de la Inquisicion de Lima el 3 de setiembre de 1813.

«Hallándonos nosotros en aquella capital en 1860, consagrados para ocupar los ocios del destierro, a investigaciones históricas, tuvimos tiempo para leer en su anticuada letra todo aquel cúmulo de papeles i por nuestras propias manos lo estractamos, copiando literalmente muchas de sus piezas autógrafas, escritas al parecer *con los carbones de la hoguera.*» (Por los brujos del señor Vicuña Mackenna!)

«Aquellos papeles, roidos por la polilla i desdeñados por el vulgo (otra especie de polilla no clasificada todavía por los naturalistas) encerraban un verdadero drama en el que cabia todo el juicio de la Inquisicion en toda su horrible plenitud.»

«Con la reproduccion de ese drama vamos a contestar, pues, al señor Saavedra.»

Hasta aquí la introduccion del folleto del señor Vicuña, que nos ha dado márjen para hacer sobre ese trabajo las apreciaciones jenerales que preceden.

Tócanos ya examinar el valor histórico i científico de ese drama, que hemos llamado romance histórico, i su verdadero alcance, como una refutacion del folleto del señor prebendado Saavedra. Hé ahí lo que vamos a hacer con la brevedad que exijen las ya demesuradas proporciones que, sin saber cómo, hemos dado a este juicio crítico.

«La ciega confianza que durante mucho tiempo las jentes honradas han tenido en los historiadores, dice uno de los colaboradores de la *Revue des questions historiques*, tenia dos principales causas: primera, que su propia sinceridad les hacia suponer fácilmente la de los otros: segunda, que la falsedad de los testimonios históricos, no les importaba gran cosa. Seguros de sus creencias relijiosas i políticas, la buena o mala fama de sus predecesores en la misma fé les era casi indiferente. Contentémonos con obrar mejor que ellos, se decian; i al abrigo de esta seguridad algo indolente, dejaban seguir su curso a las acusaciones calumniosas i la obra de las tinieblas avanzaba siempre.»

«Hoi dia es cosa admitida la de no creer a los historiadores bajo su palabra, i sobre todo, no atenerse a las declamaciones tradicionales. Los escritores sérios suben hasta las fuentes, comprobando unos por otros los documentos orijinales: ése es el

único medio de que la historia sea alguna vez un tribunal justiciero.»

Debemos declarar que admitimos la anterior regla de conducta en todas sus partes i que pertenecemos a esa escuela de escépticos desconfiados que en asuntos históricos no aceptan mas hechos que los plenamente probados, ni mas documentos que los que han pasado por el crisol de una comprobacion escrupulosa. Perdónenos, pues, el autor de *Francisco Moyen* si no estamos dispuestos a aceptar como una base suficientemente sólida e indiscutible, el abultado mamotreto que sirve de pedestal a la figura de *Francisco Moyen*, por mas que admitamos sin dificultad que el dicho mamotreto «mida una media vara de espesor» segun lo asevera el señor Vicuña.

Léjos de nuestro ánimo el insinuar la mas leve duda sobre la sinceridad del escritor; por el contrario, estamos plenamente persuadidos de que solo trata de hacer pasar a sus lectores las convicciones que él mismo abriga en su alma. Pero ¿no podria suceder que, llevado del deseo de infamar a la Inquisicion por una parte, i por otra de la necesidad de dar colorido al relato, hubiera sido poco escrupuloso en la comprobacion de los documentos? ¿Que tomando con marcada predileccion lo favorable a su propósito, hubiese descuidado por completo todo aquello que lo contrariase? Por ejemplo, del proceso publicado por el señor Vicuña aparece, contra los testimonios invocados por el señor Saavedra, que la Inquisicion de Lima puso grillos a Francisco Moyen. ¿Quién sabe si este reo forma una escepcion o entra en la regla jeneral? ¿Cómo averiguar desde aquí si hai

en el mismo mamotreto alguna esplicacion del hecho?

En suma, desconfiamos, no de la buena fé, pero sí de la imparcialidad del señor Vicuña en lo que toca al estudio de los documentos que sirven de base a su relato. Esta desconfianza nace de que el autor de *Francisco Moyen* se nos presenta, no como un juez de la Inquisicion, sino como su implacable acusador. Sus rebuscos históricos no han ido encaminados al descubrimiento de la verdad, sino al descubrimiento de los documentos mas favorables para la causa que toma bajo su patrocinio.

Ademas de esto, la historia del abultado mamotreto no es propia para inspirar confianza. El fué vendido en media onza de oro a don Francisco de Paula Vijil, por una pobre mujer que de álguien lo heredó. De manera, pues, que fuera del precio i del nombre del comprador, todo lo demas es absolutamente desconocido: ni mas ni ménos que como en aquella famosa compra hecha a la vieja Sibila por el rei de Roma. Por desgracia, de las dos circunstancias que se conocen, la una, la del precio, nada vale; la otra, la del nombre del comprador, hará nacer la desconfianza en el ánimo de todos aquellos que conozcan al presbítero Vijil. Es claro que este prebístero no habria dado ni un cuarto de onza de oro, por un mamotreto que contuviese algo favorable a la Inquisicion. Por lo que toca a la pobre vieja *que de álguien* habria heredado los legajos, el misterio no puede ser para nadie una garantía.

Demos, apesar de todo, por sentada la autenticidad del documento: supongamos que el señor Vicuña, al

estractarlo procediese como juez de la Inquisicion, i no como su implacable acusador: en una palabra, admitamos que esos documentos sean auténticos i que sea imposible desvirtuarlos o esplicarlos por otros. Concedido todo esto, preguntamos ¿cuál es el valor de *Francisco Moyen*, considerado como una refutacion del folleto del señor Saavedra? ¿Cuántas de las 14 proposiciones que sienta el señor prebendado quedarian lójicamente refutadas?— ¡Absolutamente ninguna! En efecto, miéntras el señor Saavedra habla de la Inquisicion en jeneral i de la española en particular, el señor Vicuña habla de la Inquisicion de Lima en jeneral i del proceso de Francisco Moyen en particular. ¿I a quién no se le alcanza que de un caso particular no puede deducirse una consecuencia jenérica i absoluta? La historia de *Francisco Moyen*, no será nunca mas que la historia de *Francisco Moyen;* pero jamas la de la Inquisicion de Lima; mucho ménos la de la Inquisicion de América; i muchísimo ménos todavía la de la Inquisicion española. ¿Qué diríamos de un historiador que se propusiese darnos a conocer la administracion criminal de España, por medio del relato de algun proceso seguido por la real audiencia de Lima o de Santiago?—Pues no es otro el procedimiento que adopta el señor Vicuña cuando pretende contestar a los argumentos del señor Saavedra con el romance histórico de Francisco Moyen.

Aparte de estas sencillísimas observaciones i considerando el proceso de Francisco Moyen en lo que realmente significa, como un dato de los varios que reunidos servirian para dar a conocer los procedi-

mientos de la Inquisicion de Lima ¿cuál es su verdadero alcance?

De la misma esposicion del señor Vicuña resulta: que Francisco Moyen, un aventurero semi-volteriano, semi-asesino, fué denunciado a la Inquisicion en Potosí la noche del 29 de marzo de 1749. El proceso siguió por todos sus trámites hasta que terminó al cabo *de trece años* por la condenacion de Moyen a un destierro de la América e islas dependientes de la corona de Castilla, por el término de diez años. No hubo, pues, ni tortura, ni potro, ni hoguera, ni aventadura de cenizas, etc.; miéntras que del mismo folleto del señor Vicuña consta que, habiéndose enfermado el reo en su tránsito de Potosí a Lima, fué llevado del Cuzco a Arequipa por haber en esta ciudad mas recursos para atender a su salud; consta todavía del mismo folleto que trató dos veces de escaparse i que una habia comenzado a incendiar con la vela las puertas de su prision; consta por último que Francisco Moyen, este mártir inocente del señor Vicuña, si no recibia en su calabozo visitas de ánjeles como los mártires del cristianismo, recibia con regularidad *hasta una racion de aguardiente* i tan abundante *que la embriaguez* impidió a veces a nuestro hombre prestar sus declaraciones. Confesamos francamente que nosotros conocemos Moyenes que no ha muchos años, en nuestra misma tierra, han soportado prisiones mas estrechas; i por lo que toca al Perú, sin ir mas allá de la última revolucion de Arequipa, sus fautores tuvieron a un amigo nuestro aprisionado, porque no poseia algunos miles de pesos con que contribuir a la salvacion de la patria, al cual se le

privó no ya de la racion de aguardiente, sino de una parte de los alimentos, talvez para ablandar su corazon por medio de la dieta.

Apresurémonos a declarar, sinembargo, que hai en el proceso de Moyen una grave, una gravísima iniquidad: su duracion. Una causa que dura 13 años no merece el nombre de causa, sino de iniquidad. ¡Líbrenos Dios de emplear la palabra *martirio*, palabra que no profanaremos jamas aplicándola a los malhechores, por desgraciados que sean! No conocemos otros mártires que los que mueren humildemente por el amor de Dios, por no quebrantar los mandamientos de su lei. El señor Vicuña conoce muchos otros.

Pero si no tenemos embarazo alguno en declarar que a nuestros ojos nada hai mas detestable en la administracion de justicia que su carestía i su lentitud, no podemos ménos de declarar tambien que tal enormidad no era peculiar a la Inquisicion, sino a los tiempos i en parte tambien a la lejislacion española. Un solo dato bastará para que nuestros lectores se espliquen la demora: una sola observacion para que juzguen si ella era un vicio propio de los trámites inquisitoriales.

Francisco Moyen fué denunciado en Potosí i juzgado en Lima. Entre Lima i Potosí hai 500 leguas de camino, camino que no pudo hacer el reo en ménos de *dos años!* Téngase presente que este inmenso camino hubo de hacerse varias veces para tomar las declaraciones, ratificar los testigos, etc., i se verá como fué posible que el proceso no terminase mas que al cabo de 13 años. ¿Podia la Inquisicion de Lima acortar las distancias, acelerar los procedimien-

tos judiciales, como en los paises en que se juzga por medio de jurados o se viaja en ferrocarril? Otra cosa que la Inquisicion de Lima no podia hacer, era dejar de pertenecer a su época, de ser española i peruana. ¿No hace notar el mismo señor Vicuña el tiempo que debia gastarse en escribir solo los innumerables títulos de que hacia seguir su nombre cada uno de los jueces? ¿No se sabe que entónces todo marchaba a paso de tortuga?

Si no fuera osadía invocar el testimonio del mismo autor de *Francisco Moyen*, nosotros lo invocaríamos para preguntarle ¿si cree realmente que en Lima i por los años de 1750 no podrian encontrarse ejemplos de procesos criminales tan largos como el de Moyen? ¿Si cree que los procesos civiles i criminales de 6, 8 o 10 años no formaban casi la regla jeneral? Entre tanto nosotros conocemos, no ya en 1750, sino en 1850, causas civiles que en el Perú se tramitaban desde 15 i 20 años atras, i que ignoramos si hasta hoi dia están aguardando una solucion. Tal es la importancia del mas sério, del único cargo, podríamos decir, que el proceso de Francisco Moyen, arroja contra la Inquisicion de Lima: del cargo que parafraseado i declamado, se produce invariablemente bajo diversas formas, en casi todas las pájinas del folleto de que nos ocupamos. De manera pues, que aun dejando aparte las lejítimas dudas que naturalmente asaltan el ánimo sobre las fuentes que han servido al señor Vicuña para escribir su *Francisco Moyen*, dando por sentado que al compulsar los documentos vendidos por *álguien* que de *álguien* los heredó, al presbítero Vijil, no haya sufrido aquel labo-

rioso escritor un equívoco tan lamentable como el que tuvimos ocasion de patentizar en las columnas de *El Independiente*, sobre cierta carta del jeneral O'Higgins—en que se trata de un presbítero Albano i de suprimir la confesion auricular—dejando todo esto aparte decimos i aceptando el relato de las aventuras de Francisco Moyen, como un relato escrupulosamente histórico, siempre sería cierto, que no es en sí una refutacion completa ni incompleta, satisfactoria o deficiente, del folleto del señor Saavedra.

Quedan las notas i las piezas justificativas. En las primeras el señor Vicuña da rienda suelta a sus instintos literarios; en las segundas se abandona a sus inclinaciones de erudito i de exhumador de antiguallas. Los escritores peruanos García Calderon i Ricardo Palma, que el autor de *Francisco Moyen* cita como irrefragables autoridades, darán una idea del valor histórico de las notas. En cuanto a su valor literario, puede apreciarse leyendo alguna de ellas, esta por ejemplo que encontramos en la primera pájina: «*Ponteseri* (por Pondichery) escribian los secretarios de la Inquisicion, que sabian tanto de Jeografía como una respetable matrona de Santiago que nunca llamó la colonia de Seringapatan sino *Jeringa patras.*»

Por lo que toca a las piezas justificativas, ellas no justifican nada. Las dos principales son un estracto del *Manual de inquisidores* para uso de las Inquisiciones de España i Portugal, i una descripcion del auto de fé celebrado en Lima el 23 de diciembre de 1736. No necesitamos ni podemos averiguar cuál es

el valor histórico del citado *Manual*, ni si él estaria o nó en práctica entre los inquisidores. Hemos declarado al comenzar este artículo que no somos eruditos i que no es nuestro ánimo avocarnos la defensa de las tésis sentadas por el señor Saavedra, que están por cierto en manos bien espertas. Pero mirando ese documento desde el punto de vista del sentido comun, tenemos derecho para preguntar al señor Vicuña: ¿Sería cuerdo un escritor que dentro de un siglo recopilase lo mas chocante o ridículo que encontrase en las *Partidas* o en la *Novísima* para deducir de estos códigos las prácticas i usos judiciales que rijen actualmente en Chile? I sinembargo, esas leyes no han sido derogadas, como probablemente nunca lo fueron las disposiciones del *Manual de inquisidores*. ¿Qué valdria ese *Manual* si pudiera probarse que cayó en desuso al dia siguiente de haberse publicado, o talvez, i lo que es mas probable, que jamas se practicó? ¿I no lo ha probado en mucha parte el señor prebendado Saavedra por medio de testigos tan intachables como numerosos? Fácil nos sería aumentar el número de esos testigos tomándolos de algunos libros que tenemos en la mano; pero repetimos que no es ése nuestro papel.

Séanos permitido, sinembargo, invocar un testimonio que casualmente ha llegado a nuestro poder i que conviene sea conservado para la historia.

En el núm. 93 páj. 675 de *La Gaceta del Gobierno de Lima*, fecha 24 de octubre de 1815 se lee lo que a continuacion i escrupulosamente trascribimos:

Madrid, 26 *de abril.*

«El 14 del corriente se dignó el Rei, nuestro señor, que Dios guarde, honrar con su augusta real presencia en sus mismas casas al tribunal del Santo Oficio de la Inquisicion de corte poco despues de las nueve de la mañana, i primera hora del despacho, sorprendiendo gratamente a sus ministros, a quienes encontró empleados en el desempeño de sus contínuas tareas. Se informó menudamente del estado de los principales negocios que están a cargo del tribunal, a presencia tambien del excelentísimo señor inquisidor jeneral, quien concurrió inmediatamente para asistir e informar a S. M. de cuanto quisiera instruirse; pasó a visitar las cárceles i demas oficinas, manifestando la benignidad propia de su dulce i real carácter, i edificando a todos por el celo católico con que ahela S. M. por la pureza i exaltacion de nuestra sagrada relijion: i habiéndose detenido en estas dilijencias casi tres horas, se retiró, dejando S. M. llenos de honor, gratitud i complacencia a los ministros de dicho tribunal, así por su jenerosidad soberana, como por la demostracion que hizo de haberse cerciorado de la puntualidad i exactitud con que cumplen su ministerio en obsequio de ámbas majestades; i despues de besarle la mano al despedirse, le dió el tribunal brevemente las mas reverentes gracias por tan honrosa distincion. Posteriormente en el dia 18 pasó el excelentísimo señor inquisidor jeneral, acompañado de los tres inquisidores doctores don Francisco Javier Sainz Escalera, don Francisco María Riesco i don Valentin Zorrilla de Velasco a besar su

real mano, i manifestar su justo reconócimiento a un favor tan singular, que siempre quedará grabado en sus corazones; en cuyo acto dijo S. E. lo siguiente:

«Señor: Dios, que por sus justos e incomprensibles juicios quiso que el tribunal de la fé bebiese hasta las heces el cáliz de amargura, sacó a V. M. del cautiverio, i le restituyó al trono de sus mayores para ser el restaurador, consuelo i amparo de la Inquisicion. V. M. la restableció, visitó el consejo de la Suprema, i acaba de honrar con su presencia al tribunal de corte, *de reconocer todas sus oficinas; pero ¿halló en él V. M. esas cárceles subterráneas, esos potros, esas mazmorras,* QUE SOÑARON EN MEDIO DE SUS DELIRIOS *los enemigos del altar i del trono?* ¿Halló V. M. unos ministros del Dios de paz transformados en Nerones i Dioclesianos, ocupados únicamente en encender hogueras, i ejecutar cuanto pueden inspirar la crueldad i la barbárie? *V. M. vió que hasta las cárceles son decentes i cómodas, i que los ministros del Santo Oficio saben unir con la justicia la compasion i dulzura.* Quiera Dios que la visita de V. M. sirva para el desengaño de los que viven separados del verdadero camino. El tribunal de corte impelido de gratitud i reconocimiento da a V. M. las mas humildes i rendidas gracias por tan particular beneficio, i no cesará de clamar al Padre de las luces para que dé a V. M. el acierto de que necesita en tiempos tan difíciles, le conceda el consuelo de reinar solo sobre vasallos católicos, i dignos del nombre español.»— S. M. lo oyó todo con la mas benigna atencion, repitiendo las muestras mas satisfactorias de su real clemencia.»

Las líneas subrayadas no necesitan comentarios: solo notaremos de paso que si los inquisidores pudieron decir a Fernando VII, despues de la visita hecha por éste a todas las oficinas del Tribunal, que los potros, las cárceles subterráneas i las mazmorras no existieron mas que en los sueños de los enemigos del trono i del altar, fué indudablemente porque en ese tiempo ya se habrian perdido en España hasta los restos, hasta la memoria de tales cosas.

Para concluir con el *Manual* conviene digamos que, a pesar de haber el señor Vicuña estractado sus mas crueles o ridículas prescripciones, que casi siempre no son otra cosa que consejos del autor, ellas no desmienten sino uno que otro i de los ménos capitales asertos del autor de la *Rápida ojeada.* ¿Cómo estrañar que las opiniones de tres siglos atras nos parezcan ridículas, si los muchachos hoi tirarian piedras al que se atreviese a pasearse en nuestra Alameda con el traje, no diremos de tres siglos, pero de tres años atras? ¿No es indudable que dentro de un siglo mas nuestros sentimientos, ideas, costumbres i estilo parecerán a nuestros nietos el colmo de la ridículez o de lo absurdo?

La *Descripcion del auto de fé celebrado en Lima el* 23 *de diciembre de* 1736, es la otra pieza de alguna importancia; hablamos para la historia i las costumbres del tiempo, de ningun modo para refutar al señor Saavedra, porque en realidad la *Descripcion* está en todo de acuerdo con lo que ha sostenido el autor de la *Rápida ojeada.*

En el terrible i memorable auto de 1736, que sería sin duda uno de los mas famosos que hubo en

Lima, no se arrojaron mas víctimas a la hoguera, que *el cadáver* de una vieja. I aquí es ocasion de contestar al señor Vicuña una interpelacion que nos dirije al fin de su opúsculo. «¿Es cierto que no puede hacerse a los amigos de la Iglesia mas señalado servicio que el que les ha hecho el señor Saavedra *al desvanecer errores* i combatir *preocupaciones* que desacreditan aquella i la maltratan? ¡Responda el pais!»

Como puede suceder que el pais no responda, vamos a responder nosotros. El señor Saavedra ha hecho a la Iglesia i a los católicos un inmenso servicio, a juzgar por el que a nosotros mismos nos ha hecho. Antes de leer su *Rápida ojeada* estábamos creyendo, puesto que no oíamos otra cosa, que en las famosas hogueras de la Inquisicion se quemaba vivos a los herejes. Despues de leer el folleto del señor Vicuña en que se confirma lo que a este respecto asegura el señor Saavedra, hemos venido a cerciorarnos de que solo se quemaban los cadáveres de los ajusticiados conforme a las leyes penales de aquel tiempo, por el delito de herejía, delito para el cual todos los códigos europeos imponian la última pena. Aun cuando la *Rápida ojeada* no hubiera logrado desvanecer mas que este solo error en una sola intelijencia, ansiosa de verdad i capaz de dar testimonio de ella, su autor habria hecho un señalado servicio a la causa de la Iglesia católica.

Tenemos a la vista la *Vida de Santo Domingo* escrita por el gran Lacordaire, i algunos apuntes sobre un libro nuevo del inmortal Cantú (1) que nos pro-

(1) *La Reforme en Italie, Les Precurseurs.* Discours historiques de César Cantú, traduits de l'italien par Anicet Digard et Edmond Martin.

porcionarian algunos interesantes testimonios; pero es preciso terminar.

Puede ser que estas líneas hagan caer sobre nosotros el diluvio de insultantes epítetos que los predicadores de la tolerancia prodigan a los que se permiten negar alguna de las verdades de su credo; puede ser que se aproveche la ocasion para llamarnos panejiristas de la pira, admiradores de la hoguera, aplaudidores de la iniquidad. ¡No importa! Habituados al incesante batallar de la prensa diaria, metidos en medio del fuego de la polémica ardiente del periodismo, sabemos mui bien que para subir hasta clavar la bandera de la verdad sobre las almenas de ciertas poderosas preocupaciones, es preciso resignarse, no solo a dejar en el camino los jirones de nuestra humilde personalidad, sino tambien a recibir sobre la frente el lodo de los que no saben manejar otras armas.

Realicemos, que ya es tiempo, el réjimen de la libertad, rompiendo alguna vez esa horma de fierro con que la opinion de la multitud oprime las intelijencias juveniles, como los chinos oprimen con zapatos de fierro los delicados piés de sus doncellas. No cerremo las puerta del tribunal en que se juzgan los sucesos i los personajes históricos ni aun a los que se presenten ante ella agobiados con los anatemas de los siglos. Esa es la única manera de practicar la libertad i sobre todo la justicia.

DEMOSTRACION

DE LA DIVINIDAD DE LA RELIJION

POR EL PREBENDADO DON JOSÉ RAMON SAAVEDRA. (1)

(*La Estrella de Chile*—26 de abril de 1868.)

Uno de los signos mas característicos de los años que alcanzamos es la triste necesidad en que se ven los que escriben para el público, de hablar de las cosas sin conocerlas, para poder hablar de ellas oportunamente, i de no poder, al contrario, hablar de ellas con el estudio i reflexion debidos, sino despues de pasado el momento oportuno. Sírvanos esa triste necesidad de escusa por no haber ántes llamado la atencion del público en las columnas de *La Estrella de Chile*, sobre un libro que debió ser recibido con

(1) Un volúmen de 364 pájinas en octavo, imprenta de *El Independiente*. 1868.

verdadero entusiasmo por todos los hombres que en Chile se preocupan del porvenir de la sociedad.

Recordemos que desde el dia en que el niño deja los brazos de su madre hasta aquel en que sus ideas quedan definitivamente formadas, no puede dar un paso sin que se vea obligado a defender contra toda suerte de enemigos el sagrado depósito de sus sentimientos cristianos. Pronto los gratos recuerdos del hogar doméstico, la dulce voz de las lecciones maternales, van siendo insuficientes para resistir a las pasiones que ajitan el corazon i al error que pugna por adueñarse de la intelijencia.

¿En dónde encontrará ese corazon espuesto a zozobrar, una tabla que lo salve, esa intelijencia acosada por las tinieblas, un rayo de luz que le permita entrar de lleno por el camino de la verdad que conduce a la vida?

¿En los libros?—Pero lo que se busca de ordinario en los libros no es la verdad sino el placer; pero los libros sérios, los buenos libros escasean, miéntras que los libros de pacotilla, siempre frívolos i casi siempre inmorales e impíos llenan los estantes de los estudiosos i de los mercaderes.

¿En la prensa diaria?—Pero la prensa, en su inmensa mayoría, metida de hoz i coz en las discusiones políticas i las querellas personales, no se acuerda de la moral sino para insultarla con la publicacion de novelas sin pudor i de gacetillas escandalosas; ni de la relijion sino para denigrar a sus ministros, negar sus dogmas o hacer escarnio de su culto.

¿En el teatro?—Pero el teatro, cuando no es un escenario de desnudeces, es casi siempre la escuela en

que se aprende a honrar los vicios i a burlarse de la virtud. Pero en el teatro, si ha de seguir el camino en que lo vemos empeñado, pronto no habrá mas héroe posible que el bandido, ni mas heroina posible que la mujer *liberal.* Ahí están para probarlo las últimas i mas aplaudidas producciones del teatro frances. (1)

¿En las clases del Instituto o la Universidad?—Pero ni en todas las clases puede tratarse de relijion i de moral, ni es probable que, aun cuando se pudiera, los profesores tengan la voluntad de hacerlo, desde que en jeneral para su nombramiento no se acostumbra ni se ha acostumbrado nunca, tomar otra cosa en consideracion que su competencia i sobre todo sus afecciones de partido. La cuestion de principios no se toma en cuenta para nada, i el ministro, al hacer el nombramiento de un profesor, de lo que ménos se preocupa es de las opiniones filosóficas o relijiosas del elejido.

No hai, pues, mas que un puerto para el corazon en este océano de amenazadoras tentaciones, ni mas que un faro para señalar el camino en medio de este cáos de dudas para la intelijencia: el estudio de *Los fundamntos de la fé.* Es en esta clase donde el jóven, entrando en sí mismo, se da cuenta de los preciosos jérmenes de virtud i de fé depositados en su alma por la delicada mano de su madre i por las enseñanzas sencillas de su catecismo: es entónces cuando, aplicando a estas sagradas semillas la actividad de su intelijencia, las fecundiza i transforma en esos

(1) *Miss Suzanne, Paul Forestier, Madame Desroches, Les Sceptiques i le Comte Jacques.*

árboles de raices profundas i de robusto tronco, que son los únicos destinados a quedar de pié hasta el último dia en estos tiempos de recios vendavales.

Esto bastará para poner de manifiesto la importancia inmensa de una clase a la cual están encomendados intereses tan altos, no ménos que los grandes bienes sociales que puede producir un buen testo de *Fundamentos de la fé*, esplicado por un profesor intelijente. Así parecen haberlo comprendido el gobierno i el clero de Santiago, i nos es grato reconocer, que si éste lo ha probado con la publicacion de dos excelentes testos del ramo, aquel por su parte ha elejido siempre para profesores a sacerdotes de los mas distinguidos por su talento i por su ciencia.

Hasta 1857 el estudio de los *Fundamentos de la fé*, se hacia por el libro titulado: *Tratado de la verdadera relijion i de la verdadera Iglesia*, escrito por el doctor don Ramon Valentin García. Esta obra, mui recomendable si se atiende a la fecha en que se publicó i a la pureza de la doctrina, debió parecer deficiente i poco adecuada para la enseñanza, pues el señor don Andres Bello indicó poco ántes de aquel año a la Facultad de Teolojía la conveniencia de que se trabajase un nuevo testo. Cediendo a estas insinuaciones, el señor don José Manuel Orrego, nuestro querido maestro, i uno de aquellos hombres que tienen el talento especial i rarísimo de ocultar su ciencia bajo el velo de una sencilla i natural modestia, se puso a la obra, que terminada felizmente en medio de sus multiplicadas ocupaciones, dió a luz con el título de *Fundamentos de la fé* el citado año de

1857. La obra del señor Orrego encontró en el público la mas favorable acojida: el señor Arzobispo de Santiago i el Consejo Universitario se apresuraron a prestarle su aprobacion, i la Facultad de Teolojía le adjudicó por su parte un honroso premio. Tal es el testo que está sirviendo para el estudio de los *Fundamentos de la fé* desde 1857; tal es la obra a cuyo lado viene a colocarse ahora la que con el título de: *Demostracion de la Divinidad de la Relijion* ha publicado el señor prebendado don José Ramon Saavedra, que tantas pruebas nos ha dado ya de su actividad i de sus vastos conocimientos.

Llegado sería el caso de hacer un paralelo entre ámbas obras; pero es esta una tarea que no emprenderemos, porque ademas de ser superior a nuestras fuerzas, nos pareceria irrespetuosa. Sinembargo, ya que a este punto hemos verificado, no podemos resistir al deseo de hacer al público una pequeña confidencia, que por sí solo dirá mas de cuanto nosotros pudiéramos decir.

La primera noticia que el que estas líneas escribe tuvo de la obra del señor Saavedra, fué de boca del señor Orrego. «Vamos a tener, nos dijo mas o ménos, un excelente testo de *Fundamentos de la fé*, mui superior al mio por el plan de la obra i por el método de las demostraciones, que permite a su autor ser mas completo en mas corto espacio. Es un libro, añadió, escrito con mucho talento.»

Dejamos a los lectores que deduzcan de esas palabras sus naturales consecuencias, i vamos entre tanto, evitando toda comparacion, a dar las razones que nos asisten para pensar que ese juicio es tan

verdadero en cuanto al libro del señor Saavedra, como él es honroso para el señor Orrego.

Como todo lo que se funda en la lójica i la verdad, el plan de la obra del señor Saavedra es mui sencillo i comprensible. El está deducido de la misma idea que la palabra *Relijion* entraña: Dios, el hombre i sus mútuas relaciones. En el libro primero del tratado, que divide en tres partes, estudia sucesivamente a Dios, en cuanto es dable, despues de haber demostrado su existencia; al hombre considerado como ser moral, i a la relijion en jeneral i particular. El libro segundo está esclusivamente consagrado al estudio de la Iglesia de Cristo.

El autor comienza siempre el estudio de las diversas cuestiones que el desempeño de su plan exije, sentando la proposicion que se propone demostrar; pone en seguida por órden numérico las razones que la apoyan, con la mayor concision i claridad posibles; i concluye formulando las objeciones mas frecuentes i especiosas contra la tésis que ha sostenido, i la refutacion ordenada de todas ellas.

Ya se comprenderá cuán ventajoso es este método para facilitar el estudio de la Relijion, aun a los alumnos de mediana intelijencia. Merced a él, en el instante mismo de tomarse en cuenta una proposicion, se presentan con toda claridad a la razon i casi diríamos a la vista, los fundamentos en que aquella se apoya. El estudiante marcha así, sin esfuerzo alguno, por un camino amurallado, en que las jornadas son proporcionadas a sus fuerzas, i donde no le es posible estraviarse, por distraido i corto de vista

que sea. De manera que cuando el alumno haya sido llevado como de la mano por el autor hasta las últimas pájinas del libro; cuando haya puesto en sus manos esa brújula salvadora que se llama la *Regla de fé católica;* i cuando satisfecho de su trabajo, se vaya con ella a caminar por el desierto de la vida, notará mas disciplinado su espíritu i mas segura su razon, como quedan los miembros de quien se ha entregado por algun tiempo a los ejercicios de una fortificante jimnástica.

En efecto, el libro del señor Saavedra parece estar calculado, no solo para instruir al alumno en los fundamentos de la relijion, sino tambien para enseñarle a pensar; i esta es por cierto una grande i útil enseñanza en estos tiempos en que muchos, so capa de huir de las añejeces de la escolástica, vuelven la espalda con inaudito aplomo a los mas claros preceptos de la lójica.

El autor parece haber comprendido perfectamente las necesidades de la instruccion relijiosa de nuestro tiempo i nuestra sociedad, pues se nota que ha dado mayor ensanche, dedicando mas espacio i cuidado, a aquellas cuestiones que pueden llamarse de actualidad. Así es fácil notar en el libro segundo, dedicado a la Iglesia de Cristo, varios capítulos mui notables por la abundancia de argumentos i de autoridades en que el señor Saavedra apoya sus proposiciones. Así en este mismo libro descuella entre todos el capítulo tercero dedicado al exámen de las reglas de fé escojitadas por las diversas iglesias protestantes, i al de la que sirve de norma a los católicos. Nos parece imposible exijir en esta mate-

ria, de un libro elemental una demostracion mas completa i sencilla del absurdo que importa en teoría i de las consecuencias desastrosas i hasta ridículas que producen i deben producir en la práctica, las reglas de fé protestantes. Estas consecuencias prácticas abundan en la historia contemporánea de Inglaterra i Estados Unidos, i aunque el señor Saavedra cita algunas en las notas con que ilustra su testo, vamos nosotros, aun a riesgo de estendernos demasiado, a traducir algunas líneas de una correspondencia de Lóndres que encontramos en *l' Univers* de 17 de febrero, en que se habla de una de esas grotescas sectas que nacen dia a dia del protestantismo, a la manera que nacen los hongos i los líquenes en los troncos de los árboles próximos a secarse.

«Un reciente proceso, dice el corresponsal del diario citado, ha venido a revelar la existencia de una nueva secta, que se da el nombre un tanto pretencioso de *Pueblo especial.* Su fundador, zapatero o zurrador del condado de Essex, notó hace algunos años un pasaje del Nuevo Testamento concebido así: «Si alguno de vosotros cae enfermo, que llame a los ancianos de la Iglesia, para que rueguen por él, frotándolo con aceite en el nombre del Señor.» De aquí dedujo que los médicos debian ser emisarios del Diablo, destinados a arrastrar a su perdicion a las creaturas de Dios.

«Aferrado a esta idea, se lanzó al apostolado i presto un buen número de prosélitos, deseosos i contentos de escapar en lo sucesivo a las recetas de los médicos i a los brevajes de los boticarios, profesaron la nueva doctrina. Miéntras que la justicia no

tuvo que tomar cartas en el asunto, la nueva secta se propagó como mejor pudo, ni mas ni ménos que muchas otras que no tienen mas sólida razon de ser. Pero hace algunos dias, un niño fué atacado de una inflamacion pulmonar i, a despecho de las fricciones de los ancianos de la Iglesia, murió al cabo de algunos dias. Ahora bien, la lei exije, para proceder a la inhumacion un certificado del médico por el que conste que la muerte ha sido natural. El que fué llamado certificó la falta de cuidado i denunció el hecho a las autoridades, agregando un informe en el cual se aseguraba que el niño viviria aun si se hubiese recurrido a la ciencia.

«En vista de esta categórica declaracion, el majistrado remitió los padres de la víctima ante los tribunales de justicia, imputándoles el delito de infanticidio. La causa se ha debatido largamente i todos los testigos, que formaban parte del *Pueblo especial*, han estado contestes en declarar que no creian infrinjir la lei. Han profesado altamente su creencia i uno de ellos, una mujer de 60 años, de aspecto mui respetable, agregó que habiendo sido ella misma atacada de la peste, se limitó a cumplir con las prescripciones de la relijion. En presencia de tal ceguedad los jurados se han creido en la obligacion de absolver a los padres reprochándoles su conducta, i el presidente agregó que en caso de reincidencia aplicaria rigorosamente la lei.»

Estos sucesos no solo prueban lo falsa que debe ser una regla de fé que a tales absurdos conduce, sino tambien la justicia de los que hemos sostenido siempre que no es cosa indiferente para la moral, el

órden i la justicia, la relijion que profesen los ciudadanos. El crímen sigue siempre al error, i las buenas obras a la verdad, tan estrechamente como la consecuencia a la premisa.

Pero, concluyamos.

El señor Saavedra, termina su tratado con un capítulo en que dilucida estas dos mui interesantes cuestiones: 1.° El catolicismo ¿se opone a la civilizacion i progreso de los pueblos? 2.° La Iglesia ¿es favorable o adversa al despotismo político?

¡Vastísimos problemas que han dado materia para muchos libros, en los cuales se hallan esparcidos gran número de eslabones de esa cadena que un dia, cuya aurora no está léjos, ha de unir para siempre la relijion con la última palabra de la ciencia!

El autor apénas los desflora, i no seremos nosotros quienes le hagamos un cargo por no haber dicho en diez pájinas lo que apénas podria decirse en diez volúmenes.

Apesar de todo, hemos echado de ménos en la segunda proposicion una prueba que hemos creido siempre mui concluyente contra aquellos que acusan a la Iglesia de favorecer el despotismo político. Este argumento podria formularse así: No hai sino dos frenos que puedan contener los depravados instintos del hombre: el de la lei de Dios i el de la lei política. Aflojando el uno tiene necesariamente que tirar el otro, para que la sociedad no se desquicie. De donde se sigue, para valernos de las palabras de Donoso Cortes, «que cuando el termómetro relijioso está subido, el termómetro de la represion está bajo; i cuando el termómetro relijioso está bajo, el ter-

mómetro político, la represion política, la tiranía, está alta. Esta es una lei de la humanidad, una lei de la historia.» (1)

Donoso Cortés lo prueba plenamente.

A este propósito, otro hombre eminente, aunque de una escuela mui diversa, M. de Tocqueville, ha hecho una observacion idéntica. «Miéntras mas libertad se conceda al hombre en la tierra, ha dicho este escritor, mas estrechamente debe estar encadenado al cielo. Si no tiene fé, es preciso que sea esclavo, i si es libre, es preciso que crea.» (2)

Despues de demostrada la divinidad de la relijion católica, no creemos que pueda darse una prueba filosófica mas concluyente, no solo de que aquella no favorece al despotismo, sino de que es su mejor i mas seguro antídoto. La única sociedad que sería absolutamente libre sería una sociedad de santos: así la que formó Jesucristo con sus discípulos no tuvo mas leyes que las leyes del amor.

Pero, como lo hemos dicho ya, la materia es tan vasta i los límites en que se ha encerrado el autor tan estrechos, que el único trabajo que ha debido tener es el de la eleccion de los argumentos i de los hechos.

En cuanto al estilo del libro, es escusado digamos que él satisfará aun a los mas exijentes. El nombre del autor es de ello la mejor garantía.

De manera que *La demostracion de la divinidad de la relijion* por el prebendado don José Ramon Saavedra es uno de aquellos libros que, escritos para un

(1) Obras de Donoso Cortés, tomo III. páj. 265.

(2) *La democratie en Amérique.*

determinado objeto i para cierta categoría de personas, pueden ser leidos con provecho i con gusto por todas las clases de la sociedad. No solo los estudiantes, sino tambien los padres de familia harian bien en consultarlo; i si nuestros hombres públicos i nuestros periodistas quisieran darse el trabajo de recorrer sus pájinas, podríamos garantizarles que no las recorerian en vano.

Por lo que a nosotros toca, despues de doblar la última hoja, hemos recordado involuntariamente i aplicado al libro del señor Saavedra aquellas palabras en que prorrumpe cierto personaje de Víctor Hugo despues de soborear un esquisito vino:

«*¡ C'est bien bon du bon vin!*»

AREQUIPA.

(*La Estrella de Chile*—30 de agosto de 1868.)

I.

Un parte telegráfico enviado de Caldera el 25 por la noche nos anuncia con cruel laconismo la total ruina de Arequipa i la muerte de 2,000 de sus pobladores. Así los funestos presentimientos que muchos abrigaban se han visto dolorosamente confirmados. Arequipa no ha corrido la suerte de Herculano i Pompeya; ha corrido la suerte de Mendoza.

Miéntras llegan los terribles detalles, miéntras nos halaga todavía la esperanza de que se hayan salvado del espantoso cataclismo los amigos que en aquella lejana tierra nos tendieron un dia la mano jenero-

sa del compatriota, séanos lícito traer a la memoria el panorama de aquella singular ciudad i respirar por un momento el puro ambiente de aquella campiña, hermosa como un oásis del desierto. Talvez en esa ciudad no laten ya corazones queridos: talvez estén rijidas ya las manos, que por todos los vapores nos enviaban escritas algunas cariñosas palabras, como una prueba de que nuestra huella no se habia aun borrado en aquellos hogares, en que hallamos un dia la franca i bondadosa acojida que en suelo estraño, cura como un bálsamo maravilloso las heridas que abre en el corazon del forzado viajero, a un tiempo el infortunio i la ausencia de la patria querida.

Lector, si por ventura las graves dolencias de una enfermedad implacable, que suele anunciarse como una sentencia de muerte, te han llevado alguna vez a la falda del majestuoso Misti i te ha sido dado volver de nuevo al seno de tu familia i de tu patria con signos de salud i esperanzas de vida, bendice a Dios porque ha sido misericordioso contigo, dispensándote una merced de que su mano no se muestra pródiga. Si al reves hasta hoi dia no te has visto en la dura necesidad de ir a buscar en las alturas de las cordilleras peruanas un ambiente benéfico para tus pulmones, bendice tambien a Dios por no haberte puesto en el caso de emprender esa tristísima peregrinacion. Pero en uno i otro caso, lector amigo, acompáñame con la imajinacion, a hacer de nuevo un viaje a la ciudad de Misti. Consagremos un recuerdo a su tormentoso pasado i una lágrima de compasion a su presente desventura.

II.

Islai no es un puerto, es apénas una pobre caleta que se oculta a la vista del viajero que va desde el sur, hasta el instante mismo en que el vapor ha fondeado en él. Sírvele de atalaya hácia esta parte un islote que por su color blanquizco parece a la distancia una enorme gaviota, i sobre el cual de cerca se ven bandadas de pájaros acuáticos disfrutando tranquilos del reposo i del sol, sin inquietarse mucho de que manadas de lobos marinos disfruten de estos mismos bienes en las peñas mas bajas que el mar azota sin cesar con olas irritadas.

Frente a este islote, del lado de la costa, un alto barranco, de donde la braveza de las reventazones aleja hasta a los mas osados remeros, indica el sitio donde yacen en el fondo del mar algunos cañones que Santa Cruz habia colocado en el cerro i que hizo echar al agua, temeroso de que cayeran en manos de sus audaces enemigos. Es el único recuerdo histórico que pudimos recojer en aquel árido i desolado sitio.

Islai no es una ciudad, ni siquiera una aldea con elementos propios de prosperidad i de vida. Islai no es mas que una gran posada, que se alza a orillas del Océano ofreciendo al viajero albergue para una noche i un práctico i una bestia para emprender a la mañana siguiente la dura jornada del desierto. Islai solo es el primer tambo del camino: vive de Arequipa i el dia que esta ciudad sucumbiera, o elijiese otra ruta para comunicarse con el mundo, Islai

se moriria de hambre en medio del abandono mas completo: hasta los gallinazos que moran en las grietas de los peñascos de la playa, huirian de aquel sitio despues de haber recojido los despojos del pueblo abandonado.

Una sola cosa pueden mirar los ojos con sorpresa agradable en aquel pobre i triste caserío: ¡el agua! El agua que salta de una pila de fierro colocada en la plaza i que parece que la vara milagrosa de Moisés hubiera hecho brotar de entre aquellas rocas.

Pues bien, llenando en la taza de aquella pila una botella de agua, el estranjero ve desfilar a la poderosa mula que adornada vistosamente sale bajo el peso de una enorme carga a toda prisa, al arriero que a horcajadas sobre su singular montura deja el puerto, mas impasible e indiferente que el mismo mulo que lo lleva, i por fin al *mozo* o práctico cuya necesidad es problemática, pero de cuya compañía pocos serán aquellos que se hayan eximido. Aquel *mozo* presta al patron los servicios de un bondadoso escudero, principalmente al llegar a los tambos, i durante el camino se digna a veces dar algunas noticias sobre Arequipa i sus revoluciones, sobre el Cuzco i sus ruinas, sobre Puno i su lago.

A las pocas leguas de Islai i ántes de haber recorrido la mitad de la ancha e interminable quebrada por la cual se sube hasta salir al tambo de Guerrero, los ojos cansados de la monotonía de los cerros áridos i de la arena del camino, se fijan gustosos en una pequeña arboleda, circuida de verdor. Fórmala un centenar de añosos olivos, que colocados en filas, revelan la voluntad esforzada de algun hombre que

en lo antiguo concibió la audaz idea de disputar su dominio al desierto. Los olivos brotaron i arraigaron en aquella desamparada soledad i hasta los siglos mas remotos continuarán dando sus modestos pero nobles frutos, ofreciendo entre sus ramas una alegre mansion a los jilgueros i picaflores, i al cansado viajero un poco de sombra, un apoyo para su espalda, una ráfaga de aire fresco para sus pulmones, i para su corazon inquieto o aflijido la memoria del *Huerto de los olivos*, donde Jesucristo nos abrazó a todos en un pensamiento de amor.

Quien quiera que hayais sido, hombre de paz u hombre de guerra, fraile o soldado, jóven cargado de esperanzas alegres o viejo cargado de años i recuerdos, tú que confiaste a la árida tierra la semilla cuyos olivos no habias de ver, cuyos frutos no habian de entrar a tu despensa, a cuya sombra no habias de sentarte, tú cuyo nombre se ha perdido, pero cuya obra queda, hombre de fé, de progreso i de elevadas miras, ya sea que haya ceñido tus riñones la humilde soga de los hijos de San Francisco o la cota de malla de los hijos de Pelayo, ¡bendito seas!

Poeta desconocido, como el que alzó los templos del Cuzco, como el que inventó la relijion del Sol, como el que hizo salir al primer Inca desde una de las pequeñas islas del Titicaca, como todos los que por primera vez cantaron en las sierras peruanas esos *yaravíes* que desgarran el alma, poeta desconocido i humilde que realizaste la idea de alzar en la quebrada de Guerrero un monumento vivo del poder humano i de la providencia divina, recibe el saludo de agradecimiento que te envia un hombre de progreso,

¡ séate propicia la oracion que por tí elevó al cielo un hombre de fé, en el mismo sitio que regaste con el sudor de tu frente, cuando a los rayos del sol i encorvado sobre un suelo de fuego, enterraste las semillas de tus inmortales olivos.

Las horas de descanso i solaz pasan rápidas en la vida, i en las marchas penosas el viajero se vé obligado a dejar la posada al momento siguiente de haber entrado en ella, ni mas ni ménos que como dejamos el mundo i la vida, cuando creemos no haber hecho otra cosa que pisar sus umbrales i dar una mirada en torno.

De los olivos al próximo tambo de Guerrero, se sigue repechando la quebrada que cierran por uno i otro lado altas montañas, con sus cimas cubiertas de finísima arena blanquizca que el viento mueve a su albedrío, sobre la cual suele de vez en cuando pasearse impávido algun huanaco, cuyas elegantes formas van a dibujarse en el azul oscuro de un purísimo cielo.

Pero hé ahí que de súbito ha concluido aquella quebrada que parecia interminable, que las cabalgaduras se detienen de suyo, que algunos perros salen a recibiros, i que vuestras miradas discurren por un horizonte sin límites como el del Océano, imponente como el del desierto.

La pampa de Islai está delante.

—¡Catai, el Misti! esclama el *mozo*, señalando con el dedo hácia el norte, i saludando en seguida al tambero.

En verdad que el Misti está allí, erguido i soberbio como un pensamiento de rebelion contra el Creador;

solitario, sin émulos, sin compañeros, como todas las grandes maravillas del mundo; regular como una pirámide jigantesca tallada por Dios, de una sola pieza en las estupendas canteras de los Andes; con la cabeza cortada, como en castigo de su audacia.

Allí está el Misti. ¿Quién sabe el oríjen de su nombre? ¿Quién es aquél que puede referir la historia de sus dias de cólera?—Solo Aquél que con la fuerza de su voluntad traslada las colinas, hace arder los montes, refrena las aguas del Océano i conoce el curso de los rios de fuego que corren por las entrañas de la tierra, de esos rios que se abren salida por los cratéres de los volcanes haciendo temblar las llanuras i ajitando los mares.

La historia del Misti es mui antigua, tanto que seria envano recurrir para conocerla a las mas antiguas tradiciones. Allí están, sinembargo, los cerros formados por las materias salidas de su seno para mostrar las huellas de sus bostezos ígneos. Mil años habian pasado, sinembargo, i el jigante no daba señales de vida. Todos lo creian muerto. Los hijos de los incas i los hijos del Cid acudieron a repartirse sus despojos. Abrieron inmensas canteras en las mismas colinas formadas con su sangre petrificada, i a fuerza de trabajo i a fuerza de paciencia, no se dieron descanso miéntras no hubieron sacado de esas canteras una ciudad de granito, árbitra de los destinos del Perú. Perq ¡ai! que lo que parecia la muerte no era mas que el sueño! ¡Ai! que un dia el jigante despierta, sacude el polvo que los hombres habian amontonado sobre sus piés i que Arequipa, la altiva, la indomable ciudad, es un monton de ruinas!

Solo el hábito podia haber hecho olvidar a los moradores de Arequipa que ese despertar era posible. El corazon se sobrecojia involuntariamente de espanto al pié de aquella mole colosal, i los ojos buscaban obstinados aquel cono tronchado por cuya ancha boca la imajinacion creia ver a cada instante asomada la cabeza del jenio del abismo. Arequipa debia perecer víctima de los sacudimientos del Misti, como la nave que vive sobre el mar debe perecer víctima de sus tempestades. Los hombres, sinembargo, que por amor al oro surcan el Océano apesar de todos los naufrajios, por amor al suelo natal, volverán a edificar a Arequipa a la falda del Misti.

III.

Por fortuna los mas tristes presentimientos han quedado sin confirmarse. Los amigos que contábamos en aquella tierra pudieron sanos i salvos, con todo el desaliño del estupor i sobre las ruinas mismas de Arequipa, trazar con mano trémula algunas líneas para comunicarnos la grata i ansiada nueva de su dichosa salvacion.

Pero no anticipemos i volvamos a reanudar el hilo de nuestro imajinario viaje.

Habíamos saludado al Misti: demos ahora una mirada a la pampa de Islai. Es difícil que nosotros, acostumbrados al espectáculo de las verdes llanuras, de las colinas cubiertas de doradas mieses, de las montañosas serranías, podamos formarnos una idea cabal del desierto. El desierto es como el mar: para

comprenderlo es preciso tenerlo delante de los ojos, haberlo cruzado. Hai, sinembargo, entre las verdosas planicies del Océano i las plomizas pampas de la costa peruana, una notable diferencia para el que se prepara a recorrerlas. El viajero, que de pié sobre la cubierta de la nave, emprende por primera vez su viaje al traves del Océano, busca con avidez allá en lo mas apartado del horizonte el término de su viaje, i lo busca en vano; no así el viajero que montado sobre su caballo, sale del tambo de Guerrero para cruzar la pampa de Islai. Es cierto que la árida llanura está allí, callada i majestuosa; pero en su confin aparecen las cordilleras como una colosal muralla que oculta al caminante el pintoresco valle de Arequipa. Engañado por los mirajes de una pérfida ilusion óptica, aguijoneado por los dulces halagos del deseo, el jinete hiere los hijares de su corcel, con el corazon henchido de esperanzas, como si aquello fuera cuestion de una hora de galope.

¡Engañoso miraje! se ha galopado una hora i aun no es dable dejar atras uno solo de los innumerables cerrillos de finísima arena de que está sembrada aquella pampa. Otra hora se pasa i, mirando hácia atras, parece que el caballo se moviese en el mismo sitio ¡tan cercano está todavía el punto de partida! El sol, sinembargo, va elevándose sobre el horizonte, el sudor baña al bruto que nos lleva, el cansancio agota nuestras fuerzas, el polvo i los reflejos de la arena lastiman la vista, i los médanos que vamos dejando atras, parece que por via de encantamiento tornasen a colocarse a nuestra vanguardia i que es-

tuviésemos condenados a vagar hasta morir por aquellas áridas soledades.

Entónces, sujetando las riendas a nuestro caballo, esperamos que nos alcance el guia, que tiene la costumbre de renegar de su nombre, marchando siempre a retaguardia, i le pedimos la esplicacion de aquel enigma.

Miéntras el mozo llega, examinamos atentamente el médano mas inmediato. ¿En virtud de qué lei la arena de la pampa se acumula así en montecillos uniformes i a distancias casi proporcionales? ¿Cómo esplicar esa regularidad matemática con que todos afectan la figura de una media luna? ¿Por qué todos ellos muestran sus cuernos vueltos siempre hácia un mismo punto del horizonte, como los soldados de un numeroso ejército dispersos en guerrilla?— Sin duda que la observacion i la ciencia tienen una respuesta para cada una de las anteriores preguntas; pero ni la observacion ni la ciencia pueden ser parte a impedir que el hombre que tales espectáculos contempla, suba con su pensamiento un poco mas arriba, i que sus labios se muevan involuntariamente para adorar i bendecir la mano omnipotente que trazó a la naturaleza esas leyes misteriosas que la han de gobernar hasta el fin de los tiempos.

Esos montecillos de finísima arena que tachonan la pampa, no solo en su distribucion i direccion semejan los soldados de un ejército innumerable, desbandado en guerrillas; tambien lo imitan en la facilidad con que cambian de sitio.

Cuando el viento sopla, todo aquel ejército se po-

ne en movimiento; comienza la arenilla a desprenderse de los mas voluminosos médanos para ir a otro punto a robustecer a los mas pequeños o talvez a formar el núcleo de uno nuevo. Para ello solo se necesita un punto de apoyo: una piedrecilla, una botella vacía que el caminante arroja, la cáscara de la naranja con que acaba de humedecer los labios.

Entretanto ya el guia se ha puesto a nuestro lado i ha dado principio al relato de algunas aventuras sucedidas en aquellos sitios. Estos relatos son siempre mui breves, porque el indio peruano, al reves del descendiente de español, es de suyo melancólico i taciturno.

—«Las huellas que veis sobre la arena nos indican la direccion del camino, dice, como quien contesta a una pregunta escusada.

—¿I si el viento sopla i las huellas se borran?

—El Misti nos marca con toda seguridad el rumbo.

—De noche, caminais, sinembargo, sin divisar el Misti, i aun de dia debe suceder con frecuencia que las nubes lo oculten.

—De noche el tambo de la *Joya*, al cual hemos de llegar luego, pone en alto un farol cuya luz nos guia como la de un precioso faro, i en los dias de neblina i cuando las huellas se han borrado del suelo i el Misti i el faro se ocultan a la vista, soltamos la rienda a nuestra mula i nos dejamos guiar por su admirable instinto. Entónces el peligro está en la presuncion de dirijir la bestia. El ingles de la *Joya*, que vive continuamente viajando para Arequipa i para Islai, cayó un dia en esta tentacion. Salió del tambo ya cerrada la noche i despues de haber

galopado casi toda ella, sintió cantar un gallo: se dirijió hácia el punto de donde ese agradable grito de bienvenida habia partido, i cuando el caballo entró gozoso a un corralon de piedra, el jinete notó con asombro que era el del tambo de donde habia salido en las primeras horas de la noche. Habia descrito un círculo por la pampa para volver despues de mucho correr a su mismo punto de partida. Otros viajeros han ido a parar despues de algunos dias de angustias i penurias a los valles de la derecha o de la izquierda: i no han faltado jinetes que, desmontándose imprudentemente i soltando las riendas de su cabalgadura la hayan visto alejarse con horrible desesperacion, despues de hacer vanos esfuerzos para alcanzarla. Por fin, no son pocos los que muertos de cansancio i de sed en la espantosa soledad, han servido de alimento a los buitres i cuyos huesos esparcidos por la pampa sirven hoi de núcleo a otros tantos de los médanos que nos rodean.»

Al fin, aparece el tambo que con tanta justicia lleva el significativo nombre de la *Joya*. Joya i preciosa es sin duda ese pequeño hotel perfectamente servido en aquellos parajes. Verdad es que cada animal consume allí un peso *de agua*, que la carne es escasa, que las frutas no se conocen, que no hai de todo i que todo lo que hai solo puede obtenerse a precio de oro; ¡pero aquel amable hotelero puede alegar en su abono tantas circunstancias atenuantes i uno se halla tan dispuesto a absolverlo!

Digamos, sinembargo, adios a Mr. Ayres i a su preciosa *Joya* i emprendamos de nuevo la jornada. ¡Qué magnífico cuadro se ofrece a nuestros ojos! Cen-

tenares de hombres inclinados sobre aquel suelo de fuego, riegan con el sudor que corre de sus tostadas frentes la arena del desierto. ¿Quiénes son?—Son compatriotas nuestros. ¿Qué hacen?—Pelean a brazo partido contra aquellas soledades estériles con la barreta i con la pala, con la misma sangre fria, con el mismo valor, con la misma audacia, que emplean para manejar el puñal en sus riñas sangrientas, la bayoneta en las batallas, el arado en las colinas i las llanuras de la patria, el combo i el capacho en las entrañas de la tierra, el remo i el hacha de abordaje sobre el mar, i el lazo en los rodeos!

Son ellos los que seducidos, mas que por la perspectiva de cuantiosos salarios, por el encanto de lo desconocido i aventurado, son ellos los que obedeciendo al llamado audaz de un emprendedor hijo de la tierra del Mississipi i del Niáraga, han dejado el suelo feraz en que nacieron, las verdes campiñas en que corrió su infancia, las amadas faenas en que ejercitaron su juventud, para venir a abrir sobre el desierto un apropiado lecho a la locomotora del progreso.

Cuando despues de recorrer la pampa de Islai suspiramos por la suerte de Arequipa, considerando que esta ciudad estaba condenada a no ver jamas desaparecer aquel desierto que la separaba del movimiento progresista del mundo, cuando contestábamos con una sonrisa de incredulidad a los que nos anunciaban que ántes de mucho el bramido de las máquinas de vapor resonaria por aquellos parajes, no pensábamos, debemos confesarlo, que fuese el constructor del ferrocarril de Valparaiso a Santiago

quien acometiese tal empresa i que contase con el concurso de 4,000 brazos chilenos para realizarla.

¡Quién sabe, empero, lo que Dios tiene decretado! ¿Quién sabe si el jenio emprendedor del contratista yankee i los esfuerzos hercúleos de los trabajadores chilenos van a estrellarse con insuperables obstáculos amontonados en su camino por el brazo de Aquél que suelta, segun las determinaciones de su voluntad soberana, las tempestades sobre el mar i los terremotos sobre los continentes? ¿Quién sabe si mas rápida que la locomotora, ha de llegar a la ciudad del Misti la cólera de Dios?

Pero subamos ya a las alturas que la ocultan de nuestra vista, i de pié sobre la cima mas inmediata, saludemos el espléndido panorama que descubren los ojos. Allí está Arequipa, la ciudad de las encantadoras perspectivas como una blanca vaca tendida en la falda de una colina; brillante como un inmenso palacio de mármol edificado en medio de un oásis; con su campiña cubierta de animales, de mieses, de corrientes de agua i de poéticos caseríos; con sus numerosos i soberbios templos; con sus torres de piedra; rodeada de villorrios, como una reina de sus elegantes servidoras; centro del comercio, del movimiento i de la vida entre las poblaciones indíjenas de la sierra, i los moradores de la costa. Allí está Arequipa, orgullosa tras su coraza de piedra como una noble castellana tras los muros de sus inespugnables torreones; severa i recatada como la virtud; desgreñada i sencilla como la soledad; deseable como una fuente cristalina a cuyo borde acuden las aves del cielo i las fieras de las montañas, impelidas

por una misma sed, por un mismo sol, por un mismo cansancio, por un mismo deseo de reposo!

IV.

La ciudad de Arequipa, segun las tradiciones mas autorizadas, debe su fundacion al Inca Maita Capac, cuarto sucesor de Manco. Parece que este soberano, despues de haber sujetado las provincias de Parinacochas i Collaguas, de vuelta hácia el Cuzco, se detuvo con su ejército i corte en el valle de Arequipa, allá por el año de 1170 de la era cristiana. La comitiva de Maita Capac, seducida por la belleza de la comarca espresó al soberano el deseo de establecerse en aquel sitio, a lo cual el Inca contestó: *Aré, quepai*, que significa: Sí, quedaos.

Esta etimolojía descansa en la autoridad de Calancha. Garcilaso de la Vega quiere sinembargo que Arequipa, signifique *trompeta sonora*, aunque fuerza es convenir en que, con razon o sin ella, la etimolojía de Calancha es la mas jeneralmente aceptada. La razon de esta preferencia está, a nuestro entender, en que la primera esplicacion que hemos copiado es la que mas halaga a la vanidad de los Arequipeños, para quienes no hai en el mundo nada que sea comparable a su campiña.

Sea de ello lo que fuere; lo que parece indudable es que el valle de Arequipa no fué poblado primitivamente por los indios peruanos i que su poblacion se verificó por alguno de los cuatro primeros Incas. Siendo mui digno de notarse el hecho de que los

fundadores de Arequipa encontraron poblados los valles de la costa, porque esta circunstancia deja sospechar que en aquel entónces estuviese aun fresca entre los indíjenas la memoria de la última erupcion del Misti, o que a lo ménos los indicios de esta erupcion estarian tan patentes que se tendria por temeraria toda idea de establecerse en sus inmediaciones.

Solo fué en 1170, como queda dicho, cuando desechando esos temores, o fijándose en la facilidad que habia para dar agua a la campiña, los compañeros del cuarto Inca se establecieron definitivamente en Arequiqa i echaron los cimientos de los pueblos que la rodean. Así como indios traidos de las provincias conquistadas fundaron a Tiabaya, dos leguas i media hácia el oeste de la ciudad principal, i sin duda alguna en la parte mas fértil del valle, a Yanahuara, sobre una colina hácia el poniente, separada por el rio Chili o Chiri de Arequipa i solo por algunas chacras i pocas cuadras de distancia de Caima, otro caserío de oríjen indio, colocado sobre una colina mas elevada aun.

Uno de los primeros cuidados de los primitivos pobladores fué sin duda el de sacar canales por los puntos mas adecuados al objeto de cultivar la mayor estension posible de terreno. Al efecto, abrieron las acequias da Socabaya, Characato, Antiquilla, i la mas atrevida de todas que tiene el nombre de Acequia Alta. Estos canales delineados con una consumada habilidad, son una de las pruebas irrefragables del adelanto a que la agricultura habia llegado entre los Incas. Cierto es que éstos no dejaron en Arequipa,

como en otras ciudades del interior, monumentos de su piedad i opulencia; pero en cambio dejaron imperecederas muestras de la perfeccion a que llegaron en el arte agrícola. I puesto que nada mas agregaremos sobre la historia primitiva de Arequipa, notemos de paso otro de los admirables restos que aun quedan de la civilizacion indíjena. No solo los europeos no han logrado cultivar un topo (1) mas siquiera de terreno que el cultivado por los Incas, sino que éstos dejaron i que los pobladores de hoi dejan todavía sin cultivo grande estension del suelo que aquellos cultivaron. Todas las colinas, i gran parte de los cerros que se estienden hácia el interior por el lado de Chihuata i de Quillocona presentan a la vista la perspectiva de enormes escaleras cuyas gradas ofrecian al indio otras tantas lenguas de tierra en que hacer sus sembrados. Estas graderías (tan numerosas i antiguas, en algunos puntos que ellas dieron el nombre a Paucarpata (2), célebre en nuestra historia,) admiran por el trabajo incalculable que debieron costar a los indios, obligados a favorecer cada grada con dos diques de piedra, uno para sujetar los derrumbes de la parte superior, otro para nivelar la ladera i sostener la grada por la parte de abajo.

Pero si causa admiracion el enorme trabajo que esos andenes representan, mas admirable es aun la industria que debieron ejercitar i conocer los indíjenas para cultivarlos. En efecto, todos esos cerros i colinas se ven hoi completamente estériles: sobre ellos no crecen ni los silvestres arbustos de la natura-

(1) Medida de superficie equivalente a 5,000 varas áreas.
(2) Paucarpata significa en quichua, sementera en andenes.

leza inculta, ni las útiles mieses del trabajo i de la civilizacion. De manera que en el siglo XIX i con el poderoso ausilio del guano de las Chinchas, no se ha logrado, no diremos superar, pero ni siquiera igualar a los agricultores indíjenas de los siglos anteriores a la conquista.

De boca de un anciano morador de Chihuata, que en aquel tristísimo lugar se dignó un dia darnos en su pobre morada una hospitalidad tan amable como jenerosa, oimos esplicar el enigma por esta razonable hipótesis. «Parece que los indios, nos dijo, aunque privados de los recursos del abono animal, conocian i usaban ciertas plantas que empleaban con un abono bastante poderoso. Este abono no tiene, sinembargo, la fuerza necesaria para hacer cultivable todos los años un mismo paño de terrenos, i por eso se veian en la necesidad de habilitar para la labranza diez veces mas tierra que la que nosotros necesitamos. Así los Incas, con ese hilo de agua que riega nuestros pequeños alfalfales, regaban sucesivamente todos los cerros que nos rodean, no volviendo a sembrar en un punto sino despues de haberlo dejado descansar durante seis, ocho, o diez años.»

Si la esplicacion no es exacta, a lo ménos se debe convenir en que nada tiene de irracional ni desautorizada, como quiera que la hemos recojido en los mismos sitios donde con mas abundancia existen las obras a que esa esplicacion se refiere.

De todas maneras los andenes que se ven aun i se verán todavía durante muchos siglos sobre los cerros que rodean al valle de Arequipa, dan a entender que la campiña se encontraba a la llegada de los

españoles perfectamente cultivada i provista de pobladores. Para que no quede duda a este respecto, el testimonio histórico viene aquí a reforzar el testimonio arqueolójico.

La historia nos dice que los primeros pobladores españoles encontraron la campiña cubierta de sembríos i que se establecieron en las mismas cabañas de los indios en la Yoglia (1) donde hoi está situada la Iglesia de San Lázaro i el barrio a que ésta ha dado su nombre. Esos pobladores procedieron desde luego a edificar una capilla, solicitando despues de Pizarro permiso para echar a su alrededor los cimientos de una humilde aldea. Pizarro accedió a sus deseos, encargando la fundacion de Arequipa al capitan don Pedro Anzures Campo Redondo, el año de 1539. Parece que hubo diversos pareceres sobre el sitio que convenia elejir para asiento de la nueva villa i que se pensó primero establecerla en el pequeño llano que está del otro lado de Caima, pensamiento que se abandonó pronto para fundarla al fin en el lugar en que hoi se encuentra.

Aun cuando no se puede ménos de reconocer el tacto admirable que jeneralmente mostraron los españoles para fundar en América sus poblaciones, creemos que por lo que respecta a Arequipa ese instinto les hizo falta. El terreno elejido por ellos ofrece el grave inconveniente de ser mui quebrado i desigual, circunstancia que se opondrá siempre a la nivelacion de las calles i acequias, i que ocasio-

(1) Corrupcion del quichua *Lloclla*, voz espresiva i mui propia con que en el Perú se designan las torrenteras i quebradas que sirven de lecho a las aguas.

na a los transeuntes, molestias i fatigas. Ese error cometido por los fundadores de la ciudad es tanto mas inescusable, cuanto que el valle contiene otros parajes completamente planos, bien regados i mas fértiles que el que hoi ocupa la ciudad, sobre todo el espacio comprendido entre la Merced i los baños de Tingo.

La ciudad, tal como hoi se vé, comprende sesenta i cuatro manzanas, divididas por dieziseis calles derechas i de regular ancho, ocho de las cuales corren de norte a sur i las otras ocho de oriente a poniente, cortando a las anteriores en ángulos rectos. Todas estas calles están empedradas, pero tan mal i con piedras tan enormes, que el tráfico, aun a caballo, es trabajoso i que si hubiera carruajes, que absolutamente no los hai, se harian pedazos con el servicio de mui pocos dias. En cuanto a las aceras que son de la misma piedra que sirve en el lugar para construir todos los edificios, el trajin de los hombres i de las tropas de asnos, mui abundantes i útiles en Arequipa, las ha gastado de manera que algunas de ellas son verdaderas zanjas, por donde es difícil dar un paso. Despues del triunfo de la última revolucion se pensó en construir nuevas aceras, empleando una piedra mas sólida que la anteriormente empleada, pero es probable que esa obra verdaderamente colosal, por la carencia de elementos que hai para los trasportes, i cuyo costo es incalculable, atendiendo a la elevacion constante que allí tienen los salarios, se demorará todavía durante muchos años.

Nos hemos referido ántes a las inmensas canteras de donde se han estraido las piedras que han servi-

do para levantar la ciudad de Arequipa. Esas piedras afectan en su estado natural figuras prismáticas i son labradas con gran facilidad i apropiadas para las construcciones en figura de adobes mas o ménos gruesos, llamados sillares. Parece que la materia de esa clase de piedras es traquito descompuesto i vuelto despues a componer. Las paredes construidas con este material tienen jeneralmente un metro o poco mas de espesor i por cinco metros i algunos decímetros de altura. Los edificios de dos pisos no son escasos; pero lo jeneral es que las casas tengan un solo piso, con dos o tres patios grandes i empedrados, en el primero de los cuales las familias cultivan ordinariamente algunas flores plantadas en ollas o cajones, flores que son mui caras i a las cuales las señoritas arequipeñas son mui aficionadas. Hemos visto vender en cinco pesos un ramillete que en Santiago habria sido caro por 25 centavos.

Como la madera es escasísima, por cuanto en el valle i en las cercanías no hai mas árboles que algunos sauces, ni es posible traerla del interior a causa de los malos caminos i la carencia de medios de trasporte, en los edificios apénas hai otra cosa de madera que las ventanas i las puertas. Las habitaciones están cerradas hácia arriba por bóvedas de piedra, siendo de este mismo material los umbrales de las ventanas i de las puertas. Los albañiles arequipeños tienen especial habilidad para esta clase de construcciones i en jeneral, aunque los edificios dejen mucho que desear por lo que hace a la elegancia i belleza de la arquitectura, su solidez es a toda prueba: es decir, a prueba de terremotos, que es la

mas dura a que puede verse sometido un edificio.

En efecto, eran ya muchos i mui notables los grandes temblores que habia sufrido la ciudad de Arequipa, sin esperimentar grandes daños. Hé aquí por su órden los mas violentos cuyo recuerdo ha conservado la historia.

El 2 de enero de 1582 hubo un remezon tan récio que segun se escribió en aquel entónces, los huanacos i vicuñas espantados bajaron de los montes al valle donde se confundieron con los desolados habitantes. Despues de él merecen mencionarse, el ocurrido en 13 de mayo de 1784: el de 10 de julio de 1821: el de 9 de octubre de 1831 i el de 3 de junio de 1845. Ninguno de estos temblores tuvo, sinembargo, la suficiente violencia para desplomar los edificios ni las torres de las iglesias, que para ser de piedra pueden llamarse elevadas i hasta atrevidas.

Los dos mas notables monumentos de Arequipa son sin duda la Catedral i el Puente. La Catedral es moderna, pues de resultas de un incendio que sufrió en 1844, se procedió a su reconstruccion ese mismo año. A diferencia de los otros templos, cuya construccion es antigua i cuya ornamentacion es de pésimo gusto, la Catedral de Arequipa por sus dimensiones, su hermosa fachada i sus adornos internos tan sencillos como escojidos, es sin duda alguna uno de los templos mas notables de la América del Sur. Los arequipeños cuentan con cierto orgullo que ella fué dirijida por un famoso maestro de la misma ciudad, llamado Lúcas, cuyo apellido hemos olvidado desgraciadamente: que costó mas de 300,000 pesos i que la mayor de sus campanas, fundida en

Arequipa el año de 1843, es una de las mas grandes del mundo. Este notable templo ocupa toda la cuadra norte de la plaza i su principal defecto consiste en tener la puerta de entrada en la mitad de uno de sus costados, pues el cuerpo de la Iglesia corre paralelo con la línea de su propio frente. De manera que vista desde la plaza presenta un aspecto mucho mas grandioso que el que presenta una vez que se ha penetrado en el edificio.

El otro monumento notable por su solidez i dimensiones es el Puente. El está construido sobre el rio Chili i sirve para poner en contacto la ciudad con el barrio de la Recoleta i los pueblos de Yanahuara i Caima. La primera piedra de esta obra, bastante parecida a la que existe sobre nuestro Mapocho, se colocó el 11 de junio de 1577. Trabajaron en ella sucesivamente los maestros alarifes Gaspar Baez i Bernardino Avila, hasta que fué terminado el año de 1608. Como todas las obras que los españoles dejaron en América, el Puente de Arequipa nada deja que desear por la solidez, aunque sí mucho por lo que toca a la belleza arquitectónica. Tiene seis arcos que descansan sobre machones de cal i piedra iguales a los del puente de Santiago: no tiene, sinembargo, a ninguno de sus lados, en la parte superior, las casuchas de éste.

Uno de los arcos fué volado en 1836 poco ántes de la batalla de Socabaya, que tan funesta fué al infortunado Salaverry. No sabemos si los parciales de éste, o los de Santa Cruz, enterraron sobre el último ojo del lado de la Recoleta, un barril de pólvora que destruyó ese estremo del Puente,

aunque sin fruto ninguno para los que de esa manera habian creido detener a los enemigos.

Hemos nombrado a Socabaya, dediquemos dos palabras a la única curiosidad que encierra. Socabaya es un triste lugarejo situado a tres leguas de Arequipa i habitado solamente por algunas familias, en su mayor parte indíjenas. Contiene sinembargo una de esas bellezas naturales que el ojo no se sacia de ver ni el alma de admirar. La colina pedregosa i árida se vé cortada de repente por un profundo barranco que va a terminar en un vallecito vegoso, por donde se desliza un pequeño rio que bajando de Tarucani, i despues de pasar por Chihuata i Paucarpata, va a unirse con el Chili para ir junto con éste a caer al Pacífico, en el puerto de Chilca, no sin fecundar ántes el fértil valle de Vítor. Pues bien, mirando este barranco de la parte del rio se ven dos vastas escavaciones o grutas que se internan por debajo de la árida colina i de cuya bóveda de piedra caen contínuamente innumerables hilos i goterones de agua, formando abajo dos estanques sombríos i cristalinos. Cuando uno contempla aquellas estrañas vertientes no sabe que admirar mas, si la belleza del espectáculo o la singular coincidencia i raro capricho de que las aguas hayan elejido para salir a la superficie aquel sitio árido i seco.

V.

Hemos procurado dar una rapidísima idea de la ciudad de Arequipa i de sus principales monumen-

tos. Digamos ántes de terminar algunas palabras sobre su modo de ser social, relijioso i político.

Alguien ha dicho: Si Dios castiga los pecados con los terremotos ¿cómo pudo castigar a Arequipa, la ciudad relijiosa por excelencia, la Jerusalen peruana, como ella misma se denomina? En verdad que si Lutero hubiera dicho algo mas que un disparate cuando dijo qne la fé justificaba sin las obras, Arequipa seria una ciudad de santos. Pero por desgracia no es así: la fé sobra, pero la fé ilustrada i sobre todo las obras, faltan. Hai innumerables procesiones; no hai una sola conferencia de San Vicente de Paul. Cuando se trata de formar un altar en la plaza, de cargar una anda, o de quemar camaretas o montones de yerbas en celebracion de alguna fiesta relijiosa, los operarios sobran; cuando se trata de cumplir con los preceptos pascuales, los hombres no aparecen. Si las señoras asisten a los templos i no pierden jubileo, no han fundado hasta aquí una sola de las muchas instituciones de caridad que son frutos de la piedad de nuestras señoras.

La causa de esa relijiosidad, mas superficial que benéfica del pueblo de Arequipa, está en la falta de iniciativa de aquel clero, ciego observador de la rutina, i sobre el cual no entraremos en ningun detalle, respetando la triste situacion en que hoi se encuentra. Consagremos, sinembargo, un recuerdo i una lágrima a una virtuosa chilena, la señora doña I. C. de V., que despues de servir de ánjel de consuelo a la colonia chilena de Arequipa, fué llamada por Dios a recibir el premio, cuando trataba de promover en aquella ciudad algunas de las instituciones de cari-

dad que forman la gloria mas preciada de las señoras santiaguinas.

No permanece ménos ligada a la tradicion española la sociedad arequipeña en sus costumbres. Algunas de ellas parecerán verdaderamente increibles a nuestros lectores, como a nosotros mismos nos parecieron. ¿Qué cosa, en verdad, mas singular que el espectáculo de una procesion por calles sobre las cuales ondean, a guisa de banderas, pañuelos de todos colores, blancos, amarillos, rojos i hasta negros? ¡I los acompañantes! es de ver las largas filas de hombres i de mujeres, alumbrando cada cual con un enorme cirio, que no es de la Iglesia sino propio, i que cada uno se lleva para su casa despues de terminada la funcion. Lo mas singular es que estas alumbrantes, como que en su mayor parte son mujeres del puebo, van vestidas con polleras i rebozos de bayeta de Castilla i que ordinariamente la que lleva el guion es una de estas mujeres con traje azul o lacre.

Otro espectáculo no ménos curioso para un estranjero es el que ofrecen los baños de Tingo o de Sabandia durante la temporada de los calores, que allí dura desde noviembre hasta febrero. Confesamos que nuestro asombro fué indecible cuando vimos un dia salir alternada i sucesivamente de las pequeñas piezas que rodean a una de esas pozas, niños i viejos, hombres i mujeres, ricos i pobres, militares i clérigos, i tomar tranquilamente su baño, como si hubiesen estado en un salon. ¡Fuerza del hábito! La sociedad de Arequipa presencia, tolera i toma parte en esas escenas, como la cosa mas natural del mundo, i sus niñas

mas recatadas i virtuosas, se entran a un baño lleno de hombres como aquí no lo haria la mas desenvuelta de nuestras mujerzuelas!

¿Son estas pruebas de la elevacion o de la decadencia moral de aquella sociedad?—No nos toca decirlo, aun cuando nos sentimos inclinados a creer lo primero. Muchas veces, en efecto, la inocencia i la sencillez de las costumbres solo escandalizan a los que las observan con los anteojos de la corrompida decrepitud.

De todas maneras podemos afirmar que la impresion que Arequipa deja en el alma del viajero es sumamente favorable i grata. Aquel pueblo tiene defectos; pero no los de la decrepitud, sino los de la inesperiencia. Fácilmente esplotado por todos aquellos que se presentan ante él con una hermosa bandera, ha empuñado cien veces las armas, levantando barricadas de piedra en sus calles, i hecho de sus casas i templos fortalezas, resuelto a morir defendiendo la causa de la relijion o la causa de la libertad. El triunfo ha coronado casi siempre sus heróicos esfuerzos i su valor reconocido; pero el triunfo ha aprovechado las mas veces mui poco a esas dos nobles causas. ¿Ni cómo podria suceder de otro modo cuando jamas, i ahora ménos que nunca, la relijion o la libertad han debido a las armas sus triunfos mas gloriosos i estables? Si Arequipa desea ejercer sobre sus hermanos del Perú el influjo relijioso i político a que tiene derecho, por el brio i claro talento de sus hijos, debe cuanto ántes abandonar el fusil i lanzarse a las luchas de las intelijencia, con el mismo ardor que ha gastado hasta aquí en las luchas de la

espada. Ese dia, sinembargo, está distante i hoi mismo en una ciudad en que hai miles de ciudadanos i i hasta miles de mujeres resueltos a defender la causa de la fé con el fusil i con el sable, no habria talvez dos lectores para *El Perú Católico* u otro periódico de su especie.

En suma, Arequipa es en la segunda mitad del siglo XIX, como una momia de la Edad Media. Tiene del pasado su fé profunda, sus costumbres pintorescas, sus hábitos, sus pasiones tempestuosas, su valor indomable, su fisonomía moral en una palabra; tiene del presente su amor acendrado a la libertad, i nada mas. Talvez esa fisonomía peculiar toca ya a su fin: a lo ménos ella será borrada para siempre por el humo de la primera locomotora que despierte con sus bramidos los ecos de aquel valle apacible i de aquellos silenciosos montes.

«He andado toda la Europa, he ido hasta Arjel, dice Luis Veuillot, i no he podido salir de Paris.» No pasarán muchos siglos, talvez ni muchos años, sin que pueda decirse con la misma verdad: «He dado la vuelta al mundo por salir de Paris i he visto que Paris es el mundo.» Arequipa cuenta ya con algunos fondistas i barberos franceses que leen el *Siècle* i beben burdeos: con algunos faltes italianos que hablan de Garibaldi i de espulsar al Papa al rededor de una mesa en que humea alguna enorme fuente de macarroni o de tallarini; con algunos capitalistas ingleses, que compran lana de merino, de alpaca i de vicuña a los indios, para enviarla a Europa i que si no se mueren de spleen en aquella ciudad papista, es porque tienen caballos en que salir a dar una

vuelta por los alrededores los dias festivos. El dia que el ferrocarril llegue, los huéspedes se tornarán en señores i ¡adios Arequipa!

Sea empero cual fuere el porvenir que Dios tenga reservado a esa ciudad heróica, i ya sea que insensible al movimiento progresista del mundo recorra los siglos pegada a sus tradiciones i costumbres, ya seà que lanzándose hácia el porvenir con enerjía i decision, vea favorecido su recinto por los monumentos de la industria humana, el Misti dominará hasta el último dia todas sus grandezas desde la altura de su sublime majestad. El Misti será siempre el primer indicio de Arequipa que descubra el viajero, el objeto de su curiosidad mas viva, de su mas atónita contemplacion, de su última mirada. La elevacion de este coloso sobre el nivel del mar es de 20,000 piés ingleses, 8,000 de los cuales deben imputarse a la altura del piso de Arequipa i los 12,000 restantes al volcan propiamente dicho.

Para concluir estos desencuadernados cuanto rápidos apuntes, vamos a trascribir en seguida el relato que hizo de su ascension a este volcan Mr. Wedel, advirtiendo que hasta aquí es el único que pretende haber subido hasta el cráter i que en jeneral se cree que en realidad tomó por tal alguna de las mas encumbradas mesetas de este jigante de las cordilleras andinas. Hé aquí la relacion tal cual la publicó el citado viajero:

«El dia 24 me puse en marcha para realizar un proyecto concebido desde largo tiempo: quiero hablar de la subida del Volcan de Arequipa que es conocido en el pais con el nombre de Misti. Cuando se

vé desde abajo este jigante de la Cordillera, se diria, si no fuese el blanco penacho de nieve que adorna casi siempre su cúspide, que no hai desde su base hasta su cima sino un paseo de tres o cuatro horas a lo mas. Pero ¡qué léjos está eso de la realidad! La ausencia de todo punto de comparacion es la que nos hace formar esos cálculos tan falsos sobre las verdaderas dimensiones de esta masa tan enorme en el hecho, i este error ha conducido a muchos viajeros a agotar en vano sus fuerzas i su aliento sobre los flancos de este cono engañoso. Si por lo demas yo he sido mas feliz que los otros, depende únicamente de que, viniendo despues de ellos, me he podido servir de la esperiencia que habian adquirido.

«Provisto de todos los accesorios necesarios para un viaje de tres dias i con la agradable compañía de Blockenhan, jóven médico recien llegado a Arequipa, fuí a acampar al pié mismo del cono, cerca del punto llamado Alto de los Huesos: el que no era ciertamente un lugar mui agradable para pasar una noche a cielo raso; pero hicimos de manera de encontrarnos lo ménos mal posible i lo conseguimos apesar del viento i del frio.

«Al dia siguiente, no serian las tres de la mañana cuando ya estaba todo listo para la marcha, a las cuatro ya estábamos montados i comenzábamos nuestra ascension dirijiéndonos hácia la estremidad de una especie de cresta o cuchilla por donde nos pareció ser ménos trabajosa la subida. Los primeros pasos fueron fáciles i parecia que al cabo de una hora a lo mas habríamos conseguido la primera parte

de nuestra empresa; pero se pasó la hora i no tan solo no nos encontrábamos apénas en el tercio del camino que separaba nuestro campamento de la cima de la cresta, sino que nos vimos obligados a echar pié a tierra para poder continuar. La poca consistencia del terreno que no era sino ceniza o arena movediza i la dificultad que ya esperimentaban nuestros animales para respirar, nos ponia en la necesidad de renunciar a nuestro proyecto. Entónces fué cuando pudimos juzgar un poco de las dimensiones del coloso que poco ántes nos parecia tan pequeño; porque desde el punto donde estábamos los hombres i animales que habíamos dejado atras se confundian con el cascajo del rededor. Nuestros padecimientos habian comenzado. Encima de la cuchilla la pendiente del volcan se hacia mas rápida; para avanzar era necesario escavar i aun con todo no podíamos andar diez pasos sin detenernos a fin de dejar pasar la opresion que se habia apoderado de nuestros pulmones. A medida que mas nos elevábamos, no solo aumentaba la opresion, obligándonos a hacer descansos mas prolongados sino venia aun a aumentarse la fatiga de los miembros, accidente mas molesto que el soroche, pues un descanso de algunos minutos no bastaba para aliviarlo. El suelo era casi por todas partes formado de la arena negruzca de que he hablado mas arriba, en la que el pié, por cada dos pasos que hácia adelante, hacia por lo ménos uno atras. En uno que otro punto tan sólo se encontraban esparcidas las cretas rojizas donde se encontraba un apoyo mas firme i a lo léjos se veia aparecer por entre las cenizas, densas matas de *Ya-*

reta (*Bolax*) con una capa resinosa. Es imposible definir la satisfaccion que esperimenta la vista al fijarse sobre las manchas de un verde suave que forma esta planta a lo léjos, sobre la vasta superficie gris i monótona de la ceniza. Pasábamos de una a otra i cada vez aparecian ante nuestros ojos como pequeños oásis.

«Serian las once cuando continuando siempre esta maniobra, llegamos a la cercanía de una masa de rocas, que por ocultar lo que habia mas léjos, nos pareció ser la cúspide de la montaña. Nuestros esfuerzos se redoblaron, pero no fué sino para reconocer mas pronto nuestro error: las últimas fuerzas de mis compañeros se habian agotado i los fuertes dolores que les atacaron al mismo tiempo, les obligaron apesar suyo a dejar para otra ocasion la realizacion de su proyecto. Tan solo yo continué el viaje labrando la ceniza resbaladiza con mis piés, que no los levantaba sino con trabajo, jadeando i escalando las rocas que se sucedian sin fin, creyendo cada vez llegar, pero siempre huyendo delante de mí la cima del pérfido cono. Las horas se pasaban sin que tuviera por decirlo así, la esperanza de conseguir mi objeto. Con todo, yo avanzaba. El sol estaba ya oculto tras la cima de la montaña, de cuando en cuando un violento resoplido de viento levantaba a mi alrededor un torbellino de arena que me obligaba a asirme de las piedras vecinas i a sostenerme mas fuertemente con mi baston.

«Por último, con esfuerzos inauditos tomé un trozo de rocas ferrojinosas i húmedas, cubiertas irregularmente en ciertas partes de una eflorecencia sa-

lina, las que estaban amontonadas i exhalaban un olor sulfuroso. Este fué para mí un momento de gozo. Estos indicios me volvieron una parte de las fuerzas que un tan largo ejercicio me habia quitado. Sin embargo, sobre esta superficie casi a pico yo no podia avanzar mas de dos o tres metros sin detenerme para tomar aliento. Ya iba a desesperar, cuando de repente, despues de haber escalado una roca, me detuve como estupefacto, lleno de admiracion: la punta del volcan habia desaparecido i tenia delante de mí un hueco inmenso; estaba en el borde de un vasto cráter.

«La primera impresion que se apodera del espíritu al ver esto es de una naturaleza indefinible. Parece que una mina poderosa estallara en ese punto i se ha levantado rompiendo la punta de la montaña. Es necesario que el estupor súbito que nace siempre a la aparicion de una cosa grande se disipe: la atencion entónces coordina poco a poco los lazos que unen a las masas entre sí; i lo que desde luego era oscuro no tarda en aclararse. El punto sobre que me encontraba formaba parte de una inmensa muralla vertical hácia adentro i que se continuaba por afuera con la pendiente del volcan; el espacio circunscrito por esta muralla i que con nada se puede comparar mejor que con un gran patio, no era otra cosa que el cráter esterno del volcan. Esta cavidad estaba enteramente ocupada por una grande aglomeracion de cenizas negruzcas, de naturaleza parecida a las de la pendiente i de forma mui irregular, de tal modo que le he encontrado semejanza con un animal, que se hubiera acostado en el fondo del cráter; pero

mas se parecia a uno de esos médanos que ocupan en gran número los desiertos de la costa; i no es dudoso que su oríjen se deba como el de aquellos a la accion de los vientos. Un túmulo de esta naturaleza existe como se sabe, mas o ménos en todos los volcanes, i sobre esta cima que jeneralmente tiene una forma cónica, existe tambien la boca o respiradero por el cual se exhalan los gases o vapores que forman los fuegos subterráneos, como por una chimenea.

«Pero nada de eso existe en el Misti, lo mismo que los estremecimientos i ruido de ebullicion que sorprenden los sentidos de los curiosos que visitan un volcan en actividad; de manera que cuando despues del primer vistazo me senté sobre un fragmento de lava para disecar el pollo asado que habia sido mi único compañero de viaje durante las últimas horas, el gran silencio que reinaba no se interrumpió un momento sino por el ruido de un moscon, tan sorprendido sin duda como yo de encontrar compañía en estos lugares. En seguida procuré asegurarme de mi victoria fijando sobre los bordes del cráter el pabellon peruano que habia traido al efecto i lo saludé con una descarga; pero habia calculado tan mal los efectos del fuego que apesar de su brillo, la humareda no me pareció superior a la de un cigarro: tal fué por lo ménos la comparacion que me vino a la mente. El punto del muro sobre el que habia subido era quizá mas bajo que cualquier otro de la periferia i la distancia que lo separaba del fondo del cráter esterno no era sino de algunos metros: de manera que ayudándome de las fragosidades de las

rocas, que formaban una escalera natural, llegué sin dificultad ninguna hasta el pié del médano central sobre el que yo no tenté de subir: el tiempo de que podia disponer era mui limitado i el exámen que habia hecho me habia satisfecho. Tan solo avancé hasta uno de sus estremos para asegurarme que la especie de calle que le separaba del muro daba la vuelta. Del lado de Arequipa la muralla es mas elevada i sería difícil bajar el cráter por allí. En cuanto a la cruz que tantas personas han podido ver de la ciudad por medio de instrumentos apropiados debe existir a cierta distancia bajo la cima: lo que esplica porque no ha sido visible para mí que he hecho la asencion de este lado.

«El sol se acostaba i debí despedirme de estos interesantes lugares; no lo hice sin embargo sino despues de haber empleado algunos instantes para tomar un rápido bosquejo. En seguida en ménos de dos horas, despues de una no interrumpida sucesion de saltos i resbalones, sin haberme parado una sola vez, me junté con mi compañero Blockenhan que habia comenzado sus preparativos de defensa contra el frio.»

POETAS BOLIVIANOS.

BIOGRAFIA DE DON NESTOR GALINDO. (1)

(*La Estrella de Chile*—6 de diciembre de 1868.)

Dias hace que tenemos sobre nuestra carpeta el opúsculo cuyo título hemos escrito arriba i que luchamos entre los instintos literarios que nos impulsan a dar cuenta de él a los lectores de *La Estrella de Chile*, i la dificultad de encontrar algunos instantes de calma que dedicar a los tranquilos estudios de la filosofía i de las bellas letras. Pero por mas que los tiempos que corren no sean propicios a las Musas, por mas que el viento abrazador de las pasiones políticas contrarie los esfuerzos de los que quisieran levantar el vuelo de la intelijencia a las

(1) Un opúsculo de 66 pájinas en cuarto, imprenta *Nacional*, 1868.

serenas rejiones de lo bello i seque e impida que jerminen las flores del espíritu, por mas que la vida vaya siendo para algunos un continuado ejercicio de esgrima, nunca faltará un momento que robar al tiempo, ni en el fondo del alma un pequeño albergue, en qué dar a la poesía, posada siquiera sea por una sola noche.

A ese albergue, cerrado a las pasiones de la actualidad, bajamos gustosos a escuchar de boca del autor del folleto la historia de un alma i a departir con él agradablemente sobre uno de los problemas mas árduos e interesantes de la vida: sobre el problema de la felicidad.

Pero ántes de dar cuenta de la obra, de inquirir el valor de sus doctrinas literarias i lo que puede hacer recomendable o inconducente el método seguido por su autor, cúmplenos tributar a éste un merecido elojio. Despues de recorrer las 66 pájinas de que consta la *Biografía de don Nestor Galindo*, nos ha quedada en el fondo del alma un sentimiento de que no es fácil darse cuenta en el primer instante. Parece como que acabáramos de despedirnos de una visita de buen tono i que la memoria acariciara con satisfaccion el recuerdo de sus maneras escojidas, de su porte afable i respetuoso, de su voz templada i de su conversacion tan amena como instructiva. ¿Cuál es la causa real i verdadera de tan grata impresion?—No otra, a nuestro juicio, que el cumplido respeto con que trata al público el autor de la *Biografía*, respeto tanto mas estraño en él cuanto que ha tenido la modestia de ocultar su nombre. Este mérito no es comun en los tiempos que corren. Hoi dia en que ya

apénas se encuentra quien tome la pluma para otra cosa que para escribir en papel sellado o en los libros de comercio; hoi dia, en que aun aquellos que dan a la prensa sus producciones, no se proponen de ordinario otro fin que ganar un salário o los favores de un partido; cuando todo lo que se imprime i se lee lleva la marca del atarantamiento, del mercantilismo o de la nulidad intelectual luchando con su propia impotencia; cuando nos vemos forzados a paladear dia a dia las producciones de cerebros esquilmados, de corazones sin entusiasmo, de almas que han perdido todo pudor literario, un libro como la *Biografía de don Nestor Galindo*, es mas que un libro, un refrijerio, un consuelo, un oásis. El autor aborda su asunto como un sincero amador se acerca a su amada: con sus mejores atavios, con respetuosa deferencia, con dignos modales, con cierta cortesía, que a veces dejenera en afectado amaneramiento.

No somos de aquellos idólatras del arte para quienes lo ideal está en cultivarlo sin mas objeto ni propósito que esperimentar el puro placer de tributarle un culto desinteresado. Esta doctrina, ademas de falsa, nos ha parecido siempre un sies-noes egoista. Falsa, porque el arte, bajo cualquier aspecto que se considere, no es mas que un medio de obtener ciertos resultados, un medio de hacer ménos penosa la vida, ménos áspero el camino que la humanidad sigue; nunca el resultado mismo, jamas el término mismo de ese fatigoso camino. Egoista, porque concentrar en el arte todos los dulces sentimientos del corazon, toda la actividad de la mente, es robar a nuestros

semejantes una llama que les pertenece, es colgar, como los israelitas, el harpa en los sauces del camino i sentarnos a su sombra, es esperar que el viento venga a arrancarle débiles notas que solo perciba nuestro oido, en vez de tomarla con brazos vigorosos i hacerla modular como el rei-profeta cánticos robustos en honor de la dignidad humana, de la patria i de Dios.

La Providencia quiso sin duda, en la sabiduría de sus designios, dar al arte sus májicos encantos, como dió a la mujer sus blandos hechizos, como dió a la flor sus perfumes i sus espléndidos colores; pero hai algo de mas sério i de mas elevado bajo los májicos encantos del arte, como está la maternidad bajo los blandos hechizos de la encantadora doncella, como está el fruto bajo la flor mas linda.

Pero sino admitimos que el arte sea el fin del arte, si esa fórmula «el arte por el arte» tan preconizada por algunos, nos parece falsa i egoista, nunca hemos podido prescindir de cierta indignacion cuando hemos visto que los mercaderes de oro o los mercaderes de popularidad han osado subir con paso irrespetuoso las gradas de sus puros altares.

Lo repetimos, el autor de la *Biografia* no se ha hecho reo de esa falta: ha guardado al arte todo el respeto que merece i al público todas las consideraciones, que, si no siempre merece, siempre deben guardársele. Se nota desde la primera hasta la últitima pájina de este opúsculo, la meditacion, el estudio, el trabajo en el fondo i en el estilo; algo como las huellas de un verdadero *amateur* de las bellas letras, que no aventura un pensamiento sin haber án-

tes comprobado su exactitud, que se da tiempo i paciencia para consultar a los autores que cita, que en fin, escribe i borra muchas veces una frase hasta haberla redondeado de manera que satisfaga cumplidamente las exijencias del oido, de la gramática i talvez del mui descontentadizo Baralt.

Tributado este merecido elojio a la forma, nada obsta para que entremos desde luego a examinar el fondo del pequeño trabajo literario de que damos cuenta. ¿Quién es don Nestor Galindo?—Todo ménos que una culminante personalidad militar, literaria o política. Don Néstor Galindo fué solo un buen ciudadano de Bolivia, que nacido i educado en medio del cáos político, social i literario en que, desde su cuna, viene ajitándose ese noble pais, no tuvo tiempo mas que para dar a su patria, ántes de morir, su amor, algunos desaliñados cantos i su sangre. Carrera honrosa sin duda, pero que en las repúblicas hispanoamericanas apénas llama la atencion: ¡tan comun ha llegado a hacerse! ¿Cuántos son los jóvenes de valor indomable, de imajinacion poderosa, de patriotismo acendrado, que en Méjico, en Centro América, en Colombia, en el Perú, en Bolivia, o en las repúblicas del Plata han cruzado el cielo de la patria como brillantes celajes, estudiando, cantando, amando i batallando, para caer en un campo desconocido al golpe de un sablazo feroz o de una puñalada aleve? ¿Quién pudiera contar las borrascosas existencias que han ido a hundirse en el abismo de las contiendas fratricidas, o que han gastado todo el poder de la mente i la enerjía del corazon en luchar contra el torrente de las ambiciones desenfrenadas de caudi-

llejos sanguinarios, de demagogos de sombrero apuntado i charreteras, de sarjentos-dictadores, de leguleyos astutos, o de imbéciles afortunados? ¡Benditos mil veces los que en esa noble lid rindieron la vida! ¡Benditos mil veces los que consagraron sus cantos a la libertad, sus brazos al triunfo del derecho, i solo a Dios su culto! ¡Benditos los que, huyendo de la tiranía i del servilismo, buscaron i encontraron la paz en una muerte gloriosa!

Don Néstor Galindo, como individuo, nada ofrece de estraño o de sobresaliente: el interes de su biografía está en el jénero a que pertenece; está tambien en el escenario donde se ajitó su rápida existencia. I hé aquí que tocamos ya al mérito principal del trabajo. El autor de la *Biografía* ha sabido dar novedad e interes al estudio de un poeta de tercer órden, que escribió poco i que apénas ha dejado algunas estrofas que lo hagan digno de ocupar un humilde puesto en el Parnaso americano. Las causas de este interes que despierta en nosotros la *Biografía* de Galindo está indudablemente en el acierto con que el autor jeneraliza ciertas circunstancias i tendencias de su héroe para convertirlas en tema de elevadas e importantísimas discusiones. Así pronto la individualidad de Galindo desaparece para dar lugar a la escuela que representa. El lector, que se vé de este modo llevado del individuo al jénero, siente que su atencion sube de punto a medida que se ensancha i se eleva el horizonte que se le va presentando delante de los ojos.

Puede ser que nos equivoquemos, pero siempre hemos creido que la crítica que empieza aislando al

escritor de todo aquello que le rodea, del sistema, la escuela, o la secta que han dado direccion a sus sentimientos, norma a sus ideas i colorido a su estilo, es una crítica estéril i mezquina. Hai en todos los objetos que nos es dado contemplar relaciones de contraste o de armonía que no pueden percibirse sino cuando aquéllos se encuentran en su natural centro de vida i de accion. Bastaria aislar al oásis del desierto que lo rodea para que el oásis dejara de serlo; i si consideramos aisladamente cada una de las cuerdas de un harpa, jamás podremos formarnos una idea cabal de sus acordes. ¿I por ventura los hombres somos otra cosa que una armonía o un contraste? ¿Cuántos hai que si brillan con vivos resplandores es porque Dios los ha hecho nacer en medio del cáos? ¿Cuántos que, sacados de su verdadero centro, que alejados de su patria, de sus correlijionarios o de su hogar, no tendrian mas significancia que una cuerda arrancada del harpa?

Estudiar, pues, a un poeta no es medir unas cuantas estrofas con el cartabon de Quintiliano, de Boileau o de Hermosilla, subrayando aquí una palabra poco castiza, allí un verso prosáico, acá una estrofa inarmónica, acullá un figuron de mal gusto o un toque de brocha gorda. Para estudiar un poeta se necesita algo mas que eso. Es preciso subir de los versos al hombre, penetrar en su alma, estudiar su vida política, moral, literaria i relijiosa, escudriñar las fuentes ocultas de sus penas i sus alegrías, seguir en fin paso a paso las huellas de su inspiracion poética desde que comienza a pintar en la mente hasta que llega a la plenitud de su madurez i desarrollo. Es preciso

todavía no desdeñar el paisaje que sirve de fondo al retrato objeto de nuestros estudios, porque ademas de ofrecernos casi siempre un medio de distraer la atencion del lector con agradables perspectivas, contiene de seguro la clave de mas de un enigma i la esplicacion satisfactoria de mas de un misterio.

¿Quereis saber por qué los versos de este poeta revelan un corazon que rebosa de felicidad? ¿Cómo lo sabreis si comenzais apartando la vista de esa patria próspera i gloriosa donde rodó su cuna, de ese tranquilo hogar donde corrió su infancia, de esa santa madre que veló sus inocentes sueños, de esas libres instituciones donde ejercitó las fuerzas de su juventud, de su púdica vírjen, virtuosa i casta aun en medio de los trasportes de su amor, que ofreció a su ajitada existencia un dulce asilo i un regazo de esposa, de esa fé profunda i varonil en Dios, en el progreso, en la virtud i en el excelso destino del alma humana, que ha curado como un bálsamo maravilloso las heridas de su corazon?

¿Quereis saber, al contrario, por qué ese otro vate llora i se lamenta a la contínua, ora con los signos de la desesperacion, ora con la débil voz del desaliento? Observad el paisaje: ved allí a lo largo del camino las espinas que han desgarrado sus piés; notad cómo la tempestad se cierne sobre el suelo querido de su patria; ved cómo las flechas de un amor impuro le tienen herido el corazon; estudiad un poco su mirada i presto os convencereis de que aquel no es un viajero que dice adios a la patria con la firme esperanza de volver a su seno. Como el desterrado de Lamennais, se va errante por la tierra; pero, mas

infeliz que él, no tiene siquiera la fé suficiente en el alma para esclamar cada vez que la hospitalidad se hace sorda a sus ruegos: ¡Guie Dios al pobre desterrado! Esclavo de sus pasiones, desvanecido con la misma rapidez de su marcha, cruza el desierto de la vida como Mazzepa, el héroe de Byron, cruzaba las estepas de la Rusia atado a los lomos de un potro salvaje.

La crítica que no cumple con estas condiciones es como lo hemos dicho una crítica estéril i mezquina. En sí misma será casi siempre falsa, presentando a la vista del lector, no un retrato de poeta, sino una figura sin vida ni verdad, como esas pinturas mejicanas que hemos podido observar en la obra monumental de lord Kingborought, cargadas de encendidos colores, pero sin vigor ni perspectiva. Al reves, cuando el crítico se coloca a conveniente altura, cuando hace converjer hácia el objeto de sus estudios toda la luz del paisaje que le rodea, cuando considera el trabajo literario en relacion con el alma del autor, con sus afectos, con sus ideas, con sus preocupaciones, con su escuela, entónces la crítica deja de ser una vana ostentacion de injenio para convertirse en lo que debe ser, en una ilustrada i benévola maestra, en un seguro guia de todos los aficionados a las letras.

Así es como ha comprendido su papel el autor del opúsculo sobre don Néstor Galindo. El trabajo es algo mas que el análisis mas o ménos severo de las composiciones del poeta boliviano; es al mismo tiempo un boceto breve, incompleto talvez, pero vigoroso i exacto, de la vida política de Bolivia. El autor pinta con vivos colores la existencia azarosa, ajita-

da, vertijinosa de aquella república: describe con esa vigorosa acritud de que Tácito nos dejó un ejemplo inimitable, todas las miserias, todas las llagas, todas las locuras del caudillaje, de la demagojia i del militarismo. Pero, si el autor pinta i describe con exacto i vigoroso colorido ¿cómo se esplica que en presencia de esa sociedad en descomposicion, el hombre de ideas, el republicano, el filósofo, no encuentre en la abundancia de sus nobles deseos un remedio para tan graves males, una salida para situacion tan desesperada, una palabra de esperanza para esa madre moribunda? Hé ahí el primer reproche que tenemos que dirijir al autor de la *Biografía.* La actitud que conviene a un cristiano i a un republicano en presencia de una sociedad que padece, que agoniza o que muere, no es la de un sectario del Coran que llora las públicas o privadas desgracias fumando su pipa i esclamando con resignacion estúpida: ¡Estaba escrito así! No es siquiera la actitud de Jeremías, cubierta de ceniza la cabeza, ceñidos los riñones de cilicios, esclamando sobre las ruinas de Jerusalen:.... *Non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus: omnes amici ejus spreverunt eam, et facti sunt ei innimici!* Otro es nuestro deber. Como hombres de progreso, no debemos llorar sino edificar sobre las ruinas; como cristianos, debemos esperar hasta contra toda esperanza.

No es ésta la oportunidad de hacer lo que a nuestro juicio pudo i debió el autor de la *Biografia:* bástanos señalar el vacío que notamos en ella i que, segun nuestro humilde entender, pudo llenarse en honra del autor i en provecho de la patria.

Ocasion para un elojio igual i un reproche semejante nos suministra la manera como el escritor aborda la cuestion tan grave como interesante del tedio, del *spleen*, de la tristeza, de esa tendencia al parecer invencible hácia el dolor i el abatimiento que domina ciertas existencias.

Cuando se piensa en los estragos morales que esta real o finjida predisposicion de espíritu ha causado en la poesía americana; cuando se considera el triste espectáculo de tantos corazones jenerosos, de tantas nobles almas esterilizadas i reducidas a no producir mas que lágrimas i suspiros, el crítico vacila entre la burla, la indignacion i la piedad. Pero ya sea que el crítico haga objeto de sus epigramas a los poetas llorones, ya sea que los compadezca o los censure, la verdad es que el filósofo no puede pasar indiferente sobre un fenómeno tan jeneral como estraño. Aun en el supuesto de que la epidemia de los vates llorones no sea orijinaria de América, sino importada de Inglaterra, de Alemania o de España, siempre quedaria en pié el problema de la rapidez i facilidad con que se ha difundido por este continente. A los que pretenden haber dado una esplicacion satisfactoria diciendo que los estragos que lamentamos se deben a la imitacion de Byron, de Gœthe o de Zorrilla, podria observárseles que el proselitismo de estos autores no se concibe sino suponiendo que haya entre el fondo o el estilo de sus obras i el estado de la sociedad hispano-americana causas poderosas de afinidad i simpatía. No queremos decir con esto que no haya muchos poetas, o mas bien dicho, copleros americanos que hayan obedecido servil-

mente a la moda o al deseo de hacerse interesantes, finjiéndose enfermos de tedio, cuando en realidad talvez no eran aquejados por otras dolencias que las que producen hábitos de intemperancia i de holgazanería. De ninguna manera: lo que afirmamos es que una epidemia literaria no puede desarrollarse sino en condiciones favorables, ni mas ni ménos que el cólera o la fiebre amarilla.

Si nos fuera dado hacer aquí una escursion en busca de esas condiciones que han contribuido a jeneralizar el baironismo, talvez esa escursion no sería infructuosa. Empero, faltos de tiempo i de espacio, debemos contentarnos con algunas lijerísimas indicaciones. Es un hecho que las grandes desgracias nacionales han dado invariablemente un cierto tinte melancólico a la literatura de los pueblos. Desde los judíos que entonaban sus cantos de dolor *super flumina Babylonis*, hasta los indios del Perú i de Bolivia que lloran en las sierras andinas sus hondos infortunios al son de la *quena* i de los yaravíes que desgarran el alma, siempre las públicas calamidades han impreso a la poesía su imborrable sello. Siendo esto así ¿cómo estrañar que en esta tierra de Hispano-América, azotada sin tregua por la guerra civil, por la demagojia i por el militarismo, aplastada por el dominio de los imbéciles afortunados, esplotada i esquilmada por los bribones ¿cómo estrañar, decimos, que la lira de los poetas se vea a menudo mojada por las lágrimas del patriotismo?

Pero se dirá acaso: no son las públicas desgracias las que hacen jemir a la turbamulta de los versificadores llorones; son ridículas aventuras amorosas con

imajinarias Dulcineas, con Maritornes, que nada tiene de imajinario; son quejas contra un siglo que no los comprende, contra una sociedad que apénas los aguanta, ridiculeces en una palabra de menteçatos Narcisos, que no ven nada en el mundo ni sobre el mundo mas digno de atencion que su miserable personalidad.

Descartados los tontos, que abundan en todos los caminos i especialmente en el camino del Parnaso, nos encontraremos frente a frente de los hombres atormentados por el *tædium vitæ* de los antiguos, por ese *spleen* de los ingleses, que llevan algunos personajes históricos o literarios como un cáncer incurable en lo recóndito del pecho.

A nuestro juicio existe en América, fuera de la causa jeneral, una causa especial del fenómeno que examinamos. Esta no es otra que una enorme desproporcion entre nuestras aspiraciones i los medios de satisfacerlas. Miéntras, por una parte, la educacion que recibimos nos muestra en todos sus encantos el bello ideal del gobierno, del arte, de la sociedad, de la relijion, etc.; por otra vemos ese bello ideal arrastrado por las turbias i cenagosas ondas de un torrente que nos revuelca, que nos enloda i que nos ahoga en la abundancia de sus miserias. La regla tiene sus escepciones; pero esa es la regla. Dad a la piedra los instintos del animal, i vereis cómo las lágrimas brotan por los poros de los peñascos. Dad a la bestia la inteligencia del salvaje i vereis como las bestias sucumben de dolor. Dad al salvaje o al humilde patan las ideas i los sentimientos del hombre culto, i hareis una víctima de cada patan i de cada salvaje. I bien,

¿no es una cosa parecida la que pasa por el alma de millones de americanos? ¿No salen del hogar o del aula adorando los mas seductores ideales, para encontrarse de súbito, como las piedras, en la impotencia de su inercia i de su aislamiento; como las bestias azotadas por el látigo de algun arriero de hombres; como el salvaje i el patan condenados a estéril i perpétuo trabajo, a ser párias en medio de su patria i a devorar impasibles las bellotas de la pobreza, de las persecuciones, de la oscuridad, miéntras a su vista los cerdos se saborean con la miel de los honores, del poder i de la riqueza?

Tal es, en pocas palabras, la causa especial que en nuestro concepto hace que en América abunden los hombres aflijidos por el tedio i el desaliento.

La enfermedad tiene sinembargo una causa mas honda i jenérica, una causa que el autor de la *Biografía* ha divisado talvez desde léjos i que acaso ha rehusado examinar de cerca, temoroso de que sus vívidos destellos disipasen la media luz a cuyo favor tantas almas viven vacilando entre el corazon i la cabeza, entre la lójica franca, dura i hasta cruel i la fantasía, siempre complaciente, vaga i preñada de dulces ilusiones.

Dejémonos por un momento siquiera de toda cobarde complacencia con las dulces mentiras, pongámonos de pié como hombres, i en vez de contentarnos con andar *cercando il vero*, penetremos con paso seguro hasta el fondo mismo de nuestra propia conciencia i pidámosle una contestacion, resueltos a oirla, cualquiera que ella sea. Cuando nosotros hemos pedido a nuestro corazon esa respuesta, cuando,

penetrando en él, hemos procurado sorprender la causa de ese desaliento del alma, de ese aburrimiento de la vida, de ese amargo suspirar que suele en ocasiones cubrir con un velo fúnebre cuanto descubren los sentidos, o la mente crea, cuando hemos pedido un remedio para este cáncer del espíritu, hemos obtenido invariablemente esta receta, que por encontrarse formulada en el Catecismo, no es por eso ménos eficaz: *¡Fé, esperanza i caridad!*

Esperamos que la sencillez de esta solucion no sea parte a que el ilustrado autor de la *Biografía* le niegue algunos instantes de estudio detenido, considerando que no siempre lo mas nuevo es lo mas verdadero.

La fé, la esperanza i la caridad, han sido siempre el mas seguro antídoto contra la tristeza interior. Cuando esas tres virtudes, que no es dado poseer sin los ausilios de la gracia divina, salen de una alma, el tedio no tarda mucho en adueñarse de ella, en oprimirla, en esclavizarla.

Pedid a Dios os dé la fé de Abraham i subireis al monte del sacrificio con paso seguro, con frente serena, con tranquila conciencia, aunque sea para levantar el cuchillo sobre las mas dulces ilusiones de vuestro corazon. Pedidle la fé i la esperanza de Job, i aun cuando el demonio del infortunio, despues de arrebataros vuestros bienes, vuestros amigos i vuestros hijos, os arroje cubierto de úlceras sobre un muladar, sentireis que vuestro ánimo no flaquea i que vuestros labios saben murmurar todavía aquellas inmortales palabras en que el creyente llega a confundirse con el profeta:

«¿Quién me diera que mis palabras con punzon de hierro se grabasen en pedernal?

«Pues yo sé que mi Redentor vive i que en el último dia he de resucitar de la tierra.

«I de nuevo he de ser rodeado de mi piel i en mi carne veré a mi Dios.

«I a quien he de ver yo mismo, i mis ojos lo han de mirar, i no otro: esta mi esperanza está depositada en mi pecho.»

Con esa fé ardiente, con esa esperanza inquebrantable, el mundo aparece harto pequeño para conceder a sus halagos una sola lágrima de los ojos, un solo suspiro del pecho.

I si tales prodijios opera la fé ¿qué pluma bastaria a espresar los que la caridad a operado desde que el Salvador dejó caer de sus labios esta palabra santa, como un rocío del cielo, sobre las naciones agostadas por el egoismo i el orgullo?

La caridad, que es amor a Dios i amor a los hombres en Dios, es la fuente mas pura e inagotable de alegría. No de esa alegría efímera que el mas lijero vientecillo de infortunio se lleva; sino de esa alegría tranquila, robusta, invencible que sabe resistir a las prisiones, al destierro, al fuego, a las fieras, a los tormentos i a la muerte; de esa alegría que hizo entonar en el lugar mismo del suplicio a Santa Cecilia, himnos que embotaban la fiereza de sus verdugos, que fué en los tiempos antiguos patrimonio de los mártires, de los apóstoles i confesores en medio de las persecuciones mas crueles i de los mas indecibles trabajos.

Un libro seria poco, no ya para contar las dulzuras

del amor divino, pero para citar siquiera los libros que para esplicarlo se han escrito.

«¡*O amar o morir!*» decia con admirable concision i verdad San Francisco de Sales.

«La dulzura que yo derramo en los corazones, dice Jesucristo en *las Meditaciones* de Malebranche, sobrepuja a todos los sentimientos mas vivos i mas agradables, i los que se han divorciado de los placeres i de las vanidades humanas, reciben a proporcion de su fé una alegría de que no se puede formar idea sino por el sentimiento que de ella resulta.»

San Agustin, para ponderar las dulzuras de la caridad, llega hasta emplear la palabra concupiscencia: «A la mala concupiscencia, dice, opone Dios una santa concupiscencia.»

Pero nada hai comparable a estas palabras de Mad. de Lambert: «Las cosas están en reposo cuando se hallan en su sitio, i el sitio del corazon del hombre es el corazon de Dios.....»

¡Qué diferencia entre el amor a Dios i el amor a las obras de sus manos! De éste ha dicho un poeta:

El placer del amor dura un momento;
El pesar del amor toda la vida!

De aquel ha dicho otro poeta, uno de los mas grandes que haya bajado del cielo a este valle de lágrimas: «Rescata a la vida de su declinacion, derrama sobre ella a manos llenas sus misericordias, hinche todos los deseos con la abundancia de sus bienes i renueva nuestra juventud como la del águila.»

«Por cualquiera parte que abrais la Sagrada Escri-

tura, dice Augusto Nicolas, encontrareis la espresion viva de ese sentimiento que no permite dudar de su realidad. El júbilo, la dulzura, la suavidad, el trasporte i el éxtasis brillan en cada una de sus pájinas i exceden a todo lenguaje humano. Es mas que júbilo i felicidad: *Super gaudium et lœtitam.* Es mas que la miel i que el panal: *Super mel et favum.* El alma tiene una alegría superabundante en el seno de las tribulaciones: *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.*»

El mismo escritor cita el hecho siguiente: «Mgr. Daniel, de venerable memoria, haciendo un dia en su diócesis de Coutances, la visita de un convento, cuya regla es de las mas austeras i penosas, se aventuró a preguntar a una de aquellas *víctimas enclaustradas*, como las llama el mundo, si era feliz; la misma pregunta que Mad. de Montespan hizo a Mad. de la Vallière.—¿Si soi feliz, monseñor? Lo soi tanto, le respondió aquella amante de Jesucristo, que tengo hasta miedo, porque cruza por mi mente la idea de cómo podré serlo en la otra vida, despues de haberlo sido tanto en ésta.»

Aun cuando podriamos multiplicar hasta lo infinito los testimonios de almas desoladas que han encontrado en la práctica de las virtudes cristianas un bálsamo maravilloso, nos contentaremos con citar el ejemplo harto conocido de Eujenio de Guerin: «Júbilo, alegría, dice éste en su admirable *Diario*, quiero espresar esas felicidades del alma tranquilas i dulces i que solo se manifiestan en lo esterior por la serenidad. Yo sufria esta mañana: la muerte, las lágrimas, las separaciones, nuestra triste vida me

mataban, i sobre eso aprehensiones, terrores, desgarramientos i unas garras de demonio en el alma: no sé que dolor comenzaba. Pues bien; vedme ahora tranquilo, i lo debo a la fé, nada mas que a la fé, a un acto de fé. Pienso en mi madre, en la muerte, en la eternidad sin pena i sin pavor. Sobre un fondo triste, sobrenada una calma divina, una suavidad que solo Dios puede dar.»

El autor de la *Biografía* que ha ido a buscar en un versículo, mal interpretado a nuestro juicio, de la *Imitacion de Cristo*, una prueba de que el bálsamo de la fé, de la esperanza i de la caridad cristianas, es ineficaz para curar el tedio, nos permitirá terminemos citando tambien en nuestro apoyo los tres últimos párrafos de un hermoso himno a la caridad que leemos en el cap. V del lib. III de este pequeño código de la sabiduría de los humildes.

«No hai nada mas dulce que el amor, nada mas fuerte, nada mas estenso, nada mas elevado, nada mas agradable, nada mas perfecto en el cielo i en la tierra; porque el amor ha nacido de Dios i no puede reposar sino en Dios, por encima de todo lo criado.

«Dios mio! amor mio! vos lo sois todo para mí i yo soi todo en vos.

«Dilatad mi corazon para que aprenda a gustar interiormente cuan dulce es amar, fundirse i nadar en el amor.»

En resúmen, dejando aparte las causas jenerales que en ciertas épocas de la vida, en circunstancias dadas, en situaciones especialísimas, pueden ser motivo de pasajeras tristezas i de hondos pesares; no tomando en cuenta las influencias esternas, ni las

influencias de los dolores i de los padecimientos físicos, nos atrevemos a afirmar que la causa de ese terrible acibaramiento que corroe tantos jenerosos corazones, que esteriliza intelijencias tan claras i postra caractéres tan robustos, no es otra que la falta de fé, sin la cual ni la esperanza ni la caridad son posibles.

Esta es una verdad que la razon demuestra i que la esperiencia confirma. La razon demuestra que sin esperanza el mundo es un infierno, que sin amor la vida es amargura. La esperiencia atestigua que millones de séres desolados han encontrado en la fé, en la esperanza i en la caridad, la paz i el contentamiento del espíritu.

¡Fé, esperanza i caridad!—hé ahí poetas del llanto, el bálsamo de vuestras heridas, el antídoto del veneno que corroe vuestro corazon, la infalible receta que os devolverá la salud del alma, que habeis perdido al contacto de la pestilente atmósfera de la duda, del egoismo i del desaliento. Creed, amad, esperad, i vereis como vuestras almas, que hoi se doblan marchitas bajo el peso del tedio, se abrirán lozanas i dichosas a la luz, a las brisas, i al rocío del cielo, i como las flores i las aves, devolvereis a Dios sus ricos dones en suaves perfumes i en melodiosos cantos!

CUENTOS PARA NIÑOS GRANDES.

POR DANIEL BARROS GREZ. (1)

(*La Estrella de Chile*—20 de diciembre de 1868.)

I.

Acabamos de recorrer a la lijera las pájinas de este libro del señor Barros Grez i sentimos no haber encontrado en él mas que dos cosas que podamos elojiar sin reservas:—la impresion i los deseos del autor.

Desde luego la impresion. Ella ha sido hecha en Bruselas, i nada, absolutamente nada, deja que desear.

En segundo lugar los deseos del autor. El señor Barros Grez ha querido, segun parece, divulgar las máximas de buen gobierno i de sana política, po-

(1) Un volúmen de 395 pájs. en 4.° Bruselas, 1868.

niéndolas en accion, en historietas o cuentos al alcance de las intelijencias vulgares.

La empresa es digna de un patriota i de un hombre de letras. Sinembargo, apesar de su facilidad aparente, presenta dificultades mui capaces de hacer fracasar las mejores intenciones i los mas laudables esfuerzos. No hai nada al parecer mas hacedero que escribir una de esas fabulillas breves, naturales i sin artificio, como por ejemplo la mui antigua i conocida del lobo i del cordero. I con todo ¡cuán pocos escritores serian capaces de inventar algo parecido!

Parece que el señor Barros Grez, tentado por la aparente facilidad del jénero, acometió la obra sin tener conciencia de su magnitud ni de los obstáculos casi insuperables que, para realizarla, habria forzosamente que vencer.

Una coleccion de cuentos políticos para niños grandes exije ántes que todo en el escritor principios fijos i teorías bien claras sobre los problemas que mas vivamente exitan la atencion de los ciudadanos i que mas de cerca se rozan con los intereses del pais. Antes de predicar una moral cualquiera, es preciso estudiarla i poseerla. Antes de escribir cuentos para popularizar ideas políticas, es preciso tener en el cerebro una solucion cierta, clara i precisa, para cada problema. El señor Barros Grez parece haberse preocupado medianamente de esto.

La moral de sus fábulas es de ordinario vaga, inconducente, estraida como por el alambique, i casi nunca sólida e instructiva. No se crea que esperábamos encontrar en los *Cuentos* un curso completo de política o de derecho público. Nada de eso; pero

esperábamos encontrar algo mas que jeneralidades sin aplicacion posible, o consejos, de que por fortuna en Chile nadie necesita.

Que un escritor imparcial merece mas crédito que un escritor de partido; que los diarios del gobierno nada encuentran que criticarle, i los de la oposicion nada por qué tributarle elojios; que no debe conservarse lo antiguo solo por ser antiguo, ni desecharse lo nuevo solo por ser nuevo; que el fanatismo es cosa vituperable; que el pasado debe estudiarse, no para imitarlo ciegamente, sino para sacar de él útiles lecciones de conducta, i otras moralejas por el estilo, no están llamadas sin duda a ser para el pueblo ni pasatiempo ni instruccion.

Hemos buscado en vano la opinion del autor de los *Cuentos* sobre las cuestiones de actualidad que ajitan las escuelas i que sirven de enseña a los partidos. ¿Qué piensa el señor Grez sobre las relaciones entre la Iglesia i el Estado? ¿Quiere que ámbos sean independientes o que aquella esté bajo la tutela de éste? ¿Qué opina sobre elecciones, sobre libertad de imprenta, sobre las atribuciones del Ejecutivo, sobre el libre cambio, sobre impuestos, sobre la existencia de dos Cámaras, sobre la reeleccion presidencial, etc.? El señor Grez ha vuelto la espalda a estas cuestiones, para meterse a cuerpo perdido en jeneralidades inaplicables i completamente estériles.

Un ejemplo aclarará nuestro pensamiento. Leíamos no ha mucho la correspondencia de Franklin, esta noble personificacion del patriotismo yankee i del buen sentido ingles.

En una convencion que se reunió en Filadelfia dos meses ántes de la declaracion solemne de la independencia de los Estados Unidos (4 de julio, 1776) con el objeto de reformar la Constitucion de aquel Estado, Franklin sostuvo la idea, hoi completamente desacreditada, de la cámara única. Para hacer resaltar los peligros de dividir en dos ramas el poder lejislativo, se valió de este apólogo:

«Una serpiente pidió al cielo el privilejio de tener dos cabezas. El cielo se dignó concedérselas. Ahora bien, despues de recibido el celeste don, lo primero que sintió fué sed i lo primero que hizo fué dirijirse al arroyo mas inmediato. En el camino encontró un arbusto cuyo tronco era preciso evitar, pasando por la derecha o por la izquierda. Por desgracia una de las cabezas tomó la izquierda i la otra la derecha. Entónces se trabó una larga discusion entre las dos cabezas, tratando cada cual de hacer volver atras a su vecina. El debate se prolongó de modo que ántes de que se llegase a una solucion, la serpiente habia ya muerto de sed.»

Con fábulas de esta especie es como concebimos que pudieran popularizarse buenas máximas de derecho público o de política. El señor Barros Grez ha seguido un camino diverso.

Fuera de las observaciones que acabamos de hacer al fondo mismo de sus *Cuentos*, debemos hacer todavía algunas a su estilo. Muchos de ellos son demasiado largos: el diálogo es casi siempre flojo, desabrido i en ocasiones bajo i chabacano: se notan frecuentes repeticiones de una misma idea i una ausencia completa de aquella espontánea i sencilla

malignidad, de aquella candorosa socarronería, de aquella *bonhomie* que han sido siempre el distintivo de todos los grandes fabulistas.

Falta al autor de los *Cuentos* ese vivo sentimiento de la naturaleza, esa prolijidad de observacion, ese cabal conocimiento de la lengua, ese sentido raro con que Dios dotó a algunos hombres para percibir lo cómico, lo ridículo i lo festivo, sin los cuales serán infructuosos todos los esfuerzos que se hagan para componer una sola fábula, para escribir un solo cuento. Saber contar es una rarísima cualidad, que desgraciadamente no puede adquirirse por el estudio. Cuando esta cualidad no se posee, el escritor lucha en vano por huir de los escollos. ¿Quiere ser breve?—Se hace oscuro. ¿Quiere ser claro?—Se hace difuso. ¿Busca la naturalidad i la sencillez?—Solo logra hacerse arrastrado i grosero. ¿Quiere mostrar injénio?—Da pruebas de afectacion insoportable. ¿Anhela ser chistoso?—Solo consigue mostrarse ridículo.

¡Guárdate del agua mansa! dice un adajio castellano. ¡Guardaos de las tentadoras facilidades del apólogo! decimos nosotros a los fabulistas. Se dice que el jénero épico es el mas difícil de todos, i sinembargo es mas reducido aun el número de los grandes fabulistas que el de los grandes épicos. Esto prueba que el mas fácil al parecer, es el mas difícil de todos los jéneros.

Nada, tiene, pues de estraño que el señor Barros Grez haya acometido con tan poco éxito una empresa tan árdua, máxime cuando al acometerla solo ha tenido en vista el noble objeto de servir a su pais segun su leal saber i entender. El señor Barros nos

declara en el prólogo de su libro que él no es hombre de partido, i aunque faltaríamos a la verdad si aseguráramos otro tanto de nosotros mismos en un sentido absoluto, podemos asegurar no obstante que no reconocemos partidos en la república de las letras. Si no siempre nos es dado aplaudir las intenciones i las obras del talento, el talento merecerá siempre nuestros aplausos, dondequiera que lo descubramos.

En los *Cuentos* del señor Barros Grez no hemos descubierto al partidario, ni al mercader; hemos descubierto al hombre bien intencionado, que se esfuerza por difundir sus ideas i hacerlas llegar hasta el pueblo. Esta es indudablemente una cualidad mui recomendable hoi dia en que tantas jentes escriben para ganar un salario, para merecer una sonrisa, o para escalar un ministerio. Sentimos que la conciencia no nos permita ir adelante en nuestros elojios; pero mas sentiríamos aun faltar a la verdad desnaturalizando la impresion que nos ha dejado la lectura del libro de que damos cuenta.

II.

Señor don José Antonio Perez.

Distinguido amigo:

Acabo de leer en *La Libertad* una carta que el señor don Daniel Barros Grez se ha servido dirijirme con motivo del pequeño artículo, publicado en *La Estrella de Chile*, en el cual espresaba mi opinion

sobre el libro escrito por el autor de la carta a que me refiero, titulado *Cuentos para Niños Grandes*, o *para* LOS *niños grandes* como me lo hace notar tan bondadosamente. Como me propongo dar una breve contestacion a la carta del señor Barros, tan pronto como mis ocupaciones me lo permitan, creo que Ud. no tendrá inconveniente para hacerla insertar en el próximo número de *Estrella de Chile.*

Agradeciéndole de antemano este favor, me suscribo de Ud. leal i afectuoso amigo.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

Señor don Zorobabel Rodriguez.

Talca, enero de 1869.

Mui señor mio:

Acabo de leer en este momento, un artículo publicado bajo su firma en *La Estrella de Chile*, i en el cual parece querer Ud. criticar mi libro titulado: *Cuentos para los Niños Grandes.* Digo *parece*, porque no he podido creer de buenas a primeras, que Ud. tratase de criticar seriamente un libro cuyas pájinas ha leido Ud. *a la lijera.* Tal es su confesion, en la primera línea del artículo que ha motivado esta carta. Esto es, a todas luces, malo, señor Rodriguez, porque con ello ha dado Ud. un pésimo ejemplo. Permítame que le diga que para criticar un libro, por insignificante que sea, es menester leerlo, no a la lijera, sino

detenidamente, i en consecuencia, entenderlo. ¿No es verdad?

Como no tengo costumbre de contestar a críticas i observaciones hijas de la lijereza, pensé al principio quedarme callado. Pero luego he parado mientes en que Ud. es una persona entregada al santo sacerdocio de la prensa; i aunque no sea mas que por esto, me he dicho a mí mismo: nó, señor; no es bien dejar sin contestacion tan profundas observaciones.

Tan a la lijera leyó Ud. mi pobre libro, que ni el título siquiera leyó bien. ¡Tal era la prisa que Ud. tenia para juzgarlo!

Principia Ud. por titularlo: *Cuentos para Niños Grandes*, i la carátula del libro dice: *para los niños grandes.* No crea que esto es una nimiedad: ese *los* que Ud. ha omitido por leer las cosas tan a la lijera, es de absoluta necesidad para mi propósito. No quiero hacer agravio a su indisputable perspicacia esplicándole la diferencia que hai entre una i otra manera de decir. Bastaráme indicar que el título puesto lijeramente por Ud. solo puede referirse a los niños algo crecidos, miéntras que el título del libro indica aquellas personas que durante toda su vida obran como si estuvieran al principio de ella. Hé aquí los *niños* (i no son escasos, por desgracia) que convendria leyesen el tal librito.

No crea Ud. que yo invento esta clase de *niños*, porque, dígame i perdone: ¿qué clase de sociedad no cuenta con un treinta por ciento, a lo ménos, de esta clase de *niños grandes*? Abra Ud. los ojos, i los verá. Una persona, por ejemplo, que cree no tener necesidad de examinar detenidamente una cosa para juz-

garla, es un *niño grande.* Los que se oponen sistemáticamente al progreso social son *niños grandes*, porque desconocen, cuando tienen sobrada edad para comprender los destinos del hombre. Quien tiene miedo a la libertad; quien cree que el desorganizador despotismo es un elemento de órden social; quien trata de afianzar el imperio del error, por parecerle que la verdad es peligrosa; quien defiende absurdos dando coces contra el aguijon; quien se cubre los ojos con las manos, creyendo así logrará cegar a los demas..... todos esos, i mil otros que aun quedan en el tintero, no son mas que unos solemnes *niños grandes.*

Al echarme Ud. en cara lo mui sabido de mis ideas, olvida evidentemente para quienes escribo. ¿Se habia Ud. imajinado ver en mi obrilla ideas nuevas? Me hace Ud. un honor que no merezco. ¡Ojalá el mundo obrase en conformidad con mil verdades que el mismo mundo conoce! Miéntras así no sea, no está de mas el repetírselas cotidianamente. I de no, supongamos, por ejemplo, que Ud. tuviese vocacion para la carrera eclesiástica, i que, andando el tiempo, llegase Ud. a ser párroco: dígame, señor don Zorobabel, dejaria Ud. de predicar las verdades del Decálogo a todos los *niños grandes* de su parroquia, tan solo porque los Mandamientos son una cosa mui sabida, hasta de los niños chicos? No me diga, pues, «que, por fortuna, nadie necesita en Chile de los pobres consejos de mi libro.» Ah! señor Rodriguez! ¡Plegue a Dios que llegue un dia en que no los hayamos menester!

Dice Ud. que ha buscado en vano la opinion del

autor; i le echa en cara el no haberse ocupado de ciertas cuestiones de actualidad..... ¿Con qué Ud., señor Rodriguez, ha leido el libro, i se ha quedado a buenas noches, en cuanto a las opiniones del autor? Mire Ud. lo que le pasa, por leer las cosas tan a la lijera. Lea otra vez, no solo con la boca sino tambien con el entendimiento, que así talvez encontrará lo que busca, especialmente en los cuentecillos titulados: *El Espantajo*, *El Predicador farsante*, *Los Milagros hechos a máquinas*, i otros.

Respecto del escaso mérito literario de los *Cuentos*, ¿qué quiere que le diga? Ud. ha condenado no solamente el asunto, sino tambien el estilo, el lenguaje, etc., de la desgraciada obra. No seré yo el que contradiga una opinion tan importante i caracterizada como la suya. Que los *Cuentos* se defiendan como puedan.

No concluiré esta carta sin espresar a Ud. mi reconocimiento, por creer que he escrito de buena fé. Este es para mí un timbre de honra, precisamente en estos tiempos en que, segun Ud., «hai tantas jentes que escriben para ganar un salario, para merecer una sonrisa o para escalar un ministerio.»

Le desea a Ud. buen éxito en sus tareas, su afectísimo S. S. Q. B. S. M.

DANIEL BARROS GREZ.

III.

¡Hemos vuelto a leer los *Cuentos para los Niños Grandes*, escritos por el señor don Daniel Barros

Grez! Los lectores de *La Estrella de Chile* saben ya con qué motivo: pronto van a ver con qué objeto i con qué resultados.

El autor de los *Cuentos*, como era natural suponerlo, no adhirió al juicio que nosotros habíamos formado sobre ellos. Talvez se creyó víctima de prevenciones desconocidas, talvez de una ignorancia tan crasa como arrogante. Hasta aquí, nada habia que saliese del camino trillado. Desde que se escriben juicios críticos se sabe que los autores de los libros sobre que esos juicios recaen, llaman justicia a los elojios, e iniquidad a las censuras.

Si hubiéramos esperado otra cosa del señor Barros Grez, sin duda que le habríamos dado derecho para clasificarnos entre los *niños grandes*, que ha tomado bajo su proteccion. Es mucho mas fácil escribir un libro de *Cuentos* que vencer la propia vanidad. ¡Cómo íbamos a aguardar nosotros que quien no habia podido lo ménos, fuese a poder lo mas! Repetimos, pues, que no nos ha sorprendido absolutamente que el señor Barros abrigue sobre su libro un juicio distinto del que nosotros hemos tenido el honor de espresar.

Lo que sí no esperábamos era la epístola que los lectores de *La Estrella de Chile* conocen: lo que nos ha sorprendido sobremanera es, que esa epístola nos haya sido escrita por el mismísimo autor de los *Cuentos*. I no solo no esperábamos la epístola; ella nos parecia imposible. Ella nos parecia imposible todavía, despues de haberla leido i releido.

¿Qué objeto se ha propuesto el señor Barros al dirijirnos la consabida carta? La carta debia decirlo,

i sinembargo, no lo dice. ¡Si a lo ménos en ella se impugnasen algunas de nuestras observaciones! Si se probase que el libro es mejor de lo que a nosotros nos ha parecido! Habríamos esperimentado, es cierto, la penosa impresion de quien vé a un padre hacerse lenguas para ponderar los méritos de su hijo; pero hombres de discusion i de libertad ántes que todo, habríamos aceptado sinceramente i de mui buena gana el debate, con la halagüeña esperanza de que él nos hubiese conducido a rectificar nuestro juicio en un sentido favorable al libro en cuestion.

Por desgracia, de la carta del señor Barros solo puede sacarse una cosa en limpio:—que nuestro juicio le ha parecido absurdo, hijo de la lijereza, de las preocupaciones, de la incompetencia, de un ciego espíritu de partido, talvez. Así los *Cuentos para los Niños Grandes* desaparecen de la escena, donde solo quedan nuestro pobre artículo crítico i nuestra humilde persona.

¡Líbrenos Dios de culpar por ello al señor Barros! No hai como hacer la guerra en pais enemigo, tanto mas cuanto el propio se halla solo defendido por obras como los *Cuentos para los Niños Grandes*. Necedad seria que los que usamos profusamente del derecho de criticar los escritos ajenos negásemos a álguien el derecho de censurar los nuestros. Libre es la crítica, i tan libre que, si hubiera de jeneralizarse la práctica iniciada por el señor Barros Grez, ántes de mucho veríamos como la cosa mas natural del mundo, a los autores, a guisa de prólogo, o a guisa de apéndice, escribir el juicio crítico de sus propias obras. Salvo el defecto de la monotonía, no

vemos qué inconveniente pudiera presentar esta práctica.

Entretanto, sin imitar nosotros al autor de los *Cuentos* en sus olímpicas perplejidades, sobre si desplegaria o nó sus labios *para contestar a críticas i observaciones hijas de la lijereza*, (perplejidades que, sea dicho de paso, acaban siempre por el *sí*, como las de los suicidas de romance acaban siempre por el *nó*) tan pronto como tuvimos noticia de que se nos hacia el honor de una epístola, nos decidimos a contestarla. Al hacerlo, nos proponemos dos principales fines: anunciar al señor Barros Grez que sus deseos quedan satisfechos, i defendernos de los cargos que nos dirije.

Hemos vuelto a leer por segunda vez, segun las recomendaciones del señor Barros, los 75 *Cuentos* de que consta su libro, con las dedicatorias de algunos de ellos i con el prólogo, que, escusado es decirlo, está en su lugar, precediéndolos a todos. Cúmplenos declarar en honor de la verdad i para satisfacer las exijencias del autor, que hemos estado tan léjos de hacer esta segunda lectura *a la lijera* como ella ha estado léjos de ser *lijera* para nosotros.

En cuanto al aprieto en que se nos pone para obligarnos a leer los *Cuentos* hasta *entenderlos* todos, no tenemos empacho en declarar, que hemos sido a veces desgraciados. I no por falta de deseos ni flaqueza de voluntad. Hai cuentos que hemos leido cinco veces; pero notando que su sentido para nosotros se oscurecia en razon directa del número de lecturas, tuvimos al fin que doblar la hoja. ¿Debe esto atribuirse a profundidad de la obra, o a superficiali-

dad de nuestro caletre?—¡Quién sabe! Talvez los *Cuentos* es uno de aquellos privilejiados libros, que como los del Dante, necesitan de comentarios; talvez si hoi se eclipsa i padece, mas que críticas, desdeñoso olvido, es para brillar en la posteridad como el gran cuento de Cervantes.

Lo que no hará la posteridad, porque nosotros mismos haremos sobre tabla, es enmendar una grosera falta en que incurrimos al escribir nuestro artículo crítico. Por mal de nuestros pecados, o por pecado del cajista, el hecho es que dijimos o que se nos hizo decir, *Cuentos para Niños Grandes*, suprimiendo un *los* que debe preceder a *niños*, i el cual sin duda habrá sido puesto allí con gran significanza, a juzgar por el disgusto que su omision ha causado al autor. Quede, pues, establecido, que los cuentos del señor Barros Grez, son para *los niños grandes*, es decir, para *los hombres niños* i no para *los niños crecidos*.

En cuanto a averiguar si esta clase de maleza abunda en nuestra patria, es cosa que no podrá saberse de fijo miéntras no se invente algun procedimiento para formar la estadística de las intelijencias. Para entónces nosotros podríamos suministrar datos que habian de servir de algo. Por lo demas, si el número de los que nos permitiremos llamar *guagualones* ha de disminuirse en Chile, ello no sucederá ciertamente a influjo de los cuentos del señor Barros.

Para terminar con los deseos del autor de la carta i de los *Cuentos*, debemos confesar que uno de los principales motivos que nos han inducido a contestar aquella, ha sido el de formar un poco de ruido sobre

un libro contra el cual se ha formado la conspiracion del silencio.

Si a ciencia cierta de que el respeto que debemos a los dictados de nuestra razon nos obligaria a espresar un juicio poco favorable a los *Cuentos*, nos decidimos a espresarlo, fué obedeciendo a un sano propósito. Creimos que el libro merecia algo mas que ser enterrado en silencio; que el pensamiento que lo habia dictado era patriótico i recomendable, i nos resolvimos a escribir, seguros de que para un libro vale siempre mas que se hable de él, aun cuando no sea para elojiarlo, que la indeferencia i el olvido. Hicimos, pues, lo que estaba a nuestro alcance por el éxito del libro; i hoi al escribir de nuevo sobre él nos alienta la esperanza de que, a pesar de las apariencias, prestamos un servicio a las letras de Chile i a los *Cuentos*, dando sobre todo al autor de ellos una prueba de buena voluntad por servirlo.

Pasemos ya a los reproches que se nos dirijen.

El autor de los *Cuentos para los Niños Grandes* hace resaltar nuestra temeridad recordando, que segun lo confesamos en el artículo que ha dado oríjen a esta polémica, solo habíamos leido su libro *a la lijera*. Nada es mas cierto: recorrimos a la lijera las pájinas de los *Cuentos*, obligados por varias causas que no sería del caso manifestar aquí. Bástenos alegar en nuestro abono que si leimos a la lijera el libro, tambien mui a la lijera lo criticamos; i que, por mas que en esta parte desintamos del señor Barros Grez, hai libros que pueden juzgarse sin necesidad de estudiarlos i meditarlos préviamente.

La mas incontestable prueba que pudiera darse

de esta verdad, es lo que nos ha sucedido con los *Cuentos:* el juicio que hoi tenemos sobre ellos despues de segunda lectura, es idéntico, salvo insignificantes detalles, al que formamos despues de la primera; i sea dicho sin agravio de nadie, la opinion que formamos despues de haber leido todo el libro, no era distinta de la que tuvimos despues de haber leido solo el primer cuento.

Mal nos ha entendido el autor de la carta que contestamos suponiendo que al abrir su libro nos halagaba la candorosa esperanza de encontrarnos con un monumento de injénio, de buen gusto i de sal. Léjos de eso: nuestras espectativas estaban reducidas a su mas simple espresion; i sinembargo ellas fueron cruelmente burladas por la realidad.

En un libro escrito para ilustrar al pueblo sobre sus deberes, sus derechos i sus intereses políticos, no aparecia sinembargo la solucion acertada o desacertada de ninguno de los problemas que en Chile preocupan actualmente a los publicistas i a los partidos. ¿Podiamos guardar silencio sobre un defecto que ponia al libro en la imposibilidad de cumplir con el noble objeto que su autor se habia propuesto al escribirlo? Pero en este caso ¿a quién habria servido la ocultacion de la verdad? ¿No estaban los *Cuentos* a disposicion del público i no habria éste tenido sobrada razon para burlarse entónces del autor, del libro i del crítico?

Tan fundada era la observacion que hacíamos, que el mismo señor Barros Grez no ha podido citarnos un solo *Cuento* que contenga alguna útil enseñanza política. Los tres que recomienda a nuestra

atencion *(El Espantajo, El Predicador farsante* i *Los Milagros hechos a máquina)* prueban precisamente la justicia de nuestra censura. Lástima es que las reducidas dimensiones de *La Estrella* i las dimensiones no reducidas de los citados cuentos no nos permitan insertarlos íntegramente.

A pesar de todo, i aun a riesgo de estendernos demasiado, trascribimos en seguida el primero de ellos, como una prueba de la absoluta sinceridad i buena fé con que procedemos. ¡Ojalá tuviéramos la dicha de que los lectores de *La Estrella* no participasen de nuestra opinion!

«EL ESPANTAJO.

DEDICADO A MI AMIGO MANUEL NOVOA SOMOSA.

«¿Hai alguno, entre los que me hacen la gracia de escuchar este cuento, que no sepa lo que es un *espantajo?* ¿Hai álguien que, al recorrer nuestros cultivados campos, no haya fijado su atencion en esos artísticos maniquíes, plantados por nuestros injeniosos huasos, en medio de sus sembradíos, con el fin de ahuyentar las aves dañinas? Apénas principia a desarrollarse el fruto de las huertas, i ya su dueño anda afanoso, buscando con que fabricar el *cuidador.*

—«Mujer! mujer! dice a su *parienta* ¿has visto cómo los melones estan *cayendos* i los choclos *muñequeando*, que es bendicion de Dios? Ya es tiempo de hacer el *espantajo* para los pájaros.... Busca por ahí unos trapos viejos....

«Poco despues, marchan ámbos para la huerta; el marido con un palo alto en la mano, i la mujer con un atado de *útiles*, compuesto de lo mas inútil que el rancho encierra. Plántase el palo en el punto mas culminante del sembrado, despues de haberlo metido dentro de una pierna de calzon hecho pedazos, cuya otra pierna queda colgando a merced del viento, semejando en todo a la vacía pierna de un inválido. Un envoltorio de fajina forma la caja del cuerpo, el cual se envuelve en unas tiras, que, cuando vivian unidas, tuvieron el honor de llamarse el *fustan* de la señora; i a la altura de los hombros, se ata en cruz una varilla flexible, para figurar los brazos, cubriendo todo aquello con unos jirones de poncho, de un color terroindefinible. Por último, un manojo de pasto seco, encajado en la punta del palo, forma, con chape i todo, la cabeza, sobre la cual se pone, a modo de gorro, una vieja calceta del patron.

«Hé aquí como el espantajo sale, lleno de vida, de aquel informe monton de trapos viejos i de basura, mismamente, cual bajo el cincel de Canova, solia salir una estátua, de un trozo de mármol. El huaso se retira entónces, sin quitar los ojos de su maniquí, miéntras éste se anima a los impulsos del viento, que mueve las tiras de la vestimenta. La satisfaccion está pintada en los ojos del artista: es Zeuxis, contemplando por la primera vez su Vénus.

—«¿Qué te parece? dice al fin a su mujer, despues de haber hecho el último jesto, ese jesto sublime con que el jénio aprueba su propia obra: ¿qué te parece, *hija?* ¡Que vengan los pájaros ahora!

—«Solamente le falta la muleta, para que sea *ño*

Cucho el Cojo, en mismita persona, contesta la mujer, dando una gran carcajada.

«Tal fué la escena que, poco mas o ménos, pasó un dia, en uno de los vallecitos de la costa de Colchagua. Mes i medio despues, cuando las sandías i los melones estaban *pintando*, empezó el dueño de la chacra a mirar de reojo a un vecino suyo, por habérsele puesto en la cabeza el mal pensamiento de que aquel hombre venia a robarle la fruta todas las noches. Ya varias veces lo habia visto rondar en torno de la huerta, i aun asomarse por los portillos de la cerca, como para elejir de antemano las mejores sandías. Tales temores obligaban a nuestro chacarero a pasarse las noches enteras sin dormir, rondando en torno de su sembrado, para ver si podia atrapar al ladron.

—«Bueno! decia, cuando al venir el alba solia ir a recojerse, despues de su ronda nocturna: está bien; no he pillado al ladron ahora; pero si alguna noche de estas lo atrapo, prometo no dejarle hueso en su lugar.

«Una noche que, como otras muchas, salió a dar su vuelta por la chacra, vió dentro de ésta a un hombre, ocupado, segun le pareció, en escojer la mejor fruta.

—«Pícaro bellaco! esclamó entre dientes; yo veré si te escapas ahora..... Es el mismo *ño Cucho* el Cojo. ¿Por dónde habrá entrado?... ¡Vean no mas como elije de lo mejorcito! ¿No parece que le hubiera costado su sudor i trabajo? ¡Pero yo le preguntaré luego cuántas son cinco!

«Diciendo esto, pensó poner en ejecucion su premeditado proyecto, para lo cual llevaba siempre su

lazo en la mano;i miéntras hacia la *armada*, se fué arrastrando, poquito a poquito, hácia el ladron, quien parecia no curarse del peligro en que estaba, pues léjos de ocultarse, seguia moviéndose, a vista de su enojado enemigo. Ya éste se habia aproximado bastante, cuando le pareció que el ladron hacia un movimiento de sorpresa; i temiendo que se le escapase, arrojó sobre él la armada, i se lanzó corriendo hácia el rancho, donde estaba su mujer.

—«Chepa! Chepita! le gritó: saca el candil, que aquí traigo al ladron a la rastra! Ven a ver, mujer, que carita pone a la luz del candil! Los mas maduritos se estaba escojiendo el picaronazo!

—«Aquí está la luz, dijo la mujer, saliendo del rancho, con un candil de sebo en la mano. ¿Cómo lo pillaste?

—«Con el lazo..... Lo he traido arrastrando hasta aquí al bellaco.

—«Jesus! talvez lo has muerto al pobrecito! esclamó la compasiva mujer: mira como no se mueve!

—«¿Quién se ha de morir por tan poco? Esto no debe ser mas que aturdidura. Para que otra vez no se meta a robar melones!

—«Déjame alumbrar.

«Mas al acércarse la buena Chepa al ladron, soltó una estrepitosa carcajada.

—«¿Por qué te ries? preguntó el marido aproximándose.

—«Mira lo que has hecho, hombre de Dios.

—«¿Qué cosa?

—«Que has traido al espantajo, en lugar del ladron, contestó ella, sin poder contener su risa.

—«No digo yo, pues! esclamó el chacarero, medio avergonzado: por eso lo encontraba tan livianito.

—«Pues está gracioso! Esto es lo que se llama armar el espantajo i espantarse de él.

«No contestó el marido, sino que arrolló su lazo, i se fué a acostar con su mujer.

«A mas de un gobernante le ha acontecido tomar por verdaderos enemigos a sus propias creaturas, i perseguir a los mismos maniquíes de que ántes se valieron para engañar a los demas. Hé aquí cómo los espantajos suelen ser víctimas de los necios gobiernos a quienes sirvieron. El miedo es injenioso para convertir en enemigos hasta a los amigos mas íntimos. No olviden esto los que sirven de espantajo.»

Pasemos por alto la desgraciada manera de contar, la anomalía de poner espantajos para que los pájaros no hagan daño *en un sandial* por la época de la cosecha, las rondas del huaso para atrapar de noche a los ladrones con el lazo, el *mismamente* i cien otras menudencias, para detenernos un instante en la moral de la fábula.

Supongamos que el autor se hubiera olvidado de poner al fin del relato su correspondiente moraleja. ¿Cuál seria la que con toda naturalidad hubiera podido el lector sacar por sí mismo?—Nada mas que aquella del refran: Hai jentes que suelen espantarse de los espantajos trabajados por sus propias manos.

Todo lo demas que el señor Barros agrega, es estraido por alambique. En vez de presentarnos como conclusion una sola idea, clara, sencilla, natural, adi-

vinada de antemano por el lector, deduce del Cuento estas tres enseñanzas:

1.ª Hai gobiernos que suelen tomar por enemigos a sus propias creaturas, i perseguir a los mismos maniquíes de que ántes se valieron para engañar a los demas.

2.ª Los espantajos suelen ser víctimas de los necios gobiernos a quienes sirvieron.

3.ª El miedo es injenioso para hacer convertir en enemigos a los mismos amigos.

La primera conclusion no nos parece exacta: lo jeneral es que los gobienos se sirvan bien de sus creaturas i las sirvan por su parte. Muchos, i bien antiguos en el oficio conocemos, a quienes hasta la fecha no han tomado por enemigos los que los empleaban.

En cuanto a que los maniquíes de los gobiernos sean víctimas ordinarias de ellos, nada ménos cierto. Las víctimas ordinarias de los malos gobiernos son i han sido siempre los hombres independientes, capaces de decirles la verdad i de echarles en cara sus maldades. Eso es lo que dice la esperiencia.

Por último, si es evidente que el miedo es un pésimo consejero, no hai motivo para concluir que él sea mas propio para hacernos tomar por enemigos a los amigos que a éstos por aquéllos.

Tal es el Cuento que el señor Barros Grez ha creide conveniente citarnos como una prueba de que necesitábamos no haber leido o no haber entendido su libro para asegurar que él no resolvia *ni uno solo* de los problemas políticos que dividen en nuestro pais las opiniones i preocupan la mente de los ciu-

dadanos. ¿Qué interes puede tener para un elector el Cuento de que nos ocupamos? Le habrá dado siquiera algun indicio para optar entre los diversos partidos o candidatos que solicitan su voto?—Evidentemente que nó, pues no es probable que haya alguna vez partidos o candidatos bastante estúpidos para proclamar la utilidad del engaño i de los maniquíes.

Esperamos que lo dicho bastará para que, tanto el público como el mismo señor Barros, se convenzan de que si nuestro juicio pudo ser errado, él a lo ménos fué leal, sincero i absolutamente imparcial: fruto de razones buenas o malas, no de mezquinas prevenciones, que ni siquiera nos hallamos en la posibilidad de abrigar respecto al autor de los *Cuentos*, a quien no tenemos el honor de conocer ni personal, ni siquiera políticamente.

Concluyamos con una consoladora idea. Si esta contienda ha de fallarse, solo del público puede venir el fallo. Ahora bien, cualquiera que sea ese fallo, él no puede venir sin que nuestros votos i los del autor de los *Cuentos* queden plenamente cumplidos. Para juzgar un libro es preciso leerlo ántes. Lea pues el público los *Cuentos para los Niños Grandes* i júzguelos en seguida como mejor le plazca.

Si los aprueba, nos será fácil olvidar nuestro pequeño fiasco ante la idea de que la literatura de Chile se ha enriquecido con una nueva joya.

Si los reprueba, a lo ménos nos quedará el consuelo de que la indiferencia pública no haya puesto como de costumbre prematuramente una losa sobre una intelijencia capaz de hacer todavía vigorosos i quien sabe si afortunados esfuerzos por servir a la patria.

Que el público lea dos veces, como nosotros hemos leido, los *Cuentos* del señor Barros Grez, aunque sea para juzgarlos como nosotros los hemos juzgado, tal es nuestra última palabra.

INES

O

LA PEQUEÑA ESPOSA DEL SANTISIMO SACRAMENTO

(TRADUCIDO DEL FRANCES
POR LA SEÑORA DOÑA EDECIA TORO DE BARRERA.)(1)

(*La Estrella de Chile.*—7 de febrero de 1869.)

Mas que medianamente embarazados nos sentimos para clasificar el librito cuyo título acabamos de escribir mas arriba. ¿Es una novela cristiana? ¿Es un episodio histórico de esa secular trajedia que se llama el martirio de los católicos irlandeses? ¿Es, por último, un libro piadoso destinado a promover la devocion a uno de los mas grandes misterios i sacramentos de la relijion que profesamos?—En verdad que hai en *Ines* algo de todo eso i algo mas que todo eso.

(1) Un volúmen de 260 pája. en 8.°—Santiago—Imprenta «Chilena,» 1869.

Sea empero cual fuere el jénero de la obrita objeto de estas breves líneas, dos cosas nos parecen indudables i claras: el piadoso fin con que ella ha sido escrita i el agrado con que será leida por aquellas personas que sepan comprender i apreciar los dulces encantos, la tierna confianza, i los místicos arrebatos del cristiano que con fé viva se postra ante el altar i adora a su Dios i a su Salvador bajo las humildes especies de la Eucaristía.

Ines o la pequeña esposa del Santísimo Sacramento fué escrita primitivamente en ingles por álguien que tuvo la modestia de ocultar su nombre: de este idioma vertida al frances por una relijiosa del colejio de la congregacion de los Sagrados Corazones de Jesus i de María i de la adoracion perpétua de Santiago de Chile, i ultimamente traducida del frances al castellano por la señora Edecia Toro de Barrera, alumna del mismo establecimiento.

La accion de este sencillo i puro romance pasa sucesivamente en Nápoles i en Irlanda. No hai en él ni grandes atractivos para la curiosidad, ni enredo, ni cuadros de costumbres, ni nada de aquello que por regla jeneral buscan en las novelas sus mas asíduos i entusiastas lectores. En cambio, los humildes personajes i las candorosas escenas de la piadosa novelita exhalan un tan delicado perfume de inocencia, de fervor cristiano i de anjelicales virtudes que formará, estamos seguros de ello, las delicias de todos aquellos lectores que se hallan en una situacion moral apropiada para observar el cuadro i recojer las impresiones del paisaje.

Es cierto que una crítica medianamente severa

podria hacer en el librito de que nos ocupamos abundante cosecha de defectos. Pero ¿qué crítica, por severa que sea, no se desarmará considerando las dificultades insuperables de la empresa? Si hoi dia, despues de haber circulado por el mundo romances como los de Wiseman, de Margerie i de Quinton, es un problema para muchos el de saber si *la novela cristiana* será alguna vez una dulce i consoladora realidad ¿cómo asombrarnos de que *la novela piadosa* no venga al mundo de las letras, como Eva vino al Paraiso terrenal, adornada de todos sus encantos, en la plenitud de su vida i en la perfeccion de su hermosura?

Por otra parte, i apreciando el valor de *Ines* con un criterio mas elevado i justiciero, calculando los consuelos que puede derramar, las llamas que puede encender, los puros deseos de perfeccionamiento interior que puede hacer surjir, el blando solaz que puede llevar a las almas candorosas i a los corazones sencillos, la obrita traducida por la señora Toro de Barrera merece los mas justos elojios. Así i todo como es, se halla a infinita altura sobre gran número de libros con pretensiones de piadosos que circulan profusamente entre cierta clase de lectores: libros cuyo valor intrínseco i doctrinal no podemos juzgar; pero que mirados a la luz del buen gusto i hasta del buen sentido, no merecen otro nombre que el de verdaderos mamarrachos.

Ines o la pequeña esposa del Santísimo Sacramento, está mui léjos de merecer ese calificativo, tan léjos como se halla lo imperfecto de lo que puede llamarse malo en toda la estension de la palabra. Una cosa,

sinembargo, nos ha causado estrañeza en el librito de que damos cuenta. El autor, que sin duda es ingles o irlandes, no ha sabido tomar nada de aquello que hace mas recomendable la novela inglesa. La pintura al natural de las costumbres, la acabada fotografía de los goces, de las penas i de los quehaceres del hogar, i aquel peculiarísimo agridulce i aquellas picarescas inocentadas, que tanto abundan en los romances de Bulwer, de Thackeray i de Dickens, el mas admirable i fecundo de todos, son recursos que aprovechados hábilmente, pueden, a nuestro humilde juicio, servir al novelista relijioso para llenar muchos vacios i reemplazar muchos adornos de que no le es lícito echar mano.

Tanto mas sensible es que el autor de *Ines* no haya procurado esplotar ese campo riquísimo en que acostumbran proveerse los novelistas ingleses, cuanto que es de presumir que la palma del romance relijioso si alguna vez ha de ser cojida, lo sea por algun escritor de la patria del autor de *Fabiola*. En efecto, entre la novela inglesa i la novela relijiosa hai en la actualidad ménos distancia que entre ésta i la francesa. Basta observar las tendencias, las escenas, el lenguaje, la moralidad sobre todo de la una i de la otra escuela para afirmar el hecho. La novela inglesa protestante es mucho mas cristiana que la novela francesa incrédula. La primera respeta jeneralmente todo aquello que debe respetarse—la relijion, la moral, la autoridad, la familia, los grandes recuerdos, las venerables tradiciones, la santa ignorancia de las almas virjinales—la segunda lleva sus ataques a todo lo digno de respecto i su lodo a cuanto es limpio i

puro: humilla a la madre de familia, para ensalzar a la cortesana: se burla de la virtud, de la desgracia, del pudor, de la fé, del deber, para predicar la revolucion, los derechos al crímen de los criminales, i la rehabilitacion de todo lo que hai en la humanidad de bajo, de grosero, de bestial en una palabra.

Pasando empero de estas consideraciones que se refieren a la obra misma i que hasta cierto punto no hacen a nuestro propósito, a la traduccion que de ella ha hecho la señora Toro de Barrera, cúmplenos decir que bien poco deja que desear. Ella es un timbre de honor, no solo para la traductora, sino tambien para el colejio de los Sagrados Corazones de que se declara alumna.

Traducir un libro no es una tarea tan fácil como jeneralmente se cree; mucho ménos para una señora. La obra exije conocimientos bastante estensos en mas de un ramo, que no es fácil posean aquellas personas que no han hecho de las tareas literarias su ocupacion favorita: exije, por otra parte, una suma de paciencia i de perseverancia de ordinario superior al lote que de estas virtudes se sirvió Dios conceder a la que, no sin razon, se acostumbra denominar la mas voluble e inconstante mitad de la especie humana.

Ines o la pequeña esposa del Santísimo Sacramento, es una buena traduccion de una buena obra. Es algo mas todavía: es una traduccion hecha por una señora chilena.

La primera de estas consideraciones basta para el éxito del libro; la segunda nos da derecho para felicitar cordialmente a quien tuvo la feliz idea de traducirlo i la fortuna de traducirlo bien.

LA NOVELA I SUS ESCOLLOS.

(*La Estrella de Chile*—28 de agosto de 1870.)

I.

La atenta lectura que poco ha hemos tenido ocasion de hacer de las novelitas que se presentaron al certámen abierto por el *Círculo de Colaboradores de La Estrella de Chile* i la imposibilidad en que, por la premura del tiempo, se vió el jurado, de que tuvimos el honor de formar parte, de fundar su resolucion, nos suministran la oportunidad i hasta nos ponen, por decirlo así, en el deber de esplicar a los autores de esos trabajos literarios el veredicto pronunciado, entrando en consideraciones jenerales que puedan ser útiles para los que se sientan llamados a emprenderlos en lo sucesivo.

Persiguiendo este resultado, prescindiremos de comparaciones que serian forzosamente odiosas i de apreciaciones que no puedan tener alguna importancia en sí mismas, abstraccion hecha de todo trabajo especial a que pudiera talvez mas directamente aplicarse.

Los defectos que notemos, las peligrosas tendencias que señalemos, los escollos que indiquemos, tendrán sin duda un oríjen concreto, aunque no siempre único; pero en todo caso procuraremos que el estudio de esos defectos sea provechoso para el mayor número, tomando por punto de partida solo aquellos que se presten a la deduccion de advertencias i consideraciones útiles para los principiantes. No se busque, por consiguiente, en el curso de este artículo ninguna referencia determinada i precisa a esta o aquella de las novelitas que hemos tenido el gusto de leer i el honor de juzgar, porque se buscaria en vano.

Nuestro propósito no es otro que desenvolver con la claridad i laconismo que nos sean dables ciertas reflecciones sujeridas por el conjunto de las composiciones presentadas, ofreciéndolas a la consideracion de los jóvenes que principien a ejercitarse en el arte difícil de las composiciones novelescas.

II.

Prescindiendo de definiciones i de reglas que es fácil encontrar en cualquier tratado de Literatura, i en las cuales casi nunca encuentra el principiante una

luz que lo guie ni una mano que lo levante, entraremos sin rodeos en el terreno de la práctica, notaremos atentamente los escollos en que va a estrellarse el mayor número, i consultando la esperiencia propia i la esperiencia ajena, procuraremos hacer mas cómoda i segura la jornada a los que en lo sucesivo se sientan tentados a emprenderla.

La novela i la poesía son las dos alas con que el hombre atraviesa ordinariamente ese espacio tan lleno de encantos i peligros que media entre los límites de la niñez i de la edad madura. En esa época decisiva de la existencia, el hombre se siente como sofocado por su propia savia, embriagado i casi podria decirse atormentado por el desbordamiento de su vida, por el revuelto oleaje de sus impetuosos arrebatos.

Como el gran rio de los ejipcios, el hombre tiene una época en que sale de madre. Como ese rio todavía, sale de madre para destruir i para fecundizar.

Al adolescente el paso ordinario de la existencia no le basta. La lentitud de la marcha le fastidia; i hélo ahí que corre sin dignarse siquiera echar ántes una mirada al terreno que van a hollar sus piés. Corre, corre; pero la carrera mas rápida es siempre una carrera sujeta a las sinuosidades, a los estorbos, a las fatigas i hasta a los lodazales del camino. El adolescente necesita volar; i hélo ahí de rodillas, jadeante, levantando los brazos i dirijiendo miradas suplicantes a la imajinacion de sus veinte abriles, que en forma de musas, de ánjeles, de poemas, de idilios, de versos armoniosos i de encantadoras mujeres, revolotea sobre su cabeza.

Esta súplica rara vez deja de ser oida, i rara vez tambien el anciano que al bajar la eminencia de la montaña se atreve a dar una última mirada hácia los alegres paisajes que van a desaparecer en el horizonte, deja de tener razon para esclamar: ¡Tambien yo he tenido alas! tambien yo he hecho una parte de mi jornada como hacen sus jornadas las aves!

Suele decirse que a cierta edad todos somos poetas. Con la misma razon, i aunque no suela decirse, podria decirse que a cierta edad todos somos novelistas.

I, sinembargo, de cien personas capaces de *escribir*, en el sentido material de la palabra, noventa i nueve por lo ménos son incapaces de comprender la armonía del ritmo i de distinguir, sin apelar a procedimientos mecánicos, la diferencia que existe entre un renglon de once sílabas i un verso de once sílabas. I, sinembargo, todavía, la misma escasez, i aun mayor escasez que de poetas, hai de novelistas.

Lo que suele decirse es, apesar de todo, una verdad evidente. A cierta edad todos somos poetas i novelistas, aunque solo de una manera que en términos filosóficos podria llamarse subjetiva.

¡Líbrenos Dios de renegar de la prosa! Reconocemos al contrario gustosos con un gran prosador que

Dans les nobles desseins dont l'âme est occupée
Les vers sont le clairon, mais la prose est l'épée.

Pero, aun cuando en prosa se piense, se enseñe, se mande i se ore, en prosa no se canta, i éste es un grave inconveniente, porque, bien o mal, el canto es una necesidad de la existencia.

Cuando, pues, los afectos llegan a un punto misterioso, cuando no es posible espresarlos en toda su enerjía sino pidiendo a la imajinacion sus flores, a la luz sus rayos mas brillantes, a la armonía sus mas dulces notas, entónces se abandona con desden el campo trillado de la prosa para subir al cielo de la poesía.

Unos pocos componen buenos versos; muchos, impelidos por el demonio de la poesía, apénas llegan a ser detestables copleros: miéntras que el grueso de la multitud, colocado entre la necesidad de poetizar i la absoluta carencia de medios para hacerlo, se arroja sobre la prosa como sobre una víctima indefensa i la lleva con inaudita crueldad al sacrificio adornada con las flores de la poesía.

Tal es el oríjen de la prosa poética, la cosa mas detestable que existe en el mundo de las letras, ya que ni los versos prosaicos alcanzan a serlo tanto.

Observaciones en un todo idénticas pudieran hacerse tocante a la novela. Poquísimos son los afortunados que han recibido de Dios i perfeccionado en el estudio las dotes necesarias para escribir un romance digno de ser leido. Pero ¿quién es aquel que pudiera decir con verdad: Yo no he esperimentado nunca tentaciones de abandonar el mundo real por el mundo ideal? Yo no he sentido ajitarse en mi cerebro el plan de una novela?

Si quisiésemos ser sinceros ¡qué cosas tan curiosas no tendríamos que confesar! ¡Qué de veces, despues de coordinar el plan de algun romance, en nuestro concepto infinitamente divertido, no nos hemos puesto a la obra con el íntimo convencimiento de darle

feliz término en unos pocos dias, para arrojar la pluma, desconsolados e irritados contra nuestra propia impotencia, apénas escritas unas cuantas pájinas! Abundancia de deseos i carencia de medios, plenitud de sentimientos e imposibilidad de dar alcance a un arte siempre esquivo, afectos infinitamente delicados, ideas profundas, graciosas o sublimes, pasiones ardorosas, situaciones nuevas e interesantes i palabras que huyen, frases que lastiman el oido, ropa vieja, en fin, para vestir la pura, la hechicera, la casi divina creacion de nuestros juveniles ensueños!

Hé ahí, pues, como todos somos novelistas, apesar de que es dado a tan pocos escribir buenas novelas.

III.

No vamos a formular una receta por medio de la cual pueda hacerse producir flores i frutas al desierto, ni, para valernos de una espresion bíblica, transformarse a las piedras en hijos de Abraham. Pero dejando a Dios el don de hacer milagros ¿por qué no seria dable iluminar ciertos malos pasos, remover ciertos tropiezos, indicar con precision ciertos lazos tendidos al buen juicio por el entusiasmo de la juventud, e impedir así el estravío de muchos que desgraciadamente se quedan a medio camino cuando con un poco de precaucion i de arte habrian podido llegar a la deseada meta?

En ese camino hai tropiezos que conviene evitar

i hai pasos difíciles en los cuales es preciso no caer; mirajes que seducen a los cuales es fuerza volver cautelosamente la espalda i senderos resbaladizos que llevan sinembargo a la altura i en los cuales es preciso comprometerse con buen ánimo para llegar allá. Mas llanamente hablando, en la novelas hai seducciones que evitar i perfecciones que alcanzar.

Empezando por aquéllas, conviene que el principiante se ponga en guardia desde el momento en que tome la pluma para borrajear el plan de una novela:

Contra la seduccion de las palabras;

Contra la seduccion del idilio;

Contra la seduccion de las declaraciones amorosas;

Contra la seduccion del falso americanismo literario.

IV.

LA SEDUCCION DE LAS PALABRAS.

Contra esta seduccion hai una regla que es preciso tener mui presente: Toda palabra que no se escriba para espresar alguna idea o sentimiento, para significar sus gradaciones, sus matices, su fuerza o su verdadero colorido, toda palabra en fin que en el discurso no esté desempeñando algun servicio positivo, cualquiera que sea por otra parte su elegancia, su armonía o su brillo, es una palabra ociosa i que debe ser irremisiblemente eliminada.

¡Cuán difícil es, sinembargo, la sobriedad para los

que principian i cuán cuesta arriba se hace volver la espalda a ciertas frases i palabras que no dejan de salir al traves ofreciendo casi sin trabajo al novel escritor una cosecha abundante de armonías i de colores!

I no se crea que esta seduccion de las palabras no ofrezca peligros sino para las intelijencias medianas i para las imajinaciones ménos aventajadas. Al contrario, miéntras mas poderosas sean las facultades de un jóven, tanto mas fácil será que se estravie buscando en el ruido, en la pompa i en el recargo de los colores, triunfos que solo están reservados a la sencillez vigorosa i a la sobriedad esquisita, que caracterizan el estilo de todos los grandes escritores.

Las palabras son de todo punto indispensables para la manifestacion del pensamiento, como los vestidos son indispensables para el hombre. Pero así como ni aun las mas ricas vestiduras, por sí solas, pueden llegar jamas a constituir una persona humana, así tambien, ni aun las mas primorosas palabras podrian dar vida, movimiento e interes a un trabajo literario en que todo el papel de éstas se redujese a encubrir el vacío de las ideas.

Ya en otra ocasion i en este mismo periódico hemos tenido oportunidad de hacer notar los estragos que causa en la poesía americana esa planta parásita que en forma de adjetivos, de repeticiones, de barbarismos i hasta de contrasentidos, afea las mas hermosas pájinas de nuestro Parnaso, como el *quintral* afea nuestros mas bellos árboles. No se crea, sinembargo, que estas escrescencias literarias, llámense ripios, cuñas o muletas, son peculiares a los versos;

que aunque ménos notadas, sus perniciosas influencias, se hacen sentir de una manera lamentable en la prosa.

La facilidad de la prosa es mas aparente que real. Si cualquiera se le atreve son poquísimos los que tienen la fortuna de vencer los obstáculos casi insuperables de su misma abundancia. En verso, lo difícil es jeneralmente encontrar; en prosa, hai dos dificultades,—la de encontrar primero, la de escojer despues.

Hé ahí que atraviesa vuestra mente una idea: diez palabras la espresan mas o ménos. Deteneos un instante: id poco a poco haciéndolas desfilar por la imajinacion i comparando lo que cada una de esas palabras dice con lo quisiérais decir. Casi siempre el resultado será el mismo: todos los trajes convienen mas o ménos a vuestra dama; ninguno parece haber sido cortado especialmente para ella.

Tal es la gran dificultad de la prosa, i la destreza para vencerla es lo que constituye la gloria de los mas famosos maestros. El arte del prosador está en encontrar siempre pronto la palabra de su idea, es decir la palabra que la revele sin disfrazarla, que la vista sin desfigurarla.

Esta palabra casi siempre es única aun en las lenguas mas ricas. La palabra exacta, armoniosa, gráfica, puesta en su lugar i que constituye la fuerza i la luz del pensamiento, es mucho mas esquiva para el prosador que el consonante para el poeta.

Sí, tambien hai ripios en la prosa: hai muchos, incomparablemente muchísimos mas que en la poesía. Los versos tienen su medida; pero la prosa tiene

tambien su número, número que es preciso encontrar, naturalmente, sin esfuerzo, sin afeccion ni monotonía, sin redundancias ni postizos; tarea que solo aquellos que han adelantado algunos pasos en la senda del arte de escribir pueden apreciar en su justo valor. Para desempeñarla Buffon se ponia sus mejores encajes, Bossuet pasaba sus noches en vela, Cervantes i Luis de Leon se aprovechaban de la soledad de sus calabozos, i mas de un escritor moderno refuerza su cerebro con los vapores del alcohol o con los vapores del café.

Refiriéndose a esta caza, tan fatigosa a veces, de la palabra necesaria escribia Régnier:

Je crois prendre en galère une rame a la main

i apostaríamos que fué despues de haber dado alcance a alguna de esas obstinadas esquivas cuando el naturalista escribió su sesudo aforismo: *El jénio es la paciencia.*

De las anteriores consideraciones puede deducirse un consejo saludable para los principiantes. En vez de entregarse, un poco al acaso, a la caza de las palabras que deslumbran por su brillo, que cautivan por su armonía o que atraen por su vaguedad, deben desconfiar de las traidoras facilidades de la prosa. La ambicion única del que comienza a escribir debe limitarse a espresar sus ideas con claridad i correccion. Nada de figuras, de amaneramiento; sobriedad en las palabras, sencillez en el estilo, naturalidad en todo.

No creemos engañarnos si afirmamos que el presajio mas seguro de un buen éxito en los que co-

mienzan a escribir, que la revelacion primera i mas inequívoca del gusto literario es esa sobriedad de la imajinacion i del estilo, en ellos tan rara i tan difícil.

¿Quereis, diremos a los jóvenes, domesticar a la prosa, someterla i convertirla en dócil esclava, siempre pronta a ejecutar las órdenes de vuestra voluntad i los caprichos de vuestra imajinacion? ¿Quereis encontrar en ella un espejo fiel que reproduzca con exactitud perfecta las ideas de vuestra mente? Si ese es vuestro deseo, resolveos desde temprano, con viril enerjía, a tomar el único sendero por donde se puede llegar al término de tan nobles aspiraciones. Haced que las palabras se pongan a vuestras órdenes; no consintais jamas en poneros a las órdenes de las palabras. Sed sóbrios, correctos, sencillos i claros.

¿I despues? Despues... haced lo que os agrade.

V.

LA SEDUCCION DEL IDILIO.

Casi siempre sucede que la novela se presenta a la imajinacion de los principiantes disfrazada de zagala, en la soledad de algun bosque, ora triscando alegre e inocente sobre la verde yerba, ora sentada a la márjen de un cristalino arroyo vestida de blanco, suelto el cabello, coronada de flores silvestres la cabeza, como Ofelia i, como Ofelia tambien, cantando tristemente:

«Se fué... ¡dolorosa
Partida! se fué...»

No somos enemigos del Idilio i comprendemos mui bien que los jóvenes sientan por este jénero literario una particular aficion.

Como todos los que escribimos en América hemos comenzado escribiendo versos, así todos los que leemos hemos principiado leyendo novelas de caballería o idilios, bajo cualquiera de sus formas. Volviendo con la imajinacion a los primeros años de nuestra vida, recordamos mui bien que en cierta época no creíamos que se hubiera escrito ni que fuera posible escribir en lo sucesivo una obra comparable a *Amadís de Gaula*, i que cuando cayeron por primera vez en nuestras manos *Pablo i Virjinia*, i los *Idilios de Gesner*, nos sentimos como trasportados al Paraiso. ¡Ah! invencible paladin ¿quién que a los quince años haya leido vuestras hazañas i vuestras amorosas aventuras será tan infeliz de memoria que no las recuerde miéntras viva! ¡I vosotras, frescas, puras, encantadoras creaciones del poeta de Zurich, i de Bernardino de Saint-Pierre! cuán pálidas apareceis a los que os contemplan al traves de ese vidrio frio i opaco de la razon madura!

A pesar de todo, ni el Idilio es la Novela, ni cuantos escriben idilios son Gesneres. No basta ni con mucho una decoracion campestre i una pastora que cante, que llore, o que exhale suspiros amorosos para impedir que los espectadores se fastidien i ronquen.

Cuando el escritor, previendo el peligro, trata de

precaverlo, cae casi fatalmente en uno de estos dos estremos: o en las inverosimilitudes mas groseras, o en el jénero descriptivo, que casi siempre mereceria mejor el título de jénero fastidioso.

Como don Quijote en la venta, el principiante que ha llegado a enamorarse del Idilio pierde como por obra de encantamiento, no solo el libre uso de las facultades de su alma, sino hasta la natural viveza de los sentidos de su cuerpo: toma con la mas cómica seriedad a las fregonas por princesas, sin que ni la vista, ni el oido, ni el olfato, ni el tacto sean parte a sacarlo de su invencible error.

Hacer que los patanes discurran como pudieran los mas aventajados injénios, i transformar en románticas damas a campesinas ignorantes i toscas, es ir al escollo a ciencia cierta.

No siempre lo verdadero es interesante; pero sin verosimilitud no hai interes posible.

Siendo esto así, ya se comprenderá la dificultad que hai para dar animacion i vida al Idilio, para dar a la Egloga pretensiones de novela sin caer en las aberraciones mas chocantes. En hora buena que el que se sienta con fuerzas suficientes para dar interes a un relato en que verdaderas campesinas vivan i se muevan en verdaderos campos, emprenda la aventura; pero que là emprenda sin hacerse ilusiones sobre sus dificultades i peligros.

La seduccion del Idilio, de que nos estamos ocupando, trae su oríjen de un error sobre lo que constituye el interes de las narraciones novelescas. Se cree equivocadamente que solo en la calma i soledad de los campos es posible encontrar paisajes i esce-

nas que piquen la curiosidad i conmuevan el corazon. Lo repetimos, es este un gravísimo error. Sucede precisamente todo lo contrario. Nada hai ménos dramático que los campos i los campesinos, i nada se presta, por consiguiente, ménos a ser esplotado con ventaja por el novelista. Es en el bullicio de las ciudades, en el choque contínuo de las pasiones i de los intereses, en la diversidad de situaciones i de caractéres, en el contraste que ofrecen la opulencia de unos i la miseria de otros, la virtud de éstos i la maldad de aquéllos, donde está el campo propio, fecundo, inagotable, reservado al novelista de talento. No son por cierto ni las descripciones de brillantes paisajes, ni el monótono lirismo con que se muestra una llama que arde sin obstáculos al aire libre, que no sabe ni recatarse ni dejarse adivinar, lo que constituye el secreto de las buenas novelas. Este secreto está en el interes de la accion i en la exactitud de las descripciones.

Ya tendremos mas adelante la oportunidad de ocuparnos de estas dos condiciones sin las cuales no hai novela posible. Entretanto, i para terminar este punto, repetiremos a los jóvenes: No vayais sino mui de tarde en tarde a buscar a los campos el argumento de vuestras novelas; porque ni conoceis con exactitud las costumbres de los que los habitan, ni son éstas las que mas se prestan a la accion rápida i dramática, que es lo que constituye el alma del romance.

VI.

LA PROFUSION DE LAS DECLARACIONES AMOROSAS.

Hé aquí una seduccion a que mui pocos principiantes resisten i una pendiente en que, sin advertirlo, se deslizan aun escritores de cierto talento i esperiencia.

Por regla jeneral, lo primero que hace el jóven que comienza a delinear en su imajinacion el plan de una novela, es buscar un galan i una dama, i despues de retratarlos al estilo quiteño, poniendo todo su afan en el colorido i descuidando completamente la perspectiva, de grado o por fuerza, venga o no venga al caso, les proporciona una entrevista. I ¡ojalá fuera solo una, i durara lo que suelen en la vida real los pocos momentos de felicidad que en ella pueden disfrutarse!

En esa entrevista, que se repite a la vuelta de cada esquina, o bajo el ramaje de cada árbol, o a la orilla de cada arroyo, o a cada descuido de los padres, el escritor agota el diccionario de sus palabras amorosas, busca en su imajinacion, en su memoria, en la poesía misma, frases tiernas, ardientes, melancólicas, que arrojar a la hoguera con una prodigalidad apénas comparable a la prodigalidad con que habia recargado poco ha de colores subidos i vistosos los retratos de los dos amantes.

Admírese quien quiera: son precisamente esas entrevistas, son esas conversaciones destinadas en la mente del autor a producir un efecto májico, las que el lector pasa por alto casi siempre.

Sin duda que el amor ha sido hasta aquí i continuará siendo en lo sucesivo la mas inagotable fuente del interes de la poesía, del drama i de la novela; pero yerran grandemente aquellos que se imajinan que el amor profundo, casto i ardiente será tanto mejor gustado i comprendido por el que lee cuanto mas abundantes i decidoras sean las palabras que se arrojen mútuamente a la cara los que se aman.

La pasion en la Novela suele ser lo principal; pero es preciso que el lector en vez de oirla charlar la vea moverse. Es preciso que el que lee, viendo como obran los amantes, esclame involuntariamente: ¡Cómo se aman! no que ellos mismos, bajo la fé de su palabra, se encarguen de repetirlo en cada capítulo.

Es ésta una regla que el novelista no debe olvidar jamas, si quiere evitar que sus damas i sus galanes en vez de inspirar interes hostiguen i empalaguen. ¡I cuidado que nada es susceptible de hostigar mas fácilmente que lo dulce!

No rechazamos en absoluto las conversaciones amorosas; pero debe tenerse presente que ellas exijen en el escritor mas arte de lo que jeneralmente se cree. Apénas es posible imajinar la delicadeza esquisita i la maestría que son necesarias para hacer hablar a dos amantes ese lenguaje, a la vez tímido i osado, de la mas profunda i misteriosa pasion que puede ajitar el corazon humano.

En esta materia, mas que en ninguna otra, es preciso esplotar el silencio i desconfiar de las palabras: dar a entender mas bien que decir: dejar que el lector adivine mas bien que ahorrarle ese dulce trabajo.

Pero no es el peligro de caer en lo fastidioso el único que corre el novelista abandonándose sin medida a la seduccion de que nos venimos ocupando; que casi siempre es por esa pendiente por donde se cae en peores precipicios:—en el precipicio de lo ridículo, de lo inmoral, de lo provocativo, de lo indecente i hasta de lo asqueroso.

Agotado el arsenal de las palabras sin producir efecto, se recurre a las miradas, a los suspiros i a demostraciones de cariño de un jénero esencialmente práctico.

¿I qué es lo que de ordinario se obtiene a costa de tales estremos?—Lo contrario de lo que se quiere: el fastidio o la repugnancia del lector, i la depresion moral de los amantes. Cada vez que éstos se olvidan de que se hallan en presencia del público, aun cuando se encuentren en medio de un desierto, el público castigará ese olvido con su indiferencia o su desprecio.

No hablamos aquí como moralistas, ni damos consejos sino desde el punto de vista del arte; i sinembargo no tememos afirmar que el primer interes del novelista es respetarse a sí mismo i hacer que se respeten sus personajes entre sí.

De manera, pues, que resumiendo las observaciones que sobre este punto queriamos hacer, podemos decir:

En la Novela los amantes no deben declararse su amor; deben dar pruebas de que se aman.

Cuando se ponga a uno en presencia de otro, deben hablar como deben personas a quienes la circunstancia de amarse no los exime, ni de la obliga-

cion de hablar con talento ni de la de obrar con virtud.

Se prohibe absolutamente recurrir a las vias de hecho a damas i galanes.

VII.

EL FALSO AMERICANISMO LITERARIO.

Las constantes recomendaciones hechas a los escritores por nuestros críticos i la natural inclinacion de aquellos hácia todo lo que pueda dar a sus trabajos un carácter local i un sello de orijinalidad, han hecho nacer i puesto en boga un cierto jénero de novelas i leyendas que mas que americano podríamos denominar indíjena-disparatado.

Como en los primeros años de nuestra independencia el odio a los españoles llevó a muchos de los que contra ellos habian combatido hasta calumniar su propia estirpe i sangre, buscando a sus projenitores entre las selvas de la Araucania i denominándose con orgullo descendientes de Caupolican, de Colocolo i de Lautaro; así tambien el miedo de parecer imitadores i el anhelo de americanizar induce a muchos principiantes a buscar entre los salvajes el tema de sus novelas o de sus composiciones poéticas.

Los que así proceden incurren casi siempre en dos errores: uno que podriamos llamar de concepto, i otro que podriamos llamar de ejecucion.

El error de concepto estriba en suponer que los

representantes del americanismo son los primitivos pobladores del continente, i que el medio mas eficaz de americanizar la literatura es barbarizarla.

Es indudable que la historia de la América indíjena no es un campo vedado para la imajinacion del novelista, i acaso andando el tiempo, algun privilejiado injenio reciba de Dios la varilla májica que seria necesaria para remover la espesa capa de olvido que los siglos han formado sobre la primitiva civilizacion americana i sacar de debajo de esa capa, como los escavadores de Herculano i Pompeya, tesoros perdidos i todo un museo de curiosidades i de joyas artísticas.

Pero de que la América indíjena no sea un campo vedado para poetas i novelistas, jamas podrá deducirse que sea el campo único en que les sea dable encontrar el color local i la orijinalidad.

Si la literatura de un pueblo para ser orijinal necesita ser la fiel espresion de sus costumbres i sus creencias ¿cómo no se advierte que no es entre las pobres tribus de bárbaros que pueblan todavía algunas comarcas de nuestro continente, como un turbio lago próximo ya a secarse, donde pueden encontrarse tipos del verdadero americano, i donde pueden estudiarse las ideas, las tendencias i los elementos todos de la sociedad en que vivimos, dueña del presente i señora del porvenir?

Nó, si es posible que haya una literatura americana miéntras la América progrese i se ilustre, no es posible que haya otra literatura indíjena que la que existia en Méjico i el Perú a la llegada de los españoles.

Cuando se ha dicho, pues, que es preciso americanizar, no se ha dicho, no ha podido decirse que es preciso barbarizar. Lo que ha querido decirse es que si queremos tener una literatura propia, orijinal i verdaderamente americana, debemos abandonar los senderos trillados de la imitacion i buscar en nuestras costumbres, en nuestras ideas, en nuestras preocupaciones, en nuestros esplendores i en nuestras miserias, en nuestros recuerdos i en nuestras esperanzas, el tema de nuestras ficciones novelescas.

Este error que hemos llamado de concepto, es como el oríjen de todos los que suelen cometerse en los cuentos o novelas que toman sus personajes de entre los indíjenas.

La Novela que se ha dado en llamar *indiana* casi siempre es inverosímil. Sus personajes no tienen de indíjena otra cosa que el nombre, i sus paisajes son a la realidad lo que un parque a una selva. ¿I cómo podria ser de otra manera adoptado un falso punto de partida? Si no conocemos, ni los sentimientos, ni las costùmbres, ni las preocupaciones de los indios; si no tenemos ni siquiera una idea aproximada de la fisonomía de las comarcas que habitan ¿cómo los haremos hablar i moverse? ¿Cómo poner en accion a los hombres i describir a lo vivo la naturaleza, sin cometer a cada paso los mas groseros errores, sin tropezar a cada instante con dificultades insuperables i con nudos que, si pueden ser cortados a costa de chocantes inverosimilitudes, no pueden ser nunca desatados?

La Novela *indiana* es la mas difícil que pueda acometerse por los principiantes, porque, aparte de

requerir de ellos las cualidades jenerales del novelista, exije otras especialísimas i estudios previos que pocos tienen la voluntad i la paciencia de emprender i que nosotros nos guardaríamos bien de aconsejarles emprendiesen.

En resúmen, la Novela indiana es un tesoro que no vale lo que muchos principiantes se imajinan i cuya conquista es mas dificultosa de lo que jeneralmente se cree. Con relacion a ella el mejor consejo que pudiéramos dar a sus aficionados sería el de dejarla en paz.

Si álguien quisiera, sinembargo, pagarse de su gusto i emprender la aventura estimulado por sus mismos peligros, en hora buena que la emprenda; pero que sepa que la dama de sus pensamientos, como las de los antiguos paladines, no es de aquellas que se rinden sin condiciones.

Solo será dado cantar victoria a aquéllos que hayan tenido ántes el heroismo de estudiar detenidamente la lengua, la historia, las costumbres i tradiciones de la América indíjena.

VIII.

EL INTERES DEL ARGUMENTO.

Despues de pasar revista a las seducciones que conviene evitar, digamos algo ahora sobre las perfecciones que es preciso alcanzar.

Hemos dicho que estas condiciones sin las cuales no hai novela posible, son dos: el interes dramático

del argumento, i la exactitud de las descripciones.

El interes del argumento es lo primero. Donde él falta puede haber una historia mas o ménos verídica, un poema mas o ménos digno de este nombre, una disertacion mas o ménos científica, un sermon mas o ménos bien intencionado; pero no podrá haber jamas una verdadera novela.

I ¿qué es, se nos preguntará talvez, lo que constituye el interes dramático? ¿Cuál es el medio de obtenerlo?—Hé ahí cuestiones cuya dilucidacion exijiria un libro i acaso algunos libros; cuestiones, sinembargo, que nos atrevemos a tocar mui a la lijera porque estamos persuadidos de que, desde el punto de vista práctico que es aquel en que nos hemos colocado, pueden ser resueltas sobre tabla.

En efecto, las mas prolijas investigaciones acerca del oríjen i naturaleza del interès dramático, serian apénas tan provechosas para aquellos que no hubiesen recibido del cielo una rica inventiva i una imajinacion creadora, como lo seria la mas profunda disertacion sobre la música para transformar en aventajados discípulos de Paganini i de Mozart a aquellos que desgraciadamente hubiesen recibido de la naturaleza orejas insensibles a los encantos de la armonía.

¿Quiere ello decir que sobre este punto nada puede esperarse del estudio ni nada puede enseñar la esperiencia?—Léjos de nosotros tal idea. Lo único que afirmamos es que no hai reglas para encontrar un buen argumento de novela, como no hai reglas para hacer bajar de lo alto la inspiracion poética sobre la cabeza de aquellos que no sienten arder en su alma

el fuego sagrado. Pero si el arte es impotente para suministrar lo que podria llamarse la materia prima de la novela, puede i debe ayudar a pulirla i a evitar que la malgasten aquellos que felizmente la posean.

Cada vez que hemos procurado, al leer alguna hermosa novela, darnos cuenta del misterioso encanto que encadenaba nuestra atencion a sus imajinarios personajes, hemos creido encontrar el secreto de esa atraccion en dos circunstancias que son, por decirlo así, como los dos polos sobre que jira el interes dramático.

Alguien ha dicho que el mas bello espectáculo que puede presenciarse sobre la tierra es el que ofrece el hombre virtuoso luchando contra la adversidad. Este pensamiento es profundamente exacto, i en él encontramos precisamente los dos elementos que constituyen el interes dramático,—la virtud, de suyo simpática i amable,—i tanto mas amable i simpática cuanto mas desgraciada.

Tal es a nuestro juicio el secreto del interes dramático reducido a su espresion mas simple, a sus elementos constitutivos.

Tómese al acaso cualquiera de las novelas que gozan de una fama mas universal, tómese cualquier cuento, aunque sea de ésos que cautivan solo la atencion de los niños, despójesele en seguida de todo aquello que constituya su vestido i su ornamentacion, esprímase su sustancia, si nos es lícito esplicarnos así, i se reconocerán invariablemente los dos elementos que hemos señalado: uno o varios personajes que el autor ha tenido el arte de hacer simpáticos, atribuyéndoles cualidades propias para despertar

el interes; i obstáculos mas o ménos graves i numerosos, arrojados en la via de sus deseos i esperanzas por lo que los antiguos llamaban el Destino i nosotros la Providencia.

No lo olviden aquéllos que se sientan atraidos hácia el jénero novelesco. Si no pueden darse reglas para encontrar argumentos interesantes, hai una mui sencilla para conocer los que, no ofreciendo ninguna espectativa, deben ser desechados sin misericordia. Donde no haya lucha entre la virtud i la adversidad, entre el espíritu i la materia, entre lo ideal i lo real, entre la inocencia i el crímen, no existe la materia prima de una novela.

Hé ahí el principio. En cuanto a sus aplicaciones i a las formas que es susceptible de tomar, la crítica es incompetente. Seria pretension tan vana marcar rumbos precisos a la imajinacion, al estilo, al jenio peculiar de cada escritor, como seria vana la pretension de marcar rumbos a los vientos i trazar senderos sobre la superficie del Océano. ¡Qué diferencia entre una novela de Jorje Sand i una novela de Cárlos Dickens! entre un romance de Cooper i un romance de Fernan Caballero! ¡Diferencias de nacion a nacion, de escuela a escuela, de siglo a siglo i de individuo a individuo! I sinembargo en medio de estas diferencias, al traves de esta atmósfera siempre variable, que da a cada novela su color, su fisonomía i su verdadera personalidad, es fácil descubrir algo de permanente e inalterable, como no es dificil, comparando a un negro de Guinea, con un hijo de Francia o de Alemania, descubrir entre ellos los caractéres constitutivos de la raza humana—un cuerpo i una

alma, un corazon capaz de amar i de aborrecer i una intelijencia capaz de raciocinar.

El novelista, pues, debe buscar esos dos elementos del drama, esa materia prima de sus artísticos trabajos, donde quiera que le sea posible encontrarla: en los tiempos antiguos o en los tiempos presentes, en los paises salvajes o en los paises civilizados, en las ciudades o en los campos, entre los pobres o entre los ricos, en los continentes, en los mares, en el mundo visible o en el mundo de los espíritus. Ningun campo está fuera de su dominio: no existe para él santuario inaccesible. La sociedad civil i la sociedad relijiosa, las costumbres, las ideas, las instituciones, todo, todo, cuanto existe debajo de la Luna es un hacinamiento de materiales que solo aguardan el contacto de la varilla májica del novelista, para afectar formas hermosísimas, para brillar con los colores del iris, para tomar, en fin, movimiento i vida.

I no solo es lícito al novelista echar mano de tantos i tan variados materiales, sino que puede decirse de él lo que los árabes dicen de su sol—que cambia en oro cuanto toca.

Esto a la vez que constituye la importancia del jénero, puede dar una idea de la responsabilidad de los que lo profanan. No así no mas el mundo moral i el mundo material abren sus puertas i confian al novelista sus secretos; puesto que al hacer en él este acto inaudito de confianza, echan sobre sus hombros una responsabilidad tremenda. Con facultad de verlo todo, tiene la facultad de publicarlo todo; con el poder de someter a su análisis cuanto acusa la alteza del

oríjen del hombre i la profundidad de su caida, su deber, su gloria, su mision, consisten en trasformar, como la abeja, las sustancias i los jugos de todas las plantas en miel que deleite i en cera que pueda alumbrar a la humanidad en su camino.

Despues de lo dicho a nadie causaremos estrañeza afirmando que en los tiempos actuales el jénero novelesco es, no solo el mas importante de los jéneros literarios, sino aquel que, solo, puede influir sobre la marcha de las sociedades mas eficazmente que todos los otros juntos. Si fuera posible llamar a un avenimiento a los que se sirven de la literatura para pervertir i corromper, les diriamos: Tomad para vuestro servicio el Parnaso i sus Musas, pero dejadnos la Novela!

En veinte años la Novela habria trasformado a la sociedad. Nada le impediria llevarla tras sí, dócil i blanda, como un domador que se hace seguir de un elefante tirándolo con una cinta de seda.

Es preciso, sinembargo, no olvidar que si la Novela ejerce sobre la sociedad una influencia incalculable, es solo a título de novela, o mas claramente, que cualquiera que sea el fin que el escritor se proponga, lo esencial para él, lo que no debe sacrificar jamas, aquello sin lo cual sus mejores intenciones quedarian frustradas, es el interes de su relato. Sacrificar éste a cualquiera otra consideracion es abandonar la presa por la sombra.

Esto no quiere decir sin duda que todos los medios son buenos con tal de que se obtenga ese interes, sino simplemente que donde éste no exista, todas las demas cualidades estarán de mas i las mejores inten-

ciones serán ineficaces. Por olvidar esta regla hai tantos hombres apreciables que pierden su tiempo i su talento escribiendo lecciones de moral en forma de novelas, lecciones que no tienen sino el inconveniente de no ser leidas por nadie.

El que toma en sus manos una novela, se halla en una disposicion de espíritu que dista mucho de ser la disposicion con que vamos al templo a oir una disertacion moral. En aquella vamos a buscar, ante todo, una distraccion, un pasatiempo; en el templo no debemos ni podemos buscar otra cosa que la verdadera doctrina i la enmienda de nuestros vicios. La consecuencia es óbvia: para el moralista lo principal es la verdad i la virtud; para el novelista lo principal es el interes de su relato.

¿Quiere esto decir que el novelista debe desdeñar la moralidad i que el moralista, por la inversa, no debe preocuparse absolutamente de hacer agradables sus lecciones?—Nada de eso. Lo que quiere decir es que ni uno ni otro deben olvidar cual es el fin que se proponen i cual es la condicion indispensable para obtenerlo.

En la práctica estamos viendo todos los dias la confirmacion de esta verdad. Personas mui piadosas que tienen la costumbre de leer asiduamente el *Año Cristiano*, *la Vida Devota* o la *Imitacion de Cristo*, no pueden leer sin fastidiarse ciertas novelas que pretendiendo ser a la vez novelas i exhortaciones a la virtud, ni tienen las gracias de aquellas ni la solidez de éstas.

No hai, pues, medio alguno de suplir el interes dramático: donde éste no existe no existe tampoco

la Novela. Por medio de él el novelista puede obtener el resultado que mejor le plazca: enseñar las ciencias i las artes, hacer amable la virtud, describir la naturaleza, propagar una teoría política o una doctrina filosófica. Sin él no puede nada. Una novela que carezca de esa condicion es como un orador sin voz: aquella no tendrá lectores; éste no tendrá oyentes.

¿I qué viene a ser un libro que nadie lee?—Exactamente lo mismo que un orador que perora en medio de un desierto.

IX.

EXACTITUD EN LAS DESCRIPCIONES.

Aun cuando las descripciones no ejercen sobre la suerte de las novelas una influencia tan decisiva como el interes del argumento, sinembargo, apénas es posible concebir un novelista de mérito sin la facultad de observar con cuidado i de pintar con exactitud.

Pero ántes de hacer sobre este punto las breves observaciones que nos hemos propuesto, no estará de mas advertir que cuando hablamos de descripciones nos referimos a todo cuanto abarca el mumdo material i moral: a la reproduccion exacta de las escenas de la naturaleza, de las costumbres, de los caractéres i de las pasiones. Puesto que, segun lo hemos observado ya, los dominios de la Novela no reconocen otros límites que los del mundo real i del

mundo imajinario, el novelista se puede encontrar a cada paso obligado a referirnos lo que han visto sus ojos o lo que ha inventado su fantasía; i ni en uno ni en otro caso le es lícito faltar a la verdad. Nadie puede exijirle que refiera solo lo que haya visto; pero nadie podria tampoco perdonarle que refiriera lo que no haya podido ver, ni efectivamente, ni aun dando por aceptados ciertos antecedentes.

Se trata por ejemplo de una *Novela indiana*. El novelista no está obligado, sin duda, a describir los lugares i las costumbres como podria i deberia hacerlo un viajero; sinembargo, es preciso que ponga tal arte en sus invenciones, que el mas escrupuloso viajero al leerlas no pueda jamas esclamar *tutta conciencia:* ¡Esto no ha sucedido! ¡esto no puede ser!

Otro ejemplo. Julio Verne, en su conocida novela *De la Tierra a la Luna*, exajera indudablemente la intrepidez yankee hasta donde es posible exajerarla. Sinembargo, supuesta esta intrepidez, supuesto sobre todo el carácter especial de los personajes principales de su novela, el lector no se muestra mui escrupuloso para aceptar el resto. Aceptada esta especie de convenio mútuo entre el autor i el público, nadie hace alto en las consecuencias. Todo lo que es relativamente posible se admite: que se funda un cañon enorme, que este cañon dispare una bala como una casa, que haya tres individuos que se presten a hacer tan temerario viaje en tan singular vehículo, etc. Pero el novelista que se permite todas estas licencias, tuvo buen cuidado de introducir en el proyectil algunos comestibles i un aparato para renovar el aire; i el novelista hizo mui bien. De otra manera

habria pecado gravemente contra el precepto de que nos estamos ocupando.

Si se nos pidiera un consejo para evitar este temible escollo, diríamos a los que nos hiciesen tal honor: No os aventureis jamas a describir lo que no conozcais perfectamente. De otro modo tendreis por fuerza, o que incurrir en groseras inexactitudes, o que hacer moverse vuestros personajes en el vacío. Esto por lo que toca a las descripciones materiales. Por lo que toca a la pintura de los caractéres, no introduzcais jamas a la escena un personaje, cualquiera que sea su importancia, sin haber ántes delineado en vuestra imajinacion su fisonomía moral i aquello que constituye la personalidad de un individuo, ese algo,—vicio o virtud, defecto o perfeccion,—que en el alma como en el cuerpo de cada hombre es como el distintivo i el sello de su yo. Hecho esto, no hagais que ese personaje dé un paso ni pronuncie una palabra sin recordar ántes ese sello, para que sus acciones i sus pensamientos guarden con él conformidad perfecta, i a fin de que el lector naturalmente i sin esfuerzo lo distinga entre mil, para que se le quede tan grabado en la memoria que si alguna vez lo encuentra por la calle esclame involuntariamente:—¡Es él!

No es ésta una exajeracion, ni se trata aquí solo de una figura de retórica, que juzgando por nuestra propia esperiencia podemos afirmar que esos encuentros son frecuentísimos. Hai escritores que tienen tal arte para caracterizar a sus personajes que logran dejarlos como esculpidos en la memoria de los que leen, ni mas ni ménos que si éstos los hubieran

conocido i tratado realmente. I lo mas singular es, que estos admirables retratos casi siempre son el resultado de unas cuantas pinceladas.

A este respecto, ninguna galería mas rica ni mas digna de ser estudiada que la de Cárlos Dickens. Si álguien puede negarle el dictado glorioso de primer novelista del siglo, nadie le negará el de primer fisonomista. En este sentido, si tiene iguales no tiene superiores; i cuando decimos que no los tiene, recordamos mui bien que Inglaterra ha tenido un Shakespeare i que en nuestra propia literatura tenemos un Cervantes.

Inútil seria que procurásemos revelar aquí los procedimientos, en el fondo tan artísticos i en apariencia tan sencillos, que empleaba el insigne novelista ingles para dar una personalidad tan pronunciada, una fisonomía tan única, (perdónenos la gramática) a sus personajes. No hai otro medio de tomar la manera de los grandes maestros que estudiar sus obras.

Caracterizado un personaje, física i moralmente, puede decirse que se ha sentado un principio i que lo único que resta que hacer es deducir sus consecuencias: puede decirse que se ha hecho un dibujo, dentro del cual todos los matices i colores son aceptables, fuera del cual el toque mas hermoso seria una verdadera aberracion.

Esta es una regla tan importante como poco observada. Raros son los novelistas que se dan una cuenta cabal de los maravillosos efectos que produce en el ánimo del lector un carácter hábilmente pintado e invariablemente sostenido. Si se observa con

cuidado se verá que de diez escritores, talvez cinco, no sopechan siquiera la importancia suprema que tiene esa esmerada delineacion de los caractéres.

¿Se trata del galan?—El novelista no tardará en deciros que era un apuesto jóven cuya edad varia entre los 20 i los 30, de ojos negros, de cabellos id., de gallarda presencia, de esbelto talle, de maneras distinguidas, etc.

¿Se trata de la dama?—Cabellera abundante, ojos verdes, azules o negros, poco importa, con tal sí, i esto importa mucho, que sean velados por largas i crespas pestañas, cuello de alabastro, *aire* melancólico, abriles 15 a 20, etc., etc.

Resultado: que damas i galanes pasan por delante de los ojos sin dejar en el alma la mas mínima huella, ni mas ni ménos que el abonado a un periódico de modas vé desfilar una larga série de galanes i de damas a la llegada de cada vapor, olvidando para siempre la fisonomía de unas i otras un instante despues de haber doblado la última hoja.

Para terminar este párrafo como hemos terminado los anteriores, resumiéndolo en pocas palabras, diremos: que el novelista no debe describir nada que no esté en situacion de describir con verdad, i que no debe llevar a sus lectores a ningun sitio cuyo color local no haya percibido con sus propios ojos: que no debe presentar en la escena a ningun personaje sin haber encontrado ántes en él la cualidad de su corazon, de su intelijencia i aun de su cuerpo, que lo distinga de todos los demas seres de su especie, reales o imajinarios: que esta cualidad debe ser como la clave que esplique todas sus palabras, como

el resorte que lo provoque e impulse al movimiento i a la accion.

Por último, despues de caracterizado un personaje, el novelista debe tener siempre delante de sus ojos aquel adajio vulgar que es sinembargo la espresion de una gran verdad filosófica i literaria: *Jenio i figura hasta la sepultura.*

LA PARRA, EL JUNCO I LA VIOLETA.

¡A TI!

(Inédita.)

Pensando en tí cual de contínuo pienso,
Ayer, amada, al declinar el dia,
Vagando, triste, con mis penas solo,
Una desierta viña recorria.

Miraba yo las parras mutiladas,
Sin hojas los sarmientos por el suelo,
Ni pájaros, ni flores, ni racimos,
Todo silencio, soledad i duelo.

Por las cortadas cepas gota a gota
La vid su llanto puro derramaba,
I cada gota, al caer, del sol poniente
La luz rojiza i débil reflejaba.

Iba avanzando con medrosa planta
I con medroso corazon oyendo
El ¡ai! doliente de las hojas secas
Que iban mis piés en polvo convirtiendo.

¿Qué buscaba yo allí?—No lo sabia.
La soledad talvez para mi pena.
¡Deseo vano! ¿Cuándo sola el alma
Estuvo estando de recuerdos llena?

Yo huia de los hombres, de sus risas,
Yo buscaba el silencio i el reposo;
I silencio, i quietud, i llanto i luto
Allí encontraba con secreto gozo.

Allí todos lloraban: yo queria
Llorar tambien entre otros que llorasen,
Donde no hubiera necios que con risas
A los ayes de mi alma contestasen.

I lloré, sí, que en un añoso tronco
La cabeza apoyada, largo trecho
Me estuve por los ojos exhalando
La amarga hiel en que se ahogaba el pecho.

De las cepas las lágrimas heladas
I las calientes de mis ojos via
Confundidas caer sobre una bella
Modesta flor que a nuestros piés yacia.

Era esa flor que en los viñedos crece
En la estacion mas tétrica del año,
Flor solitaria a quien la niebla viste
Del pálido color del desengaño.

Sobre su tallo doblegada siempre,
El grato aroma del dolor exhala,
Aquel aroma que no cansa nunca,
Aquel aroma que a tu aliento iguala.

Era un junco que el llanto de la parra
En su corola, amante, recibia,
I que con él su propio llanto uniendo,
Daba a otra flor que a su raiz vivia.

A otra flor, humilde entre las flores,
Como el junco fragante i desgraciada,
Siempre a los piés rendida de su amante
I de su amante siempre separada.

¡Pobre violeta! viendo sobre el seno
Lánguido caer el junco enamorado,
Sin estrecharlo nunca sino cuando
Cae sobre ella seco i deshojado!

¡Suerte infeliz la suerte de esas flores!
¡Amarse i solo, de su amor en prueba,
Unirse en sus aromas, si por suerte
El viento cruel su aroma no les lleva!

Florès por la natura condenadas
Con un amor sin esperanza a amarse,
Sin poder otra cosa que sus lágrimas
I suspiros de amor comunicarse.

Flores imájen de la suerte nuestra,
I que cojí por eso, i que te envio:
Talvez marchitas llegarán ¿qué importa?
Las marchitó el ardor del labio mio.

No en doradas macetas, dulce amiga,
Pretendas conservar su vida amarga,
Que aunque poco han vivido, la existencia
De amor sin esperanza es siempre larga.

Tampoco las separes,—juntas sean
Adorno de tu negra cabellera;
Que hasta despues de muertas separarlas
Crueldad impropia de tu pecho fuera.

I despues en la noche cuando vayas
Del sueño en busca al regalado nido,
No abandonarlas quieras, te lo ruego,
Al desatar tus trenzas con descuido.

Ponlas al pié de la sagrada imájen
Que en tu alcoba conservas reverente:
¡Con ellas cuán hermosa brillaria
La corona nupcial sobre tu frente!

1860.

¡EN GUARDIA!

(Inédita.)

Prestadme el grato son, calle-larguinas,
Que arrancais a las arpas i guitarras
Cuando a la fresca sombra de las parras
Cantais vuestras tonadas peregrinas.

I vos tambien prestadme, hermoso rio,
Que fecundais el valle quillotano
El susurrar armónico i lejano
Que teneis en las noches del estío.

Alondras, que al romper de la alborada,
Vuestros amores esparcis al viento,
Jenerosas prestadme vuestro acento
Que voi a acometer empresa osada.

Como la flor de la magnolia bella
Es blanca i pura su hechicera frente;
¡Maldito el hombre que atrevido intente
Allí estampar de la pasion la huella!

Vivid como vivis, el mundo amar
No sabe ahora lo que amor merece,
El mundo es un erial donde no crece
La blanca flor de la pureza ya.

Vivid para vos misma; si un estraño
Fuego sentis que vuestro pecho acosa,
«¡Ai infeliz de la que nace hermosa!»
Recordad que está escrito en vuestro daño.

Sé que de vuestro padre en la morada,
Naranjos hai cubiertos de azahares;
Contadles sin temor vuestros pesares,
I os sentireis acaso consolada.

Las flores no hacen daño, i entre flores
Bien es que viva la que flor nació;
Contadles sin temor vuestros dolores,
¡Nunca una flor a la amistad vendió!

No cual débil, confiada enredadera
Querais buscar de un árbol el apoyo;
Sed mas bien como humilde i manso arroyo
Que silencioso va por la pradera.

No os alceis como se alza la mosqueta
Sobre las tapias por lucir su gala;
Sed mas bien cual la púdica violeta
Que oculta vive i su perfume exhala.

Mas ¡ai! que en vano ocultareis, en vano,
Del mundo vuestra espléndida hermosura;
Que por mas que se oculte en la espesura
La calandria, en las garras del milano
Caerá infeliz, porque con dulce trino,
Incauta, muestra a todos el camino.

Pero si allá en el libro de la vida
Dios escribió con su potente mano
Que, entre la turba-multa confundida,
Surcáseis de este mundo el oceáno,
Si ha de morir en vuestra boca un dia
Esa sonrisa celestial que encanta,
¡Por piedad huelle i mate vuestra planta
Antes la flor de la esperanza mia!

1860.

EL ULTIMO PASEO A LA ALAMEDA.

(*La Revista del Pacífico.*)

I.

Era una tarde; pabellon de nubes
Se alzaba sobre el sol en occidente
I el son de la campana tardo i lúgubre
Vibraba en el espacio tristemente.

El aire frio que el invierno anuncia
Iba de árbol en árbol murmurando,
Las hojas de sus ramas i cogollos
De rojo i amarillo matizando.

El álamo jigante que se alzaba
Lozano i orgulloso un tiempo, ahora
Está mústio, i la muerte presintiendo,
La copa inclina i sus desdichas llora.

A cada embate destructor del viento
Las hojas en revuelto torbellino
Vense al suelo venir ¿quién por entre ellas
Podrá seguir gozoso su camino?

II.

¿Quién?—Solo el mísero
Que lucha en vano
Contra las parcas,
Como las pálidas
Hojas que ufano
El viento arranca.

Solo el que rápido
De aquesta vida
Huye a la huesa,
Como del álamo
La desprendida
Hoja se aleja.

Solo el que jélida
La sangre sienta
Ir por sus venas,
Como las ráfagas
Que abril alienta,
Como sus nieblas.

Solo el decrépito
Que vé que jira
La muerte en torno,
Como el viejo álamo
Que el hacha mira
Junto a su tronco,

III.

I así era a la verdad; solo un anciano
De calva frente i blanca cabellera,
En un baston sus años apoyando,
Paseaba aquella tarde, una postrera
Mirada en torno dando.
I al verlo taciturno i macilento
Marchar entre las hojas
Amarillas i rojas,
Parecia que, juntos, aquel viento,
Con homicida mano,
Arrastraba a las hojas i al anciano.
Rendido ya con planta temblorosa
Busca do descansar i cabizbajo
Siéntase al fin en la cercana losa.

¡Ah! cuánto de ilusiones disipadas!
¡Ah! cuántas dichas, por su mal perdidas,
En la niebla del tiempo confundidadas,
Cual procesion de vaporosas hadas,
Irradiarian un postrer reflejo
De desengaño amargo
Sobre la frente pálida del viejo!

Triste como la imájen de la tumba,
Aterrador cual rayo que fulgura,
Solemne como torre que derrumba
El tiempo en noche oscura,
Un suspiro del pecho

Exhaló el viejo en lágrimas deshecho.
I con tardo ademan i voz doliente
Dijo, inclinando la marchita frente:

«¡Qué triste es el vivir cuando se vive
Tan solo en los recuerdos del pasado!
I cómo el tiempo que se fué recibe
Bellos matices, cuando ya alejado,
Lo vé la mente tras el velo denso
De largos años de dolor intenso!
¡I cuán bello dibújase en mi mente
Aquel tiempo feliz, cuando solia
Aspirar del otoño el fresco ambiente
De mi amada en la dulce compañía!
Cómo el acento de su voz plateada
Vibra en mi oido aun, i entre sonrojos
El puro amor de su alma inmaculada
Fluye entre aromas de sus labios rojos!
¡Adios! adios! mujeres seductoras:
Sueños de dicha ¡adios! que me despido;
Pero no me escuchais. ¿Por qué tan presto
Me echásteis en olvido?
I aquellos juramentos ¿qué se hicieron?
I aquel *amor eterno* ¿dónde, dónde
Huye e inconstante de mi voz se esconde?
Doce lustros sentado
Al banquete engañoso de la vida
No han mis deseos de placer saciado;
¡I aun llorais ojos necios la partida!
Mundo, cansado el corazon te deja...
Mas ¡qué acerbo dolor el pecho baña
Del triste que se aleja

Hácia el callado osario
Arrastrando sus penas solitario!

¿Quién querrá acompañar al peregrino
Que endereza a la tumba su camino?

IV.

Solo la pálida
Hoja arrancada
Del árbol puede
Coronar gárrula
La frente ajada
Del que se muere:

De aquel que estériles
Suspiros suelta
Viendo perdidas
Tantas espléndidas
Dichas que eternas
Le parecian.

Solo los álamos
Que tanta turba
Un tiempo vieron.
I que con flébiles
Voces murmuran:
¿Qué se hizo de ello?

Solo los árboles
Que ya la herida
Sienten del hacha
Dan al escuálido
Viejo acojida...
Solo ellos le aman!

1860.

EN LA MUERTE

DE DON SALVADOR SANFUENTES.

(*Revista del Pacífico.*)

En el gran dia en que de Dios la gloria
Se te presente en su verdad i luz
Hallará el ánjel, al abrir tu historia,
Bajo cada dolor una virtud.

¿Con que es lei implacable del destino
Que tus mejores hijos, patria mia,
En la mitad no mas de su camino
Al borde lleguen de la tumba fria?

Cada año un astro miras apagado
De los que te irradiaban su luz bella,
I una fosa cada año has escavado
Para una gloria sepultar en ella.

Pero ¡nó! no será! que aunque anonades,
Muerte envidiosa, lo mas vil del hombre,
Traspasará su fama las edades;
Nunca en la huesa ocultarás su nombre.

¡Nó! no caerá la majestuosa i alta
Columna que conservará su memoria!
Que si virtud para imitarlos falta
Sobra la voz para cantar su gloria.

¡Oh! si pudiese yo contar entera
La gloria de tus hijos, patria mia!
¡Oh! si a do llega el corazon pudiera
Llegar mi voz, qué léjos llegaria!

Los fúnebres anillos ¿quien contara
De la cruel, larguísima cadena,
Que te liga a la tumba, siempre avara,
De despojos ilustres nunca llena?

¡Vorájine insaciable! tantos buenos
No fueron a saciarte suficientes;
I al mejor de ellos en tus negros senos
Quisiste sepultar... ¡i era Sanfuentes!

Murió: i al recordar la edad pasada
Dirá a las jentes la futura historia:
«Poco vivió para la patria amada;
Mucho vivió para la propia gloria.»

Murió. Su corazon fué su asesino;
Su corazon de poeta que buscaba
Union i libertad en su camino,
I que ni union ni libertad hallaba.

¡Cuánto sufrió sin exhalar siquiera
Un ¡ai! que revelase su dolor!
El pulsaba su lira, mas nunca era
De los propios pesares el cantor.

Sanfuentes fué quien a la edad pasada
Con mano audaz sacó de su sudario;
I por su jénio ardiente fecundada
Brotó la hermosa flor de *El Campanario.*

¡El Campanario! peregrina historia,
Cual los recuerdos de la infancia bella.
Guarde por siempre Chile en la memoria
Que a un reto pudo contestar con ella.

I despues, por el poeta i el chileno,
De las tierras lejanas i floridas
Que fecundizan el Cautin i el Bueno,
¡Cuántas bellas leyendas recojidas!

¡Perdona Inami desde el cielo al vate,
Que tus amores sorprendió en tu eden!
Como tu corazon ya el dél no late;
Cual tú supiste, supo amar tambien.

Hijos de Arauco, si el fatal destino
En los futuros tiempos a esta tierra
Os arrastra en revuelto torbellino
I vuelve a arder el fuego de la guerra.;

Al alzar vuestros brazos prepotentes,
Si os quieren dar los hados la victoria,
Dejad con vida el nombre de Sanfuentes;
Mas le debeis, que le debeis la gloria.

Incapaces del bien, hombres perdidos,
Bestias de carga, imbéciles ilotas,
Tigres, jamas por el amor rendidos,
Os llamaban en Chile los idiotas.

El cantó a Huantemagu. ¿Cuándo cupo
En culto corazon el heroismo
De ese salvaje que ser grande supo,
Cual nadie fué, venciéndose a sí mismo?

Cabal justicia os hizo ¡oh araucanos!
Su noble corazon gozóse en ello:
Los que destruiros quieren inhumanos,
Ciegos, no ven lo grande ni lo bello.

Poetas, vosotros a quien Dios regala
Un acorde laud i un corazon,
Triste como los cantos de la *huala*,
Dad al cantor de Inami una cancion.

Vosotros que con paso ya certero
El camino seguís que va a la gloria,
No os olvideis de quien abrió el sendero,
Consagrando un recuerdo a su memoria.

Cantad su corazon sin egoismo
Nutrido solo de amistad i amor,
Para todos abierto, leal, el mismo,
Nunca a los ayes sordo del dolor.

Su corazon de poeta, siempre henchido,
Mas del ajeno que del propio lloro;
Humilde con el pobre i desvalido,
Nunca humillado ante el poder ni el oro.

Cantad su vida: ni una mancha leve,
Muchas virtudes hallareis en ella;
I si fuerzas teneis i a mas se atreve
Vuestro jenio, seguid, seguid su huella.

I su muerte despues..., buscad su huesa:
La inspiracion allí talvez aun arda;
Donde la Patria llore, llorad ¡esa,
Esa es la tumba que a Sanfuentes guarda!

1860.

LA ORACION DEL HUERTO.

(*La Estrella de Chile.*)

I fué su sudor como gotas de sangre
Que corrian hasta la tierra.

San Lucas.

I.

Su luz siniestra i pálida arrojaba
El sol, poniente ya, sobre el pináculo
Del templo de Salem.
El viento de la tarde, humedecido
Por los vapores de la mar i el lago,
Empujaba en tropel
Lívidos nubarrones, que pasaban
El color de los muertos reflejando,
Sobre Sion infiel.

El pueblo silencioso, consternado,
Corre las calles i los atrios llena
Con inquieta ansiedad;
I, como reo que al suplicio marcha,
Notad ese hombre de mirar sombrío
Que entre la turba va.
Ved como le abren paso: como brillan
Con roja luz sus ojos que parecen
De la órbita salir,
I cual tiemblan sus plantas, i remeda
Cada cabello de sus negras crenchas
Un venenoso aspid.
¡Es Judas! Infeliz! deten el paso!
¿No sientes que el infierno se apresura
A estrecharte el dogal?
¿No te sientes ahogar? ¿No ves que el aire
Que con trabajo aspiras, que te quema,
Es álito infernal?
¡Ah! no me oyes.... camina! que se cumpla
Fuerza es lo que anunciaron los profetas
De la lei anterior:
Fuerza es mostrar al mundo con tu ejemplo
Que la traicion i la codicia pueden
Vender al mismo Dios!
El fariseo hipócrita, el escriba,
El orgulloso sacerdote, Poncio
Cobarde, sin virtud:
El veleidoso pueblo que otro dia
Con palmas lo aclamara—todos ansian
La sangre de Jesus!

II.

I Jesus entre tanto.... El viento sopla
Trayendo los murmullos del Cedron,
Ajitando los árboles del huerto,
Meciendo los cabellos de su Dios.
Se alza la luna i a sus rayos vénse
Como a un tiro de piedra, los apóstoles
En ademan de duelo;
I Jesus los contempla, i ve que yacen
Santiago i Juan dormidos por el suelo.
I vé que Pedro cae i se levanta
Contra el sueño i cansancio batallando,
I que al fin cede, en un tendido tronco
La pesada cabeza reclinando.
Todo silencio i soledad.... ¡Ah! cuántos
Pensamientos tremendos reflejaron
En la frente sin mancha de Jesus!
¡Cómo a su vista, en su verdad pasaron
La befa, i el escarnio, i los azotes,
I el suplicio afrentoso de la cruz!
La angustia de su madre inmaculada,
Judas perseverante en su delito,
Pedro débil, la turba alborotada
Alzando al cielo el grito,
El infeliz Pilato, el pueblo entero
Cargando con la sangre del Cordero!
¡Tanto amor por el mundo! tan ingrato
El mundo a quien amaba!
¡Tantas jeneraciones, que cristianas,
Pudiéndose salvar, se condenaban!

Dime, Señor ¿qué viste,
Cuando a las aguas del Cedron oiste
Exhalar una tétrica armonía
Como el jemir de un hombre en su agonía?
Cuando las verdes copas remeciendo,
Los olivos sus hojas sacudieron
I amarillas de súbito,
Sobre tu frente pálida cayeron?
Cuando tu rostro en sangre se bañaba,
Que abundante corria hasta la tierra,
I orabas a tu Padre, i El te enviaba,
Talvez de tus angustias conmovido,
Un espíritu puro que viniera
A confortar tu corazon caido?

.....

¡Ah! quién sabe si el hijo de María
La corrupcion de nuestro siglo incrédulo
En su oracion veia!

III.

Ajita el ánjel sus doradas alas
I cual meteoro brilla i desparece.
Se alza Jesus.... «Amigos, levantaos»
Les dice a sus apóstoles: «llegado
Es ya el poder del mundo i del pecado.»
Despiertan los apóstoles, i léjos
Se oyen ya los clamores de la turba
I se ven de las hachas los reflejos.
Judas viene delante. Abre los brazos
I con sus lábios cárdenos, la boca
Purísima del Justo osado toca.

Jesus, en sus entrañas conmovido,
Con acento suavísimo le dice:
«*Amigo ¿a qué has venido?*»

.....

I pensó el ruin que el cielo lo aplastaba,
I, como cuervo que las nubes hiende,
La turba atravesó;
I el precio infame de Jesus volviendo,
De un árbol se colgó.

1860.

ANDO CON CAPA.

(IMITACION DE EUSEBIO CARO.)

(*La Estrella de Chile.*)

Como no tengo ni una peseta
Con que comprarme una polaca,
I ropa nueva conseguir, nadie
Que sea honrado, puede sin plata;
Por eso, amigo, aunque te enfades
I me eches una tras otra *raspa*,
En todo tiempo i a todas horas,
Llueva o no llueva, ando con capa.

Cuando se atrasa mi lavandera
I me es forzoso salir de casa,
En tí me embozo, capa querida,
I mi arrugada camisa tapas;

Tú no permites que de los necios
Hasta mí llegue ni una mirada,
I nadie sabe qué es lo que llevo
Cuando algo llevo bajo mi capa.

Mas cuando paso cabe una moza
Ni en mí se fija ni se amostaza.
Todo el que ame vista levita....
A uno de capa ¿qué mujer ama?
¿De qué me sirve tener buen talle,
Andar garboso i anchas espaldas,
Si tantas prendas, hechizos tantos
Ocultos yacen bajo mi capa?

De mí se alejan ya los amigos
Porque no se usa capa tan larga;
I yo cortarla ¿cómo podria
Cuando no tengo otra frazada?
Mas si de mí huyen todos los mozos
Las mozas todas de mí se espantan:
Al verme dicen: «¡Guai! i qué añejo!»
.....
¡Llévete el Diablo, maldita capa!

¡Ah! cuántas pullas! cuántos bochornos
Todos los dias ella me causa!
I a pesar de eso ando con ella
A toda hora, tarde i mañana!
No hai un viejo, no hai un niño,
No hai una vieja ni una muchacha,
Que no con sorna diga si paso:
—«¡Dios me lo guarde, señor de capa!»

Con todo, nunca podré dejarte...
Tú de mi padre eras la capa:
Bajo tu frisa todas las noches
En el invierno me calentaba.
Aunque me quede sin un amigo,
Aunque me empache con calabazas,
¡Yo hasta la muerte he de llevarte!
¡I tú al sepulcro, llévame, capa!

1860.

EL PAJARERO.

(*La Estrella de Chile.*)

El sol bajaba i de la mar subian
Nubes de oro i de púrpura formando
Espléndido dosel;
Como bordado pabellon que cubre
En la noche primera los misterios
Del tálamo de un rei.
Del rocío, cual perlas, por doquiera
Vense brillar las gotas que vacilan,
Pugnando por dejar
Los desnudos sarmientos do la niebla
Recargada i tenaz de la mañana
Las colgara al pasar.
Triste está todo, silencioso i grave...
Cojió la fruta el hombre: hasta las hojas
El viento se llevó...

Solo hai uva en las parras i en el suelo
Pálidos juncos i violetas ricas
De suavísimo olor.
De pié, sobre un andamio improvisado
En medio de la viña, grita ronco
Un mancebo jentil,
Espantando los pájaros que chupan
El codiciado jugo que atesoran
Los racimos de abril.
Alza la mano el pajarero, i jira
Rápida la honda, i el guijarro parte
Silbando hácia el solar
A donde el ojo del garzon descubre
El negro tordo, la cantora tenca,
La rara o el zorzal.
Azoradas las aves, en bandadas
Vuelan i hácia los montes se dirijen
Donde suelen dormir.
I el pajarero calla, i ellas gritan:
«Amable pajarero ¡hasta mañana!
¡Ya nos vereis venir!»

1860.

ANTE LA ESTATUA DE FREIRE.

UN VETERANO DE LA INDEPENDENCIA.

(*La Revista del Pacífico.*)

Llenando de amargura
El corazon del pobre que lo aguanta,
Comenzaba el invierno. La natura
Triste moria. Con pesada planta,
Alzando al cielo la rugosa frente,
Por la Alameda un militar marchaba,
Mostrando con un brazo... que no tiene,
Que supo combatir, como a un valiente
Por la patria conviene.
Escuchaba con pena cual venia
El Norte entre los álamos sonando;
I al ver como sus hojas desprendia,

Suspiraba pensando
Cómo el frijido viento de los años
Habia deshojado i aterido
Su verde corazon, en otro tiempo,
De esperanzas tan bellas revestido.

El Norte llega, i el sombrero vuela
Llevándose consigo
La yesca i el tabaco. ¿Qué le queda?
Su honor, que hará que muera ántes que vaya
A pordiosear su pan como mendigo.

El cielo rompe en agua. Alegre grita
Se oye despues: cual raudo torbellino,
Una caterva de muchachos pasa,
Dejando cuan largo era en el camino
Al pobre militar, que derribado
Quedó por el empuje omnipotente,
De un asueto feliz, inesperado.
Reniega, grita, se levanta, quiere
Su tabaco alcanzar i su sombrero,
I ve que los muchachos se los llevan,
Entre los piés lijeros.
Quiere llamar;. su lengua se entorpece:
Quiere correr; un resbalon... ¡al suelo!
I la algazara de los niños crece,
I aprieta el agua i se derrite el cielo.

«¡Eh! llueva mas!» esclama, hasta un asiento
Los aporreados miembros arrastrando,
«Mas agua, mas muchachos i mas viento!»
I agachó la cabeza i silencioso
Quedóse meditando.

I llovió mas, i por los flacos hombros
Del veterano el agua descendia,
I pegaba a sus huesos los harapos
Que sus huesos cubrian.
Comenzó a tiritar, i llegó al suelo
El agua de sus ojos que corria
Como el agua del cielo.
Alza al fin la cabeza i dice: «¡Cuándo
Se permitió un valiente
Delante de su jefe como un niño,
Menguado, estar llorando!
¡Presente jeneral!... un pobre cabo...
¡Oh! me conoce!... Freire siempre supo
Conocer a los bravos!
¿Quién te dijera, jeneral, que cuando,
Con sable en mano, de entusiasmo ardiendo,
Al frente tú, en pedazos deshicimos
Los escuadrones del contrario bando;
Cuando con voz de trueno nos gritabas:
¡Muchachos, adelante! por la patria
Jamas un hijo de vencer acaba!
No estaba léjos el amargo dia
En que esa dulce idolatrada patria,
Por quien la sangre con placer vertíamos,
Nos diese por castigo
De las heridas en el campo halladas,
La suerte ignominiosa del mendigo?
¡Ah! cuánto, cuánto
Tu corazon piadoso te mentia,
Cuando en la arena del guerrero campo
Aseguraste que la patria buena,
Nuestra pobre vejez ampararia!

Todos felices, todos disfrutando
De la patria la próspera fortuna;
Solo tristes ¡oh Chile! los que un dia
Guardar supieron tu azarosa cuna!»

«Freire, si con tu diestra vencedora,
La losa levantando
De tus preciosos restos guardadora,
Alzar pudieras la soberbia frente,
¿No es verdad hollarias so la planta
La estátua, que no a tí, que no a tu gloria,
Que a los que viven hoi, de los que viven
La vanidad levanta?
I que el oro en alzarla mal gastado,
En morada invirtieras do pudiese
Morir en paz, el que otro tiempo supo
Vivir como soldado?»

«Bueno es honrar el nombre del valiente;
Pero es mejor que el que valiente fuera
No de abandono i de miseria muera.»
«¡Hola borracho!» el policial del punto
Le interrumpió altanero;
I del pecho del triste veterano
Un ¡ai! salió doliente i lastimero.
¡Ai! que la patria sin cesar repite
Hasta que mire alguna vez construido,
Un hospital de inválidos do vivan
Los nobles veteranos que por ella
Su sangre en los combates han vertido.

1861.

VIAJE DE SALUD.

ADIOS A LA PATRIA.

(Inédita.)

¡Oh! patria! adios!... ¡Qué bellos que parecen
Tus valles i montañas desde lejo!
¡Cuál tus encantos en la mente crecen
De aquel que de ellos a apartarse va!
¡Oh! patria! ¡adios! El corazon te dejo:
Guárdalo entre el aroma de tus flores.
Solo me voi, me voi con mis dolores:
¿Quién al proscrito acompañar podrá?

Me voi, i van bulliendo en mi memoriá
Las dulces horas de la edad pasada,
I al recordar tan deliciosa historia
Pienso que voi lanzado del Eden.

I mas aun, la copa acibarada,
Solo, el destino que apurara quiso;
I si a Adan quitó Dios un paraiso,
Otro dejóle en su consorte fiel.

Que el proscrito que lleva de la mano
Al mundo entero en la mujer querida,
Con corazon igual el Oceáno,
Los valles i los montes cruzará.
Mas el triste que ni aun en su partida
Puede decir adios a la que adora,
Ese debe llorar así cual llora
El que al infierno condenado va.

Del sol poniente el último reflejo,
Los montes dora de la patria amada;
I yo, infelice, que en la patria dejo
El que era ayer mi venturoso hogar,
Torno hácia atras en vano la mirada;
Porque ya atras tan solo se divisa
La costa como sombra movediza
Que columpian las olas de la mar.

Dejar el suelo amado do vivimos
La alegre primavera de la vida,
Do el primer paso vacilante dimos,
Do nuestro labio con placer gustó,
El beso con que amante nos convida
Madre amorosa, el regalado beso;
Eso es ¡oh! Chile! abandonarte, i eso,
Todo eso siento al alejarme yo.

Dejar al feraz suelo do la tierra
Se asienta en oro i se desata en flores,
Esa tierra magnífica que encierra
Los dones todos que nos diera Dios;
Robles jigantes, pájaros cantores,
Frutos sabrosos que a gustarlos llaman,
Las mujeres mas puras, que mas aman;
Eso es ¡oh, patria! abandonarte.... ¡Adios!

1861.

UNA LECCION DE MEDICINA.

(Inédita.)

Tomaba el pulso un médico soltero
A una muchacha que en los quince andaba,
I cada vez que el pulso le tomaba
Lo hallaba fuerte i por demas lijero.

Despues el padre, viejo ya matrero,
De su hija el pulso con afan buscaba,
I al hallarlo, entre dientes murmuraba:
«¡Mas entiende de pulso mi barbero!»

—«Es que el que medicina no ha estudiado
Nada de pulso entiende, señor mio,
I lo halla siempre lento i arreglado.»
—«¡Oh! yo, doctor, de su saber me rio!
¡Es que el pulso está quieto o excitado
Segun el corazon del que ha pulsado!»

1861.

MUERTE RARA.

(IMITACION DEL ALEMAN.)

(*El Bien Público.*)

Quiso en tiempos antiguos cierto rei
Su horóscopo saber.
Para ello, un adivino
Que mostró siempre estraordinario tino
En el adivinar,
Al punto hizo llamar.
—«Dime, le preguntó Su Majestad,
¿De qué moriré yó?»
I el adivino al punto contestó:
—«Escucha la verdad,
Aunque de ella te burles i de mí:
Morirás de un bostezo, Rei, el hado,
Determinólo así.»

Como entenderse deja.
El Rei acongojóse,
Oyendo tal consejo.
Prohibe en consecuencia
Que se aburra la jente en su presencia.

Llegó a viejo el buen Rei, i felizmente
Nadie aburrirlo pudo, porque cuentan
Que era el Rei mui paciente.

Un dia un poeta de crecida fama,
Fué a leerle un epigrama,
I el rei no pudo mas, i... bostezó!
¡I al punto se murió!

1861.

RECUERDOS.

(Inédita.)

Te dije adios. El viento que arrebata
Su aroma suave a las tempranas flores
Pasa i no vuelve a marchitar las hojas
En que ejerció sus bárbaros rigores.

¡I tú, mas cruel que el viento de la tarde,
Despues de arrebatarme la ventura,
Vuelves sobre tu víctima, que solo
Darte puede despojos de amargura!

Pon la mano en el pecho i reflecciona:
Ve lo que hoi eres, lo que fuiste ayer.
¡En solo un año cuán horrible cambio!
¡Tornóse el ánjel en vulgar mujer!

Al verte hastiada, enferma i abatida,
Al sentir sobre tí la cruel cadena
De la mezquina realidad ¿no piensas
En otro tiempo, dí? ¿no sientes pena?

De aquel rico tesoro con que el cielo
Habia en su bondad tu alma dotado,
¿Qué resta ya? Como humo disipóse...
Solo el recuerdo en mí no se ha borrado.

¡I cuánto lo deseo! cuánto! cuánto!
Mujer ¿qué hai de comun entre los dos?
Ni aun la memoria de los bellos dias,
Ni el amargo pesar que vino en pos.

¡Nada! Marchando por opuestas sendas,
Cada momento nos aleja mas;
¡Nunca ya ni tus ojos con mis ojos,
Ni tu mano i mi mano se han de hallar!

Como las aguas de cercanos rios
Que se mezclan un punto en su camino,
Para tornarse a separar, i solos
Correr despues a su final destino;

Un punto nuestras almas se mezclaron
I una jornada hicieron.... I hoi van solas,
Alejándose siempre, a confundirse
Del mar de lo infinito entre las olas.

Sola hoi caminas; pero acaso, acaso,
Cuando lo amargo de la vida pruebas,
Recuerdes que del pecho en lo mas íntimo
Algunas gotas de mi acíbar llevas.

¡Oh! sí te acordarás! que mi recuerdo
Unido está con tu postrera gloria:
Como un remordimiento, miéntras vivas,
Esculpido ha de estar en tu memoria.

1861.

EL POETA I EL ARBOL DEL CAMINO.

(Inédita.)

I.

Triste, meditabundo, silencioso,
Un poeta caminaba. ¿Adónde iria?
¿A ver del campo el panorama hermoso?
¿A distraer la rica fantasía,
Contemplando los montes i los valles,
Cansado de edificios i de calles?

¿O acaso el taciturno caminante
En lo íntimo del alma paladeaba
La vision dulce de la tierna amante,
Que en el campo entre flores lo aguardaba?
¿O iba desesperado el peregrino
A colgarse de un árbol del camino?

¡Ah! i qué distinto móvil dirijia
Los tardos pasos del viajero estraño!
No mas el desgraciado pretendia
Que sacar la barriga de mal año;
Pues iba en pretension de sembrar trigo
A la vecina hacienda de un amigo!

Tendia ya su manto tachonado
De oro i plata la noche silenciosa,
I se encontraba el poeta en despoblado
Do ni un árbol habia ni un choza.
I aunque era el trovador de gran denuedo,
Lo cierto del caso es que sintió miedo.

Alzóse luego iluminando el suelo
Sobre los montes la esplendente luna,
I al verla alzó su corazon al cielo
El poeta, bendiciendo su fortuna.
«¡Oh Diana! esclama, a tu fulgor divino
Dormiré en cualquier parte del camino!»

Soplaba entónce un aire perfumado
Del llano, i algo como un dulce acento,
Como el que forma el árbol ajitado
En las noches de octubre por el viento:
Aroma suave i delicioso ruido
Que dejaron al vate suspendido.

I era árbol en verdad que levantaba
A orilla del camino su ramaje:
Solo, en el llano estéril semejaba
En cielo azul, bellísimo celaje.
Lo vé, lo admira i, decidido el poeta,
La rienda al punto a su corcel sujeta.

«Aquí será mi lecho, alegre, esclama.
¡Qué hermosa noche! contemplar la luna
Jugando entre una rama i otra rama,
I así aguardar que llegue la importuna
Mano del sueño a sumerjir el alma
De los que duermen en la dulce calma!»

Dijo, callóse, trascurrió un instante,
I estaba ya dormido el peregrino,
Medio cubierto el varonil semblante
Con las flores que el árbol del camino
Sobre él con rica profusion llovia,
En signo de amistad i simpatía.

Acaso estaba en sueños envidiando
La venturosa suerte que cupiera
A aquel árbol hermoso, pues soñando,
Oyó como que amable le dijera
Con suave voz el árbol del camino:
«Oye, i despues envidia mi destino.»

II.

I dijeron las flores: Un verano,
Un ánjel hermosísimo marchaba
Por este estéril i desierto llano,
I en vano sombra por doquier buscaba;
I con su mano fúljida
Un grano aquí sembró,
I, fecundado el suelo con sus lágrimas,
El árbol que te cubre alzarse vió.

Bajo mi sombra descansó un momento,
I se fué luego, i me dejó en el llano
Para dar flores i perfume al viento,
I sombra al caminante en el verano.
I doi a todos pródigo
Cuanto el cielo me dió;
I a mí se acojen todos miéntras tórrido
Brilla en el zénit el ardiente sol.

Pasó primero una mujer hermosa
(¡Aun cuánto la amo i la venero cuánto!)
Que el polvo de mis hojas cariñosa
Lavó con agua de su propio llanto.
«*Madre*, me llamo, díjome,
¡Adios! por siempre adios!
Me voi porque otra viene, i a Dios pídole
Que amarte pueda como te amo yo.»

Cuando en las noches plácidas
Me reconcentro en mí
Derramo amargas i copiosas lágrimas
Al pensar en la madre que perdí.

III.

Pasó tras ella una jentil zagala,
Brindando dicha, respirando amores,
De su poder tirano haciendo gala,
Mas que sombra buscando, bellas flores.
Llega a mí i encarámase,
I al fin cuando se vé
Señora de mi vida, cruel arráncame
El cogollo que huella con su pié.

Coje, al bajar, las mas hermosas flores
Que ávida guarda en el nevado seno
Do mueren... i al marcharse, «Mis amores
Son para el alma matador veneno.»
Dice; i aunque fué víctima
De su dañino amor,
Pasa horas envidiables i dulcísimas
Su imájen recordando el corazon.

IV.

En pos de aquella mujer
Pasó un hombre, el Egoismo,
Con traje de mercader;
I de mis vástagos
Tronchando uno,
Lo tornó en látigo
Para azotar su perezoso mulo.
I encontrando otro mejor
Adelante en su camino,
Arrojólo sin dolor;
I ni un recuerdo,
Ni solo uno,
Dióme aquel bárbaro
Que azotó con mi vástago su mulo!

V.

Dar siempre i dar a todos
Perfume, arrimo i deleitosa calma;
Que es dar de varios modos
A cada cual una porcion del alma;

Tal mi vida ha de ser... hasta que un dia
Mande el dueño del llano
Algun peon, que hacha en mano,
Remate ponga a la existencia mia;
I de mi amor en pago, porque nunca
Vida otra vez recobre,
Me echen al horno ardiente
Para fundir purificando el cobre.

Poeta, de hoi mas conoce tu destino:
Igual eres al árbol del camino.

1861.

EPITALAMIO AL REVES.

(Inédita.)

I.

Vas a casarte i pídesme consejos
Cuando de nada servirán ¡oh amiga!
¿Quieres que cante el yugo? El cielo santo
Antes mis versos i mi voz maldiga.

Tú, tan feliz, tan pura, tan hermosa,
Tú que marchas pisando sobre flores,
En cuya frente la inocencia brilla,
En cuyo seno duermen los amores;

Tú que ni el nombre del dolor conoces,
Que cuando lloras, lloras de ventura,
Ave del aire que en el aire moras,
Astro que alumbras nuestra noche oscura;

¿Quieres bajar al suelo i confundirte
Con los que el valle del dolor cruzamos?
Baja si amor te llama, i acompaña
A los que en llanto caminando vamos,

Baja, pero no exijas del poeta
Que alegre cante tu fatal caida:
No canta el ave, cuando el sol se pone;
Canta la aurora de carmin teñida.

II.

¡Oh! sujeta la planta, dulce amiga;
No quieras suicidar tu corazon;
Surca el mar de la vida solitaria,
Cual surca el cielo el esplendente sol.

La parásita planta que no puede
Alzarse sola a contemplar la luz,
Busca algun tronco a quien le da sus flores,
Porque le ayude a soportar su cruz;

Mas tú, que puedes remontarte al cielo,
Que miras a los hombres a tus piés,
Subir no quieres i bajar pretendes;
¡No sube mas quien descendió una vez!

Escrito está; la senda la vida,
Senda es de precipicios i de abrojos;
Por ella solo rien los que llevan
La venda del error sobre los ojos.

Cuando ese velo con tus manos rasgues
I mires en su horrible desnudez,
Lo que es la vida, lo que tú soñabas,
Lo que es la realidad, pobre mujer;

Cuando en las turbias aguas de este rio
Que llaman mundo revolcada veas
Tu vestidura anjelical de armiño
E ir al infierno caminando creas;

Cuando en tu pecho la esperanza muera
I pienses que ya nunca tornarás
A andar entre las nubes cual solias,
Ufana i libre ¡entónces llorarás!

I aunque llores, jamas el horizonte
Se volverá a cerrar. Todo el camino
Lo recorriste de una vez, i es fuerza
Que miéntras viva marche el peregrino.

I andar así por siempre hasta el sepulcro,
Formando sin cesar círculo eterno,
Por un mismo camino, cara amiga,
Eso es vivir la vida del infierno.

III.

Si en el instante en que al espejo mires
Tu blanco traje i tu nupcial corona,
Mi epitalamio impertinente llega
I de tu pecho el gozo desazona,

No cruel me nombres. Me llamaste, amigo,
Sordo a tu voz hacerme no podia.
Tributo de verdad, siquiera amargo,
Mi tierno afecto a tu candor debia.

Me acordaré de tí; siempre me acuerdo
De todos los amigos que murieron...
Iré a tu casa; las calladas tumbas
Siempre atractivo para mí tuvieron...

1862.

LA ESPERANZA.

(TRADUCCION DEL ALEMAN.)

(*El Bien Público.*)

Del pecho en lo profundo la esperanza
Duerme como la gota de rocío
En el cáliz del lirio.

En sus combates, vencedora siempre,
Como el azul del cielo siempre vence
A las nubes sombrías.

Como el porfiado césped que jermina
Aun sobre duras i peladas rocas,
Brota en el alma triste.

Cual blanca concha bajo linfas puras,
Brillar la he visto en ojos celestiales
Bajo calientes lágrimas.

Como la araña que de noche teje
Su tela en el camino, que destroza
De dia el caminante,

Cada noche ella teje deliciosos
Paraisos que, alboreando, despedaza
La realidad amarga.

1862.

CONSEJO.

(*El Bien Público.*)

Cuando marches lijero por las calles
I a algun anciano, que con tardo paso,
Por ellas vaya caminando halles,
No lo adelantes, jóven, imprudente;
Que al comparar su ocaso con tu oriente,
Talvez la faz rugosa i descarnada
Del viejo surcará lágrima helada.

1862.

RECUERDO DE LA INFANCIA.

(EN EL ÁLBUM DE UN AMIGO RECIEN CASADO.)

(*La Estrella de Chile.*)

Allá en el fértil valle donde juntos
El limonero i el naranjo crecen,
Donde nacen silvestres las violetas,
I el chirimoyo i lúcumo florecen;

Donde no hai ave que cantar no sepa,
Ni ruido que no sea una armonía,
Ni flores inodoras, ni en verano
Noche sin luna i dulce poesía;

Donde en las viñas la encendida rosa
Es vil maleza que se arranca i siega,
Donde en las bardas que las tapias cubren
Con juncos dobles el ambiente juega;

Cuando era yo tan niño que en los brazos,
A pasear iba, de mi buena madre;
I al toque de oracion, bajo su capa,
Hacíame dormir mi anciano padre,

Una noche le dije: «Padre mio,
¿Nunca usted, yendo a misa, se ha fijado
Cómo las golondrinas hormiguean
De la iglesia Matriz sobre el tejado?»

«¿Por qué para posarse esta avecilla
Las casas i los árboles desprecia,
I cuando de volar se cansa i rinde
Tan solo asienta el pié sobre la iglesia?»

El contestóme: «Sábete curioso
Que son aves de Dios las golondrinas,
I por su amor descienden sobre el templo;
No de cansadas como tú imajinas.»

«¿Las vistes alguna vez bajar al suelo
Para buscar el corporal sustento?
Son aves que no comen porque viven
De los aromas que arrebata el viento.»

«No paran en las casas de los hombres
Porque los hombres en pecado viven,
Ni al suelo bajan por cuidar las plumas
Que de Dios limpias al nacer reciben;»

«Por eso, cuando oir hacernos quieren
Las melodías de su dulce voz,
Para posarse cuidadosas buscan
El templo santo, la mansion de Dios.»

«Allí el aroma del incienso aspiran
Que ofrecen los ministros del altar:
De él se alimentan i con él reciben
Entusiasmo i valor para volar.»

Desde esa noche cada que veia
En el espacio azul revolotear
Alguna de esas aves, me decia:
¡Busca el templo de Dios para posar!

I yo no sé, Miguel, por que esta historia
De mi buen padre i de mi edad primera
Grabóse con mas fuerza en mi memoria
Desde que obtuve tu amistad sincera.

I al verte en pos de un corazon amante
Cual golondrina inquieta voltear,
Decia sin pensarlo a cada instante:
¡Sobre algun templo al fin se va a posar!

Te detuviste ya, i aunque de léjos
He visto en donde se fijó tu planta,
Yo que de un padre miro los consejos
Como reliquia venerable i santa,

Dije sin vacilar: Mi buen amigo,
Como las golondrinas de mi infancia,
De techo amado al deleitoso abrigo,
Aspira del incienso la fragancia.

I gozar desde entónces te contemplo
Con los ojos del alma tu tesoro:
Tu bella esposa como augusto templo,
Su corazon como incensario de oro.

Que aquestos pobres versos de un amigo
No lleguen importunos a robar
Ni un solo instante de las dulces horas
Que solo deben consagrarse a amar.

Pasen por vuestras almas que rebosan
De esperanzas alegres i ventura,
Como el azahar que del naranjo cae
Nadando pasa sobre linfa pura.

1862.

LA MANTA DEL JORNALERO.

(*La Estrella de Chile.*)

I.

¡Buen dar! decia un pobre jornalero
Que iba camino de su triste alcoba
Una noche de viento i aguacero,
¡Buen dar! tan caro el pan!

¡Buscar ansioso i no encontrar trabajo!
¡Tan pobre el tiempo, todo tan subido!
¡Solo el jornal del jornalero bajo!
¡Buscar i nada hallar!

¡Llegar al pobre cuarto donde espera
Mi mujer con sus niños un bocado!
¡I llegar limpio, sin un real siquiera!
¡Llegar a ver llorar!

Ver a los niños todos de rodillas
Rodeados del rescoldo, atentos viendo
Que medio se sancochen las tortillas,
¡I ver a mi mujer!

¡I oir como disputan i batallan
Por una miga encenizada i cruda!
¡I ver como me miran i se callan!
¡I oir, i así dormir!

¡Querer darles la sangre de mis venas
I a pedazos mi amante corazon,
I solo darles con mi vista pena!
¡Querer i no poder!

II.

Así pensando, todo mojado,
Llega a su cuarto el jornalero:
I las niñitas i los muchachos
Se alzan i gritan todos al verlo:
«¡Mi padrecito! Padre ¿qué trajo?»
I uno a guardarle va su sombrero,
I otro en las piernas se le hace lazo,
I otro le besa manos i dedos.

El mayorcito, mas avisado,
Mete las manos a los bolsillos
I los rejistra por si halla algo,
I no halla nada el pobre niño.
Dícele entónces: «No hemos cenado:
Hace hambre, padre, i mucho frio:
Mamita dice que no hai zapallo
I *ulpo* no ha hecho porque no hai trigo.»

El jornalero mira a su esposa
Que está sentada sobre la cama,
I ella lo mira i se interrogan
Así en silencio con sus miradas:
Las de ella dicen entre congojas:
«Manuel ¿qué traes hoi a tu casa?»
Las de él responden: «Querida esposa,
Dios nos dé fuerzas... ¡no traigo nada!»

III.

I dejando los umbrales
De su miserable *rancho*
Salió de nuevo a la calle
Así a sus solas hablando:
«Te empeñaré, manta mia,
Aunque te empeñe en dos cuartos.
¡Mi manta! mi buena manta!
Cuánto me has servido, i cuánto,
Voi a perder si te pierdo!...
Allá en los pasados años,
Cuando apuraban los frios
A fines del mes de mayo,
Bajo tu frisa mi padre
Me hacia dormir cantando;
I despues que me dormia
Contigo, manta, abrigado
Pasaba feliz la noche
I amanecia roncando.
Tú que desde mi niñez
Me has sin tregua acompañado:
Tú que fuistes mi colchon
Cuando dormia en el campo,

I que hasta una vez envuelta
En la mi siniestra mano,
Heroica me defendiste
Del cuchillo de un bellaco.
Tú, manta, que viste un dia
Cuando estuve enamorado,
A la que es hoi mi mujer
Llevarle pobres regalos:
Que en aquella feliz noche
Nos cobijaste a entreambos
Cuando al calor de tu lana
Amantes nos abrazamos;
Que has abrigado a mis hijos
I que a mí me has abrigado;
Tú, mi único amigo fiel,
Mi único alivio, mi amparo,
Tambien me dejas, tambien...
¡Soi yo quien te dejo, ingrato!
¡Adios manta! ¡adios!... te empeño!
¡Feliz si a sacarte alcanzo!
Este es tu postrer servicio:
Mi familia está ayunando;
Tú le darás que comer,
Que yo no he podido tanto;
I si a recobrarte vuelvo
Te he de guardar hasta cuando
Llegue la muerte i contigo
Envuelto sea enterrado!...»

Así a su manta querida
Dijo nuestro hombre llorando;
I empeñándola en dos reales,
Volvió a cenar a su *rancho*.

1862.

DISPARATES SON TRIUNFOS.

(*La Estrella de Chile.*)

—¡Amigo, a tiempo! atencion!
Oye estos versos.—Ya te oigo.
—Allá voi: INVOCACION.
Buhos que cerneis las alas
Sobre los abismos..... ¡¡lóbregos!!.....
¡Fantasma! tú que exhalas
Hondos jemidos..... ¡¡tétricos!!.....
.....
Espectro jemebundo.....
¡Jesus!—¡Confucio!—¡Régulo!.....
Artesanos del mundo,
Que ahuyentásteis al..... ¡coco!.....
.....
Doi principio a mi cántico.....

—Adios, amigo, ¡tú te has vuelto loco!
—Hombre, estoi en mi juicio,—¡soi romántico!

1862.

EL BORRACHO.

(Inédita.)

Caminaba haciendo *eses* un borracho
Por una calle oscura i cenagosa,
Rezongando entre dientes: «¡Dura cosa
Es no dormir cuando se empina el *cacho!*»

I así refunfuñando resbalaba,
I, tendido cuan largo sobre el barro,
Continuaba: «¡Señor, estoi cucarro!
¡I tan buena la pícara que estaba!»

I a fuerza i fuerza alzábase del suelo,
I *eses* de nuevo sin querer hacia,
I otra vez resbalaba i se caia,
Los turbios ojos vueltos hácia el cielo.

Sintió en la cara entónces el tunante
Llover con furia, i al sentirlo dijo:
«¡*Eijunas hoó!* con el gotear prolijo...!
¡Oiga Ud., que me lluevo, vijilante!»

«¡Si está roncando el bárbaro...! I qué engaño
Es esto del sereno..... ¡hupa! sujeta
Tu sombrero, José, que el viento aprieta!
¡Con tal que siga así bueno va el año!»

—«¡Compadre, arriba! ¡Afortunado encuentro!
¿Sabes que ando perdido de mi casa?»
I despertó el sereno, i con cachaza
Díjole:—«¡Dejáme hombre, o *vais pa-entro!*»

—«¡Vaya el rigor! ¡i aguante Ud. el *insonio!*
¿Que no oyes como sigue chaparreando,
I apura el sueño i que me estoi mojando.....?
¡Ya está otra vez durmiendo este demonio!»

«¡Duerma en paz señor paco!.....¡Esta maldita
Fuerza en que ha de dormir todo cristiano!
Me acostaré contigo como hermano:
Madre mia i señora santa Rita.....»

I en fraternal consorcio desde esa hora
Con el mismo capote se abrigaron,
I a parejas los dos juntos roncaron,
I así roncando los halló la aurora.

1862.

CONFIDENCIA.

(A UNA CURIOSA.)

(República Literaria.)

En mi cuitado corazon la guardo,
Cual ave cauta que su nido oculta
Entre las puas de silvestre cardo.

Blanca paloma que en contínuo vuelo
Mi alma desierta recorriendo vas;
Anjel de luz, espléndido lucero,
Lámpara misteriosa, que alumbrando
Siempre la noche de mi pena estás.

Rompe ese velo odioso en que escondido
Tienes tu noble i puro corazon;
Abre tu pecho virjinal, de armiño,
A quien entrar en él jamas podria
Sin temblar de respeto i emocion.

¡Ah, si yo fuera tú! si yo en mi mano
De un infeliz tuviera el porvenir,
Si yo fuera de tu alma soberano
¡Cuan rápido te diera lo que nunca
Dar has querido a mi infeliz vivir!

Tú bien lo sabes, alma de mi vida,
Tú sola sabes el poder fatal
Que tu amor puso en la existencia mia,
Cual verde oásis del desierto en medio,
Como entre escollos fúljido fanal.

Arbol lozano i vigoroso un dia,
Echólo a tierra fiero el huracan.
Hoi ese tronco mutilado, amiga,
Solo un retoño tiene, cuyas flores
Si no las miras tú, se secarán.

¡Oh, sí! esas flores de tu afecto viven,
Viven la vida de tu casto amor,
I el suave aroma que de sí despiden,
Es el que suele al destrozado tronco
Dulces hacer sus horas de dolor.

No, pues, en vano investigar pretendas
Quien causa mi gozar o padecer,
Tú, solo tú..... que en vez de mis cadenas
Darme alas puedes, alas voladoras,
Para un cielo sin nubes recorrer.

Veme mendigo que a tu puerta vengo,
De una centella de tu llama en pos;
No, por piedad, respondas a mi ruego,
No, por piedad, a contestarme vayas,
¡Pobre, perdona por amor de Dios!

1862.

LA PARRA I EL PODADOR.

(*La Estrella de Chile.*)

I.

Llega mayo, sopla el viento;
Vése la Vid despojada,
Desnuda, espuesta a la helada
Nieve que principia a caer.

Cojen la uva del sarmiento;
Cae el jugo a la *piquera;*
Lo cuecen, i a la enfriadera;
I lo empiezan a beber.

Entre tanto el inclemente
Podador el hierro afila,
I a la triste Vid mutila
Bárbaro, sin compasion.

¡Pobre Vid! miéntras la jente
Con tu dulce jugo olvida
Los pesares de la vida
Se te parte el corazon!

Así hai en el mundo algunos;
Andan alegres, i cantan,
I dicen chistes que encantan
I jimen en su interior.

I oyendo los oportunos
Dichos i aparente calma,
Nadie ve angustiada el alma
Del chistoso decidor.

Mas al fin la primavera
Llega, i otra vez cogollos,
I racimos, i pimpollos
La mustia Vid torna a echar.

Guia frondosa, altanera,
Por los guindos i perales,
I comienzan los zorzales
Sus nidos en ella a armar.

I llega otra vez el frio,
I vuelven las *nevazones*,
I de nuevo los podones
Se arriman al molejon.

I para el siguiente estío
La parra olvida sus pruebas
I torna con fuezas nuevas
A brotar con mas teson.

II.

—«¿Por qué, amoroso, le dice,
Cortando el postrer sarmiento,
Con amargo sentimiento,
A la Vid el Podador,»

«Brotas cada año, infelice,
Cuando sabes que tu dueño
Cada año con mas empeño
Te causa un nuevo dolor?»

«Sigue mi consejo, Parra,
I ya no mas podas temas:
Echa tan solo dos yemas
I se acabará el podar.»

«Así llegará la *amarra*
Sin que tus cortadas guias
Pasen las noches i dias
En llorar i mas llorar.»

«Así allá en el crudo invierno
Cuando, al empinar el *cacho*,
Se ria de tí el borracho
Tú de él te podrás reir.»

«I no mas el llanto triste
Que a la contínua despides
Será mengua de las vides
I acabará tu sufrir.»

La Parra así al hombre dijo:
—«Yo seguiré tu consejo,
Pero tú en cambio, buen viejo,
Otro mio seguirás.»

«Si yo con afan prolijo
Echo brotes cada un año,
Bien segura, por mi daño,
Que tú me los cortarás,»

«Tú esperanzas tambien echas,
Que presto se lleva el viento;
Cual tu podon mi sarmiento
Se está llevando, crüel.»

«La esperiencia no aprovechas,
Brotas nuevas esperanzas,
I nunca el fantasma alcanzas
I corres ciego tras él.»

«No anheles la dicha, anciano,
No esperes, i nada temas;
Cual yo brotando dos yemas
Tambien serias feliz.»

—«El remedio está a la mano!
—¡No mas esperanzas locas!
—¡Guias no largas, i pocas!
Dios te guarde, sabia Vid.»

Al año siguiente echó
La Parra largos sarmientos;
I el buen Podador tornó
A sus locos pensamientos.

1863.

LA CANCION DE LA LIBERTAD.

(DE HOFMANN DE FALLERSLEBEN.)

(*La Estrella de Chile.*)

¡Viva en la tierra lo que alienta i lucha,
Viva en la tierra lo que canta i rie,
Viva el que nace i el que muere viva,
Si muere por ser libre!

Sin libertad el mundo i sus placeres
Es cual noche sin luna, oscura, triste;
La libertad es fuerza, es luz, es honra,
Para los hombres libres.

Lo que jermina, i crece i fructifica,
Lo que el Señor que al universo rije
A imájen hizo i semejanza suya,
Cual Dios debe ser libre.

Yo, cual las aves que a su arbitrio cantan
En el palacio, o la prision do jimen
Los desgraciados, cantaré sin leyes,
Como las aves, libre.

La libertad es mi alma, mi esperanza,
Mi corazon, mi mente que concibe,
Mi canto, mi ilusion, mi vida toda,
Sagrada porque es libre.

Yo maldigo a los déspotas, i ensalzo
Al que sacude el yugo que le oprime;
¡Maldicion para el siervo que no luche!
¡Gloria al que muera libre!

1863.

INDIFERENCIA.

(DE ENRIQUE HEINE.)

(Inédita.)

Me han de diferentes modos
Desgarrado el corazon,
Unas con su odio implacable,
Otras con su tierno amor.

Han hecho infeliz mi vida,
Han amargado mi pan,
Unas amándome mucho,
Otras odiándome mas.

Con todo, la que ha secado
Mi corazon de dolor
Esa, ni nunca me ha odiado,
Ni nunca tenido amor.

1863.

A MEJICO

INVADIDO POR LOS FRANCESES.

(Inédita.)

El Dios de las batallas es justo, mejicanos:
Un mundo entero os grita: ¡Valientes despertad!
De pié contra traidores i siervos de tiranos,
I el Dios de las batallas tu causa ayudará.

Como esos terremotos que ajitan tus confines,
El patriotismo ajite tus huestes, Anahuac,
I que la tierra, abriéndose, sepulte a los rüines
Que a combatir sacrílegos contra su patria van.

Marque la hirviente lava que arrojan tus volcanes
La frente envilecida del mísero traidor,
I que su nombre, rápidos los vientos i huracanes
Lleven do quier palpite un noble corazon.

I cada que algun pueblo con patriotismo ardiente
Su independencia ensalce en fiesta popular,
Judas americano, Almonte, que la jente
Tu efijie exhiba i queme con risa universal.

Con ánimo indomable, carbones encendidos
Por el honor de Méjico sufrió Guatimozin;
Por el honor de América, a todo decididos,
Si el hado lo ordenase, como él sabreis morir.

Mas nó; que de los pueblos, no es árbitro la muerte:
Viven miéntras que tienen para vivir valor.
Cuidad no diga alguno:—¡Son dignos de su suerte!
Al veros bajo el yugo rendidos de un señor.

La espada es el supremo recurso de los bravos,
La espada americana que libertad nos dió,
Ya bota con la sangre de esbirros i de esclavos
Ciegos; pero traidores cual los de Francia nó.

¡Muerte! cuánto os rodea infatigable grita:
¡Muerte! vuestras mujeres sin honra i sin hogar:
¡Muerte! la tierra toda que el estranjero habita:
¡Muerte! los valles dicen, los montes i la mar.

Alzad innumerables, en ira santa ardiendo,
Derecho vuestra espada que busque el corazon,
Satan ve de los tránsfugas la muerte sonriëndo,
I lacayos de tránsfugas tus agresores son.

I ¡guai! si los esbirros sucumben del tirano!
¡Ai! de tu poderío, soberbio emperador!
El grito de los libres traspasará el Oceáno
I mirarás hundirse tu trono ante su voz.

¡Solos!... ¿qué importa? Solos pelean los valientes:
Tan solo con trescientos Leonidas sucumbió.
La gloria no orna solo las vencedoras frentes,
I por eso del griego la frente coronó.

La mengua es del hermano que esquiva la pelea,
La gloria del que sabe cumplir con su deber:
¡Ai! del americano que indiferente vea
Cual sucumbes..... ¡mañana sucumbirá tambien!

I si estériles fuesen tu sangre i tus afanes,
Antes que al enemigo el cuello doblegar
Revienten i en su lava te envuelvan tus volcanes,
I para siempre ¡oh Méjico! sumérjete en el mar!

1863.

EL ALMA I EL LAGO.

(*La Estrella de Chile.*)

Sobre un peñon, en plática sencilla,
Madre e hija, sin testigo, se encontraban,
De una laguna plácida en la orilla
Cuyas tranquilas aguas contemplaban.

Dióle la madre un beso a la doncella,
I a los azules ojos de la hermosa
Asomóse una lágrima tan bella
Como al nacer la luna silenciosa.

—«Niña ¡llorar tan solo por un beso!
¡Un beso de la madre que te adora!
Querida, no te aflijas, que por eso
Nadie en el mundo se entristece i llora.»

En esto de los párpados
De la jentil zagala
Desprendióse la lágrima
I al lago fué a caer.
La niña al ver los círculos
Que en las dormidas aguas
De la laguna plácida
La lágrima formó
Murmuró melancólica:
—«¡Mira ajitarse el seno
De las ondas purísimas,
Míralo palpitar!»

«Una gota en el cáliz de la rosa
Es una gracia mas que la embellece;
Una gota en el lago que reposa
Lo despierta, lo turba i estremece.»

«Así es el corazon: ya flor ardiente
Sedienta de rocío; ya laguna
Que entre sueños conjura al tibio ambiente
No le borre la imájen de la luna.»

«Como ese lago, mi alma acariciaba
Dormida una ilusion con embeleso;
Cual la luna en el agua en mi alma estaba...
I su faz vino a disipar tu beso.»

1863.

EL ARROYUELO.

(DE RUNEBERG.)

(Inédita.)

Sentada a la márjen del limpio arroyuelo
La jóven hermosa se lava los piés:
Parlera avecilla suspende su vuelo
I dice a la niña:—«¡Cuidado! ¿no ves
Que entúrbias el agua? que el fuljido cielo
No ya como en ántes se refleja en él?»

La jóven levanta la cándida frente,
Bañado de lágrimas el rostro jentil,
I esclama: «No temas: la mansa corriente
Se aclarará presto; mas ¡triste de mí!
¿Por qué cuando estaba sentada, inocente,
Al lado de un jóven ¿no supiste, dí,

Gritarle: ¡Cuidado! mancebo imprudente!
Esa alma que enturbias jamas tornará,
A ser como de ántes, ni ya mas su frente
La luz de los cielos reflejar podrá?»

1863.

A UNA INCONSOLABLE.

(DE LUIS VEUILLOT.)

(*La Estrella de Chile.*)

Señora, ocultad el llanto:
Cubrid la espalda lustrosa:
Consuéleos el cielo santo:
No baileis mas resbalosa

Para probar que teneis
El corazon destrozado,
No es fuerza que así mostreis
Lo que debe andar tapado.

En vos solo miro triste
El luto, triste de ir
Sobre quien así lo viste
Para sus penas lucir.

Decis que un ánjel del cielo
Solo podria enjugar
Vuestro llanto: sin consuelo
Vais a la tumba a bajar...

¡Los ánjeles! Dios los hizo
Para realzar la belleza
De la que oculta su hechizo,
De la callada tristeza!

1863.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

Pájs.

Dedicatoria III
Introduccion V
Nuestro ideal literario 1
Guillermo Tell, traducido por M. A. Matta (bibliografía) . . . 25
Apuntes sobre la poesía indíjena de América. 35
Una sociedad literaria en 1825 91
La Inquisicion por José Ramon Saavedra, (bibliografía) 113
Francisco Moyen por Benjamin Vicuña Mackenna, (polémica histórico-relijiosa) 125
Demostracion de la divinidad de la Relijion por José Ramon Saavedra, (bibliografía) 175
Arequipa, (recuerdos de viaje). 187
Biografía de don Néstor Galindo, (bibliografía). 223
Cuentos para niños grandes por Daniel Barros Grez, (bibliografía) 243
La pequeña esposa del Santísimo Sacramento, traducida del frances por doña Edecia Toro de Barrera, (bibliografía). 267
La novela i sus escollos 273

POESÍAS.

La parra, el junco i la violeta 307
¡En guardia! 311

El último paseo a la Alameda 315
En la muerte de don Salvador Sanfuentes 321
La oracion del Huerto 327
Anlo con capa 333
El pajarero 337
Ante la estátua de Freire. 339
Viaje de salud 343
Una leccion de medicina. 347
Muerte rara 349
Recuerdos. 351
El poeta i el árbol del camino. 353
Epitalam'o al reves. 359
La esperanza. 363
Consejo. 365
Recuerdo de la infancia 367
La manta d'l jornalero. 371
Disparates son triunfos 375
El borracho 377
Confidencia 379
La parra i el podador. 381
La cancion de la libertad. 385
Indiferencia 387
A Méjico, invadido por los franceses 389
El alma i el lago. 393
El arroyuelo 395
A una inconsolable. 397

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.